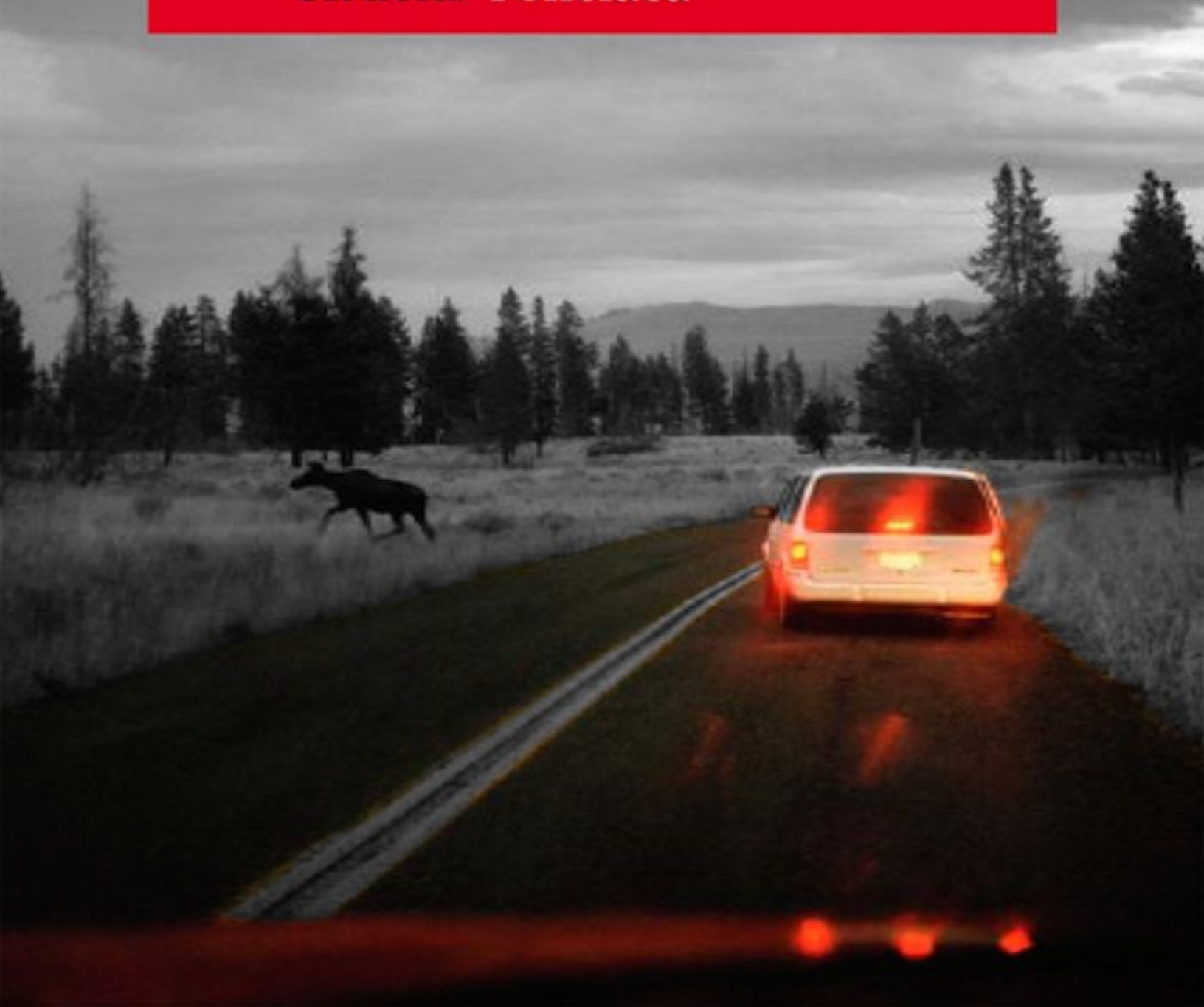


Una muerte solitaria

El segundo caso del *sheriff* Walt Longmire

CRAIG JOHNSON

Siruela/ Policiaca



Craig Johnson

Una muerte solitaria
El segundo caso del *sheriff*
Walt Longmire

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para Dorothy Caldwell Kisling (1930-2005),
a quien sigo buscando cada vez que me echo a reír

Una vida sin amigos acarrea una muerte solitaria.

Proverbio vasco

Índice

Una muerte solitaria

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

Agradecimientos

Epílogo

Créditos

Una muerte solitaria

–En los viejos tiempos, tenían que utilizar fuego.

Lo que el viejo vaquero quería decir es que quienes tenían la desconsideración de morir en Wyoming en mitad del invierno, se encontraban con un metro y medio de tierra congelada que los separaba de su lugar de descanso eterno.

–Solían encender una fogata y dejaban que se consumiera un par de horas para que se derritiera el hielo y poder cavar la tumba.

Jules desenroscó el tapón de una petaca que había sacado del bolsillo delantero de su raída chaqueta vaquera y se apoyó en su pala gastada. En el exterior estábamos a dos grados bajo cero y él solo llevaba encima su chaqueta vaquera. No estaba temblando, probablemente la petaca tuviera algo que ver.

–Ahora solo usamos las palas cuando la excavadora deja caer al hoyo algún terrón suelto –el hombrecillo echó un trago de la petaca y continuó desbarrando con su debate filosófico–. El ataúd tradicional chino es rectangular, tiene tres resaltes y nunca entierran a nadie vestido de rojo porque podría convertirse en un fantasma.

Yo asentí e hice lo posible por mantenerme firme en mitad del vendaval. Él echó otro trago y no me ofreció ninguno.

–Los antiguos egipcios extirpaban los órganos principales y los guardaban en vasijas.

Asentí una vez más.

–Los hindúes queman el cuerpo, una práctica que me parece admirable, pero cuando incineramos a mi tío Milo acabamos perdiéndolo, porque la tapadera de la urna estaba suelta y se nos escurrió por los agujeros del suelo oxidado de un Jeep Willy's, en la carretera del curso alto del río Powder –meneó la cabeza al pensar en tan ignominioso final–. No es así como quiero pasar el resto de la eternidad.

Volví a asentir y levanté la vista en dirección a las montañas Big Horn, donde continuaba nevando. De alguna forma, llegado el caso, las hogueras parecían más románticas que la maquinaria de construcción o que el Jeep Willy's.

–Los vikingos solían colocar a los muertos en una barca con todas sus pertenencias, luego les prendían fuego y dejaban que se perdieran en el mar, pero eso me parece una forma absurda de desaprovechar las cosas, por no mencionar la pérdida de una buena barca –se detuvo, pero continuó–. Los vikingos consideraban que la muerte no era más que otro viaje y que no había forma de saber lo que acabarías necesitando, así que mejor llevar todo contigo.

Aquel carpintero granuja posó sus feroces ojos azules en mí y echó otro trago en honor

a sus ancestros, pero continuó sin invitarme a mí a ninguno. Hundí las manos en los bolsillos de mi chaqueta del uniforme, tensando así la estrella bordada de la oficina del *sheriff* del condado de Absaroka, y bajé un poco la cabeza mientras él seguía disertando. Nos habíamos visto las caras en el terreno profesional: él había sido inquilino en mi cárcel cuando el sobrino del antiguo *sheriff*, mi ayudante por aquella época, lo detuvo por intoxicación etílica y le pegó una paliza. Yo, a mi vez, le había pegado una paliza a Turco, para consternación de Ruby, mi recepcionista-telefonista, y luego lo había mandado a la patrulla de carreteras, con la esperanza de que encajara mejor en un entorno más jerarquizado.

—Los mogoles solían montar el cuerpo en un caballo para que galopase hasta caer —yo emití un profundo suspiro, pero Jules pareció no notarlo—. Los indios de las llanuras probablemente acertaran con lo de colocar a los muertos sobre un armazón de madera. Si ya no vales para nada más, mejor ser pasto de los buitres.

Ya no lo podía soportar más.

—¿Jules?

—¿Sí?

Me giré y lo miré fijamente.

—¿Es que no te callas nunca?

Él se colocó hacia atrás su ajado sombrero de *cowboy* y echó un último trago sin dejar de sonreír.

—No.

Asentí por última vez, me giré y eché a andar colina abajo, alejándome del linde de álamos añosos, por el mismo paso que antes había abierto entre la nieve. Jules también había coincidido conmigo en mis tres visitas anteriores, así que sabía cuál era mi patrón de conducta.

Supongo que lo de ser enterrador te vuelve solitario.

Uno podía distinguir fácilmente las tumbas nuevas por las lápidas relucientes y los montones de tierra. Gracias a nuestras numerosas conversaciones unilaterales, sabía que había una red de cañerías bajo el cementerio, con grifos que se utilizaban en primavera para ayudar a que el terreno se empapara y así alisar las nuevas tumbas, pero, por el momento, era como si la tierra se negara a aceptar a Vonnie Hayes. Había transcurrido casi un mes desde su muerte y yo regresaba todas las semanas.

Cuando alguien como Vonnie muere, esperas que el mundo se pare y, por un breve instante, quizá sea cierto que el mundo se detenga. Puede que no suceda con el mundo exterior, pero el interior sí que queda en suspenso.

Se tardaban unos diez minutos en regresar al supermercado IGA del centro de Durant, donde había dejado a mi primera ayudante reclutando a la fuerza a los futuros miembros del jurado del sistema judicial local. Entré en la zona de aparcamiento, me rasqué la barba mientras aparcaba y contemplé el dos por uno en haces de leña envueltos en plástico, apilados a la entrada del supermercado. Durante mi mandato como *sheriff*, que ya rozaba el cuarto de siglo, nos habíamos visto obligados a hacer las veces de patrulla

de reclutamiento del condado de Absaroka en unas ocho ocasiones. El condado solía rotar al jurado, pero trabajaban con tantos registros obsoletos que un alto porcentaje de las citaciones eran devueltas sin entregar y las que llegaban a su destino solían ser ignoradas. Mi consejo de que dejáramos en blanco el nombre del destinatario fue desestimado sin más.

Contemplé a la apuesta mujer que sostenía un sujetapapeles a la entrada del supermercado. A Victoria Moretti no le gustaba que la llamaran apuesta, pero eso es lo que yo pensaba de ella. Sus rasgos eran demasiado pronunciados como para considerarla simplemente guapa. Su mandíbula era un poco más fuerte de lo normal, su mirada color oro bruñido demasiado afilada. Vic era como uno de esos hermosos peces tropicales que ves en un acuario, pero más te vale no meter la mano dentro, ni siquiera te atrevas a darle un golpecito al cristal.

—De todas las mierdas que me obligas a hacer, creo que esta es la que más odio con diferencia. Soy titulada en orden público, ya ni recuerdo cuántas horas eché para acabar el máster, me gradué en la Academia de Policía de Filadelfia entre el 5 % de los mejores. Tengo cuatro años de servicio de patrulla y dos distinciones... Soy el ayudante que más antigüedad tiene —sentí un fuerte codazo en el estómago—. Joder, ¿me estás escuchando?

Observé cómo mi tremendamente competente y condecorada ayudante acosaba a un hombre de mediana edad abrigado con un chaquetón, copiaba sus datos del permiso de conducir y le informaba de que más le valía acudir enseguida a los juzgados si no quería ser acusado de desacato al tribunal.

—Bueno, ahí va otro hito de mi carrera.

Me quedé mirando cómo aquel incauto comprador balanceaba sus bolsas y se marchaba en dirección al coche.

—Oye, hay sitios peores para montar una emboscada, al menos aquí tenemos provisiones de sobra.

—Se supone que nevará otros veinte centímetros esta noche.

Volví la vista hacia los accesos, que estaban completamente despejados.

—No te preocupes, puedes entrar, hacerlos salir de ahí y luego hacer las compras de última hora —estaba dando golpecitos en el cristal y recibiendo a cambio todo el oro bruñido del mundo.

—¿Cuántos *talis* más necesitamos?

—Dos —Vic echó un vistazo a través de las puertas de cristal automáticas situadas detrás de nosotros.

Dan Crawford estaba en la registradora más alejada, pasando por caja el fastidio que sentía por abusar de manera tan oficial de su clientela. Ella me devolvió la mirada.

—¿*Talis*?

—En este país, el proceso se remonta a la Masacre de Boston. Cogieron a los espectadores que había en la sala para que hicieran las veces de miembros del jurado durante el proceso de un soldado británico. *Talis* viene del latín, significa «transeúnte». Eres italiana, deberías saber estas cosas.

—Soy de Filadelfia, donde votamos pronto y a menudo y donde el nombre de todos los

miembros del jurado termina en vocal.

Aparté la mirada en dirección a las montañas que se levantaban al oeste del pueblo y a la oscuridad candente que acechaba tras la cordillera. No podía evitar pensar que hacía una hermosa noche para sentarse junto a la chimenea. Contratas Red Road había prometido instalarme un tiro con triple aislante para el pasado fin de semana, pero, por el momento, lo único que habían hecho era abrir un agujero en mi tejado del tamaño de una escotilla grande. Decían que el conducto de la chimenea que iría hasta el techo cubriría el agujero, pero, por ahora, el interior de mi cálida cabaña de troncos estaba separado del medio natural por diez milímetros de plástico y algo de cinta adhesiva. En realidad, no era su culpa. Los equipos que extraían metano de los depósitos de carbón pagaban casi veinte dólares la hora, aproximadamente el doble de lo que cobraban los albañiles en cualquier lugar de las altas llanuras, así que Danny Guapo de Cara había firmado con Explotaciones Energéticas Río Powder y había dejado que Charlie Caballo Pequeño llevara las riendas del negocio.

—¿Qué tal si entro y los hago salir? —preguntó Vic. Volví a mirarla—. Solo tengo ganas de volver a la oficina para dispararle a tu perro si se ha vuelto a cagar en mi despacho.

Ya decía yo que había un móvil oculto. El animal lo había hecho, eso es cierto. No llevaba tanto tiempo con el perro y él solito había decidido que, antes de tomarse la molestia de ir hasta la puerta y conseguir que Ruby lo dejase salir, prefería cruzar el pasillo y evacuar en el despacho de Vic.

—Le gustas.

—A mí él también me gusta, pero voy a tener que pegarle un tiro en el culo como vuelva a dejarme otro regalito.

Suspiré y pensé en lo bonito que sería regresar a la calidez de mi despacho.

—De acuerdo, adelante —fue como soltar a los perros: Vic me dirigió una mirada gélida y un gesto lupino, dio media vuelta y desapareció.

Como nevara esa noche, el condado entero entraría en un pánico gélido, lo del tribunal se cancelaría en cualquier caso y mi pequeño departamento tendría que estirar sus recursos al máximo. Jim Ferguson trabajaba como ayudante solo a media jornada y Turco ya se había marchado a la patrulla de carreteras, así que todo el personal con el que contaba se reducía a Vic, aunque teníamos un candidato para ocupar el puesto de Turco. Un chaval mexicano que había salido de la Academia de Policía de Wyoming y había decidido comenzar su carrera en Kemmerer, para luego trasladarse a la prisión de máxima seguridad del estado. Después de dos años allí, se diría que había cambiado de parecer y estaba buscando un destino más halagüeño. Se suponía que tenía que llegar de Rawlins por la mañana para una entrevista, pero no las tenía todas conmigo. Tendría que recorrer el paso de Muddy Gap, a mil novecientos metros de altura, atravesar la cordillera Rattlesnake y luego remontar la cuenca hasta el pie de las montañas Big Horn antes de llegar a Durant. Con las carreteras secas, ese viaje llevaría cinco horas, pero con solo mirar las montañas, uno sabía que eso no iba a ser posible. Todo indicaba que íbamos a tener nuestra tercera gran tormenta de nieve desde el otoño: la primera había tratado de matarme en la montaña y había disfrutado de la segunda sentado en un

taburete de El Poni Rojo, el bar de mi amigo Henry Oso en Pie.

Acababa de pasar Acción de Gracias y casi habíamos terminado una botella de whisky puro de malta. Cuando me levanté a la mañana siguiente, Henry ya había colocado dos sillones de cuero sintético delante de una estufa con doble depósito y capacidad de doscientos litros. Salí del saco de dormir y me quedé con las piernas colgando al borde de la mesa de billar sobre la que me había quedado dormido, mientras trataba de sentir los músculos de mi cara. Henry se había llevado el saco consigo y estaba sentado encorvado encima de la estufa. Me quedé mirando el vaho de mi aliento y me apresuré a envolverme de nuevo en el saco.

—La calefacción está apagada.

Él giró la cabeza y sus ojos atravesaron los mechones grisáceos de su negra cabellera.

—Sí —me acerqué a donde él estaba en calcetines. El suelo estaba frío y, a medio camino, me arrepentí de no haberme puesto las botas.

—¿Quieres un café, tú?

—Pues sí.

—Entonces ve y hazlo. Yo ya he encendido el fuego.

Encontré los filtros y una lata con café molido en la segunda balda de la barra. En casa tenía un montón de bolsas de café en grano caro que mi hija me había enviado mientras estudiaba derecho en Seattle. Ahora, Cady era abogada en Filadelfia y yo todavía no había sido capaz de comprar un molinillo. Henry Oso en Pie tenía un molinillo, pero Oso tenía un cacharro que cortaba las verduras de formas distintas y tampoco conocía a nadie más que tuviera otro así.

Puse en marcha la cafetera, volví pegando saltos junto al fuego y, de camino, recogí mis botas. Las ventanas habían comenzado a congelarse por dentro.

—¿Cómo es que el agua no se ha congelado?

—Por el calentador.

Me puse las botas y me envolví con el saco de dormir.

—¿Te has quedado sin propano?

—La calefacción nunca funciona cuando hace frío de verdad.

—Eso es de lo más conveniente.

—Sí, en verano funciona a la perfección.

Nos sentamos allí un rato; la estufa casera estaba empezando a caldear la esquina noroeste de aquel pequeño edificio o, al menos, los quince milímetros que nos separaban de ella. Bostecé y observé a Henry bostezar también. Otra vez estudiándome. Los últimos días apenas habíamos hablado, había tantas cosas que contar... Nos observamos mientras el depósito inferior comenzaba a sonar y a ponerse al rojo.

—¿Dena se ha marchado al torneo de billar en Las Vegas?

—Sí.

—¿Y eso es algo bueno o malo?

—Todavía no lo he decidido, tú.

Qué agradable era estar allí, con esa sensación extraña de quien está en un espacio

público pero sin público alguno. Tendría que llamar a la oficina para enterarme de cómo iba todo, pero todavía era temprano y encima era domingo, el día más lento de la semana. Y estaba evitándolo sobre todo porque Lucian se enrollaría al teléfono. Últimamente tenía ciertas ideas extrañas sobre los sucesos que acaecían en la residencia de ancianos de Durant y se había convertido en una especie de Agatha Christie del condado de Absaroka. Yo le decía que, si alguien estaba acortándoles la vida a los residentes, tampoco les estaba robando mucho tiempo, y él me recordó que estaría encantado de agarrarme de mi oreja mutilada y cincuentona y llevarme a rastras a darle la vuelta a la manzana. Desde que había contratado al anterior *sheriff* como telefonista a tiempo parcial los fines de semana, el viejo estaba en su salsa.

Miré por la ventana, la luz invernal cubría las altas llanuras como un halo y la nieve caía en copos del tamaño de una ficha de póquer. Había tenido el presentimiento de que iba a ser un invierno para recordar y, por el momento, no me había equivocado. La víspera de Acción de Gracias, Cady se había visto atrapada en el aeropuerto de Filadelfia. Llevaba intentando volar a Wyoming para hacerme una visita sorpresa desde entonces. No me había sentido muy bien en los últimos tiempos y ella era perfectamente consciente de que había pasado por uno de los casos más duros de mi vida. Cady había llamado llorando, llena de rabia y frustración, cuando dos tormentas impidieron que despegaran sendos aviones de la Costa Este y de Denver, el centro neurálgico de nuestra zona del planeta. Le habían asegurado que, aunque consiguiera llegar hasta nosotros, acabaría pasando las vacaciones en el Aeropuerto Internacional de Denver. Hablamos durante una hora y cuarenta y dos minutos. Antes de colgar, al oír esa risa suya tan sincera que tan bien casaba con su acento rústico, me sentí mejor.

—Dena dice que se va a mudar a Las Vegas.

—¿De verdad?

—Sí.

El café estaba hecho, así que me subí el saco un poco más arriba de los hombros y me lo llevé a remolque hasta la barra: seguro que parecía una mantis religiosa gigante. Me serví una taza y cogí la densa nata que Oso guardaba en la nevera del bar. Vertí un poco en su café, le añadí lo que me pareció una cantidad razonable de azúcar, metí una cuchara en la taza y se la llevé. Suponía que lo mínimo que podía hacer era removerse el café él solito. Le pasé la taza de Sturgis y volví a sentarme.

—Las cosas podrían haber sido peores.

—¿Y eso?

Le di un sorbo al café para que el efecto fuera más dramático.

—Podrías haber estado saliendo con una asesina —observé que su gran espalda cambiaba de postura y que se quedaba mirándome. No parecía correcto decirlo de aquella manera. Era una falta de respeto hacia alguien que todavía me importaba mucho—. Supongo que a todo el mundo le pone un poco nervioso hablar conmigo, ¿eh?

Su mirada era firme.

—Sí.

—Estoy bien —Henry no respondió nada—. De verdad.

–Sí.

Agité la cabeza y me quedé mirando la estufa. Nuestro pequeño rincón del mundo se estaba caldeando un poco, así que me quité el saco de los hombros.

–¿Vas a aportar algo más a esta conversación que no sea sí? –y rápidamente añadí–: No hace falta que respondas.

El viento soplabá contra las paredes de madera de la vieja estación Sinclair que Henry Oso en Pie había convertido en el bar El Poni Rojo. Estábamos en el límite de la reserva y el viento traía consigo voces antiguas. Escuché a los Ancestros Cheyenes gritar desde el noroeste y desaparecer en dirección a las Colinas Negras. Había tenido algunos episodios alucinógenos durante la primera gran nevada de la temporada, al menos había decidido referirme a ellos de esa forma, pero, en cierto sentido, echaba de menos a los Ancestros. No eran los únicos a quienes echaba de menos. Contuve en la boca el regusto amargo del café durante un segundo. Mi situación no era culpa de nadie, simplemente yo había dejado de comunicarme. Mis amigos habían evitado abrumarme con dosis ingentes de comprensión o, lo que era peor, de consejos, pero ya era hora de que volviera a la superficie. Henry era un buen punto de partida.

–No creo que vuelva a salir con nadie más.

–Sí –Henry tomó un sorbo de café y asintió conmigo–. No es que las mujeres sean divertidas, ni suaves, ni que huelan bien, ni que...

–Cállate.

Él volvió a asentir.

–Sí.

Conversamos largamente sobre Vonnie; hablamos del amor, del destino y de lo incapaces que somos de dejar atrás realmente el pasado. Había sido un caso feo: dos jóvenes y una hermosa mujer muertos y, después de cuatro años de aislamiento voluntario, mi corazón y mi cabeza volvían a pertenecerme.

Henry no hizo más que decir que sí. Supongo que entonces fue cuando las compuertas se abrieron y todo el aire viciado salió a la atmósfera, mientras el aire fresco entraba. Esa misma tarde me obligó a correr por la nieve y he de admitir que me sentó bastante bien.

Vic consiguió dos miembros más para el jurado y añadió a Dan Crawford a la lista por si las moscas. Me pasó el sujetapapeles después de montarse en su camioneta y cerrar la puerta.

–Aquí tiene, su majestad, su sierva ha finalizado sus tareas por hoy –se inclinó hacia delante, y yo observé cómo inclinaba su cuello esbelto para mirar a través del parabrisas los nubarrones que empezaban a empedrar el cielo.

–¿Qué planes tienes para esta noche?

Se quedó mirándome y noté que una levísima sonrisa asomaba en la comisura de sus labios.

–¿Por qué?

–¿Quieres venir conmigo a visitar a Lucian?

La sonrisa desapareció de inmediato.

- Tengo que lavarme el pelo.
- Siempre me pregunta por ti.
- Siempre te pregunta por mis tetas.

Lo mío iba con segundas. El martes anterior había ido con ella y Lucian había estado tan distraído que yo había ganado todas las partidas.

–¿Y si te lo tomaras como una visita a Pappy Van Winkle? –lo único que tenía a mi favor para persuadirla de que me acompañara era su afición por el *bourbon* caro, que corría alegremente en la habitación 32 de la residencia de ancianos de Durant.

–Puedo comprarme mi propio *bourbon* sin que ese puto viejo perverso me coma con los ojos –se removió en el asiento y se puso el cinturón–. Te diré algo: en materia de juergas, la del otro día fue bastante cutre. Llevaba sin hacer algo así desde que mi abuelo me llevó a un solar en South Street a beber vino y a jugar a la petanca con sus amigos –Vic me miró–. Tenía seis años y ya era un juez perspicaz para saber cómo pasar bien el rato.

Su breve sonrisa volvió a aparecer mientras apoyaba el brazo en la ventana y miraba por encima de la capota del Bullet. Bajé la vista y comprobé que ya no llevaba su anillo de casada. Glen y ella habían decidido tirar cada uno por su lado en noviembre: él se había marchado a Alaska y Vic todavía estaba aquí, gracias a Dios. Había rechazado sendas ofertas para hacer gala de honor, servicio e integridad en el Departamento de Policía de Filadelfia, donde había trabajado antes, y en el Departamento de Justicia del FBI. Así de buena era. En lugar de optar por esos destinos, trabajaba como segunda del *sheriff* del condado menos poblado del estado menos poblado de la Unión, con opción a ocupar mi puesto en noviembre.

Parpadeé, volví a enfocar la vista y me di cuenta de que me estaba mirando.

–¿Qué?

–Te he preguntado qué tal estabas últimamente.

–Bien.

Se quedó esperando.

–¿Sabes que estoy a tu disposición para hacer consultoría profesional sobre relaciones jodidas, verdad?

–Tengo tu tarjeta.

Cuando llegamos a la oficina, detrás del juzgado, como quien no quiere la cosa, habían empezado a caer unos copos de nieve muy menudos. La tormenta creía que podía cogernos por sorpresa si comenzaba despacio. En Wyoming, había veces que necesitabas tener cuidado con el lugar donde aparcabas el coche para poder encontrarlo por la mañana.

Seguí a Vic y me paré a revisar el marco de la puerta para ver si había algún *post-it*, mientras ella se detenía a recoger el correo del escritorio de Ruby. El perro levantó la vista, se quedó mirando el espacio que había entre los dos y luego volvió a apoyar su cabezota, del tamaño de un cubo de veinte litros, sobre sus patas.

Vic asentía al tiempo que pasaba las cartas.

–Sí, yo también trataría de pasar desapercibido si estuviera en tu pellejo, mierdecilla.

Lucian me había dejado a Ruby en herencia. Ruby era fiera como un gato montés y más leal que ninguna, su mirada azul neón no se apartaba de mis progresos morales. Tenía sesenta y cinco años pero aparentaba treinta. Me apresuré a hablar, antes de que empezara la verdadera pelea.

—¿Algún *post-it*

Ruby continuó acariciando a Perro.

—Alguien ha tirado un montón de basura y un frigorífico viejo en la reserva Healey.

—Déjame adivinar quién ha descubierto eso —nuestro pescador personal y ayudante a media jornada, Ferg, nos mantenía informados sobre todo lo que sucedía en las zonas de pesca de las inmediaciones.

—Dice que tiraron algunas cartas en las bolsas de basura, así que ha ido hasta el parque de caravanas que hay junto a la circunvalación para tener una pequeña charla con los sospechosos. Ah, han llamado de Rawlins para confirmar la entrevista de mañana.

—¿El chaval mexicano?

Ruby se dio la vuelta.

—Su acento no parecía mexicano.

—¿Qué parecía?

—Diferente —volvió a mirar la pantalla—. Lucian ha llamado para asegurarse de que irás esta noche. ¿Le has hecho algo malo? Normalmente nunca llama para confirmar la partida de ajedrez.

Cogí parte del tocho de correo y hojeé el último catálogo de ropa de policía, pensando que ya era hora de reemplazar mi mono de servicio.

—Ha estado un poco extraño últimamente.

—¿En qué sentido?

Decidí quedarme con mi mono viejo y cerré el catálogo.

—Actúa de forma extraña, como si algo le rondara la cabeza —lo tiré en la papelera de alambre y me dirigí a mi despacho—. ¿Sabe el chaval que va a nevar tanto como para cubrir a un indio de dos metros y medio?

Ruby levantó los ojos para mirarme por encima de la pantalla del ordenador.

—¿Tu amigo el nativo americano sabe que utilizas esos términos descriptivos?

Me detuve junto a mi puerta.

—¿De dónde crees que los saco?

—¿Dónde está Oso últimamente?

Las mujeres de mi vida siempre me preguntaban por Henry, era de lo más irritante.

—Está en la reserva, en el sótano de una iglesia menonita desacralizada —me apoyé en la jamba de la puerta y pensé qué haría si alguna vez Ruby se jubilaba: tendría que jubilarme yo también—. Han encontrado dos sombrereras viejas llenas de fotografías que los menonitas tomaron hace una eternidad.

—¿Hubo menonitas en la reserva de los cheyenes del norte?

Me encogí de un hombro.

—La cosa no cuajó.

—Suena como si fuera un tesoro oculto.

–Está catalogando y anotando casi seiscientos fotos.

Sus ojos regresaron a la pantalla y el tecleo comenzó de nuevo.

–Eso lo mantendrá alejado de problemas durante un tiempo.

Yo echaba de menos a Henry, pero suponía que recuperaríamos el contacto cuando tuviera ocasión. Mi amigo era como el viento *chinook*, que sopla cálido cuando menos te lo esperas. Me rasqué la barba.

–¿Algo más?

Los ojos de Ruby volvieron a la pantalla.

–Estamos recogiendo firmas para conseguir que te afeites.

Mi escritorio estaba relativamente limpio para ser martes y el expediente de Santiago Saizarbitoria estaba encima de un montón cuidadosamente apilado. Santiago Saizarbitoria. ¿Qué se creía Ruby, que era noruego? Aun seguro de que el chico no iba a ser capaz de llegar, decidí gastar diez minutos de mi tiempo pagados con el dinero de los contribuyentes, así que abrí la carpeta amarilla y eché un vistazo a la primera página. No había hablado con él. Ruby había recibido la solicitud por correo con una carta de presentación y su currículum. A partir de entonces, el contacto había sido a través de correo electrónico con el ordenador de Ruby. Yo no tenía ordenador, no me dejaban.

Vic se encargaría de la mitad de la entrevista, así que acabaría pareciendo una venganza ejecutada por la Inquisición. Con suerte, el chico se pasaría el día siguiente en la parada de camiones Flying J, en Casper, volvería a su casa de Rawlins y continuaría su carrera en el sistema penitenciario.

Santiago estaba casado y su mujer se llamaba Marie. No tenían hijos y por el primer trabajo que tuvo había cobrado 17.000 dólares anuales, un 18% menos que la media nacional. Tenía veintiocho años, medía 1,75, pesaba sesenta y tres kilos y tenía el pelo y los ojos oscuros. Sin duda alguna se le daban bien los idiomas: hablaba español, portugués, francés y alemán. Tendría que preguntarle qué tal se le daban el cheyene y el cuervo.

Llegué a la última página y mis ojos se encontraron con una foto de cinco por cinco. Un tipo de capa y espada. Sí, esa fue la primera impresión que me transmitió el chico al que Vic ya le había puesto el mote de Sancho. El chaval era guapo, con una perilla que le daba un aire de mosquetero pícaro y desenfadado. De complexión robusta, parecía fuerte, pero sus rasgos eran delicados. Siempre me fijó en la mirada y la suya era aguda, inyectada de una electricidad caprichosa. Tenía la sospecha de que a Sancho no se le pasaba casi nada y que percibía las cosas con una ironía tranquila.

Si íbamos a considerarlo de verdad, tendría que llamar a Archie, el jefe de policía de Kemmerer, y luego a su antiguo supervisor en Rawlins. Había durado dos años en una unidad de máximo riesgo en el ala de máxima seguridad de la prisión del estado. Eso ya me decía algo de él. Estamos destinados a las tinieblas, así es.

Cada vez que leía una solicitud, me preguntaba cuál sería mi respuesta a las preguntas. ¿Qué impresión me formaría de mí mismo, me contrataría? Nunca tuve que rellenar un formulario cuando comencé a trabajar para Lucian: él no tenía nada parecido.

Estábamos sentados en el bar del vestíbulo del hotel Euskadi en Main Street. Era viernes por la noche y era tarde y Montana Slim cantaba con su voz nasal *Roundup in the fall* en el *jukebox*. Estábamos solos. Lucian prefería el Euskadi porque el bar no tenía ni máquinas recreativas, ni clientes, por ese orden. Estábamos a finales de octubre y yo tenía una nueva esposa y 37 dólares en mi cuenta bancaria.

—Entonces, ¿fuiste poli en Vietnam?

—Sí, señor.

Lo pillé en mitad de un trago.

—No me llames señor, no soy tu papaíto, que yo sepa —lo observé sostener el vaso y mirarme por el rabillo del ojo, un cúmulo de arrugas quemadas por el sol y unas de las pupilas más negras que nunca había visto. Tendría la misma edad que yo ahora, entonces pensé que era un carcamal—. ¿Es un cisco tan grande como lo pintan?

Me quedé pensando en ello.

—Pues sí, lo es.

Le dio un sorbo a su *bourbon*, con cuidado de evitar el tabaco de mascar que tenía alojado entre su labio inferior y la encía.

—Bueno, probablemente la nuestra fuera igual de mala. Solo que no teníamos el juicio suficiente como para darnos cuenta —yo asentí, no sabía qué otra cosa podía hacer—. Esto de Vietnam... Si uno va y se mete en líos a veinticinco mil kilómetros de casa, es que se lo ha buscado —yo asentí de nuevo.

—¿Te reclutaron?

—Se me acabó la prórroga.

—¿Y eso? ¿Para qué coño la querías?

—Para graduarme.

Colocó su vaso de cristal tallado sobre la servilletita de cóctel redonda y lo empujó en dirección a Jerry Aranzadi, el barman, a quien yo no conocía por aquel entonces.

—¿Dónde?

Eché un trago de mi Rainier, esperando que mis ahorros me alcanzaran para acabar la entrevista.

—La Universidad de California del Sur —él no dijo nada—. Está en Los Ángeles.

Él asintió en silencio mientras Jerry le rellenaba el vaso con cuatro dedos por lo menos.

—Hay dos cosas que tienes que recordar, soldado —me llamó así durante los ocho años siguientes—. La primera, que más vale un lápiz pequeño que una buena memoria y, la segunda, que tú me traerás siempre el tabaco porque yo soy un lisiado —la última parte de la frase hacía referencia a la pierna que le faltaba: se la habían volado unos contrabandistas vascos en los años cincuenta.

—¿Qué marca?

Cerré el expediente de Santiago Saizarbitoria, lo coloqué sobre mi escritorio y me prometí a mí mismo que me acordaría de aquel chaval paleta con corte de pelo gracioso que estuvo sentado en el bar del hotel Euskadi. También me pregunté qué demonios habría hecho si el viejo sentado a su lado le hubiera dicho que no.

–Me marchó a casa.

Levanté la vista de mi escritorio y me topé con mi ayudante.

–¿Qué tiempo hace fuera?

–Nieva de cojones –a pesar de que se estaba marchando, entró en mi despacho, se sentó y dobló su chaqueta en su regazo. Hizo un gesto con la cabeza en dirección al expediente–. ¿Ese es Sancho?

–Sí, ¿qué te parece?

Ella se encogió de hombros.

–Con que tenga pulso y una polla, creo que lo podemos poner a patrullar –continuaba mirándome–. ¿Qué vas a hacer con tu cena?

–No sé, quizá baje hasta La Abeja –La Abeja Hacendosa estaba en un pequeño edificio de hormigón que colgaba sobre la orilla del Clear Creek gracias a la tenacidad de su dueña y a lo ricos que estaban sus panecillos con salsa picante. Dorothy Caldwell llevaba al frente del local desde tiempos inmemoriales. Yo comía allí con frecuencia y, teniendo en cuenta la proximidad de la cárcel, nuestros ocasionales reclusos también.

–Apuesto a que se ha marchado a casa.

–Me arriesgaré. Si sucede lo peor, siempre puedo recurrir al filete a la pimienta de la residencia de ancianos.

Ella hizo una mueca.

–Eso suena muy tentador.

–Mejor que un burrito precocinado del Kum and Go.

–Chico, te conoces los mejores sitios, ¿eh?

–Siempre he sabido hacer que una chica se lo pase bien, sí.

Después de que Vic y Ruby se marcharan, el animal entró tranquilamente en la oficina y se sentó encima de mi pie. Aunque yo no fuera más que su segundo plato, me gustaba que estuviéramos en el mismo equipo. Vic probablemente tuviera razón: con la tormenta que se avecinaba, lo más seguro era que Dorothy se hubiese marchado a casa esa noche. Sopesé mis opciones y me decidí por una empanada de pollo de las provisiones de la cárcel. Perro me siguió mientras yo rebuscaba en la pequeña nevera y sacaba el congelado del día. No teníamos ningún ocupante en ese momento, así que me llevé el envase metálico humeante hasta la celda número uno y me senté en el catre con una lata de té frío. Perro se echó junto a la puerta y se quedó mirándome. Le había enseñado que pedir no estaba mal si se hacía a más de dos metros de distancia.

No había ventanas, así que podía ignorar la nieve que se iba amontonando en el exterior, pero el teléfono comenzó a sonar y no pude desentenderme. Dejé mi empanada de pollo encima del catre y cogí el teléfono que había en la pared de la cocina.

–Oficina del *sheriff* del condado de Absaroka.

–¿Hablo con el puto *sheriff*?

Reconocí la voz.

–Puede.

–Bueno, si no eres tú, dile que será mejor que alguien vaya a buscar a ese subnormal

hijo de perra para decirle que mueva el culo hasta aquí. ¡No tengo toda la noche! – colgaron el auricular al otro lado de la línea con gran estrépito y el teléfono enmudeció. Yo permanecí de pie oyendo cómo devoraban mi empanada.

Le había pedido a Lucian que trabajara con nosotros como telefonista a tiempo parcial los fines de semana y creo que disfrutaba con ello, pero yo era la última persona sobre la tierra a la que se lo diría. Volvía loco al resto del personal, pero a Perro le gustaba y a mí también. Cogí el envase metálico y lo tiré a la basura junto con el tenedor de plástico y la lata vacía. Me dirigí a mi despacho para coger el abrigo. Perro me siguió.

Vic tenía razón. Cuando salimos de la oficina, estaba nevando con tanta intensidad que no se veía el juzgado, un edificio que estaba al otro lado de la calle. Entrecerré los ojos para evitar la punzada de los copos, me calé el sombrero y tomé como referencia el vago halo de las farolas arqueadas que se distinguían a lo lejos, en Main Street. Solo había un coche y estaba aparcado entre La Abeja Hacendosa y la tienda de deportes. Perro se detuvo junto a la camioneta y encaró el viento conmigo. Abrí la puerta y lo observé subirse al coche y pasarse al asiento del acompañante. Se giró y me miró, como esperando a que yo también montara, pero yo me volví para observar el coche aparcado. Él se estiró en el asiento y se dispuso a echarse una siestecita, pues sabía perfectamente lo que iba a hacer antes de que yo mismo lo hiciera.

Bajé caminando por la ligera pendiente hasta llegar al vehículo aparcado, con cuidado para no escurrirme, me incliné hacia delante y aparté la nieve de la matrícula delantera de aquel coche marrón, parte Oldsmobile y parte Buick: matrícula del estado, condado 2, Cheyenne. Miré las fachadas de los establecimientos a mi alrededor, pero el único que mostraba una mínima señal de actividad era el hotel Euskadi, donde los rótulos de cerveza Rainier y Grain Belt parpadeaban suavemente en las dos ventanas diminutas.

Con la excepción de los adornos de Navidad, el bar del Euskadi no había cambiado mucho desde que Lucian me contratara hacía ya la tira de años. El *jukebox* todavía estaba allí y sonaba una versión irónica e inocente de *Let it snow, let it snow, let it snow*, de Sinatra. La barra del bar, de madera nudosa y recargada, estaba situada a la derecha del local, donde había un espejo antiguo de mercurio, manchado y decadente, testigo de la gloria de épocas pasadas, en el que se reflejaba una rubia sentada a la barra.

Me eché el sombrero hacia atrás con una teatralidad digna de Dashiell Hammett y sentí cómo un reguero de nieve derretida recorría mis omóplatos y mi chaquetón de piel de borrego. No fue una de mis mejores entradas, no.

–Hola, *sheriff* –Jerry Aranzadi continuaba siendo el barman a tiempo completo. Era un hombre menudo, de espalda encorvada y gafas de montura oscura. Antes de que pudiera detenerlo, sus hombros estrechos se arquearon para rebuscar en el frigorífico y le quitó la chapa a una cerveza Reindeer. Deseé que mis gustos fueran un poco más exóticos–. ¿Qué le trae por aquí en una noche como esta?

Me senté algunos taburetes más allá mientras Jerry colocaba una servilleta de papel sobre la barra junto a mi cerveza. Se sabía todas mis costumbres, incluso la de evitar los vasos.

–Es noche de ajedrez.

Le pegué un trago a la cerveza. Ella no me miró, parecía absorta en lo que parecía un café irlandés. Jerry dio unos golpe-citos suaves junto a su taza para atraer su atención.

–Señorita Watson, este es nuestro *sheriff*, Walter Longmire.

Siempre trato de quedarme con la primera impresión que me produce una persona. Normalmente es un gesto, pero en ella era su energía, un dinamismo que ni la edad, ni el cansancio, ni el alcohol podían esconder.

Después me di cuenta de que era sencillamente preciosa, con una mirada franca y azul y unos labios bien definidos.

–*Sheriff*, Maggie Watson. Apuesto a que no eres capaz de adivinar cómo se gana la vida.

–La señorita Watson trabaja para el estado –eché un trago y volví a mirarlos. Disfruté enormemente viendo cómo aquellos grandes ojos azules se abrían e iban de Jerry a mí. Supuse que tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta años, que le iban los deportes al aire libre y que siempre había sido guapa de cara, un rostro curtido por los elementos hasta alcanzar la perfección. Tenía una complexión atlética, probablemente practicara esquí-. Lo sé por la matrícula del coche de ahí fuera. Elemental mi querida... –la mujer entornó los ojos-. Apuesto a que te gustaría tener una moneda de cinco centavos por cada persona que te dice eso.

–Imagínate –Maggie Watson también tenía una voz bonita. Era suave, pero además poderosa, con un ligero acento sureño-. Departamento del Tesoro Estatal –sonrió con un gesto travieso y le dio un elegante sorbo a su café-. Soy jefa de proyectos de bienes no reclamados.

Era su turno de jactarse.

–No se ven muchos por aquí –asentí y miré en dirección a Jerry-. Creo que jamás nos ha visitado nadie de ese departamento.

Me respondió con una risa melódica pero breve.

–Me dedico a devolver los contenidos de las cajas de seguridad abandonadas a sus dueños o a sus legítimos herederos –depositó la taza en la barra y me lanzó una mirada afilada-. O al menos, eso hacía antes, hasta que me quedé atrapada aquí.

Me lo pensé un momento, luego sentí la llamada del deber y apoyé la cerveza casi intacta en la barra.

–Dame las llaves, pondré tu coche en marcha. Creo que podremos conseguirte alguna habitación si nos movemos ya. Los moteles se ponen hasta arriba cuando el tiempo está así –traté de pagarle a Jerry, pero él me disuadió con un gesto de la mano.

De vuelta a la camioneta, Perro me saludó con un bostezo terrorífico, confirmando así mis sospechas acerca de su preocupación por mi bienestar cuando me marchaba. Aparté la nieve que se había acumulado con el limpiaparabrisas y encendí las luces del techo. Siempre me embargaba una ligera tristeza con esas luces: demasiados cinturones sin abrochar, demasiadas ruedas lisas. Me situé delante de su coche, saqué la pala más larga de debajo de mi asiento y aparté la mayor parte de la nieve de su vehículo. Una hora más y el coche se habría convertido en un añadido permanente a la calle. Ella llegó corriendo y se metió en el vehículo. Era más alta de lo que pensaba, o quizá no se

hundía en la nieve de la misma forma que yo.

—Sígueme y conduce pisando mis rodadas, ¿de acuerdo?

Ella asintió y yo cerré la puerta.

Me siguió colina arriba tras hacer diligentemente el cambio de sentido prohibido. Rodeamos el juzgado y nos abrimos paso en dirección a las montañas. El resplandor rojo del rótulo de neón del motel Log Cabin no quedaba lejos y, si las cosas se ponían feas de verdad, siempre podría ir caminando desde allí a los bancos del pueblo. Detuve la camioneta junto a la recepción y me apeé, ignorando el letrero de «completo». La escolté hasta el porche y pulsé el timbre en el interfono, la situé un poco más cerca del edificio y bloqueé cuanto pude el viento con mi espalda. Aquella mujer olía realmente bien. Nadie respondía al timbre, así que volví a pulsar el botón, esa vez sin despegar el dedo. Un momento después, una voz enfadada nos chilló a través del interfono de plástico amarillento:

—¡Está completo! ¿Es que no sabes leer? —sin mediar más palabra, un individuo demacrado con una bata de cuadros escoceses raída apareció en el mostrador del diminuto vestíbulo y abrió la puerta—. Dios, Walt, ¿qué estás haciendo aquí con la que está cayendo?

Conduje a Maggie al interior antes de entrar.

—Esta dama necesita una habitación.

Cogí la llave que Erma, la mujer de Willis, me tendía y caminé penosamente entre la nieve para encender las luces y la calefacción de una de las cabañas situadas al final del camino. Pronto sería un lugar confortable, pero, como le advertí, la temperatura no subiría de los cinco grados por lo menos en veinte minutos.

—No sé cómo agradeceréte.

—Bueno, si llegas a encontrar una Declaración de la Independencia en alguna de esas cajas...

—Eso lo dudo, pero podría invitarte a comer.

El viaje hasta la residencia de ancianos de Durant no me llevó demasiado tiempo, solo tuve que dar marcha atrás un par de manzanas. Cuando llegué, había una ambulancia junto a la entrada principal, algo que, lejos de ser una novedad en ese lugar, no dejaba de ser un tanto inquietante. Las puertas estaban cerradas, pero el vehículo estaba en marcha y las luces ambarinas trazaban formas fantasmagóricas que recorrían velozmente la superficie de ladrillo. Empujé las puertas del edificio y casi me echa para atrás la voz de Fred Waring and the Pennsylvanians cantando *Ring those Christmas bells* a un volumen atronador. La mayoría de los residentes de la residencia estaban más sordos que una tapia. Perro me siguió. Mientras pasábamos junto al árbol de Navidad que habían plantado tras el mostrador de recepción desierto y girábamos por el pasillo que conducía a la habitación 32, me empezó a entrar una ligera sensación de pánico. Cuando nos aproximamos, vi que la puerta estaba entreabierta, así que apreté el paso. El lugar estaba vacío. El tablero de ajedrez estaba colocado sobre la mesa plegable y parecía que Lucian había dado ya buena cuenta de un vaso lleno de *bourbon*. Perro miró conmigo a nuestro

alrededor y me siguió cuando abandoné rápidamente la habitación, desandando el camino hasta el mostrador de la entrada.

The Pennsylvanians todavía sonaban cuando fui a doblar la esquina. Vi la ambulancia que se marchaba con el rabillo del ojo, pero lo que captó mi atención fue el celador vestido de blanco. El tipo con el mejor gancho del estado lo tenía agarrado contra la pared.

Me aproximé pasando directamente tras el mostrador, lo que resultó ser un error, puesto que mis piernas se enredaron con Perro, enganché el cable de las luces del árbol con la culata de mi 45 y, al arrancarlo de la pared, provoqué una explosión de brillos navideños.

Necesité las dos manos y todo mi peso para poder hacer palanca con la mano de Lucian y liberar al celador medio asfixiado, que resultó ser Joe Lesky.

–Bueno, ya era hora, joder –Lucian se apartó de mí, se dejó caer en la pared contraria y luego se levantó ayudándose de los brazos; se quedó mirando a Joe, que en ese momento tosía y se masajeaba el cuello, mientras Perro, que había escapado sin un rasguño, continuaba ladrando.

–¡Cállate! –Perro paró, se aproximó y se sentó junto a Lucian como si nada hubiera ocurrido. Yo no iba a perdonarlo tan fácilmente. Me quité el árbol de encima.

–¿Qué cojones está pasando aquí?

La pregunta iba dirigida sobre todo a Lucian, pero, después de un ataque de tos, Joe fue el primero en responder.

–El señor Connally estaba interfiriendo en el transporte de una paciente fallecida –tosió un poco más y se apoyó contra la pared opuesta.

–Quiero que acordonen la habitación que está junto a la mía, se trata de la escena del crimen, y también que se realice de inmediato una autopsia completa.

Me quedé mirándolo fijamente mientras él contemplaba el árbol maltrecho que yacía entre los dos.

–Lucian, ¿has perdido el juicio?

Un mal momento para que Joe hablara, pero no era consciente de ello.

–*Sheriff*, le estaba explicando al señor Connally que no podemos retener el cuerpo de un fallecido sin el permiso de un familiar.

Lucian no levantó la vista del árbol.

–Pues ya lo tienes.

Desenredé el cable de lucecitas de mi pistolera y, por si los renos, le di al árbol una última patada.

–Lucian, no puedes hacerlo.

Levantó sus ojos oscuros despacio, y fue como si el mundo desapareciera.

–No tan deprisa –pareció envejecer justo entonces, un anciano pequeño y cansado, como nunca lo había visto. Sus ojos regresaron donde las luces extintas del árbol.

–Era mi mujer.

La habitación número 42 de la residencia de ancianos de Durant estaba cerrada con llave y el cuerpo de Mari Baroja se encontraba esperando al forense de la División de Investigación Criminal.

En la habitación número 32, dos viejos viudos se sentaban frente a un tablero de ajedrez relegado, con la mirada perdida en el vacío, una estampa tan dickensiana que podría haberse tratado de una ilustración de Phiz. La concavidad del fondo de la botella de doce años de Pappy Van Winkle's Kentucky Straight Bourbon sobresalía como una isla en medio de un recogido mar dorado: una tormenta que se forma en una botella, un relámpago contenido o un genio encerrado.

Perro ya se había dormido en el único sofá al que estaba autorizado a subirse. Yo confiaba en que el grueso cristal se separase del fondo de la botella y flotara hasta la superficie. Quizá esperaba que navegase por el largo cuello hasta el exterior y que bailase por la habitación; después de todo, estábamos en la época de los milagros. Quizá fuera eso lo que esperara, un milagro, algo que nos diera un empujoncito y nos liberase, como el fondo de la botella, algo que me permitiera acercarme al rey negro que aguardaba al otro lado del campo de batalla, un hombre al que, hasta esa noche, creía conocer.

—Como no hables o no te muevas me voy a quedar dormido.

No se movió.

—Duérmete entonces.

Mi apertura había sido una defensa india de la reina, variación Petrosian, una jugada que, de prolongarse, requería pericia y determinación, cualidades de las que yo carecía, pero a Lucian le gustaba elucubrar sobre ella cuando a mí me daba por probar.

Sin darme cuenta me quedé dormido. El sillón era mullido y cómodo, la habitación estaba en penumbra y calentita, quizá me sentía protegido por aquellos ojos negros que reflejaban el parpadeo de las estúpidas lucecitas. Aquellos ojos no escrutaban la oscuridad tras las ventanas de doble acristalamiento, miraban más allá, a un lugar que yo desconocía. Esa noche nada nos sorprendería ni nada se le escaparía a esos ojos, esa noche nada podría con un rey un tanto trastornado.

Debí de quedarme dormido más tiempo del que creía. No recuerdo haberme despertado y quizá es eso lo que él pretendía cuando empezó a contarme su historia mientras dormía. Recuerdo que su voz me llegó grave y firme, como si procediera de algún lugar lejano.

—Fue después de la guerra. Su familia era de origen vasco, venían de Swayback. Eran

cuatro hermanos varones –se detuvo para tomar otro trago de *bourbon*–. Por Dios, tendrías que haberla visto. Recuerdo que estaba mirando por encima del Dodge del 39 de Charlie Floyd cuando la vi salir al porche. Tenía la melena negra y espesa como la crin de un caballo –se detuvo saboreando el recuerdo; el único sonido que se oía en la estancia de Lucian era el de la calefacción. Sus dos habitaciones no se diferenciaban de las demás en la disposición, pero estas tenían el estilo y el aplomo que les conferían los muebles de la familia Connally. Me removí en el sillón, demasiado relleno de crin de caballo, y esperé.

–Era verano y solo llevaba puesto un vestidito azul marino con lunares pequeños. Se le ajustaba al cuerpo con el viento –le llevó un momento retomar el hilo–. Era la cosa más salvaje y hermosa que había visto en toda mi vida. El pelo, los dientes... Nos estuvimos viendo todo el verano antes de que su padre intentara que rompiéramos en otoño. Querían enviarla lejos con unos parientes para separarnos al uno del otro, pero ya era demasiado tarde.

Lo miré y la noche que poblaba mi cabeza se hizo más sombría.

–Temblábamos nada más tocarnos. Tenía la piel más hermosa que había visto nunca, noche tras noche me maravillaba. No era como las chicas americanas, ella era callada. Solo hablaba si alguien le dirigía antes la palabra. Respuestas breves y suaves... Era vasca. Sabía que parte de ella era inalcanzable para mí y que siempre lo sería. Quizá ella también lo supiera –Lucian se quedó mirando fijamente el tablero–. Los vascos tienen un viejo dicho: «Una vida sin amigos acarrea una muerte solitaria» –suspiró–. Nos escapamos juntos, llegamos hasta Miles City y sacamos a un juez de paz de su campo de heno para que viniera a casarnos –soltó una risotada–. Su mujer tocaba un piano de pedales y él estaba allí de pie leyendo los votos con unas botas de goma sucias de haber pisado mierda –echó otro trago y yo oí el tintineo del hielo en su vaso–. Nos pillaron un poco más al norte. Fueron su padre y sus tres tíos vascos –se detuvo de nuevo, y entonces me di cuenta de que había abierto los ojos y que Lucian me estaba observando–. Se armó un jaleo de mil pares de cojones –extendió un brazo, me cogió la mano y después se la llevó debajo de su sombrero, para que palpase una antigua fractura que iba desde la coronilla hasta detrás de la oreja izquierda. Me soltó y volvió a calarse el sombrero–. Al final, uno de los tíos regresó con una barreta.

Que yo supiera, había sufrido dos encontronazos con los vascos, ese y el que había tenido con unos contrabandistas de alcohol, cuando perdió la pierna.

–¿La enviaron lejos?

Se hurgó algo que tenía entre los dientes o quizá su mandíbula todavía buscaba la revancha.

–Anularon nuestro matrimonio y la casaron con otro –se acodó en el brazo de su sillón de cuero repujado y encajó la barbilla en la palma de la mano–. De vez en cuando veía a su padre y a sus tíos en el pueblo, incluso después de convertirme en el *sheriff*. Nunca me dirigían la palabra y yo les respondía con la misma moneda.

–¿Cuándo volviste a verla de nuevo? –le llevó un rato responder, me daba la sensación de que estaba preguntando más de lo que Lucian en realidad quería, pero ya daba lo

mismo: cuando precinté la habitación 42 y obligué a los de la ambulancia a que la depositaran en el hospital de Durant, la historia había pasado a convertirse en algo oficial.

Lucian estaba contemplando su reflejo oscuro en la superficie del cristal.

–Hará un año, un amigo me contó que había una mujer en la otra ala que había preguntado por mí, una mujer nueva. Fui hasta allí y era ella.

–Debió de ser todo un choque emocional.

–Hummm... Tenía una casita en Powder Junction. Supongo que allí era donde había estado viviendo.

Me adelanté un poco hasta el borde de la silla.

–Lucian, ¿por qué he tenido que precintar su habitación y por qué la tengo encima de una mesa en el hospital? –sus ojos fueron hasta mí y me mantuvo la mirada–. Todo lo que digo es que el marido ausente de un matrimonio anulado que duró unas tres horas hará más de cincuenta años difícilmente se puede considerar el familiar más cercano –me pasé la mano por la cara, en un intento de alisarme la barba, y continué mirándolo–. Lucian, tienes que darme algo para que pueda continuar antes de que los hijos y los nietos se presenten aquí y hagan de mi vida un infierno.

Esperé.

–Tienes que darme algo más para poder trabajar.

–¿No te fías de mí?

Lo dejé estar un rato. No se estaba comportando de forma razonable y quizá le costara unos momentos darse cuenta. Repasé el historial de Lucian y aquel arrebato y todo lo que encontré fue miedo a lo desconocido y frustración con la sociedad y con el sistema, mezclados con un ingrediente que nunca antes había relacionado con él: el amor. Lucian enamorado, algo difícil de imaginar.

Sus ojos volvieron a buscar el exterior e intuí que tras ellos se ocultaba un ápice de vergüenza.

–Dile al forense de la división que le practique un examen general, luego regresa aquí y te contaré algo más.

Cuando volví al mostrador de la entrada habían vuelto a colocar el árbol en su sitio original. Le faltaban algunos adornos y me fijé en que las luces no funcionaban. Ahora sonaba Nat King Cole cantando en alemán, proporcionándole a aquel lugar el regusto internacional que tanto necesitaba.

Supuse que Joe Lesky era una de esas personas que se ocupan de paliar las miserias humanas, esas que hacen todo lo que está en sus manos por mejorar la vida de los demás. Joe tendría más o menos la misma edad que yo y el pelo y los ojos oscuros, como si tuviera algo de sangre india, pero todo ese tiempo que había pasado volcado en los demás debía de haberle pasado factura.

Me apoyé en el mostrador y Perro se sentó a mis pies. Volví la vista atrás, en dirección al árbol.

–¿Qué tal está el paciente?

Él se reclinó en la silla y miró la pobre conífera por encima del hombro. Algunas de las

ramas parecían apuntar hacia un avión que la estuviera sobrevolando.

–No creo que se haya perdido ningún tesoro, pero todavía no he conseguido que las luces funcionen.

–¿No tendrás por casualidad el expediente de la señora Baroja? –Joe deslizó una carpeta por el mostrador hasta donde yo estaba./p>

–Lo he sacado para los de emergencias.

–¿No vas a discutir?

–Eres el *sheriff*.

–La gente suele discutir conmigo precisamente por ese motivo.

Con la llegada de las técnicas modernas de reanimación cardiorrespiratoria, trasplantes de órganos y sistemas de respiración artificiales, el cerebro jugaba con ventaja sobre el corazón y los pulmones. En un acuerdo sin precedentes entre abogados y médicos, el indicador definitivo del azote de la Parca tiene lugar cuando todas las funciones cerebrales han cesado de manera irreversible, es decir, cuando se produce la muerte cerebral.

Para Mari Baroja, las campanas tañeron a las 22:43:12. Fue atendida por Chris Wyatt y Cathi Kindt, el personal de urgencias de la ambulancia. Se le practicaron seis intentos de reanimación, lo habitual en este tipo de incidentes, y se notificó por radio al hospital un código 99. Wyatt empuñó los desfibriladores eléctricos y el cuerpo de la mujer se arqueó cinco veces más, como la cabeza de una res empecinada en un rodeo. Después cancelaron el código y cancelaron a Mari Baroja.

–Lo siento, *sheriff*.

Miré a Joe por debajo del expediente.

–¿Hummm...?

–¿Conocía a la señora Baroja?

–No –me froté los ojos secos–. No, no la conocía.

–Ahora está en un lugar mejor.

Asentí. –¿Y tú?

–¿Y yo...?

–¿Conocías a la señora Baroja?

Se quedó pensando un momento.

–En realidad, no. Creo que era una mujer muy tranquila. La mayoría de nuestros residentes están dormidos cuando estoy yo de turno.

Sonreí un poco, resistiéndome a lo de un lugar mejor.

–Conoces a Lucian, ¿verdad?

Se frotó el cuello y se encogió de hombros.

–Todo el mundo conoce al señor Connally, es toda una leyenda.

Volví al expediente.

–Quizá la señora Baroja también fuera una leyenda –cerré la carpeta y se la devolví–. ¿Podrías hacer algunas copias de esto? Así te ahorraré el acoso oficial dentro de un rato.

–Claro.

–¿Quién la encontró?

—Jennifer Felson. La señora Baroja debió de pulsar el timbre de su habitación para llamar a la enfermera.

—¿La visitó alguien más anoche?

Estaba a punto de marcharse con el expediente pero se detuvo para indicarme:

—No estoy seguro, pero puede comprobarlo en el registro de visitas.

Hojeé el libro encuadernado a mano en tela de cuadros en un sitio donde había luz suficiente para poder leerlo, repasé los nombres y busqué más Barojas. Solo había una: Lana Baroja se había registrado a las 19:10 y se había marchado una hora después. También había un par de personas apellidadas Lofton que estuvieron en la habitación 42 menos de veinte minutos antes que Lana. Podía acercarme por allí y husmear un poco. Miré a Perro y Perro meneó el rabo.

Me eché a reír.

—Sí, fue el mayordomo, vamos a por él.

Para ser sinceros, no parecía un caso de asesinato. Aquello era una habitación solitaria donde habían arrumbado a una mujer enérgica y hermosa para que pasara el resto de sus días. Por más que bromeara con Lucian, el asesinato no se justifica nunca, la vida humana no es una curva cuyo valor juzgamos de acuerdo a una escala cronológica descendiente. Se lo debía a Mari Baroja. No llegué a conocer a la mujer, pero, si era del condado de Absaroka, era de los míos.

Aparte de un crucifijo sobre la cama, no había más decoración en las paredes. Había algunos efectos personales y una manta a cuadros, una Biblia y algunas cartas de un bufete de abogados de Miami. Pensé en dejar las cartas para más tarde.

Había siete fotografías, todas enmarcadas en plata antigua. Algunas de ellas eran tan viejas que la emulsión se había adherido a la superficie interior del cristal. La más antigua parecía una donde estaba dispuesto a apostar que los retratados eran los cuatro hermanos, hombres bajos de estatura a lomos de caballos menudos. Hombres enjutos y de mirada dura, no cabía duda de que el viento soplaba a su alrededor mientras posaban, pues parecían tallados en madera de palo fierro. Pensé en la pelea que ocurrió al norte de Miles City y me alegré de no haber estado allí para presenciar ese apocalipsis.

En la siguiente aparecía un hombre, creo que se trataba del cuarto, el del extremo, junto a una mujer que asumí sería su mujer. Su aspecto era adusto y recto, así que continué. La siguiente instantánea era de ese extraño color que solo parecía existir en los cincuenta, como si el color de verdad no fuera lo bastante bueno para salir en las fotos. Sentadas en el umbral de una puerta, había dos niñas pequeñas con vestidos veraniegos y pasadores en el pelo; parecían alegres, pero como si tuvieran que aparentarlo. Ambas tenían el pelo largo y oscuro y la de la derecha miraba hacia un punto que quedaba a su vez a su derecha.

La siguiente foto era de un joven oficial de las fuerzas aéreas, probablemente de mediados de los sesenta, que me resultaba vagamente familiar. Era teniente y estaba condecorado, con una distinción con cintas amarillas y verdes que me confirmó que se trataba de Vietnam. La foto tenía un tinte triste y el hombre no parecía encajar con el resto. Era más rubio y sus ojos eran distintos. El resto de las fotografías estaban en el

suelo en medio de una pila de medicamentos con receta y una copia en tapas duras de *Orgullo y prejuicio*. Abrí una Biblia gastada por el uso y encontré una nota escrita a mano en vasco que rezaba: «*A ver nire aitaren etxea defendituko dut, otsoen kontra*».

Me arrodillé junto a un plato medio tapado de lo que parecía y olía como galletas de almendra. Hambriento, estuve tentado de alterar las pruebas, pero en lugar de eso, cogí la siguiente fotografía enmarcada. Se trataba de una foto de grupo de la familia Baroja. El emplazamiento de la cámara y la distancia hacía que fuera difícil distinguir los rostros por separado, pero los hermanos estaban ahí, junto con sus mujeres y un sacerdote. Me pareció distinguir a las dos niñas, más crecidas y con sus respectivos maridos, pero el teniente no aparecía.

La última y más reciente de todas mostraba a una mujer que andaría por los veintitantos y que parecía incómoda, vestida con una chaqueta y un gorro de chef. Era la única que tenía un pie de foto oficial, donde se leía: «Instituto Culinario Vasco, Bayona, Francia». Del gorro se le escapaban unos mechones cortos de pelo azabache peinado hacia atrás, por encima de las orejas, revelando unos ojos separados y oscuros imbuidos de un sarcasmo burlón. Me gustaba sin conocerla, algo muy positivo, porque cuando me giré, me la encontré de pie junto a la puerta.

La mujer realizó una sencilla afirmación.

—Está muerta.

Me levanté y miré a Perro, que a su vez, la estaba mirando. Menudo perro guardián. Cuando volví a observarla, ella estaba contemplando algún punto del suelo de moqueta que quedaba a su izquierda. Di un paso hacia ella, pero sus ojos no se movieron. Me decidí por una conjetura con cierta base.

—¿Señora Baroja, Lana Baroja?

No había cambiado mucho desde la foto de la escuela de cocina, estaba más delgada, quizá pareciera un poco más cansada. Vestía un abrigo largo guateado de un color morado estridente y un gorro de lana rojo que no combinaba ni con la bufanda que llevaba al cuello ni con los guantes que tenía en las manos. Llevaba unas botas de agua bien altas y empecé a pensar que era estupendo que se dedicara a la cocina, porque no habría hecho carrera en el mundo de la moda. La miré de nuevo y me sentí mal por emitir juicios sobre alguien que acababa de perder a un ser querido.

—Soy el *sheriff* Walt Longmire y lo siento mucho. Tengo a la señora Baroja en el hospital.

—¿La tiene?

Era solo una forma de hablar, a menos que se lo tomara literalmente.

—Sí.

—¿Puedo verla?

Allá íbamos.

—Tenemos que llevar a cabo una serie de formalidades relativas a la difunta señora Baroja.

—¿Formalidades?

—Me temo que la muerte de su abuela no se registró como es debido, con un

certificado de defunción emitido por el técnico de emergencias sanitarias, pero vamos a necesitar un certificado formal del facultativo de guardia que indique que la muerte se debió a causas naturales derivadas de su avanzada edad –pensé que sonaba como si supiera de lo que estaba hablando.

–¿O?

Vaya, había detectado el pero.

–O, si las circunstancias se complican, se le solicitará a un forense que determine las causas de la muerte.

–¿Si se complican?

–Que se den o no circunstancias atenuantes que nos puedan llevar a pensar que quizá debiera realizarse una autopsia –la observé por un momento, pero ella ni siquiera parpadeó–. Ahora mismo, estamos hablando de formalidades hipotéticas, pero estoy seguro de que querrá saber el motivo de la muerte de su abuela –ella permaneció en silencio–. ¿Podría decirme quién era su médico?

–Bloomfield.

Isaac.

–Me pondré en contacto con él –había jugado mi baza y había obtenido algunas respuestas interesantes. Di un paso más hacia ella–. ¿Por qué no se marcha a casa y la llamo más tarde?

–De acuerdo –se dispuso a marcharse.

–¿Señora Baroja?

–¿Sí?

–Le agradecería que me diera su número de teléfono, me ahorraría tener que buscarlo. Regresó y me lo dio, con una sonrisa triste y recatada.

–Lo siento.

Extendí el brazo y le rocé ligeramente el hombro.

–No, soy yo el que lo siente. Ha sido una conversación poco apropiada en un momento muy inoportuno. Tengo entendido que su abuela era una mujer maravillosa.

–¿De veras? –había estado esperando el sarcasmo burlón y obtuve una buena dosis–. ¿Y quién le ha contado eso?

El sol temprano de la mañana todavía no se había manifestado cuando atravesé el aparcamiento. Perro reaccionó a los copos de nieve que caían y llegó de un salto hasta la camioneta. Cuando me detuve para mirarlo, me ladró. Continué mirándolo fijamente y él continuó ladrando, dispuesto a jugar. Tenía la mirada encendida por el esfuerzo y le colgaba la lengua a un lado de la boca. Debería ponerle un nombre en condiciones un día de esos.

Después de alguna dificultad con el hielo, conseguí abrir la puerta y me quedé mirando cómo Perro dejaba mi asiento lleno de pisadas cubiertas de nieve de camino hacia su sitio habitual. Debería comprar fundas para el asiento. Me subí al coche y cerré la puerta, y me quedé mirando el expediente amarillo que descansaba en mi regazo, la materia de la que están hechas las leyendas. Puse la calefacción al máximo para limpiar las lunas y

observé cómo mi aliento salía haciendo volutas hasta mi pecho y se disipaba al toparse con los papeles que Joe me había dado. Los calefactores habían empezado a expulsar calor del motor y el parabrisas comenzó a despejarse lentamente.

Mientras accedía a la ruta 16 y giraba a la derecha, vi a Lana Baroja caminando por la acera, como si se tratara de un tipi de cuadros ambulante. Me pregunté dónde viviría y luego me pregunté dónde trabajaría para levantarse tan temprano por la mañana. Había garabateado dos números de teléfono en la parte de atrás del expediente que tenía al lado. Podía haberme ofrecido para acercarla a algún sitio, pero parecía que estaba deseando alejarse de mí. Cuando se trabaja en algo así, uno se acostumbra a ese tipo de reacciones.

Las máquinas quitanieves ya parecían haber dado una o dos pasadas, lo que significaba que el pequeño vértice que conformaba el centro de Durant estaría despejado. Me desvié por detrás del juzgado y aparqué en mi plaza. Perro me siguió hasta la oficina. Dejé caer el expediente en mi escritorio para no sentirme tentado a leerlo y continué caminando hasta la zona de internamiento y hasta la celda número uno. Solo teníamos dos celdas, pero no solía usar la número dos ni bajar al piso inferior y, si algo sucedía, nadie sabría dónde encontrarme. Perro saltó al catre del otro lado, se acomodó en él y pronto los dos nos quedamos dormidos. No sé si habría sido el vistazo que había echado a la habitación de Mari Baroja o lo que Lucian me había contado, pero estuve soñando y no pude descansar.

Había una casa, una pequeña cabaña de madera junto a una de las crestas del río Powder. Había arroyos que recorrían el pie de las colinas que desembocaban en las montañas Big Horn y búhos en los álamos y los robles negros y raquíticos. Se parecía al lugar en el que había estado hacía un mes, un lugar al que no quería regresar. La casa se erguía vacía y abandonada, la imagen de la desolación contra un cielo color púrpura. Tenía una puerta mosquitera sujeta a unos goznes oxidados, sellada en el marco, mientras que las ventanas estaban rotas o habían desaparecido, como si fueran ojos huecos e inútiles que mirasen sin ver. Como paridera, usaban un viejo granero y un cobertizo combado e inclinado en dirección opuesta a donde soplaba el viento. Las tablas que faltaban se asemejaban a las teclas de un piano que, cansadas de tocar siempre la misma cantinela, hubieran decidido marcharse con la música a otra parte.

Era un lugar de sueños tangibles que uno podía tocar con la punta de los dedos y sentirlos sobre la superficie rugosa y gastada de la madera: las espirales y las caídas en picado de la pasión y la pérdida, de éxito merecido y de derrota total. No estaba solo en aquel lugar. Conmigo se encontraba una mujer con el rostro vuelto en dirección a las montañas. La brisa del noroeste agitaba su pelo como los dedos largos de una mano que también envolviera su vientre con un vestido de lunares raído. Tenía unas pantorrillas fuertes, bien dibujadas, e iba descalza. Sujetaba con las manos un chal de seda que tenía puesto alrededor de los hombros, con flecos y un dibujo propio del Viejo Mundo, como yo nunca había visto antes.

Pasado un instante, levantó el chal por encima de su cabeza. Lo mantuvo allí un

momento y luego lo dejó ir. Lo contemplé volar entre las altas hierbas, donde se enganchó en un tocón retorcido de salvia para luego desaparecer. Cuando me volví hacia ella, estaba mirándome. Sus ojos eran como el cristal negro de la pasada noche. Entonces echó a caminar hacia la casita sin detenerse. Podía ver lo delicado de sus rasgos, la forma bien dibujada de sus labios. «*A ver nire aitaren etxea defendituko dut, otsoen kontra.*»

Me quité el sombrero. Ruby estaba de pie junto a la puerta abierta de la celda y Perro ya se había levantado del catre izquierdo y se había colocado a su lado.

—¿Una noche dura en la residencia de ancianos?

Dejé caer el sombrero de nuevo sobre mis ojos.

—Aunque te lo contara, no me creerías —mientras se daba la vuelta, le grité—: Puede que necesite que pegues un telefonazo al Departamento de Investigación Criminal y, acto seguido, quizá necesite un forense para una autopsia.

Acto seguido Ruby estaba de vuelta con el café.

—Ha debido de ser una noche dura de veras.

Me senté, me coloqué bien el sombrero y cogí mi vieja taza de los Broncos de Denver.

—Gracias.

—¿Entonces? —estaba acariciando la cabeza de Perro, que descansaba sobre su rodilla, y bebiendo a sorbitos su café en una taza de los almacenes Wall Drug, que pregonaba a los cuatro vientos «café de cinco centavos».

—¿Alguna vez has oído hablar de los Baroja?

Observé cómo el ordenador que tenía en los ojos calculaba un área del tamaño de Vermont, la dividía rápidamente en retículas y localizaba el cuadrado justo.

—Vascos, de Swayback, cuatro hermanos.

—Esos mismos. ¿Alguna vez has oído hablar de Mari Baroja?

Ruby se detuvo un momento demasiado largo y sus ojos me evitaron.

—No.

Di un sorbo a mi café y pasé por alto su respuesta.

—Entonces has perdido tu oportunidad.

—¿Tiene una nieta que acaba de abrir una panadería en el pueblo?

Bostecé y me tapé la boca con la taza.

—¿Tenemos una panadería en el pueblo?

Continuaba acariciándole a Perro la cabezota.

—¿A qué te refieres con lo de que es posible que necesites un forense?

—Lucian cree que podría haber sucedido algo raro —tomé un sorbo y me quedé mirando el caballo que resollaba y sobresalía de la D de mi taza—. Ruby, ¿qué sabes de Lucian?

Ella lo pensó un instante.

—Creo que es un buen hombre. Creo que a veces se deja llevar por el lado romántico de las cosas —y arqueó una ceja—. Si quieres saber algo del lado romántico de los viejos, pregúntale a una mujer más joven —mantuvo firme la mirada pero acabó por volver donde Perro. Cruzó las piernas y dio unas palmaditas a su lado sobre el catre. Un instante después, Perro estaba ahí hecho un ovillo. Le llevó un rato enlazar sus

pensamientos o decidirse a compartirlos—. Yo tenía veintiocho años y aún no me había casado por segunda vez cuando empecé a trabajar para Lucian —observé que sonreía, los años se desplegaron ante mí. Así era, el tiempo no pasaba por ella, ya que ella no se detenía a esperarlo—. Estaba bien maciza por aquel entonces —yo me eché a reír y ella hizo gesto de levantarse.

Extendí el brazo y la cogí de la mano.

—Me he reído por la expresión que has usado. ¿De dónde has sacado el término *maciza*?

El detector de mentiras color azul neón estaba escaneándome en busca de signos de embuste.

—Tu hija.

—Eso pensaba —sostuve su esbelta mano y pasé el pulgar por la membrana entre el índice y el pulgar—. Tengo algo que decirte, sigues estando maciza —entonces Ruby se sonrojó y apartó la mano.

—Así que el viejo Lucian causaba sensación por estos lares, ¿eh?

—Sí, era bastante cautivador para ser un hombre con una sola pierna.

—¿Sabías que había estado casado? —el neón se expandió. Esa era la segunda vez del día en que sorprendía a la mujer con la que estaba hablando para ver su reacción—. Lo tomaré como un no —Ruby era el colmo de lo imperturbable, así que era divertido ver cómo se sobresaltaba para variar—. Estuvo casado con Mari Baroja.

—¿Cuándo?

—Por lo menos durante tres horas a finales de los años cuarenta. O durante el rato que le llevó a su papá y a sus tres tíos pillarlos, llevársela, pegarle a Lucian una paliza de mil demonios y zanjar el asunto.

—Vaya, que me... —esperé a que terminase, y no tardó. Mientras tanto, escuché el suave tintineo de los radiadores en el exterior de la celda. Nuestra cárcel había sido originalmente una diminuta biblioteca Carnegie. Había sido construida detrás del juzgado a principios del pasado siglo. Red Angus, el *sheriff* que precedió a Lucian, se apropió hábilmente del edificio de granito rojo y lo reformó—. ¿Es a ella a la que Lucian quiere practicarle la autopsia?

—Pues sí —continuamos allí sentados mirándonos el uno al otro.

—¿Te comprometiste con él?

Ojalá la conversación no tomara esos derroteros: lo último que necesitaba era la ayuda de Ruby para quedarme acorralado en un rincón éticamente no neutral.

—Quizá.

—¿Estás completamente seguro de que no existe ninguna razón para realizar una autopsia?

Dejé escapar un gemido y me apoyé contra la pared con un golpe seco, provocando que algunas gotas de mi café saltasen y rebosaran por un lado de la taza. Limpié el culo de la taza en mis pantalones.

—Por supuesto que no, pero tampoco estoy completamente seguro de que exista alguna para llevarla a cabo.

Ruby cogió mi taza y se dispuso a abandonar la celda.

—Entonces lo sabrás después de hacerla.

—¿Todavía está nevando?

Ruby miró por el pasillo las ventanas de la fachada.

—Sí.

—Entonces esto es hablar por hablar, porque nadie del Departamento de Investigación Criminal va a conseguir llegar aquí con esta tormenta de nieve.

Ruby no me miraba y no pretendía hacerlo. Esa era una de sus técnicas para conseguir que yo hiciera lo que ella consideraba lo correcto.

—Puedes traer a un forense de Billings —y desapareció tras un recodo del pasillo, con el perro pisándole los talones.

Pensé en el viejo *sheriff*. Pensé en cómo Ruby acababa de mentirme acerca de Mari Baroja. Pensé en todo lo que no sabía, en que conocía las anécdotas, pero que, quizá, me faltara la historia.

Cuando llegué a mi despacho, habían rellenado mi taza de café humeante, la habían depositado en medio de mi carpetita, y la luz roja de la línea uno parpadeaba desde Cheyenne. Cogí el auricular y pulsé el botoncito impertinente. Una vez que conté la situación, hubo una pausa proporcional.

—Estás de broma.

—Pues no.

—Las cosas deben de ir realmente despacio allá por el interior.

Me recliné en el sillón y lancé el sombrero sobre el escritorio. Aterrizó junto a la taza.

—Supongo que voy a necesitar una autopsia general.

—¿Quieres que llamemos a Billings?

Vi que Ruby estaba junto a la puerta.

—Bueno, estamos en medio de una tormenta de nieve y andamos cortos de personal —asentí y ella me trajo una nota.

—Veré lo que puedo hacer, pero apuesto a que querrán que te encargues tú del transporte.

Colgué. La nota mencionaba que había habido un accidente en el acceso al pueblo, junto a la autopista. Era un punto negro, la curva de la carretera y una fila de álamos ocultaban la vía de acceso de la I-25.

—Voy a salir a cortar esa fila de árboles con mis propias manos.

Extendí el brazo, cogí el sombrero y lo hice aterrizar en mi cabeza con un arabesco. Me fijé en el viejo reloj de pared Seth Thomas, que había prestado servicio a los últimos cuatro *sheriffs* del condado de Absaroka: entre todos, sumábamos casi cien años. En mañanas como esa, sentía que esos cien eran míos. Eran las 7:47 de la mañana y supuse que los ciudadanos no se habían quedado en casa a pesar de todo. Ruby estaba al teléfono, pero tapó el auricular con la mano y levantó la vista.

—Hay otro accidente en Fetterman con la 16. Llamaré a Vic y le diré que vaya para allá directamente.

—¿Parece algo serio?

—Un toquecito —el teléfono volvió a sonar y Ruby lo miró con el ceño fruncido.

—Llama a Ferg y dile que trabajará a tiempo completo hasta nuevo aviso.

Creí estar caminando dentro de un globo de nieve y, desde que aparqué la camioneta, habían caído casi tres centímetros. El amanecer se resistía, pero había una leve claridad en las colinas y, con el resplandor de las farolas, el pueblo empezaba a parecerse a Bedford Falls, de *¡Qué bello es vivir!*

No me costó mucho llegar a la carretera estatal 196 y no costó mucho averiguar lo que había pasado. La buena noticia es que todos los involucrados en el incidente automovilístico estaban vivos, enteros y discutiendo en el arcén de la carretera. Encendí las luces de colores y aparqué el Bullet en sentido contrario, para que fuera bien visible desde ambas direcciones.

Había un viejo Chevy Blazer que sabía que había pertenecido a Ray Thompson y un todoterreno japonés pequeño y más nuevo con matrícula 6, condado de Carbon. El Nissan llevaba una de esas bacas modernas con una pegatina que rezaba: «Si la palmas, nos repartimos tus cosas». Hola, Santiago Saizarbitoria. Era idéntico a su foto, aunque ahora parecía enfadado.

—Hola, Ray. ¿Se te ha echado encima este tipo?

—Y que lo digas.

Junto a Ray estaba su mujer, supuse que se disponía a dejarla en la cafetería del colegio, donde ella trabajaba.

—Salió de la nada, tomó la curva como alma que lleva el diablo y se abalanzó sobre nosotros.

Saizarbitoria estaba a punto de explotar, pero le puse una mano enguantada delante de la cara.

—Un momento —cogí a Ray del hombro, lo aparté de los vehículos y lo conduje a mi lado de la carretera. Miré a ambos lados pero no habían pasado más vehículos desde el accidente—. Ray, quiero enseñarte una cosa —lo llevé por detrás de mi camioneta, hasta una señal de *stop* donde ambas carreteras convergían—. Ray, estas son las rodadas de tu coche, las que se meten de lleno en el cruce.

—Eso no...

—Por las marcas de los neumáticos se deduce que tu vehículo no se detuvo delante de la señal y, por el punto donde ambos vehículos han impactado, se deduce que continuaste sin detenerte justo cuando él pasaba. Quizá con los nervios no te diste cuenta —Ray no dijo nada, se quedó mirando las rodadas con cara de estar cabreado. Me quedé esperando un momento mientras las luces rojas y azules parpadeaban sobre la superficie esponjosa de la nieve—. En una situación como esta, siempre se acaba sabiendo quién tiene el vehículo bajo control y ese no eres tú. Ahora lo que voy a hacer es coger mi cámara para tomar algunas fotos de estas rodadas, por si luego hubiera preguntas a las que responder, pero mi consejo es que cruces la carretera, le pidas disculpas a ese chaval y saques tu póliza del seguro.

Cuando hube terminado de sacar las fotografías, todos se habían agrupado alrededor del capó del Blazer. Tomé los datos de ambos conductores, mientras escuchaba a medias cómo Saizarbitoria le contaba a la pareja que había venido para hacer una entrevista de trabajo y que ellos le deseaban suerte.

El Blazer continuaría hasta el colegio por más que yo supiera que se suspenderían las clases, pero el pequeño todoterreno plateado no se iba a mover de donde estaba. Ray lo había golpeado justo en el hueco superior de la rueda y el frontal derecho estaba bastante abollado, empotrado en el compartimento del motor. Después de meternos en el Bullet, llamé a Ruby por la radio para solicitar que retiraran el vehículo y lo trasladaran a Sheridan, donde podrían repararlo.

También pregunté por Vic.

Interferencia.

—Vic está en Fetterman. Y Ferg está en Western, una de las máquinas quitanieves se ha llevado por delante un buzón y se ha quedado atascada al ir a dar la vuelta. Por cierto, ya tienes a tu forense de Billings.

—¿King Cole va a conducir hasta aquí en medio de una tormenta de nieve?

Interferencia.

—Deberías estar más al tanto de la política en el condado de Yellowstone: a Eddie el Rápido lo sustituyeron el pasado mes de noviembre. El nuevo chico se llama Bill McDermott y se lo toma todo muy en serio, así que sé bueno con él.

—Sí, señora —me giré en dirección al chaval triston que había a mi lado, me quité un guante con los dientes y extendí mi pezuña.

—Walt Longmire, bienvenido a nuestro peculiar puerto de montaña. ¿Tienes algo en el coche que vayas a necesitar?

—Todo.

Lo observé mientras saltaba al exterior y cruzaba la carretera mirando a ambos lados. No iba a tropezar dos veces en la misma piedra... Santiago era uno de esos hombres que aparenta ser mucho más grande de lo que en realidad es. Al verlo sacar del coche una cartera, una gorra de béisbol del bar *cowboy* de Meeteetse, un móvil y volver, habría jurado que medía más de metro ochenta.

Continué rellenando el parte de accidente.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—¿Disculpe?

—El tuyo y el de tu mujer. Supongo que tendrás un plan para esta entrevista, ¿no?

Lo había dejado patidifuso.

—Si la cosa va bien, ¿qué pasará después?

—Ah —asintió—. Si la cosa va bien, habíamos planeado vernos el fin de semana y echar un vistazo a las casas —apartó la vista y echó una ojeada al metal abollado del Nissan.

—Entonces, ¿la cosa va para largo?

—¿Señor?

—¿Buscas una casa? ¿Un sitio para tener críos?

—Sí, señor —esperó respetuosamente un momento antes de preguntar—. ¿Está casado,

señor?

Cerré mi cuaderno de informes y lo introduje junto a la palanca de tracción a las cuatro ruedas.

—Lo estuve. Mi mujer murió hace unos años —continué sentado mirando por la ventana hasta que mi imagen como figura romántica pasó a ser ridícula y desvaída.

—Lo siento.

Me giré para ver si lo decía de verdad y, en ese momento, saqué dos conclusiones de Santiago Saizarbitoria: que lo habían criado como era debido y que tenía buen corazón. Ya estaba medio contratado. Llevaba puesto un forro polar negro y se le cayó una argolla. Lo miré como quien valora un trozo de ternera en la carnicería.

—¿Haces escalada?

Sonrió y echó un vistazo al reloj.

—Mierda.

—¿Por qué estás mirando el reloj?

Santiago suspiró.

—Porque mi antiguo jefe se apostó veinte pavos conmigo a que me sonsacaría mi forma de ser y todas mis motivaciones en menos de una hora.

Archie Pulaski era el jefe en Kemmerer, nos conocíamos desde hacía años. Él había sido el terror de la academia de policía y de todos los bares aledaños en Douglas.

—Deberías saber que no es buena idea apostar con polacos por estos lares —me abroché el cinturón y observé que él hacía lo mismo automáticamente—. ¿Qué más te contó Archibald?

—Me contó que usted era el mejor *sheriff* de Wyoming y que si era espabilado y mantenía cerrado el pico quizá aprendiera algo.

—Pues sí, bueno... —puse la camioneta en marcha—. Archie le da a la botella —salí a la carretera comarcal—. Te propongo un trato —no era una pregunta, el chico me miró—. ¿Qué te parece si te quedas con nosotros setenta y dos horas y luego nos sentamos y decidimos si la cosa funciona o no? —yo debería haber creído que, con sus antecedentes, no le iba el juego, pero no lo dudó ni un instante y comencé a pensar que estaba aquí por algún otro motivo.

—Sí, señor —se quedó callado un momento—. Por cierto, ¿qué tal es el sueldo, señor?

—Un 18% más de lo que ganas ahora. Y deja de llamarme señor. No soy tu papaíto, que yo sepa —habían pasado veintitrés años, pero sentaba bien decirlo de todas maneras.

Me encontraba disfrutando de lo de siempre.

–*Coronea custodium regis* –me miró inexpresivamente–. Seguro que eres capaz de adivinar qué quiere decir –sumergí con el tenedor el último trozo de panecillo en la salsa especiada y me lo llevé a la boca.

–¿El que guarda los intereses del rey?

Miré a Dorothy y luego los dos observamos a Saizarbitoria.

–¿Quién ha dicho que se estén perdiendo los valores de la cultura clásica?

Observé cómo me rellenaba la taza de café la mujer que me mantenía con vida y que regentaba el único restaurante al que se podía llegar andando desde la cárcel.

–Tú mismo, la semana pasada.

–Ricardo Corazón de León creó esa figura. Se trataba de una especie de recaudadores de impuestos que se encargaban de mantener un registro de criminales y de sus propiedades, que eran confiscadas en nombre del rey –coloqué el tenedor sobre el plato vacío. Saizarbitoria estaba a punto de terminarse el mismo plato de lo de siempre que yo y me estaba dejando impresionado.

El pequeño café estaba vacío, así que Dorothy podía volcar toda su atención en nosotros.

–¿Y la diferencia entre un médico forense y un perito forense?

Dorothy extendió el brazo para servirme café con la jarra, pero yo negué con la cabeza.

–Un médico forense es un profesional contratado, un perito es un cargo electo –el teléfono sonó y vi que Dorothy acudía a atenderlo–. Eddie Cole, el último perito que hubo en el condado de Yellowstone, nos metió en problemas a mediados de los setenta –continué hablando–. King Cole solía cobrar unos mil dólares por investigación y no se mojó en el asunto hasta que hubo cuatro ataques de oso durante el mismo fin de semana y una víctima mortal con la que compartía color de piel, estatura y peso.

Cuando volví a mirarla, Dorothy me estaba tendiendo el teléfono.

–Una ayudante muy agitada desea hablar contigo.

Cogí el auricular como si estuviera cargado.

–¿Hola?

–¿Estás disfrutando de tu desayuno?

Me aparté el auricular del oído un poco.

–Hasta ahora, sí.

—Tenemos un informe en la oficina de unos individuos muy enfadados que se han pasado por el hogar de los viejos, y ahora tenemos a esos mismos individuos en el hospital. He sido informada de que esto ha sido uno de tus putos tejemanejes, así que te recomiendo encarecidamente que muevas tu culo hasta aquí tan rápido como te permitan tus piernas —y colgó.

Los miré a los dos.

—Tenemos que irnos.

Cuando dejé a Saizarbitoria delante de la oficina con su cartera, su móvil y su gorra, me dio la impresión de estar dejándolo en la puerta del colegio. Le avisé de que toda la formación que había recibido en la prisión estatal no le iba a servir de nada aquí. No pareció amilanarse. Le dije que hiciera buenas migas con Perro, porque Harry Truman tenía razón, pero no creo que lo pillara.

Caminé todo lo erguido que pude hasta el mostrador de recepción del hospital, algo que raramente hacía en mi día a día, pero la altura podía ser una buena aliada en momentos conflictivos. Podía contar con tres manos todos los altercados físicos en los que me había visto envuelto desde que era *sheriff*, así que da igual lo que diga la gente, el tamaño importa.

Pasé entre las dos personas que había en el mostrador y me incliné sobre Janine, por la que sentía un gran cariño cuando recordaba que era la nieta de Ruby.

—Janine, ¿tienes algún problema?

Se encogió de hombros y señaló a las dos personas que me flanqueaban.

—Sí.

El hombre no me chilló cuando me giré a mirarlo. Un tipo guapo, con un estudiado estilo del Oeste, que rondaría la cincuentena, espigado, con un gran bigote de *cowboy* y pelo oscuro, de estatura media. Estaba dispuesto a apostar que su corte de pelo costaba cuarenta pavos y que, a pesar de las botas, el sombrero y el abrigo de cuero, no trabajaba de vaquero.

—¿Lo conozco?

Se quedó un poco sorprendido pero recuperó pronto la compostura.

—Lyle Lofton, soy abogado en el condado de Sheridan.

Un abogado, genial: con ellos la ventaja de la altura no funcionaba.

—Caramba, Lyle, pensé que iba a tener que meter en la cárcel a un par de personas por escándalo público —me giré hacia la mujer, también ella rondaba los cincuenta, delgada, alta, morena y un poco tensa. Por su colección de fulares y turquesas estaba dispuesto a apostar que ella tampoco trabajaba de vaquera, pero nunca se sabe—. ¿Su mujer?

—Kay, te presento al *sheriff*...

Me alegré de que no extendiera la mano, no me quería arriesgar a que me arañaran sus pulseras.

—¿Dónde está mi madre?

Me detuve un momento.

—Si se refiere a la señora Baroja, estará retenida hasta que el médico de cabecera, el

doctor Bloomfield, emita un certificado de defunción. Y hasta que un posible informe del perito forense determine las causas de la muerte –tomé nota mentalmente de llamar a Bloomfield y cubrirme las espaldas con todos los médicos que hicieran falta para poder mantener a raya a los abogados.

–Tenía setenta y cuatro años –me fijé en una mancha rojiza que tenía en el cuello.

Advertí que estaba lista para contraatacar de nuevo, así que supuse que lo mejor sería acabar cuanto antes.

–Se trata del procedimiento normal para muertes como la de su madre, donde puede haber razones fundamentadas de sospecha.

–¿Sospecha de qué?

Continué y solté la bomba.

–De juego sucio.

Se llevó una mano a la cadera y me miró con tanto tintineo de abalorios y tanto descaro como los dos pudimos soportar.

–Esa mujer fumaba tres paquetes de tabaco al día –esperé, porque estaba seguro de que había más–. En Sheridan se oyen historias de lo atrasado que está este sitio, ¿sabe? Pero hasta ahora no me las había creído.

Sonreí, mientras me invadía la sensación de que unas plumas me rozaban el interior del pecho, como me pasa siempre que me irrito.

–Bueno, me alegra estar a la altura de las expectativas populares –siempre estaba dispuesto a sonreír cuando iba ganando y, por muy abogados que fueran, no podrían evitar que hiciera lo que me disponía a hacer a continuación. A no ser que mi forense estuviera metiendo monedas de cinco centavos en las máquinas tragaperras del casino en la reserva cuervo, mañana todo habría terminado. Los abogados siempre controlan el mañana, esa es su baza. Volví a mirarla mientras ella contemplaba fijamente la alfombra.

–Lo sé, lo siento.

–Y mucho más que lo va a sentir.

Nos quedamos mirándola salir de allí. Me giré hacia Lyle, que arrugó la boca y la siguió. Apoyé los codos en el mostrador y los vi pasar zumbando ante las puertas de cristal en un vehículo que no era ni deportivo ni utilitario. Ella iba al volante.

Me llevé la mano al sombrero.

–¿Qué tal te va, Janine?

–Mejor desde que has llegado.

–¿Hay noticias del forense?

–Llegó hará media hora.

Encontré la habitación con un cartel de plástico en la puerta donde se leía «Quirófano 02». Estaba a punto de abrir cuando recordé lo que podía estar pasando ahí dentro. Ya había presenciado demasiadas autopsias. A veces, cuando a los dos médicos forenses del Departamento de Investigación Criminal se añadía un fiscal del distrito, prefería no tomar parte. Hacía tres semanas me había sentado en una de esas mismas sillas y me había ahorrado el desenlace inevitable de Vonnice. Tenía la aciaga sensación de que los forenses no nos miraban igual que nos miramos el resto de los mortales.

Había olvidado preguntar a Janine si había venido solo, pero todo lo que tenía que hacer era llamar a la puerta y entrar. Llamé a la puerta y la abrí unos pocos centímetros.

—¿El señor McDermott?

—¿Sí?

La voz de un hombre joven, un tanto dubitativo, no me lo esperaba así. Contemplé el pomo de la puerta entre mis dedos y distinguí el fuerte olor a formaldehído y al antiséptico que todo lo cubre en los hospitales.

—Soy Walt Longmire, el *sheriff* local.

Una pausa.

—Casi he terminado con esta parte. Estaré fuera en cinco minutos más o menos.

Cerré la puerta y caminé hasta el puesto de la enfermera. Había una jarra de café humeante en el mostrador trasero, pero no había nadie, así que cogí el teléfono y marqué el 9 y el número de la oficina. Mientras sonaba, consideré mi incapacidad para presenciar otra autopsia por el momento. Quizá fuera porque era Mari Baroja y ya había evocado una imagen romántica de ella, quizá fueran los recuerdos de Vönnie, pero prefería ahorrármela.

—Oficina del *sheriff* del condado de Absaroka.

—Me gustaría denunciar que mi fantasma de la Navidad ha desaparecido.

Ruby se echó a reír.

—Justo ahora estaba escribiendo tus *post-it*.

—¿Qué tal se maneja el chaval nuevo?

—Es fantástico, ¿qué podemos hacer para quedárnoslo?

—Bueno, ya hemos inutilizado su vehículo.

—Los uniformes de Lenny Rowell todavía estaban en el armario de suministros. Le vienen un poco grandes, pero no parece importarle. Acaba de salir con Vic —Ruby bajó la voz, a pesar de que no había nadie más en la oficina—. Creo que ella se está comportando como es debido. Bueno, lo mejor que puede. Walt, ¿dónde estás?

—Todavía estoy en el hospital, esperando los resultados de la autopsia de Mari Baroja y haciendo una pequeña lista... —me percaté de que junto a mí había alguien de pie, así que me aparté del mostrador y me volví hacia Bill McDermott. Era un hombre joven, de talla mediana, con los hombros caídos y un corte de pelo propio de un *beatle* rubio, de la etapa de Liverpool. Rondaría los treinta y tenía una cara de niño que transmitía una inocencia solo atenuada por los guantes sangrientos que todavía cubrían sus manos. Sin duda alguna Bill pertenecía a esa nueva hornada de peritos forenses que también se habían formado como médicos. No obstante, sospechaba que el señor McDermott no había sido elegido en las urnas.

—Tengo que irme —colgué el teléfono y me enfrenté a aquel monaguillo.

—¿Señor McDermott, supongo?

Él asintió con una sonrisa tímida, echó un vistazo a mi pistola y luego a mi estrella.

—Hola, ¿*sheriff*?

Pasé tras el mostrador. Pensaba que con algo de distancia entre nosotros se sentiría más a gusto.

–Bill, ¿por qué no te invito a una taza de café?

No respondió, pero me miró mientras llenaba dos vasitos de corcho blanco.

–¿Hay leche?

Le ofrecí uno de los paquetes de leche en polvo de la bandeja y me sentí más relajado cuando se quitó el guante y lo tiró a una papelería para restos biológicos marcada con una pegatina roja. Cogió el paquete, lo abrió y lo echó al vaso. Le di un trago a mi café.

–¿El condado de Yellowstone ha abandonado el sistema de peritos forenses? –Sí.

–El rey ha muerto, viva el rey.

–¿Pretende hacer un doble juego de palabras? –se quedó mirando mi cara estupefacta y continuó–. Ha muerto. Yo le hice la autopsia a Eddie Cole. Así fue como conseguí el trabajo.

–¿Cómo murió?

Tomó un sorbo de café.

–Se suicidó. Tenía un viejo Cadillac en el garaje. Se montó en él, puso en marcha el motor y se echó una siesta. Dejó una nota.

–¿Qué decía? –tenía que preguntar.

–«Cuando realices una incisión intermastóidea, asegúrate de que el cuadrante delantero es lo bastante grande para la craneotomía frontal. La mayoría de los novatos la pifian en eso.»

–Un profesional hasta el final –hice un gesto con la cabeza en dirección al quirófano.

–¿Y qué tenemos ahí?

Bajó el vaso.

–Mujer caucásica, entre los setenta y cinco y ochenta años, fumadora de toda la vida, con cicatrices. Acabo de realizar la incisión toracoabdominal, he extraído el pericardio y he tomado una muestra de sangre.

–Disculpa, ¿has dicho cicatrices?

–Las que tiene en la espalda –me miró como si fuera algo que debería haber sabido–. Una masa de tejido cicatrizal. Parece que le infligieron el daño durante un periodo de tiempo determinado.

Me puse tenso inconscientemente.

–¿Infligieron?

Bill volvió a asentir.

–Alguien golpeó sistemáticamente a esa mujer durante alguna etapa de su vida –contempló su café e hizo girar el líquido tostado en el vaso.

–Con un cinturón, probablemente, quizá con un látigo, una fusta o algo por el estilo.

Me sentí un poco conmovido por aquella revelación.

–¿Qué más?

–Presenta una ligera decoloración en los tejidos y en la sangre, pero lo más interesante es el grupo. ¿Era vasca?

Asentí.

–Existe una población bastante grande que se asentó en la zona a finales del siglo pasado, casi todos ellos vinieron como pastores.

–Eso pensé. El grupo sanguíneo es O con RH negativo. Es algo muy poco común, pero lo comparte un 27 % de los vascos.

–¿Causa de la muerte?

–No he avanzado tanto, pero podría apostar a que se trata de un infarto de miocardio corriente o de un accidente cerebro–vascular.

–¿Así de simple?

–Las cifras no mienten. De cada cinco mil casos de muerte súbita al año, tres mil son fallos cardiacos a consecuencia de un ataque al corazón. Teniendo en cuenta su edad, que era fumadora y la predisposición genética, –se quedó pensando un momento–. Bueno, todavía me falta para acabar, y ¿quién sabe qué más podremos encontrar antes de que acabe el día? Me gusta hacer mi trabajo a conciencia –terminó el café y dejó caer el vaso en el contenedor de restos biológicos, con los guantes. Estuve de acuerdo con su diagnóstico y también arrojé allí el mío.

Cuando salí a la camioneta, habían caído otros tres centímetros de nieve pero habían aparecido algunos rayos de sol. Le eché al cielo una mirada furibunda de advertencia pero solo fui correspondido con un copo bien gordo en todo el ojo. Subí al coche y llamé a Ruby por radio.

–¿Cuál es el número de la consulta de Isaac Bloomfield en Fetterman? –esperé mientras ella lo buscaba.

Interferencia.

–431.

–Gracias –Ruby odiaba tener que utilizar la radio, pero yo les había dicho a todos que solo me compraría un móvil si me dejaban tener ordenador. Por el momento, lo habíamos dejado en tablas. Las máquinas quitanieves estaban en la carretera y me quedé mirando sus luces amarillas parpadeantes al pasar. La ruta que subía a las montañas parecía despejada, confiaba en que nadie se lo tomara como una invitación a subir.

El día no estaba siendo tan malo como había esperado. Empecé a pensar en Cady, en su visita del fin de semana, y en que, por el momento, seguía sin haberle comprado nada para Navidad. De pequeña había sido una niña a la que era difícil hacer regalos y eso no había mejorado desde que se había convertido en toda una mujer. Tendría que reclutar a Ruby para que me ayudara haciendo de agente encubierto. Ruby disfrutaba siendo el topo, pero, por desgracia, ambos carecíamos de buen gusto para la alta costura. Me pregunté si tendría algún catálogo esperándome cuando volviera a casa. Me pregunté cuándo volvería yo a casa. Me pregunté si el plástico habría aguantado o si mi salón ya estaría lleno de nieve.

Mientras me dirigía a la consulta del doctor, pensé en Mari Baroja. Pensé en quién podría haberle hecho eso a esa mujer, quién sería el responsable. El principal sospechoso era el marido. Ni siquiera sabía su nombre ni si estaba vivo o muerto. Pero su médico de cabecera era un buen punto de partida. Había visto al doctor Bloomfield en el hospital hacía dos semanas, cuando me había hecho la última revisión después de mis aventuras en la montaña, pero no había pasado mucho rato en su consulta.

La consulta estaba en una esquina, con un aparcamiento muy cómodo al que se podía acceder desde ambos lados. Había un Mercedes plateado de 1971 modelo 300 SEL estacionado junto a los escalones que conducían al interior, pero no había más vehículos, así que el doctor tendría disponibilidad para hablar conmigo. Su sala de espera era muy cálida y estuve observando el pez payaso en la pecera de agua salada mientras Isaac preparaba dos tazas de té verde. Le había dicho que no quería, pero él insistió. La música sonaba suavemente, la *suite* n.º 1 en fa mayor de Haendel, seguramente el *andante*. Una de las favoritas de Dorothy. Visitar al doctor Bloomfield era como visitar a tu abuelo diez años después de que tu abuela hubiese muerto o que la señora de la limpieza se hubiera despedido.

—¿Qué tal la rodilla?

Me fijé en cómo sus gafas revelaban las múltiples arrugas que hacían todo lo posible por ocultar el destello de sus ojos castaños. Cogí la taza y eché un vistazo a los números espectrales color verde pálido tatuados en su antebrazo remangado.

—Bien.

—¿Qué tal el hombro?

Eché un trago, aquello sabía a algas.

—Bien.

Bloomfield continuó examinándome.

—Las manos parecen estar bien, ¿cómo está la oreja?

Me giré un poco y me quité el sombrero para que pudiera verla por sí mismo.

—Tiene buena pinta —continuó estudiándome—. ¿Te has dejado barba?

—Sí.

—No me gusta.

—Ni a ti ni a nadie.

Saqué el tema de Mari Baroja. Pareció realmente conmovido al enterarse de su muerte y se quedó mirando fijamente los dibujos desvaídos de la moqueta. Escruté su perfil: le brillaban los ojos, como si no pudiera contener las lágrimas. Se llevó el índice y el pulgar al rostro y se subió las gafas a la frente, mientras se apretaba las cuencas de los ojos para disipar la emoción. Sus rasgos eran duros, sentí ser testigo de la caída de un emperador romano. Ojalá yo tuviera la suerte de llegar a su edad. Dejé pasar un rato como gesto de respeto.

—¿La conocías bien, Isaac? —como no respondía, le pregunté una vez más.

No se movía, todavía tenía los dedos sobre los ojos.

—No fue una mujer feliz. Creo que cosechó muchas decepciones durante su vida —retiró la mano, se volvió a colocar las gafas y se giró para mirarme a través del mundo imperfecto de sus lentes.

—¿Tienes alguna idea de qué podría haber causado su muerte?

Esperé mientras su mirada iba nuevamente del suelo a mí.

—Walter, ¿te importa si te hago una pregunta?

—No.

—¿Por qué estás tan interesado en la muerte de esta mujer?

Eso me dejó descolocado.

—¿Por qué no debería estarlo?

El doctor extendió un brazo y me dio unas palmaditas en la rodilla.

—Incluso con esa barba, sigues siendo un hombre muy joven.

Me sentí halagado, supongo, pero todavía no sabía cómo tomarme su respuesta.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Era una anciana que estaba cansada de vivir.

—¿Me estás diciendo que ha sido un suicidio?

Sus ojos centellearon durante un instante.

—No, no es eso lo que te estoy diciendo —retiró la mano: tenía la piel transparente y vi que se le adivinaban las líneas azules y rojas en los puños que tenía sobre las rodillas.

—Creo que estaba cansada y que tiró la toalla.

—¿La conocías bien?

—Fue mi paciente durante más de medio siglo.

Por costumbre, tomé un sorbo de té... y me arrepentí de inmediato.

—¿Qué me puedes decir de las cicatrices? —me miró como si no comprendiera—. Las de la espalda.

Levantó la cabeza y asintió.

—Se vio envuelta en un accidente de coche hace años.

—¿Un accidente de coche?

—Sí.

—¿Las cicatrices no podrían haber sido el resultado de algún tipo de maltrato?

Se giró y luego volvió a mirarme, la viva imagen de la incredulidad.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—El médico forense del condado de Yellowstone.

Isaac abrió los ojos como platos.

—¿La has enviado a Billings?

—No, el tipo está aquí. Se llama Bill McDermott y está en el hospital.

—Walter, la señora Baroja dijo expresamente que no deseaba que se hiciera nada con sus restos más allá de lo que exige la ley.

—Bueno, la cosa se ha complicado un poco.

—¿Quién dices que está realizando la autopsia?

Dejé el té sobre las revistas apiladas en la mesa que tenía a mi lado.

—Un tipo nuevo que se llama Bill McDermott, doctor especializado en medicina legal —esperé un momento—. Entonces, ¿la señora Baroja y tú estuvisteis hablando de la posibilidad de su muerte?

Ahora parecía menos agitado.

—Discuto esa posibilidad con todos mis pacientes. Trato de ser sincero con ellos, independientemente de las circunstancias.

Me incliné hacia delante.

—Isaac, eso suena como si tuvieras muchas más responsabilidades de las normales en un médico de familia. ¿Hay algo que quieras contarme?

Esperé mientras respiraba hondo y caí en la cuenta, no por primera vez, de lo pequeño que era el anciano.

—Acabo de mentirte.

—Sí, lo sé —me miró de nuevo—. Se me da muy bien detectar eso.

—Seguro que eres consciente de que, debido a la naturaleza de la relación médico-paciente, no debo contarte nada.

—Sí —nos quedamos escuchando cómo los motorcillos oxigenaban el aire de la pecera; Haendel se sumó con el minueto.

—¿Quieres hablarme primero de las cicatrices?

Isaac suspiró.

—Fue Charlie Nurburn, su marido.

Asentí y luego paré.

—No lo conozco.

—Era del sur del condado, cerca del rancho Los Cuatro Hermanos.

—El brazo central del río Powder, no es que haya mucho por allí.

—Antaño había unas granjas y una antigua mina de carbón —me fijé que se clavaba las uñas amarillentas en las rodillas—. Solía pasar consulta en esa zona del Powder una vez a la semana, los sábados por la mañana, a finales de los cuarenta y a principios de los cincuenta.

Me recliné en el sillón con extra de relleno y me desabroché el chaquetón de piel de borrego.

—¿Entonces ya era paciente tuya?

—Sí. La ayudé a dar a luz a sus dos hijas y...

—¿No eran tres hijos?

Se detuvo un momento.

—Sí, siempre me olvido de David, pero yo no lo traje al mundo, aún no me dedicaba a esto —esperé—. No vino a mi consulta por las palizas.

—¿Por qué lo hizo entonces?

—Había cogido la sífilis.

Me froté la cara con las manos.

—Al parecer ese tipo era un auténtico encanto. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Mucho tiempo.

—Dios —miré a Isaac de nuevo—. ¿Dónde está él ahora?

—Se fue.

Me pareció que ahí había algo más.

—¿Murió?

—No estoy seguro. Simplemente se fue.

—¿Cuándo?

—Hace años —esperó un momento y me sostuvo la mirada con firmeza—. Probablemente sea mejor así, ¿no crees? —no dije nada—. Espero que entiendas por qué soy tan cauto en lo referente a su situación.

—Sí —me pregunté por todos los individuos que andaban por ahí sueltos a los que les

vendría bien una buena tanda de palos, aunque probablemente salieran impunes—. ¿Por qué has reaccionado así al oír lo de la autopsia?

—Pensé que ya había sufrido demasiado y, además, ella expresó su deseo de que su cuerpo no fuera mortificado más de lo que ya lo había sido en vida. Era una mujer muy religiosa —esta vez fue una sonrisa triste—. ¿Qué tiene que decir el señor McDermott sobre las causas de su muerte?

Esperé un momento y, al observar a Isaac, me permití evocar una visión borrosa del infierno que había tenido que aguantar. Lucian contaba que había sido uno de los tres supervivientes de Nordhausen, un campo de concentración anexo a Dora-Mittelbau para prisioneros demasiado enfermos o débiles para trabajar en los túneles de Dora. Nordhausen era un *Vernichtungslager*, es decir, un campo de exterminio donde el hambre era la medida más simple y eficaz. Por si fuera poco, el 3 de abril de 1945 fue bombardeado por nuestras fuerzas aéreas. Como había estado ubicado en hangares de hormigón, dedujimos que se trataba de un almacén de munición alemán. Un buen número de prisioneros murieron pasto de las llamas; una semana y media después, cuando la 104.^a División de Infantería liberó Nordhausen, encontraron tres mil cadáveres en descomposición y tres supervivientes. Uno de ellos era Isaac Bloomfield y pesaba veintiséis kilos.

Siempre había creído que existía una razón para que el anciano continuase entre nosotros: quizá, mientras viviera, sería considerado un recordatorio.

—Cree que se produjo un fallo cardíaco. ¿Hay antecedentes de problemas coronarios en la familia?

Lanzó una carcajada melancólica.

—Oh, Walter, en esas familias no hay más que problemas —continuó sonriendo—. Supongo que las complicaciones cardíacas podrían deberse a las secuelas de haber padecido la sífilis. A eso y a que la señora Baroja encontraba consuelo en una serie de vicios que mantuvo de por vida pero que no hicieron nada por prolongarla.

—Entonces, ¿su muerte no te resulta sospechosa en absoluto?

—No creo —me estudió un rato demasiado largo, me hizo sentir incómodo—. ¿Te ha decepcionado mi respuesta?

Me pregunté si sabría lo de Mari Baroja y Lucian y sospeché que sabía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—No, eso es lo más extraño de este oficio. Siempre estás deseando dejar de lado el trabajo —me miré el uniforme, la placa y la 45 milímetros que tenía en la cadera. No hacía falta mucha imaginación para ver que esos elementos marcaban las distancias con el resto de la gente, Isaac incluido. Gente simpática con uniformes, placas y pistolas le dijeron una vez que estaban haciendo las cosas por su propio bien, por su propia seguridad y su propio bienestar. Lo siguiente que supo es que lo sacaban de un hangar de hormigón con tres mil muertos dentro. Si yo fuera Isaac, no toleraría estar en la misma habitación que yo.

—¿Qué sabes de los hijos?

—Todo. Carol, Kay y David.

–Imagino que David ha muerto –me acordé del teniente de ojos tristes en la fotografía de la habitación–. ¿Vietnam?

–Sí –su mirada se suavizó un poco–. Esa fue tu guerra, ¿no es así, Walter?

–No me culpes, yo no la empecé –dejé que mi mente jugase de nuevo con la fotografía–. Estoy tratando de recordar si lo conocía.

–Era una persona discreta –lo dijo como si yo no lo fuera–. Mari tenía un primo, un sacerdote, me parece.

–¿Aquí en el pueblo?

–No llegó a ejercer de sacerdote, pero creo que se retiró aquí..., si es que todavía está vivo.

El sacerdote en la fotografía familiar: eso tendría que verificarlo. Pensé en las niñas de pelo oscuro que había visto sentadas.

–¿Ambas gemelas son abogadas?

–Sí.

En un intento de levantar mis ánimos, cambié de tema para hablar de la única Baroja que conocía que no era letrada.

–Tengo entendido que una de las nietas tiene una panadería en el pueblo.

–Sí. Lana es hija de David. Y la única nieta de Mari. Las dos gemelas sufrieron abortos, quizá a resultas de la herencia de la sífilis –le llevó un rato, pero su rostro se iluminó–. La panadería es un lugar maravilloso. ¿Has estado?

–No, pero es el siguiente lugar al que pienso dirigirme –me di unas palmaditas en el estómago–. Cualquiera día de la semana prefiero ver a una panadera que a una abogada.

–Tienes que probar el *ruggelach*, es el mejor que he comido nunca.

Cuando me estaba marchando, le pregunté si podría pasarse para identificar formalmente a Mari Baroja y ahorrarle ese trago a la familia. Dijo que lo haría y le pregunté si quería que apagara la música. Lo único que hizo fue cerrar la puerta tras salir los dos y preguntar:

–¿Por qué?

Observé el Mercedes plateado salir en dirección a Fetterman sin cadenas para la nieve y girar a la derecha en Aspen, y pensé en un hombre que había escapado a los campos de concentración y que ahora conducía un coche alemán. Malditos hunos.

Creía que la nevada había cesado, pero simplemente se había contentado con hacer uso de una fórmula más delicada. Si guiñaba los ojos y los apartaba de la brisa, todavía podía ver los diminutos copos clandestinos aliándose en mi contra.

–Vale, ¿dónde está la dichosa panadería?

Interferencia.

–Se supone que tienes que decir: «Base, aquí unidad uno, ¿dónde está la dichosa panadería?». Cambio.

Nos había llevado una eternidad conseguir que Ruby hiciera uso del procedimiento de radio adecuado y ahora no estaba seguro de alegrarme con los resultados.

–Todavía está nevando, no le he comprado nada a mi hija para Navidad y está a punto

de llegar. ¿Has escuchado qué ha dicho el tiempo?

Interferencia.

—Más nieve. Cambio.

—Estupendo. ¿Se te ocurre algo para Cady?

Interferencia.

—Me pondré a ello. Y la panadería está junto al pequeño taller de reparación de motores junto al arroyo. Cambio.

—Unidad uno a base, gracias. Cambio.

Interferencia.

—Eso está mucho mejor.

Tal y como la había descrito Ruby, la panadería estaba en una callejuela, junto al taller de motosierras de Evans, a quien necesitaría si alguna vez conseguía poner en marcha mi estufa de madera. El edificio había sido una tienda de regalos que había cerrado hacía un par de años. Lana había retirado el viejo contrachapado y lo había reemplazado con tablas de madera que exhibían un alegre color rojo con una franja dorada. Había un rótulo pintado a mano colgando sobre la entrada, entre dos ventanas panorámicas que proclamaban, con letra florida, «Horno Baroja», así de sencillo. Había cestas de *baguettes* y hogazas del día cuidadosamente desperdigadas y dispuestas junto a botellas de vino y grandes trozos de quesos exquisitos. Me quedé en la acera y miré calle arriba, al cartel del periódico *Durant Courant*, solo para asegurarme de que continuaba en el mismo condado. ¿Cómo me podía haber pasado desapercibido algo así?

Subí los escalones y empujé la puerta de cristal biselado con el consiguiente tintineo de la campanilla. El aroma a vainilla me asaltó de inmediato. Saqué mi reloj de bolsillo y lo consulté para ver si ya era la hora de comer: el reloj y yo coincidimos en que era temprano pero que podía aceptarse.

Eché un vistazo a mi alrededor, pero no había nadie. Había visto lugares así en Denver, Santa Fe y Salt Lake City, edificios viejos que habían sido restaurados parcialmente pero que conservaban su encanto rústico. Las paredes eran de ladrillo rojo visto y el techo de estaño refulgía con destellos metálicos. Habían lijado el suelo hasta llegar a las planchas originales y las habían recubierto de poliuretano industrial para conservar su frágil naturaleza. Unas baldas recorrían el lateral izquierdo del estrecho edificio cargadas con todo tipo de alimentos gourmet en distintos tipos de cajas y botellas. A la altura del mostrador había cestitas de mimbre llenas de los mencionados productos vascos horneados, que cubrían una amplia gama que iba del pan de aceitunas negras a las hogazas normandas. También había una nevera de porcelana blanca que exhibía todo tipo de quesos y demás productos de alta charcutería.

Había carteles franceses en las paredes, litografías de lo que supuse eran anuncios de licores del siglo XIX y un viejo aparador de madera que contenía un sorprendente número de sacacorchos antiguos y otros artilugios para el vino.

En la parte del fondo había dos mesas rústicas francesas rodeadas por sillas desparejadas y deterioradas por el tiempo y una nevera vertical que contenía vinos y cervezas que no había visto en mi vida dispuestos en fila. Me llamaron la atención una

colección de jarras oscuras de un galón en la parte de abajo. Me arrodillé e inspeccioné una de las etiquetas, donde se leía: «Cerveza sin pasteurizar de la joya de las altas llanuras Wheatland Mercantile, Wheatland, Wyoming». En la etiqueta había dibujado un mítico lebrilope con un esmoquin y un monóculo.

—Tienes que estar de broma.

Escuché unas pisadas que provenían de una escalera que supuse que conduciría al sótano. Me levanté y me giré hacia la puerta en el mismo momento en que Lana Baroja hacía su aparición, cubierta por una fina pátina de sudor y harina. Todavía llevaba puestas las botas para la nieve, pero el larguísimo abrigo morado guateado había sido sustituido por un delantal lleno de rastros de masa y se había recogido el pelo en un moño. Empezaba a tener la sensación de que Lana, con su rostro encendido y sus ojos inquietos, era un personaje en busca de autor francés. Los ojos perdieron su brillo cuando me reconocieron.

—Me cuesta mucho creer que tengan una fábrica de cerveza artesana en Wheatland.

Se llevó un puño a la cadera e inclinó hacia un lado la cabeza.

—Te sorprendería saber todo lo que tengo aquí —pasó a mi lado y se colocó detrás del mostrador—. Soy el secreto mejor guardado de Durant, aunque eso no le está haciendo ningún bien a mi cuenta bancaria —extendió los brazos y se inclinó sobre el mostrador—. Imagino que estás aquí para darme alguna noticia.

Estudié el aparador y traté de descubrir el artículo que Isaac me había recomendado.

—¿Rúcola?

—¿Disculpa?

Me estaba abandonando el valor.

—¿Algo que suena como rúcola? —continuó mirándome fijamente, como si fuera idiota perdido—. ¿El favorito del doctor Bloomfield?

Me miró a través de sus largas pestañas y sus cejas oscuras finamente arqueadas.

—¿*Ruggelach*, el dulce tradicional de Hanukkah, con forma de media luna, relleno y hecho con masa de queso cremoso?

—Eso debe ser.

—¿Qué no se debe confundir con la rúcola o rúgola, un tipo de lechuga aromática con un sabor amargo a mostaza?

—Tomaré los dos.

—Solo tengo el dulce.

—Entonces tomaré ese.

Sonrió y meneó la cabeza. Se estaba divirtiendo. Divertirse a costa del *sheriff* solía divertir a la mayoría de la gente.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente —mientras retiraba la tapa del aparador de cristal y extraía una bandeja de dulces delicados, volví a repasar mis ideas acerca de Lana Baroja. Había algo del Viejo Mundo en ella, un sentido práctico, una calidez que superaba el canon de belleza actual y que emanaba directamente de la tierra y no del aire. Se giró hacia el otro mostrador y colocó una pequeña bolsa encerada delante de mí. Me quedé mirándola.

–Es un regalo.

–¿Por qué?

–Por preocuparse por mi abuela.

Yo asentí.

–Gracias –estudié la bolsita y pensé en Mari Baroja–. ¿También ella horneaba?

–Sí –se quedó mirando la bolsita blanca. Para los dos era evidente que se trataba de un símbolo de algo importante y tangible que iba a suceder entre nosotros: aquello era un contrato–. Siempre que veníamos a visitarla desde Colorado Springs yo la ayudaba a amasar –levantó sus ojos oscuros–. Supongo que es así como me inicié.

–¿Tu padre estaba en la Academia?

Apartó las manos del mostrador.

–En las fuerzas aéreas.

–¿Murió en Vietnam?

–Sí. No tuve casi oportunidad de conocerlo, ¿y tú?

Pensé en el joven de mirada triste.

–No, pero conozco a un tipo que se le parece mucho. ¿Qué hay de tu madre?

Se quedó mirándome fijamente un segundo.

–Todavía sigue en Colorado Springs, en compañía de un malvado perrito Shih Tzu y de Jesucristo.

Asentí.

–Ya veo.

–¿Qué te ha contado el doctor Bloomfield?

Apoyé una cadera en el mostrador.

–Dijo que tu abuela tenía problemas cardíacos debido a una enfermedad crónica y el forense de Billings parece coincidir por ahora con el diagnóstico.

–¿Por ahora?

Hice ademán de marcharme. Las cosas habían ido muy bien y no quería estropearlas.

–A última hora del día deberíamos tener el certificado de defunción.

–No es nada justo, ¿sabes? –me detuve con la mano en el picaporte de latón. Lana todavía estaba apoyada en el mostrador con los brazos cruzados, mirando la superficie gastada–. Precisamente cuando llega el momento en que puedes disfrutar de ellos, se marchan.

Pensé en sus palabras.

–Eso es lo que se suele decir de los hijos.

Continuó mirando fijamente la madera y extendió un dedo para trazar las vetas.

–No lo sabía.

Me detuve un momento más.

–Hablando de la familia, ¿qué puedes decirme de tu abuelo?

El dedo se detuvo.

–Era un cabrón y está muerto.

Me sentí aliviado pero traté de ocultarlo.

–¿Está muerto? ¿Sabes cómo murió?

Los ojos oscuros me miraron fijamente y solo parpadearon una vez.
–Deberías saberlo. Lucian Connally lo asesinó.

Les pedí a las damas del registro que introdujesen el nombre de Charlie Nurburn en el ordenador del Departamento de Vehículos Motorizados y que me enseñaran lo que tuvieran o, de lo contrario, tendría que prender fuego al lugar.

Lo encontraron en un santiamén, así que les pregunté a qué año se remontaban esos datos. Me preguntaron cuánto tiempo quería que se remontasen. Las damas en el registro de tráfico eran así. Tras un montón de años maltratadas a manos de nuestros ciudadanos, habían desarrollado un tacto y unos modales bien refinados, dignos de un perro lobo ruso. Les pregunté por los años cuarenta y, refunfuñando, dijeron que no habían encontrado nada. Pregunté por los cincuenta y por fin me mostraron que Charlie había registrado un Kaiser en 1950, pero que no había pagado ni los impuestos ni el registro al año siguiente. Tampoco había renovado su carnet de conducir. Desde esa fecha, no había más datos registrados. Les pregunté qué pinta tenía un Kaiser. Me dijeron que se parecía mucho a un Frazer. Les pregunté qué pinta tenía un Frazer. Me dijeron que se parecía a un Hudson. Antes de marcharme, les recordé lo del fuego. Me preguntaron cuándo comenzaría para asegurarse de convocar a un par de comisionados para que acudieran al juzgado a una reunión. Les dije que me iba al otro lado del vestíbulo, a la oficina del condado. Me dijeron que era un sitio estupendo para comenzar el fuego, que allí había bastantes permanentes azules como para que ardiera todo el maldito condado.

Crucé el vestíbulo y realicé una nueva consulta sobre Charlie Nurburn. En Wyoming se recauda el impuesto sobre la renta, así que pedí todo lo que las damas tuvieran acerca del nacimiento, vida, matrimonio, hijos y muerte de Charlie, no necesariamente en ese orden. Eran más simpáticas que las damas del registro de vehículos y me ofrecieron más datos. Había tres certificados de nacimiento de sus hijos: David en 1947 y las gemelas en 1948; un certificado de defunción del joven teniente de ojos tristes, de 1972, y un certificado de matrimonio con fecha de 1946. Nada más. Charlie Nurburn no tenía certificado de defunción, así que copié su número de la seguridad social y les advertí del fuego inminente. No pareció importarles en absoluto.

Eché a andar por el vestíbulo dejando a un lado las escaleras que conducían a la sala del tribunal en el piso de arriba, pero me vi acorralado por Vern Selby. Quería hablar sobre las órdenes judiciales que teníamos pendientes con la gente que se había negado a presentarse para ejercer sus deberes como miembros del jurado, algo que me confirmó que quizá no hubiéramos alcanzado nuestro quórum de la tarde. Se acodó en el poste del final de la escalera con una pose a lo Clifton Webb y se atusó la punta del bigote; el

invierno había comenzado oficialmente porque el juez se había dejado crecer un mostacho digno de un ídolo de matiné. No parecía contento.

—Hoy solo tenemos siete miembros del jurado.

—Quizá deberías considerar los valores del entretenimiento, ya sabes, hacer lo del martillo más a menudo.

Me estudió durante un rato.

—Sabía que no eras la persona adecuada para hablar de estas cosas.

Me encogí de hombros y me dirigí a la oficina del asesor pero me detuve nada más dar el primer paso.

—Vern, ¿te acuerdas de Charlie Nurburn, del sur del condado, que estaba casado con Mari Baroja? —me reservaba las abogadas como última opción para establecer el vínculo.

—¿Está emparentado con Kay Baroja-Lofton, de Sheridan, y con Carol Baroja-Calloway, de Miami?

Debería haberlo sabido. Me di cuenta de que no mencionaba a Lana: al no ser abogada probablemente quedase relegada al mismo nivel que el resto de los simples mortales.

—Era su padre y tenía otro hijo.

—¿David Nurburn?

—Sí —así que el padre de Lana había conservado el apellido de su padre, pero ella no. Interesante.

—Creo que era casi de la misma edad que mi William. Y que tú, ahora que lo pienso —el juez contempló las planchas que insonorizaban el techo durante un instante. Me pregunté cómo era posible que jugueteara tanto con el bigote y aun así este permaneciera intacto—. Creo que no me acuerdo del padre.

—No estuvo en escena durante mucho tiempo.

—Ah —sonrió—, pero a ella sí la recuerdo —su sonrisa me pilló un poco desprevenido—. Solía venir al pueblo los jueves por la tarde, aparcaba el coche siempre en el mismo sitio. Solía observarla caminando por Main Street desde las ventanas de mi oficina.

La imagen de su señoría asomándose a la ventana del segundo piso del juzgado para ver a Mari Baroja meneando las caderas por la acera era demasiado.

—Vaya, Vern, estás hecho un perverso.

Me miró y meneó la cabeza.

—Era una mujer hermosa, era difícil no fijarse en ella —retiró el codo del poste y le dio unas palmaditas, como agradeciéndole que lo hubiera sostenido. Según Vern, incluso los objetos inertes tenían que ser tratados como posibles votantes—. Sea como fuere, yo no soy el único con el que deberías estar hablando. Lucian solía almorzar con ella todos los jueves, como un reloj —bajó un escalón y se detuvo a mi altura, dobló la esquina y se puso el abrigo y la bufanda cuidadosamente—. Al menos siempre pensé que quedaban para almorzar...

Me quedé allí quieto un momento, tratando de recobrarme, hasta que me di cuenta de que el juez se había detenido, se había girado y me observaba.

—¿Y ella cómo está?

—Muerta.

Continuó colocándose el abrigo.

—Lo sospechaba, una verdadera pena —debió de malinterpretar la forma en que lo estaba mirando—. Es odioso ver que tanta belleza desaparece del mundo últimamente —lo siguiente que supe es que Vern estaba a mi lado con una mano enguantada en mi brazo—. Walter, ¿te encuentras bien? —yo murmuré algo y él asintió—. Vamos a ver si podemos conseguir más miembros del jurado, ¿de acuerdo?

Cuando se me pasó el pasmo, fui hasta la oficina del asesor y le pregunté a Lois Kolinsky si tenía algo sobre Charlie Nurburn. Levantó la vista con sus gafitas de señora de Santa Claus y me preguntó que quién quería saberlo y yo me acordé de hablarle del fuego. Ella se rio entre dientes y se puso a rebuscar en los libros mientras yo me quedaba de pie, pensando.

Lucian me había mentido. Lucian me había mentido cuando me contó que no la había visto en todos esos años. Levanté la vista hacia el gran mapa del condado, iluminado por los pálidos rayos del sol de invierno, y me pregunté dónde diablos me encontraba. El lugar representado en la pared no era el mismo que yo habitaba últimamente. Era un lugar nuevo y extraño, un lugar donde las personas que yo había encasillado sin temor a equivocarme no paraban de revolverse y de meterse en problemas.

Lois regresó a la habitación, colocó un libraco en una de las mesas que habían sobrado de la biblioteca y lo abrió por la página que había señalado con el dedo índice. Cogí una silla. Me parecía divertido que en los dos sitios anteriores, donde tenían ordenadores, fueran incapaces de darse palmas en el culo con las dos manos a la vez, pero que esta señora simpática y diminuta de la oficina del asesor fuera capaz de conjurar a Charlie Nurburn en un momento. Siempre hay que seguir el rastro del dinero. Darle al César lo que es del César no siempre es agradable, pero los registros son estupendos. Me estaba replanteando lo del ordenador, quizá no lo necesitara en absoluto. Podía usar ese dinero para comprar un detector de mentiras.

Teníamos libros de ese tipo en la oficina, tres de ellos para ser precisos. Se trataba de unos hermosos ejemplares encuadernados a mano con el canto dorado y las páginas jaspeadas que contenían información que se remontaba a la mitad del siglo XIX. Ahora teníamos disquetes. El libro estaba organizado alfabéticamente, así que no me llevó demasiado tiempo encontrar a Charlie en la página abierta: él era el único Nurburn del condado. Había comprado una pequeña propiedad en 1946 de ciento cinco hectáreas junto al rancho Los Cuatro Hermanos, que tendría unas veinte mil doscientas; los hermanos se lo vendieron. En la escritura aparecían tanto Mari como Charlie. Él pagó los impuestos de la propiedad hasta 1950, fecha en la que debió de meter su culo de sifilítico y maltratador en el Kaiser, fuera cual fuera el coche, y conducirlo hasta el final del arco iris. O no.

Mari pagó los impuestos de la propiedad a principios de 1951. La finca Los Cuatro Hermanos había sido dividida entre ella y su primo, el sacerdote, siguiendo el testamento del padre de Mari, el último de los cuatro hermanos que murió. Le pedí el libro de la letra B. Dijo que era una letra muy popular en los últimos tiempos. Le pregunté el motivo y me contó que Kay Baroja-Lofton se había pasado el día anterior para comprobarlo todo

por el bien de su madre y que Carol Baroja-Calloway había solicitado que le enviaran por fax la información a Calloway, Moore y Gardner, en Miami; las cartas de la habitación de Mari eran de ese bufete. La cosa cada vez se ponía mejor.

¿Dónde se había metido Charlie Nurburn? Observé el garabato de nueve dígitos que había escrito en mi libreta de notas. Ya era hora de que usara mis propios recursos. Abandoné el juzgado, pero me olvidé por completo de prenderle fuego.

Cogí el micro.

—Charlie Nurburn —y dicté el número escrito en el trozo de papel.

Interferencia.

—¿Quién es este personaje?

—Alguien a quien no estoy seguro de querer encontrar.

El rancho Los Cuatro Hermanos estaba ubicado a solo cuarenta y cinco kilómetros al sur por Swayback Road y luego a cinco kilómetros al este en dirección a Wallows o al menos yo creía que ahí se encontraba. Conduciendo por la interestatal, el viento del noroeste zarandeaba la parte trasera de mi furgoneta. Empezaba a tener la sensación de que me estaban empujando.

Me había quedado junto a la puerta de la tienda de Lana. Fue uno de esos momentos en los que no estás demasiado seguro de si lo que has escuchado es realmente lo que has escuchado. En el segundo que me llevó decidirme, ella se echó a reír. Era una risa deliciosamente musical, de las pegadizas. Después de unirme a ella, las preguntas no parecieron oportunas. Le conté que si deseaba ver a su abuela, podría hacerlo esa misma tarde. Pero en ese tramo solitario de carretera entre Durant y Powder Junction, con las montañas Big Horn custodiándome a la derecha y las llanuras del río Powder extendiéndose al este, mi mente se retrotrajo hasta el hombre al que le habían arrebatado a la mujer de su vida. Una cosa es que Mari se hubiera marchado lejos, pero, que yo supiera, solo se había mudado a setenta y dos kilómetros del pueblo.

Si hubiera estado en el lugar de Lucian, me habría resultado imposible mantenerme al margen. Me alegraba pensar que, de haberme sucedido a mí, habría atacado con las armas de la ley, pero la pasión es algo extraño, algo que pervierte y retuerce todo lo que toca, como la combinación que ejercen la humedad y el sol en la madera: a veces sale bien, la mayoría de veces sale mal, pero no se puede ignorar su fuerza. Yo siempre había tratado la pasión con una mezcla equilibrada e imparcial de atracción y desconfianza, pero hablábamos de Lucian Connally y él tenía un mecanismo que operaba bajo los caprichos de la pasión como movido por carburante de avión. Los mediodías de los jueves nunca volverían a ser lo mismo para mí. ¿Dónde estaba Charlie Nurburn y cómo se sentía últimamente, si es que sentía algo? Quizá necesitaba ver qué había sido de Mari Ba-roja, pero, llegado el caso, cuando mejorara el tiempo, tendría que investigar a conciencia el lugar donde una casita se alzaba al abrigo de los vientos.

Había un rótulo de madera gastado que apuntaba al rancho Los Cuatro Hermanos y que contrastaba con otro nuevo donde se leía «Yacimiento Berrendo, Torre 29», cuando salí de la carretera pavimentada y tomé la grava de la comarcal. La nieve no era

demasiado profunda y parecía que había habido bastante tráfico esa misma mañana. Reduje la velocidad mientras rodeaba la colina que conducía al pequeño valle donde seguía estando la granja y, finalmente, detuve el coche. La nieve caía a mi alrededor y se acumulaba sobre las suaves colinas de las altas llanuras. Me acordé de aquellos hombres recios montados en sus caballitos. Me pregunté si todavía andarían por allí y si sabrían que Mari estaba ahora con ellos.

Observé cómo la salvia se aferraba a sus raíces para escapar a la fuerza del viento del noroeste y conduje la camioneta el último tramo del camino que venía de las colinas y descendía hasta el valle de los cuatro hermanos y la niña perdida. Me abroché el chaquetón, levanté el cuello de piel de borrego y me calé a fondo el sombrero. Con el sol poniéndose, la temperatura descendía rápidamente y ya estaba a punto de empezar a escuchar las vocecitas que te hablan al oído cuando estás donde no debes, nadie sabe dónde estás y el tiempo empeora.

Algo se chocó contra el primer cojinete y lo bloqueó, así que tuve que abrirme paso penosamente entre la nieve, que me llegaba a la mitad de la pantorrilla, hasta que conseguí llegar al otro lado de la camioneta para bloquear el mecanismo allí también. Por encima del gran motor de diez cilindros se oía el sonido afilado del viento y gritos que no se oyen en el pueblo. Si hubiera podido separar la voz de Mari Baroja de aquella cacofonía, quizá habría podido decirme todo lo que necesitaba saber. Había un caminito zigzagueante que rodeaba un enebro en la base de la colina, donde la nieve se había acumulado, pero las rodadas de otros vehículos que se habían abierto paso por allí habían creado una especie de sendero. Conduje por la ligera pendiente y me detuve en el borde. Esa zona estaba ligeramente a cubierto y la nieve soplaba sobre el techo de cabina de la camioneta como si fuera falso.

Hasta ese momento me había preguntado qué había en todo aquello que fuera tan importante y, al tenerlo delante de mis ojos, me sentí como un tonto. Podía contar al menos una docena de pozos de metano, distintos tanques contenedores y una estación de compresión. Si todos los pozos que podía ver —y los que sospechaba que no veía— estaban en marcha y produciendo, alguien se estaba forrando. Seguí el juego de rodadas más reciente que cruzaba el arco de la colina. Desde esa posición estratégica se divisaban las bocas de otras tres docenas de pozos. Distinguí la vaga silueta de una torre de perforación con varios vehículos aparcados debajo de ella. Metí una marcha corta y conduje en esa dirección.

Los yacimientos de metano de la zona norte de Wyoming se habían convertido en un regalo envenenado y parecía que cualquier chapuzas que supiera manejar una llave inglesa se hubiera convertido de repente en un matón. Había aumentado el número de camionetas con matrícula de Oklahoma y Texas, desde luego, pero el número de personas que se estaban beneficiando económicamente del boom del metano eran pocas. En Wyoming se podían retener parte de los derechos minerales de explotación del subsuelo cuando se llevaba a cabo una venta, y, como consecuencia de esa práctica, los granjeros tenían muy poco que decir sobre los contratos de arrendamiento que se firmaban y, por tanto, sobre quién iba y venía a su antojo por sus tierras. En los carteles

de propaganda de la industria del metano aparecían niños con el fin de transmitir que ellos eran quienes habían retenido los derechos minerales, quienes podían hacer valer un acuerdo de superficie conveniente y quienes se llevaban parte del dinero del gas que se había producido.

El impacto de aquella industria en mi vida había sido relativamente insignificante. Aparte de algún que otro matón que se drogaba y necesitaba pasar una temporada en la cárcel y de evitar que los granjeros y los perforadores se mataran los unos a los otros, no había mucho más. Yo consideraba la explotación del metano una burbuja económica que estallaría tarde o temprano.

Cuando llegué, la torre estaba desconectada y me dio la sensación de que no había nadie. No sé mucho sobre la extracción del metano, pero todo el mundo se encierra donde puede en este rincón del mundo cuando las temperaturas se aproximan a los quince grados bajo cero. En las puertas de la camioneta se leía «Prospección de Energía Northern Rockies». Un equipo procedente de las inmediaciones de Casper. Esperé, pero en la camioneta nadie parecía darse demasiada prisa por salir a mi encuentro. Finalmente, el tipo del asiento del conductor se caló la capucha de su mono Carhartt y salió del vehículo. Pasó por delante de la camioneta, abrió la puerta y se montó en el asiento del acompañante cerrando tras de sí.

Se quitó la capucha y la bufanda de lana de la cara, dejando al descubierto unos ojos azul pálido. Aunque era de estatura media, sus hombros y sus manos eran desproporcionadamente grandes. Se deshizo de un guante y me tendió una zarpa. Entre el guante que sostenía entre los dientes y su considerable barba, de un rojo feroz, tuve que escuchar con gran atención para entender lo que decía.

—Muchas gracias por haber bajado hasta aquí, pero creo que está todo bajo control.

Me quedé mirándolo.

—No te preocupes —continué observándolo con la esperanza de que añadiera algo más si le seguía la corriente y estreché aquella mano que era casi tan grande como la mía—. ¿Por qué no me cuentas lo que ha sucedido?

Nos dimos un apretón y él asintió y se echó hacia atrás la capucha del todo, revelando más pelo rojo y un gorro amarillo de la empresa Prospección de Energía Northern Rockies.

—No es un mal tipo, es que a veces se deja llevar —miró hacia abajo—. No voy a mentirte, puede que hayan sido las drogas. Joder, está tan chiflado que no podría haber acertado ni queriendo —tomó aire—. No tiene más que treinta y dos años —me quedé mirando a aquella especie de Yukon Cornelius y arqueé una ceja—. Ah, yo estoy bien —asintió—. Solo me ha pasado rozando una costilla —y subrayó esta última frase desabrochándose la chaqueta y atravesando con el dedo un presunto agujero de bala que iba de la parte delantera de su abrigo hasta la trasera. En el costado, donde se entreveía un trozo de franela de cuadros azules, había una mancha oscura, pero él se limitó a encogerse de hombros y a mirarme—. No tiene más que treinta y dos años —asintió un poco más—. Les dije que no te llamaran.

Y que yo supiera, no habían llegado a hacerlo.

–Bueno, cuando la gente se dispara en mi condado me gusta estar informado –cogí la carpeta metálica de la guantera de la puerta, la coloqué en el salpicadero que había entre los dos, saqué el bolígrafo del bolsillo de la camisa y lo accioné.

–¿Cómo se llama?

Respiró hondo.

–Cecil Keller –el hombre me clavó la mirada y me impresionó de lo directa y firme que era–. Agente, no quiero meterlo en problemas por esto.

–¿No quieres perderlo como trabajador?

Se encogió de hombros.

–No es más que un chaval estúpido.

Un momento después, hice clic con el boli y lo dejé encima de la carpeta.

–¿Cómo te llamas?

Volvió a tenderme la mano automáticamente.

–Jess Aliff, soy el encargado.

Volvimos a estrecharnos la mano.

–Jess, a no ser que desees presentar cargos, como tú eres el único a quien ha disparado, no puedo hacer demasiado, pero tengo que rellenar un informe sobre cualquier herida de bala que se produzca en mi jurisdicción –asintió de nuevo y se tiró de un mechón de pelo rubio rojizo que le crecía debajo del labio–. Aunque no creo que estés pensando en ir a un hospital, ¿verdad?

Resopló como desechando la idea y me miró.

–Qué va.

–Bueno, entonces supongo que oficialmente no puedo hacer mucho –el tipo pareció animarse–. Pero no me gusta la idea de que unos individuos drogados vayan correteando por mi condado disparándole a la gente con armas sin registrar –él asintió e intentó por todos los medios aparentar seriedad–. El señor Keller va a tener que venir a mi oficina con el arma a charlar un rato conmigo –los dos asentimos. Miré por el parabrisas la silenciosa torre de perforación y el grupo de vehículos inmóviles y arremolinados en aquel paraje gélido.

–Menuda operación tenéis aquí montada.

Él siguió mi mirada.

–Hoy no.

–Solo por curiosidad, ¿cuánto produce un equipo como este al día?

Se quedó pensando y se tiró del mechón una vez más. Se diría que su comportamiento respondía a un patrón.

–Bueno, tenemos tres bombas de extracción, la más grande está en el extremo de la veta de carbón Big George, se sacan doscientos veinte bidones.

–¿Hay mucha producción?

–Oh, sí.

Es decir, millones de dólares. Volví a mirar por el parabrisas y lo dejé correr.

–¿Cuánto tiempo lleváis trabajando aquí, muchachos?

–Algo menos de un año.

Eso era mucho metano extraído del subsuelo del rancho Los Cuatro Hermanos. Gracias al vistazo que le había echado a los derechos minerales en el juzgado, supuse que los Baroja estaban haciendo mucha, pero que mucha pasta, aunque si Mari había muerto por causas naturales, no había necesidad de buscar un móvil. Me picaba la curiosidad e iba a tener que volver al juzgado, pero las cinco de la tarde se acercaban peligrosamente. Siempre me quedaría mañana. Miré al hombre sentado en el asiento del acompañante.

—Ya es hora de que echéis el cierre, ¿no?

Dejó de mirarme para fijarse en la camioneta aparcada junto a la nuestra.

—Que se marchen los demás. Yo me quedaré por aquí a ver si cambia el tiempo —antes de bajarse, le recordé que al día siguiente quería hablar con el señor Keller. El señor Aliff dijo que se aseguraría de que el chaval estuviera allí a primera hora y no dudé de su palabra. A pesar de los agujeros de bala, el señor Aliff no me parecía un individuo superficial.

Hice unos cálculos rápidos mientras circulaba con cuidado entre las colinas, en dirección a la comarcal y la carretera principal después. Estaba cansado, pero necesitaba hablar con alguien de todo aquello antes de enfrentarme a Lucian. Pensé en pasarme por la oficina, detenerme en la gasolinera, dejarme caer por casa para ver si se había colado la nieve e ir a ver a Henry Oso en Pie.

Cuando llegué a la oficina eran casi las seis, pero reconocí todos los vehículos aparcados en la puerta, incluido uno que me llevó un minuto identificar. Aparqué el Bullet y respiré hondo para prepararme para lo que me esperaba dentro.

En cuanto abrí la puerta de la oficina, supe que allí se fraguaba un juicio amañado. Estaba en el aire, como los copos de nieve. Ruby estaba sentada en su escritorio y Vic, apoyada encima de brazos cruzados; Saizarbitoria, de pie, un poco apartado..., probablemente no quisiera mancharse de sangre con un uniforme prestado. Vi que todos sostenían copas de plástico en la mano, menos Sancho, y había una botella de merlot encima del escritorio de Ruby.

Cerré la puerta tras de mí y me giré para mirarlos a todos. Había algunos *post-it* en el marco de mi puerta, pero decidí que ya les echaría un vistazo en otro momento. Estaba a punto de decir algo ocurrente, cuando capté un par de piernas muy bonitas con el rabillo del ojo. Pertenecían a una persona sentada en una de las sillas de las visitas, que sostenía en el regazo un abrigo y la cabezota de un perro. Me incliné por delante del perchero de los abrigos y me topé con un par de ojos azules, oscuros y vivaces.

—Hola.

—Hola.

—¿Has tenido un día relajado con las cajas de seguridad? —me incliné un poco más y pude apreciar a Maggie Watson por completo. Perro no se movió, no lo culpaba. Maggie detuvo la mano con la que le acariciaba la cabeza y miró hacia abajo. También ella sostenía una copa de vino de plástico.

—¿Cómo se llama tu perro?

Me sentí ligeramente avergonzado.

—Lo cierto es que no tiene nombre. Le he estado llamando Perro —volví a mirarla—. Lleva conmigo solo dos semanas.

Hizo un gesto lento de asentimiento.

—Espero que no te importe. Pensé en pasarme para hacerte un regalo de agradecimiento por el detalle que tuviste conmigo anoche —levantó la copa como si hiciera un pequeño brindis y luego la utilizó para hacer un gesto hacia el resto de la pandilla—. Ellos me dijeron que no pasaba nada.

Miré a los allí reunidos.

—Apuesto a que sí —hice un gran despliegue para sacar mi reloj de bolsillo—. ¿A quién le toca guardia esta noche? —tanto Ruby como Vic dejaron de mirar a Maggie de una vez para ponerse a hacer otra cosa. Me quedé mirando también a Saizarbitoria—. ¿Vas a hacer turno doble?

Se encogió de hombros.

—No me importa. En Rawlins solía doblar.

Me giré hacia Ruby.

—¿Le has dado el busca?

Ella no me miró.

—Le he dado el busca.

Necesitaba algo para atraer y desviar su interés, así que me acerqué y me serví una copa.

—Genial —sonreí y me volví hacia Vic—. ¿Qué tal lo ha hecho?

Ella se llevó la copa de plástico a la sien.

—Es muy amable.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Eché un trago y miró de reojo a la señora Watson.

—Todos decidimos cómo queremos emplear nuestra energía.

No tenía duda de que aquella ceja arqueada era capaz de atravesar el acero, pero Maggie Watson nos salvó a los dos.

—Me preguntaba si estarías libre para cenar.

Todas las miradas se posaron en ella.

—¿Para cenar?

Todas las miradas se posaron en mí.

—Sí.

Empezaba a sentirme un tanto mareado con toda aquella atención.

—Ahora tengo algo de trabajo pendiente, pero más tarde me pasaré a recogerte —miré hacia abajo, a aquellas piernas tan descubiertas y adorables—. Abrígate, ¿vale?

—Vale —ahora era más fácil que todos nos miraran ya que estábamos de pie el uno junto al otro.

La ayudé con el abrigo y abrí la puerta, al tiempo que ella se giraba para mirar a la asamblea que se había montado.

—Un placer conoceros. Adiós —cerré la puerta mientras Maggie se adentraba en la

oscuridad y bajaba los escalones. Luego me giré para enfrentarme a la noche de los cuchillos largos.

—Su coche se quedó atascado.

—¿De veras? —preguntó Vic.

Tomé un sorbo de vino.

—De veras. Mira, no vayas a pensarte que eres lo bastante mayorcita: todavía puedo sentarte encima de mi rodilla y darte unos buenos azotes en tu culito italiano.

Vic me miró fijamente con una sonrisa carnívora.

—Oye, grandullón, puede que eso te funcione con las lugareñas pero yo ya he estado antes en el rodeo —pasó por delante de mí para dirigirse a su despacho—. De todas formas, ese rollo no me va, mejor que te lo reserves para esta noche.

Al menos no había dicho joder catorce veces. Quizá sí que estaba portándose bien. Me volví hacia Ruby.

—¿Charlie Nurburn?

Se giró hacia su ordenador, pero me fijé en que no había nada en la pantalla, solo un fondo azul. También me fijé en que tenía el abrigo en el regazo, aunque todavía sujetaba en la mano una copa de vino por la mitad.

—Ve a leer tus *post-it*.

Me incliné hacia delante, le di un beso en la cabeza, suspiré y me encaminé a mi despacho. Miré a Saizarbitoria de reojo.

—¿Tienes algo que decir?

—No, señor.

Supongo que ese fue el momento en que lo contraté. Se sentó en la silla que había delante de mi escritorio mientras yo depositaba los *post-it* sobre la carpeta y los sujetaba con mi copa casi llena. Las personas siempre tienen prioridad sobre los *post-it*, así que le pregunté qué tenía en mente.

—Me lo estoy pasando bien —se hizo el silencio por un momento.

—Bien —me pregunté si se sentiría igual cuando tuviera que ponerse delante del súper a acosar a los ciudadanos—. La próxima vez puedes tomar vino.

Se echó a reír y me quedé mirando a ese hombre joven y lleno de vida sentado delante de mi escritorio, sintiéndome como Monsieur de Treville cuando se dirigía al joven Gascon. No era difícil imaginarle como D'Artagnan, con la perilla puntiaguda que llevaba y ese destello pícaro en los ojos.

Me pregunté si, al igual que el personaje de Dumas, él también acabaría convirtiéndose en un tocapelotas. Parecía estar esperando que dijera algo más, así que me llevé la mano al bolsillo del abrigo y saqué el marcapáginas que había cogido de la habitación de Mari Baroja.

—Se te dan bien los idiomas. Quizá puedas ayudarme a descifrar una cosa —dejé caer el trozo de papel en el escritorio, con cuidado de evitar el vino. Saizarbitoria se inclinó y giró el papel para poder leerlo. Estaba sonriendo—. ¿Qué?

—¿Cómo lo ha sabido?

—¿Saber el qué?

—Que soy vasco.

Me quedé mirándolo y, de repente, todo encajó.

—Solo ha sido cuestión de suerte.

—Soy vasco francés —lo contemplé mientras volvía a estudiar el trozo de papel y lo que había escrito a mano en él—. Dice lo siguiente: «No podemos referirnos» —se quedó esperando, una espera del Viejo Mundo, como si no importara lo rápido que llegara la respuesta. Los cheyenes y los cuervos eran maestros en el tema, pero el chico también era bastante bueno—. No estoy seguro de qué puede significar, pero es una línea de un poema de Jean Diharce sobre Guernica —no le costó mucho recordar la traducción—. Guernica. Mi corazón se inflama y se entristece con este nombre. Los siglos conocerán sus desdichas. No podemos referirnos a Numancia y a Cartago sin proclamar muy alto que allí en Euskadi yace Guernica —no lo declamó con mucho dramatismo, lo relató como si fuera un manual de historia—. ¿Pertenece a la mujer que ha muerto? —asentí, y él lo estudió un poco más—. ¿Cree que es importante?

—Todo es importante cuando no sabes qué estás buscando.

—¿Era vasca? —asentí una vez más—. ¿Le gustaría que hablara con alguien?

Suspiré, pensé en el viejo sacerdote, el primo de Mari, y miré el trozo de papel.

—Puede —levanté la vista—. ¿Tienes algún sitio donde quedarte esta noche?

—Supuse que podría quedarme aquí.

—Vale, pero podrías necesitar un vehículo. Si sucede algo, llévate el de Vic. Hay un juego de llaves de sobra colgado en la pared junto a la puerta.

No sabría decir si estaba sonriendo o no cuando salió de mi despacho, quizá fuera mejor así. Cogí el trozo de papel.

—No podemos referirnos —la primera letra estaba en mayúscula, lo que me hizo pensar que no era la continuación de una estrofa o parte de un poema. No conocía a Mari Baroja pero supuse que ya había tenido bastante en vida como para meterse en intrigas políticas. Aunque había que tener en cuenta que era vasca.

Volví a meterme el trozo de papel en el bolsillo y recogí mi vida en *post-it*. Vic apareció en la puerta con la chaqueta colgada del hombro y una copa de vino en la mano.

—Joder, no me puedo creer que vayas a echar un polvo antes que yo.

—Quizá deberías dejar de verlo como una competición.

—Eres un capullo —echó un trago—. Me importa una mierda, pero ¿dónde te has metido durante todo el día?

Tomé un sorbo del vino, la copa de plástico no mermaba su complejo *bouquet*.

—He estado investigando el asunto Baroja.

—¿Hay algo que investigar?

Expiré y comencé a reflexionar sobre el día que había llevado.

—Hablé con el médico forense de Billings. En su opinión, fumaba demasiado, bebía demasiado y yo estoy llegando a la conclusión de que puede que también se dedicara a demasiadas otras cosas.

Se encogió de hombros e hizo un brindis con su copa.

—Así es como yo quiero dejar este mundo.

Me mordí la lengua para no decirle que tendría que haber empezado antes para llegar a su nivel.

—He hablado con su médico de cabecera.

—¿Quién es?

—Isaac Bloomfield, y coincide con el primero. Aunque hay algo más —Vic mantuvo el borde del plástico contra su labio—. Fue maltratada de forma continuada —ella abrió mucho los ojos—. Tenía grandes cicatrices en la espalda y en otras zonas del cuerpo.

Vic apartó el labio del vaso.

—Hostia puta.

—La cosa se pone mejor. Fui a ver a su nieta.

Cuando le conté lo que Lana había dicho, Vic se adelantó y se sentó en la silla del otro lado de mi escritorio, la arrastró hasta acodarse sobre la superficie plana de la mesa y apoyó la barbilla sobre las manos. La copa, ya ignorada, se balanceaba en el borde. Bajó la voz, pero aun así fue tan cortante como solo puede ser la voz de una mujer.

—No me jodas. ¿Lucian?

—La cosa se pone mejor.

—No se puede poner mejor, a menos que hayas encontrado el cadáver.

—Créeme, se pone mejor —le conté la conversación que había mantenido con el juez.

—Joder —echó una ojeada al despacho. Acababa de recibir un pasaporte para la tierra ignota donde yo había pasado el día. Sus grandes ojos por fin se posaron en mí con gravedad—. Lo hizo, te apuesto lo que quieras a que fue él —la voz cortante otra vez—. ¿Te arrebatan al amor de tu vida y la apalean para matarla lentamente? O Charlie Nurburn está en un hoyo bien profundo del condado de Absaroka o se lo han merendado los coyotes y lo han cagado en alguna colina, lo cual sería demasiado bueno para ese hijo de puta —dicho esto, volvió a cruzar los brazos encima del escritorio—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué vas a hacer? —era una sonrisa, una sonrisa encantadora y maravillosamente despiadada sin un ápice de calidez—. El *sheriff*, el bandido de una sola pierna, tu colega, ha matado a un hombre.

Me incliné hacia delante hasta que nuestras narices estuvieron separadas por apenas cuarenta centímetros.

—Te juro que desearía que no estuvieras disfrutando tanto con esto.

—No puedo evitarlo. Te enfrentas a uno de esos grandes dilemas morales, joder, y estoy impaciente por ver lo que haces ahora.

Doblé un brazo y apoyé la cabeza en el puño.

—Iba a esperar a ver qué sale en la base de datos nacional.

—Va a salir que Charlie Nurburn está bien muerto y que alguien lo mandó al otro barrio hace mucho tiempo.

Se mordió el labio mientras pensaba.

—¿Puedo acompañarte cuando vayas a hablar con Lucian?

—No.

—Venga —gimoteó. No dije nada más y, un momento después, volvió a repetir—: Venga —

nos miramos durante un rato y, finalmente, se bebió de un trago lo que quedaba de vino, colocó la copa vacía sobre mi escritorio y se levantó.

—No tengo que recordarte que el asesinato nunca prescribe, ¿verdad?

Suspiré, todavía con el puño en la cabeza.

—No, no hace falta. Tampoco tú tienes que convencerme de lo fácil que resulta cometer un acto así.

Vic se llevó un mechón suelto detrás de la oreja, sus ojos centellearon con un rápido pestañeo e hizo una pequeña reverencia.

—Estoy aquí para ayudar —se detuvo junto a la puerta—. Por cierto...

—¿Sí?

—Espero que pilles la gonorrea.

Dejé caer la cabeza sobre el brazo y, a pesar de la escasa cantidad de vino que quedaba en mi copa de plástico, traté de imaginarme cómo ahogarme dentro. ¿Qué debía hacer? Por mucho que lo intentara, no era capaz de imaginarme irrumpiendo en la habitación de Lucian y acusándolo de algo que no estaba seguro de que hubiera cometido. Iba a tener que andarme por las ramas. Quería saber por qué me había mentido. Sí, eso era un comienzo, un comienzo de mierda, pero un comienzo al fin y al cabo. Tan pronto como fui a mirar los *post-it*, Ruby apareció en la puerta.

Su tono era severo.

—¿Los has leído?

—Preferiría que me los contaras.

Entró, y entonces me fijé en que llevaba un sobre grande de correos debajo del brazo.

—¿Qué quieres antes, las buenas o las malas noticias?

—¿Hay buenas noticias?

—Charlie Nurburn está vivito y coleando y reside en Vista Verde, Nuevo México.

Levanté la cabeza del escritorio como si estuviera ardiendo.

—¿Qué?

Ruby dio un golpecito sobre los *post-it* con una uña rojo brillante, que exhibía una pequeña guirnalda navideña.

—De acuerdo con los archivos, el señor Charlie Nurburn ha estado pagando sus impuestos en Vista Verde desde 1951. Esta es su dirección y su número de teléfono.

Grité en dirección a la puerta:

—¡Vic!

—Se ha marchado.

Me levanté, rodeé el escritorio y volví a besarla en la coronilla.

—Gracias, no sabes cuánto te lo agradezco.

Ella levantó la vista para mirarme.

—¿Eso significa que estás listo para las malas noticias?

—No necesariamente.

—Mari Baroja está en Billings. El forense dijo que quería realizarle algunas pruebas y que no se las podía hacer aquí.

Me quedé mirándola un momento y luego me froté la cara con las manos.

–¿Cuándo ha sido eso?

–Llamó hará una hora.

–¿Ya se la ha llevado?

–Sí. Dijo que dejaría unas fotografías de la autopsia a tu nombre en el hospital. Le pedí a Ferg que las recogiera antes de marcharse –ella me observaba, pero yo estaba mirando por la ventana, contemplando la oscuridad de mi vida. No tenía ninguna prisa por ver esas fotos. Ruby dejó el sobre encima de mi escritorio.

–¿Alguna mala noticia más?

–Cady ha llamado. Me ha dicho que te diga que ya tiene hechas las maletas y que te recuerde que llega mañana.

–Oh, Dios.

–No, no es tan malo. Tengo algunas ideas. ¿Quieres que utilice la tarjeta del departamento?

–Sí, por supuesto. Guarda los tiques –empujé los *post-it* con la punta de los dedos–.

¿Algo más?

Ruby se encogió de hombros.

–El resto puede considerarse mediocre.

–¿Qué tal el chico nuevo?

Se animó de inmediato y me miró fijamente, para que supiera que hablaba en serio.

–Tenemos que conseguir que se quede.

–Estoy en ello –le di un último trago al vino. Me había mejorado el humor–. Es vasco.

–Qué bonito.

Me eché a reír. No pude evitarlo, aquel era un comentario tan típico de Ruby.

–Imagino que el señor McDermott no mencionaría qué tipo de pruebas quería realizar.

–No –me estudió durante un rato–. ¿Supondrá un problema con la familia?

–Oh, sí.

–¿Por motivos religiosos?

Solté un bufido.

–Peor que eso: todos son abogados.

–¿Qué vas a hacer?

–¿Sabes? Me gustaría que alguien me preguntara algo que no fuera eso –ella esperó–. Creo que voy a fugarme a la reserva.

Ruby sonrió y también permaneció en silencio.

–Quizá los dos necesitéis juntar los índices y recargaros.

Cogí los *post-it* con la información de Charlie y el sobre, sopesando las fotos. Seguí a Ruby hasta la puerta y salimos a la nieve, le rasqué el parabrisas y la observé marcharse conduciendo despacio. Cargué a Perro en la camioneta, me senté encima del rastro de nieve dejado por sus patas y me metí los *post-it* en el bolsillo delantero del chaquetón. No miré las fotos, preferí depositarlas cuidadosamente en la guantera entre los dos asientos. Cuando bajé la tapa, sonó muy fuerte.

Aquello, como siempre, era un zoo. Maggie y Oso estaban clasificando un cajetón que contenía las fotografías de los menonitas, destinadas a una exposición que se inauguraría en la Academia de Bellas Artes de Filadelfia en primavera. La caja que contenía las fotografías era una sombrerera del Stetson Open Road, un modelo al que yo había amenazado con pasarme hacía un mes, hasta que Vic proclamó a los cuatro vientos que me parecería a Lyndon B. Johnson, el trigésimo sexto presidente de Estados Unidos. Me fijé en las diversas cacerolas de cobre donde se reflejaba la delicada luz de las pequeñas velas votivas esparcidas por toda la sala y los reflejos de las ventanas panorámicas, orientadas a una colina que se perdía en el horizonte y a un mar primitivo. La casa era una isla culinaria, un oasis donde alimentarse al borde de un océano nevado y, a pesar de que había otros cuarenta y tres indios comiendo, bebiendo, tocando el tambor y moviéndose de un lado a otro, era un lugar acogedor.

Traté de concentrarme en la tarea que me habían asignado: cortar cebollas. Pero las seis conversaciones simultáneas y el sonido de los tambores hacían que fuera difícil acometer cualquier faena. Seríamos una docena, contando los que estábamos sentados y de pie, en torno a la mesa de la cocina, aunque cualquiera diría que yo era el único trabajando. Me tomé un descanso y eché una ojeada a mi alrededor para dar una tregua a mis ojos.

Esa casa conocía mis secretos. Sabía que una vez Henry y yo la habíamos montado después del baile del equipo de la universidad, ese baile en el que las chicas invitaban a los chicos. Pillamos tal borrachera que nos caímos del tejado de la habitación de Henry, casi seis metros antes de aterrizar en la nieve. El padre de Henry, Eldridge, salió y nos recogió, nos sentó en la mesa de la cocina y nos obligó a beber licor destilado en casa el resto de la noche, hasta que los dos acabamos vomitando e inconscientes. Cuando nos hizo comer huevos con tabasco a la mañana siguiente, nos explicó que, si íbamos a ser un par de borrachos, más nos valía saber lo que nos esperaba. Fue la casa a la que llamé desde Los Ángeles para contarle a Henry que había sido reclutado por los marines, solo para descubrir que él había recibido una carta similar del ejército. La casa recordaba el día que le presenté a Henry a mi nueva esposa, Martha. Recordaba que, cuando Cady tenía dos años, fijó el ritual de hacer el sonido de una foca cuando comíamos salmón del río McKenzie, un pescado que nunca escaseaba en casa. Había sido el centro neurálgico para conseguir el voto indio cuando me presenté a *sheriff* por primera vez. Esa casa supo que Martha murió de cáncer y allí estábamos los dos cuando le conté a Henry que cuatro

chicos del instituto de Durant habían violado a su sobrina. La casa sabía de una infinidad de penas, de un millón de victorias y nos conocía a Henry y a mí. Sabía cuándo tenías hambre, sabía cuándo estabas triste y, lo mejor de todo, sabía cuándo necesitabas consuelo.

Con mis ojos acuosos miré con deseo la cerveza tostada que había en el vaso situado a mi derecha, pero me había prometido a mí mismo que no le daría ni un sorbo más hasta que terminara de cortar otra cebolla. Hice trampas y eché un traguito.

—Agente, ¿tienes ya esas cebollas cortadas?

Volví a apoyar el vaso en la encimera.

—Necesito algún nutriente.

—Sí, las cebollas nos están retrasando —Brandon Búfalo Blanco me había obligado a arremangarme cuando llegamos, mientras Henry se escabullía con mi cita. Brandon era el dueño y el encargado de la estación de servicio Búfalo Blanco en Lame Deer.

Eché un vistazo alrededor de la mesa y comprobé que conocía a todo el mundo, incluyendo a Lonnie Pájaro Pequeño, que estaba en su silla de ruedas, tan cerca de mi taburete que nadie habría dicho que le faltaban las piernas.

—¿Cuándo vuelve Melissa a casa?

Su sonrisa fue tan amplia que pensé que se le iba a abrir la cabeza en dos.

—Regresa mañana. Aaajá, sí, es así —Melissa padecía el síndrome alcohólico fetal y estaba terminando su primer semestre en una escuela de formación profesional en Dakota del Sur. Conocía a los Pájaro Pequeño desde hacía años. Fueron decisivos en un caso que había resuelto hacía menos de un mes y, desde entonces, de vez en cuando, Lonnie se pasaba por la oficina y me mantenía al tanto de los progresos de Melissa.

—¿Le gusta el centro?

—Le gusta el baloncesto. Aaajá, sí, es así.

Continué troceando. Le grité a Brandon:

—¿Cómo de pequeños quieres los trozos?

Se giró para mirarme.

—Córtalas a lo largo, agente, en tiras de un centímetro.

Me encogí de hombros. Para mí, comer era una necesidad pero para Henry era un arte y las claves de su arte eran la sencillez y la originalidad. Me sorprendía que dejara a Brandon cocinando, pero lo tenía bajo vigilancia. Les eché un vistazo a Oso y a Maggie Watson y me dio la impresión de que se sentaban peligrosamente juntos. Puse el cuchillo en alto para atraer su atención entre las distintas conversaciones pronunciadas en la entrecortada lengua cheyene.

—¿Podrías volver a decirme qué es lo que estamos cocinando?

Él levantó la vista.

—*Ga xao xa ot* —se quedó mirando mi cara inexpresiva—. Un plato vietnamita.

Me quedé pensando y acabé por hablar en voz alta.

—No recuerdo haber comido nada parecido cuando estuve allí.

—Eso se debe a que todo lo que comías salía de una lata yanqui, tú.

—Bebí mucha cerveza Tiger.

—No creo que eso pueda considerarse un producto *gourmet* —extendió el brazo y le tocó a Maggie el suyo, mientras ella le sonreía y volvía a mirarlo. Estaban bebiendo vino blanco. A mí no me gusta nada. Me acordé de un expatriado francés que frecuentaba el bar Buenos Chicos Buenos Ratos que me advirtió que el vino blanco estaba bien para las damas o para las mañanas en las que no te encuentras bien.

La observé mientras hablaba, me fijé en la forma delicada que tenía de mover los labios. Tenía unos labios estupendos, bien dibujados y, a pesar de que solo la había pillado un par de veces con el pintalabios, siempre parecía que los tenía recién pintados. En esos momentos estaba realmente radiante, con las mejillas encendidas de la excitación que le provocaban aquel entorno ajeno y exótico y las historias de Oso.

—Entonces, ¿las cebollas son lo primero? —él no respondió, pero ella dejó de escuchar y sonrió—. Entonces, las cebollas...

La respuesta fue un poco cortante.

—Que sí.

Esperé un momento para que supiera que había herido mis sentimientos.

—Solo preguntaba —él asintió, suspiró y volvió a mirar a Maggie—. Bueno, solo quiero que sepas que has herido mis sentimientos —me incliné en dirección a Maggie para que pudiera hacerse cargo de mi dolor—. ¿Lo ves? Son lágrimas.

Ella se echó a reír. Yo suspiré y sentí una gran sombra que se cernía sobre mí: Brandon Búfalo Blanco medía por lo menos quince centímetros más que yo. Cogió la tabla de cortar llena de cebollas con sus manos gigantescas y yo me quedé mirando cómo desaparecía. Los festejos habían comenzado en el centro de mayores El Omóplato y había continuado en la casa de Henry y Oso en Pie, donde la fiesta no había hecho más que empezar. Centro de mayores El Omóplato, qué nombre tan maravilloso. Sonaba como si fuera un lugar al que acudes para que unos hombres y mujeres que ya han pasado antes por las mismas vicisitudes que tú te ayuden a solucionar algún problema, un sitio donde pueden ponerte una mano encallecida en el hombro, mirarte a los ojos a pesar de las cataratas y aclararte algunas cosas. Detalles así podían suceder en la residencia de ancianos de Durant, pero no eran frecuentes, y su nombre era tan poco romántico que no parecía importar que fuera así.

Eché un vistazo a la fotografía que Henry y Maggie estaban estudiando. Mostraba un hombre de uniforme con botas de montar entregando una bandera estadounidense a un grupito de lo que parecían jefes indios. La bandera colgaba entre ellos como si fuera capaz de contener las promesas de los blancos. Advertí que el hombre uniformado sostenía su extremo con las manos flojas, como si deseara que el contenido escapase. Los jefes llevaban camisas blancas limpias y almidonadas, chalecos de lana y mocasines con cuentas y exhibían un gesto colectivo de profunda indiferencia. Reconocí las tierras que había al fondo, los pocos árboles y las colinas ondulantes que configuraban la mayor parte de la topografía de la reserva de los cheyenes del norte. Incluso se distinguía la sombra del fotógrafo sobre las piernas de otro hombre blanco con un traje holgado que se encontraba de pie a la derecha. Me fijé en que esa sombra no tocaba a los indios, como si esta no pudiera contagiarlos. A la derecha había otro jefe con un tocado de

guerra; tenía los labios apretados y era el único que miraba fijamente a la cámara que trataba de robarle el alma.

Me quedé mirando a la gente animada que rodeaba la mesa, los representantes de un pueblo al que habían engañado, que casi había perecido de hambre y de frío, al que habían perseguido hasta llevar al borde del exterminio, un pueblo que, cuando brules, sansarcs, minneconjous, hunkpapas, oglalas y pies negros unieron sus fuerzas, puso en jaque a los Estados Unidos de América. Yo todavía apostaba por ellos.

Contemplé cómo el gigante reunía los ingredientes y se retiraba a los fogones. Añadió un poco de aceite y las cebollas a una sartén grande a fuego medio. Agregó un pellizco de sal, algo de ajo y agarró el mango de aquella sartén de hierro sin la ayuda de ningún trapo.

Maggie estaba hablando con Henry de nuevo, la suya era la única conversación en inglés, pero Brandon ya me había devuelto la tabla de cortar.

—Más —así que continué deslomándome y escuchando a Henry y a Maggie, la cadencia de su conversación, no tanto las palabras como el ritmo. Ese ritmo se unía al maravilloso idioma que nos rodeaba y reconocí en él ecos de otro tiempo y de otra mujer. No hacía mucho, me había sentado en una cocina similar a esa y había escuchado la risa melódica de Vonnie y las vibraciones de aquel recuerdo me conmovían como si resonaran en un lugar oscuro, profundo y líquido, aún continuaban meciéndome como las ondas de una fuerte corriente. Sentía una necesidad desesperada de tomar las decisiones correctas en los temas que concernían al corazón.

Pensé en Maggie Watson. Ella adoraba los misterios tanto como yo los odiaba. Para mí, la clave era como una cuenta de rosario que te lanzaran con inquina, mientras que para ella era tan divertido buscarla como atrapar mariposas. Yo era un investigador, ella era una buscadora de fortunas. A la gente le encantan los tesoros y debían de estar encantados escuchándola; por lo general, yo no tenía esa suerte.

Volví con las cebollas, las partí por la mitad, comencé a cortarlas en tiras de un centímetro y me faltó poco para cortarme el índice derecho. Los cuchillos de Henry eran muy afilados. Después de terminar el último cuarto, mis ojos buscaron a Maggie. Cuando fui a mirarla, ella me estaba observando con la marea azul de su mirada. Me sonrió apenas y se giró hacia Henry. No era justo. No era justo buscar a un fantasma en el cuerpo de otra persona, tratar de capturar una parte de alguien que has perdido en alguien que has encontrado.

—Te has cortado —era una herida pequeña, justo en la última articulación. No era nada grave, así que hice ademán de llevarme el dedo a la boca, pero ella extendió el brazo por encima de la mesa, me cogió la mano y se giró hacia Henry.

—¿Tienes tiritas?

—En el baño —se quedó observándonos un momento—. Iré a por ellas.

Ella se giró hacia mí mientras Henry abandonaba la habitación y me di cuenta de que el azul de sus ojos era más profundo en el borde de la pupila, como si fuera una cascada de color precipitándose en un océano blanco. Ella sonrió mirando a los allí reunidos y, por último, a mí.

–Tendré que apretarte fuerte.

Caramba.

La segunda botella era de vino tinto, así que tomé una copa. De vez en cuando, Maggie me echaba una ojeada y yo le mostraba el dedo en alto poniéndolo como excusa para no unirme a la conversación, pero ella no se lo tragaba. Se ganaba la vida husmeando en los espacios olvidados y yo era un acertijo que todavía no podía resolver.

Me excusé y fui al baño, hice mis menesteres, me lavé las manos y apoyé los brazos en el lavabo. Me miré al espejo. No estaba mal, aparte de necesitar unas ocho horas de sueño ininterrumpido, un corte de pelo, diez kilos menos y otros tantos años. Mi mentón era demasiado grande, tan grande como mis orejas, y tenía los ojos hundidos. Me eché hacia atrás todo lo que daban mis brazos de sí y me fijé un poco más. Seguía sin convencerme del todo lo de la barba, pero escondía mucho.

Cuando tenía un caso con el que distraerme era más fácil, pero, con Charlie Nurburn vivo y Mari Baroja muerta por causas aparentemente naturales, no podía refugiarme en ningún rincón de mi mente. De todas formas, cuando volviera al pueblo al día siguiente tendría que asegurarme de llamar a Bill McDermott y al juzgado. Aun así, algo no encajaba. Supuse que mi siguiente paso sería volver a la residencia de ancianos de Durant. El sentido común me decía que me presentara allí, pero nunca había considerado que esa voz fuera ni común ni sensata.

Pensé en Maggie y en lo difícil que resulta mantener la pasión, pero que en cambio la amistad tiene un ritmo inextinguible. Supongo que ese fue el momento en el que decidí firmemente que solo seríamos amigos. Aquello resultaba un tanto decepcionante pero también suponía un alivio. Había tomado una decisión. Salí del cuarto de baño y me encontré con mi mejor amigo.

–¿Qué tal tu dedo?

–Creo que sobreviviré.

Henry respiró hondo.

–Te he seguido hasta aquí para convencerte de lo contrario de lo que intentas disuadirte, tú –el pelo oscuro, la piel oscura, los ojos oscuros: como si todo él estuviera esculpido en caoba. Un golem de los cheyenes del norte, pero yo sabía que tenía corazón.

–Haces que me sienta como un coche nuevo.

Esperé mientras alguien pasaba entre los dos para ir al baño.

–¿Estás seguro de que estás bien?

Le conté lo del sueño protagonizado por Mari Baroja. Él escuchaba en silencio y asentía de vez en cuando. Al final, sonrió.

–Se diría que ahora tienes una aliada en el Campamento de los Muertos.

Mis conocimientos sobre las complejidades de la religión india eran escasos, pero conocía el campamento, un lugar donde los ancestros de la tribu cheyene se reunían tras pasar a mejor vida. Los habitantes del Campamento de los Muertos buscaban relacionarse con gente interesante en este mundo. Había objetos tocados por ellos, como el antiguo rifle Sharps para búfalos que Lonnie me había dado hacía un mes y que

permanecía en un rincón de mi dormitorio. Era como si lo viera: el cañón, largo y pesado, con un resplandor fantasmal, tan frío al tacto como un cadáver. Podía ver el dibujo del hombre muerto realizado con cuentas que colgaban de la empuñadura, las diez muescas distintas encima de la culata y la forma en que las plumas grises se movían, incluso cuando no había ninguna brisa, mensajes enviados por los muertos a alas de los búhos.

Esperamos mientras la persona que había en el baño pasaba entre los dos con una sonrisa.

—¿Algún otro consejo?

—Deberías ser capaz de descubrir el resto por ti mismo —permaneció callado un momento—. Si no puedes, necesitaremos más tiempo del que nos permite esta conversación, tú.

En el camino de vuelta, me paré junto a la nevera gigante, saqué una cerveza y me detuve a hojear algunas de las fotografías que había en la encimera situada en medio de la cocina. En la imagen superior aparecían tres chicos, uno de pie y los otros dos sentados, vestidos con lo que parecían uniformes militares. La tensión en sus miradas traicionaba la actitud relajada que aparentaban con su postura. Yo sabía el motivo: los maestros del internado para chicos indios del que salían para visitar a sus familias, con suerte, cada dos años, les habían cortado el pelo. Me olvidé de ella y me fijé en la siguiente. Willy Oso Luchador y Zack Zorro Amarillo estaban de pie, entre una pareja de appaloosas con cara de malas pulgas. Llevaban dos de los sombreros de *cowboy* más aparatosos que había visto en mi vida, un modelo que, quizá en épocas pretéritas, servía para proteger a su dueño de las lluvias de meteoritos. Willy y Zack parecían estar a gusto, a pesar de que probablemente llevaran subidos a una silla de montar al menos catorce horas. Mi padre los conocía y solía decir que eran dos de los mejores jinetes que había conocido jamás. La aparté a un lado y me fijé en la siguiente.

Conocía a Frank Escudo Blanco. Vestido con toda la parafernalia que caracteriza a un jefe cheyene, se encontraba de pie entre sus dos hijos, Jesse y Frank Junior. Ellos iban con el uniforme del ejército, correría el año 1943. Frank Junior murió en Okinawa y Jesse fue al atolón Kwajalein en las islas Marshall con la séptima División de Infantería como francotirador. Se hizo famoso por atarse a los árboles más altos, porque así, si los japoneses le disparaban, no sabrían si habían dado en el blanco. Finalmente, los japoneses le dieron, pero nunca llegaron a saberlo.

Eché un vistazo a las siguientes fotografías. Había una de un grupo de hombres y mujeres de pie con la iglesia de fondo y otra de un joven con unos pantalones bordados con cuentas, de pie, junto a un campo de béisbol improvisado. Me fijé en su rostro de amplia sonrisa y la delicadeza con la que las manos oscuras sostenían diestramente la pelota. Podía escuchar el chasquido de la pelota al golpear el suelo y la frase característica de un hombre sin piernas.

—Aaajá, sí, es así.

Las palabras se escaparon de mis labios sonrientes antes de que pudiera darme cuenta.

Miré a Lonnie Pájaro Pequeño, que estaba manteniendo una enigmática conversación en el otro extremo de la cocina. Traté de imaginármelo jugando al béisbol profesional antes de perder las dos piernas por culpa de la diabetes. Lonnie con piernas. Después de echar un trago de cerveza, respiré hondo y me abrí paso hacia el otro lado de la cocina, donde aguardaba mi destino romántico.

Estaba acodada en la mesa, con la barbilla descansando en la palma de la mano.

—Creía que las mujeres eran las únicas que iban juntas al baño.

Se cambió a la otra palma y, de repente, estaba muy cerca.

—Es un buen amigo —me hice un hueco y me acodé en la mesa, con la barbilla sobre la palma de mi mano, ligeramente apartado de su cara.

—Estoy empezando a pensar que tú también lo eres —sonreí y bajé la vista a la mesa. Las llamas de las velas oscilaban como las plumas de búho del Rifle Cheyene de los Muertos. Algo me rondaba la cabeza, guardaba relación con alguna cosa que acababa de ver, un presentimiento, nada que pudiera precisar. ¿Era por las fotografías o por algún comentario de Henry? Me volví hacia Maggie justo cuando él entraba. Seguro que puse cara de haber roto un plato. Maggie, en cambio, reclinada en su silla, volvió a poner su mejilla élfica en la palma de su mano e hizo parpadear sus ojos azules, como si fuera una señal.

—¿Qué tal va la cena?

Él sonrió y se reunió con Brandon en los fogones. Me quedé sentado allí un momento y escruté sus ojos, pero aquello era demasiado para mí, así que miré por la ventana. Observé cómo los copos pasaban volando ante el cristal y se detenían momentáneamente antes de desvanecerse, como si estuvieran tratando de llamar mi atención a través del cristal para recordarme algo que se me escapaba entre los dedos.

Las fotografías, sí, debía de ser algo que tenía que ver con las fotografías.

Me levanté rápidamente, crucé la sala abriéndome paso entre la gente, hasta que me planté delante del montón de instantáneas. Estaban como las había dejado. Me fijé en la que salía Lonnie con los pantalones de cuentas que se ajustaban a sus piernas perdidas y lo vi corriendo por el cuadro como un halcón de cola roja, la pelota de cuero sin curtir surcando el aire en dirección a primera base, como una lanza de guerra, pero lo que captó mi atención fue el coche que había aparcado junto a la banda, un descapotable grande, bastante pijo para la época y pintado en dos tonos.

Terminé con esa foto y miré la siguiente. Había un pequeño grupo de indios arremolinados en torno al mismo coche. El automóvil se veía más de cerca en esa ocasión y pude distinguir el emblema, donde aparecía un búfalo y unas letras cromadas.

Maggie me había seguido y me puso una mano en el brazo.

—¿Algo va mal?

—Pues sí —dejé que mi corazón recuperase su ritmo normal y volví a estudiar la foto—. Déjame que te pregunte algo —coloqué un dedo en la foto para indicarle—. ¿Te parece esto un Kaiser de 1950?

Ella se inclinó e inspeccionó el coche en cuestión.

—No estoy segura del año, pero en la insignia delantera pone Kaiser.

Solo había un blanco en la fotografía y yo estaba bastante seguro de quién era. Henry se había colocado a mi otro lado y cambié el dedo de sitio.

—¿Te suena el nombre de Charlie Nurburn?

Entrecerró los ojos mientras estudiaba la imagen.

—Sí, he oído ese nombre —inspiró un momento—. Era del sur del condado, vendió licor en mal estado durante un año o así. A algunos de los míos los dejó ciegos o los mató.

Meneé la cabeza y escruté al hombre alto y delgado de la foto.

—Sí, eso parece típico de Charlie.

Él giró la cabeza.

—¿Esto tiene algo que ver con el caso en el que estás trabajando, tú?

—Pues sí —me quedé pensando—. No. Lo que quiero decir es que en realidad no hay caso y él no es parte de él porque está vivo y reside en Vista Verde, Nuevo México —dejé de hablar un segundo para tratar de pensar. Me giré para mirar la imagen de Henry y al verla las líneas de su rostro desaparecieron, sus pómulos se volvieron más pronunciados y, ahora, el agua le chorreaba del pelo azabache, recogido en una coleta. Aún era estrecho de hombros, antes de que se le disparase la testosterona de la adolescencia haciendo de él todo un *linebacker* estatal y, cuando sonrió, el canino de leche que le había acompañado durante todo el instituto, regresó.

—¡Eres un gallina, tú!

Miré abajo, hacia donde él estaba y vi los remolinos del agua del Little Powder, cerca de la confluencia de los arroyos Bitter y Dry. Un puente se erguía a nuestra derecha y su marco negro se recortaba contra el azul brillante de aquel día de julio. Sentí que la columna me atravesaba el costillar y un escalofrío me recorrió los brazos y los hombros.

—¡No es verdad! —le chillé.

—¡Entonces salta!

Miré hacia abajo y, en lugar de ver las botas de un hombre adulto, vi unas piernas canijas y tostadas por el sol que salían de un par de tejanos cortados a mano y terminaban en unos pies descalzos. Me removí y la lámina de metal a la que estaba subido cedió bajo mi peso.

Él ladeó la cabeza y se echó a reír, con sus puños huesudos sobre sus caderas estrechas.

—¡Eres un gallina!

Me fijé en la pintura desvaída color amarillo del metal, en la línea cromada con las letras grabadas que los sedimentos del río Powder habían empezado a nivelar. Me fijé en la insignia que coronaba el capó, con el búfalo encaramado a una colina y la K mayúscula... y salté.

Volví a enfocar la vista en la cocina y me encontré con sus ojos.

—Sé dónde está —me giré para mirar a Maggie—. Está encallado en la orilla del Little Powder, a menos de un kilómetro de aquí —di unos golpecitos sobre la foto para más énfasis—. Este mismo coche —lo miré otra vez—. Junto con siete u ocho coches más que servían para contener el terreno, en un punto bajo el puente donde la orilla describía una

curva.

Él preguntó, dubitativo:

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

Sonreí.

—Desde que tengo memoria. Ya estaba allí cuando éramos niños.

Henry sonrió un momento y yo lo observé emprender su propio viaje.

—Fue allí donde te abriste la cabeza —no se movió por un momento—. ¿Es importante?

—Quizá —continué mirando la fotografía—. Ese es el coche.

Henry se encogió de hombros.

—No había tantos Kaiser descapotables de dos colores en la reserva.

Los ojos azules volvieron a posarse en la foto y Maggie frunció los labios, concentrada.

—¿Por qué alguien iba a enterrar un coche prácticamente nuevo en el margen de un río junto a la reserva?

Miré fijamente al hombre que presuntamente era Charlie Nurburn. Delgado y alto, los pulgares huesudos le colgaban de los bolsillos delanteros de sus pantalones de faena. Dos pistolas automáticas de empuñadura de nácar sobresalían de su cinturón y tenía dos más en una pistolera cruzada a la espalda. Sí, Charlie Nurburn iba bien armado. Sus vaqueros parecían la piel mudada de una serpiente y los bajos remangados dejaban al descubierto un par de botas de cordones gastadas. Tenía una vieja chaqueta de la marina echada sobre sus hombros estrechos y una camisa de franela de cuadros abotonada hasta la nuez. Llevaba un gorro de caza de los antiguos, con orejeras atadas arriba, calado despreocupadamente hacia la izquierda. Me fijé en su cara y distinguí lo que parecía ser un diente de oro, la pala derecha. Traté de ver al maltratador y al asesino detrás de las cejas bajas que ocultaban sus ojos, pero solo vi a un tipo cualquiera. Y esas son las cosas que me preocupan.

Si Charlie había abandonado el condado de Absaroka para siempre en 1951, ¿por qué iba a dejar atrás un Kaiser casi nuevo? Me volví a mirarlos.

—Este es el hombre que estaba casado con la mujer de la residencia, la señora vasca que acaba de morir.

Maggie Watson tomó asiento en el taburete más cercano y se llevó ambas manos al regazo.

—¿Qué mujer de qué residencia?

—Mari Baroja, la mujer que estuvo casada con Lucian.

Oso tardó unos tres segundos en responder.

—¿Qué?

—Mari Baroja es la mujer que ha muerto en la residencia. A mediados de los cuarenta, Lucian y ella estuvieron casados un par de horas, antes de que la familia de ella pusiera fin a la relación. Me contó que no la había vuelto a ver hasta el año pasado, cuando se presentó en la residencia de ancianos de Du-rant. Por alguna razón, Lucian sospecha que su muerte podría no deberse a causas naturales, así que precinté su habitación y llamé al médico forense de Billings para que le practicase una autopsia general. Y, si bien dice que probablemente muriese debido a fallo cardíaco, lo cierto es que se extraen millones de

dólares del subsuelo de la finca familiar, Los Cuatro Hermanos.

—¿Y esa es la finca de los Baroja? —asentí y Henry arqueó una ceja. Me miró como si se dispusiera a preparar una emboscada para la diligencia—. Tenemos el móvil, sí, pero ¿tenemos un caso?

—La autopsia reveló que Mari Baroja había sido maltratada y, en las distintas conversaciones que he mantenido con Lana Baroja, Isaac Bloomfield y Vern Selby, descubrí que Charlie Nurburn probablemente fuera el bicho más rastrero que pisa la faz de la tierra, al menos hasta que desapareció en unas circunstancias que cada vez parecen más extrañas.

Henry todavía me miraba con cara de sorpresa. Entonces me di cuenta de que la mayor parte de las conversaciones de la sala habían cesado.

—¿Y Lana Baroja es...?

Cogí a Henry del brazo y me lo llevé hasta el fondo de la cocina. Le pedí disculpas a Maggie mientras nos apartábamos. Arrinconé a Henry en una esquina.

—Lana Baroja es la nieta de la fallecida y opina que, claramente, Lucian Connally tuvo algo que ver con la muerte de su abuelo.

—Creí haber entendido que estaba vivo, tú.

—Es complicado. Además, parece ser vox pópuli que Mari Baroja y Lucian se estuvieron viendo todos los jueves por la tarde durante años, pero Lucian no admite que mantuvieran relación alguna —pensé por un momento—. Eso y que hay un Kaiser de 1950 empotrado en la orilla del Little Powder desde que tengo uso de razón.

—Entonces, estamos hablando de dos posibles asesinatos con más de cincuenta años de diferencia.

Me quedé allí mirándolo un rato.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Sobre qué?

—¿Crees que Lucian...?

Por primera vez en toda la noche, el cheyene guardó silencio.

—Me gusta tu amigo Henry.

Había tomado la ruta 87 desde la reserva de los cheyenes del norte porque, en un arranque de optimismo, había pensado que habrían pasado las máquinas quitanieves. Mari Baroja habría hecho esta misma ruta en dirección opuesta hacía unas horas. Me pregunté qué le habría parecido.

No podía sacármela de la cabeza, así que pensé que podía compartir parte de la carga con Maggie mientras conducía a través de la nieve compacta de cuatro centímetros de espesor. Me quedé mirándola: si las mujeres supieran lo guapas que estaban a la luz del salpicadero de las camionetas grandes, nunca saldrían de ellas.

—¿De verdad?

—Ajá.

La nevada había amainado un poco, pero los grandes copos todavía surgían de la oscuridad ante los faros y se precipitaban contra el parabrisas como pequeños kamikazes. Yo me encontraba masticando un *ruggelach* y tratando de concentrarme en la carretera, antes de que el entusiasmo de una nueva metáfora nos mandara al arcén.

—¿Desde cuándo os conocéis?

—Desde primaria —las ruedas traseras de la camioneta patinaron un poco y sentí un ligero tirón—. Solía ir a casa de su tía para ver *El llanero solitario*. Jugábamos en el patio y a mí siempre me tocaba hacer de Tonto —ella se echó a reír, pero yo no dejaba de pensar en el caso. Me pregunté si Saizarbitoria habría hablado con Charlie Nurburn. Le había dado el trabajo con la esperanza de no tener que hablar nunca con ese hombre.

—¿Estás pensando de nuevo en esa mujer vasca?

La miré de reojo.

—Solo estoy concentrado en la carretera.

Era bastante obvio que no me creía.

—¿Podrías repetirme su nombre?

Eché un vistazo a la guantera entre los asientos, donde había depositado las fotografías de la autopsia.

—Mari Baroja —Maggie estaba sonriendo—. ¿Qué?

—Suenas como la palabra «ambrosía».

Suspiré.

—Pues sí, se parece —observé la nieve durante un rato. La declaración de Lana continuaba preocupándome. Supuse que la declaración de Lana no tenía mucha

importancia si su abuelo estuviera vivo, pero, si lo estaba, ¿por qué abandonaría un Kaiser en perfectas condiciones para mudarse a Vista Verde, Nuevo México, sin él?

Maggie continuaba mirándome.

—Eres un *sheriff* un tanto raro.

Me mordí un carrillo por dentro, algo que siempre hago cuando me esfuerzo en pensar.

—No me gustan los misterios y no me gusta que las cosas no encajen —me giré a mirarla—. ¿Qué tal si hablamos de ti?

—Oye, soy uno de mis temas favoritos. Hablemos de mí —yo me eché a reír—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Oh, todo —volví a la carretera pero acabé mirándola de nuevo—. ¿Cómo es que una mujer como tú anda por ahí sin estar casada?

Ella bajó la visera y abrió una carterita de cuero.

—Al igual que la reina heredera en Noruega, solo se me permite casarme si he alcanzado la edad de consentimiento sexual —sacó un estuche diminuto de maquillaje, me miró fijamente y volvió a pintarse los labios.

Asentí.

—¿Esa edad son los treinta y cinco?

Ella cerró el espejito de bolsillo y se volvió hacia mí con una sonrisa despampanante.

—Oh, cómo me gustas —volvió a depositar la barra de labios en el estuche y luego el estuche en la cartera de mano de cuero—. En realidad mi vida no es nada interesante. Me encontraba en un lugar emocional y geográfico donde no era feliz.

—¿Y eso dónde era?

Ella ladeó la cabeza.

—En Charlottesville, Virginia. Louis enseñaba en la Universidad de Virginia y, después de un tiempo, empezamos a considerarnos prescindibles.

—¿Cambiaste Charlottesville, Virginia, por Cheyenne, Wyoming?

—Aquello fue como hacer borrón y cuenta nueva y el sur estaba lleno de fantasmas. Tenía un trabajo similar al que desempeño ahora y una licenciatura en Económicas, así que me presenté a una entrevista de trabajo en la feria estatal de empleo que, dicho sea de paso, consistía en tres globos atados al extremo de una mesa en la sala de congresos del edificio del gobierno.

—Somos un estado austero.

Ella continuó mirándome fijamente pero le costó un rato armarse de valor para decirme:

—No pareces divorciado.

—¿No parezco divorciado?

Ella entrecerró los ojos, pero los destellos azules eran todavía perceptibles.

—Noto todavía una especie de compasión desbocada, no llevas demasiada carga.

Aguardé un momento por respeto a ella.

—Soy viudo —Maggie asintió pero continuó medio arrodillada en silencio. No quería hablar de Vonnie, pero no hacerlo me parecía injusto—. Hubo otra mujer hará un mes o así —ella no dijo nada—. No creo que pueda definirse como una relación, ya que nunca

mantuvimos relaciones, pero intimamos, y la cosa no acabó bien.

Su voz me llegó más tenue y lejana.

—¿Puedo ser sincera contigo?

—No espero otra cosa.

—Lo leí en los periódicos.

En cierto modo, me sentí violado, como si alguien hubiera invadido mi vida personal.

—Bueno..., es un precio que hay que pagar cuando eres una figura pública.

Ella extendió un brazo y dejó caer la mano sobre mi manga, junto a mi corazón. Yo podía sentir que los ojos se me humedecían, no estoy seguro de si era por mí o por la mujer que había perdido. Me concentré en la carretera y se me pasó, pero estoy seguro de que sus ojos azules lo captaron. Estaba bastante seguro de que a esos ojos no se les escapaba casi nada.

—Volvemos a hablar de mí.

—Perdona —inclinó la cabeza un poco hacia delante—. Bueno, estarás aquí atrapado conmigo al menos dos días más. Tengo nueve cajas de seguridad que nadie ha reclamado en tres bancos distintos, así que estoy empezando a pensar que mi predecesor no tenía Durant en su lista de prioridades.

Me relajé por el cambio de tema.

—Entonces, ¿qué haces cuando abres una?

—Primero me aseguro de que el dueño vive y ha olvidado la caja o está abandonada debido al fallecimiento de su propietario. Luego compruebo los archivos del banco en internet o llamo a posibles familiares; si no se tiene contacto con el dueño y no se ha pagado el alquiler durante cinco años, acaba en nuestras manos.

—¿Y qué tal te va con eso?

—La gente suele colgarme a menudo —se echó a reír y agitó la cabeza—. Es difícil conseguir convencer a la gente de que somos funcionarios. Siempre se piensan que somos alguna clase de timo, pero solo el año pasado entregamos ocho millones de dólares a sus legítimos dueños y generamos más de quince millones en bienes no reclamados.

Lancé un silbido.

—Quince millones. Supongo que el estado estará empleando bien su dinero. Quizá compren más globos —la visibilidad era cada vez peor, así que reduje la velocidad todavía más. A ese paso, bien podíamos haber vuelto andando desde la reserva—. ¿Tú eres todo el departamento?

Ella se llevó la mano a la cabeza con un gesto de saludo militar.

—Directora de bienes sin reclamar. Soy mi propia rama del Departamento del Tesoro del estado de Wyoming.

—No me queda más remedio que preguntarte qué tipo de cosas encuentras.

Ella volvió a mirar por el parabrisas.

—Toda clase de cosas. Encontramos un nombramiento de un embajador de 1863 firmado por Abraham Lincoln, y, justo la semana pasada, encontré una vieja colección de condecoraciones militares nazis de la Segunda Guerra Mundial. Reloj de bolsillo,

acciones, obligaciones. En Gillette había una muda completa, una máscara de esquiador y una pistola –me volví para mirarla–. Luego están las polaroids. Debemos de tener una pila de desnudos de medio metro.

–Serán una decoración estupenda para el tablón de anuncios.

–No te creas –Maggie puso los ojos en blanco–. En la mayor parte de ellas salen personas que desearías que nunca se hubieran quitado la ropa.

Aquella imagen fue interrumpida por una placa de hielo que la nieve derretida había formado en un pequeño paso elevado donde había vuelto a congelarse. Después de esa, había otra placa y la camioneta reculó hacia un lado; traté de maniobrar en esa dirección y toqué los frenos, pero, al abrirse la cortina de nieve, nos sorprendió ante nosotros la silueta oscura de otro vehículo. Pisé los ABS a fondo y sentí el brío del cilindro maestro al tratar de evitar que las ruedas se bloqueasen y chocasen contra la tonelada de acero que había volcada en la carretera ante nosotros. Incluso con los frenos asistidos, sería imposible detener el vehículo. En esa fracción de segundo, distinguí una abertura entre el antepecho del puente y las ruedas del coche siniestrado. La cámara lenta inducida por la adrenalina me permitió determinar que la mediana ante nosotros estaba inclinada, pero no lo bastante inclinada como para volcar el Bullet; tenía que asegurarme de mantener equilibrado el peso de la camioneta para que no termináramos como el otro vehículo. Cuando nos salimos de la carretera, sentí la deceleración repentina de las grandes llantas al pisar sobre nieve recién caída. Caímos dentro de la vía de servicio y salimos por otro lado, avanzando penosamente hasta detenernos después del último poste, ya fuera de peligro. Respiré hondo y miré mi brazo extendido, con el que había sostenido a Perro para que no saliera despedido por el parabrisas a la vez que sujetaba a Maggie contra su asiento. Perro se zafó mientras yo estudiaba a Maggie.

–¿Estás bien? –ella abrió la boca pero no dijo nada.

Encendí las luces de policía y conecté con el dial programado automáticamente en la radio, el 155.445, la frecuencia de la patrulla de carreteras. Necesitaba mucha ayuda y la necesitaba ya. Le pasé el micro.

–Dile a los de la patrulla de carreteras que tenemos un 10-50 en el kilómetro 12 de la ruta 87, es una emergencia, que envíen una ambulancia y una grúa –sonreí–. ¿Lo tienes?

Sus ojos parecían muy grandes.

–¿Cómo sabes en qué kilómetro estamos?

–La costumbre. Quédate aquí, pero ¿harás eso por mí? 10-50, kilómetro 12, ruta 87, una ambulancia y una grúa.

Al pisar me hundí en la nieve polvo hasta tocar la superficie resbaladiza. El anillo de hielo a la altura de mis rodillas era la única tracción que podía conseguir, así que lo utilicé para abrirme paso hasta lo alto de la pendiente. El aire me quemaba los pulmones cuando llegué a la cuneta. Miré en la dirección por la que habíamos venido. Nadie había pasado por la carretera desde que dejamos Sheridan, así que tenía una oportunidad.

Me fijé de nuevo en el coche y me detuve en seco. Porque el vehículo volcado de costado era el Mercedes de 1971 de Isaac Bloomfield.

Las puertas no habían saltado y las ventanas estaban intactas, el motor estaba en

marcha y las ruedas giraban como un caballo desbocado. Las luces del sedán color metálico apuntaban en dirección a las colinas de Lodge Grass, mientras el motor petardeaba y empezaba a fallar. La superficie de la carretera todavía despedía vapor, así que el siniestro debía de haber sucedido hacía un momento. Me deslicé hasta el maletero. La superficie cuajada de la carretera entorpecía mis movimientos, pero conseguí abrirme paso hasta la luna trasera. La condensación había empañado el interior de la superficie y me impedía ver. Mientras avanzaba, escuché un gemido y, de repente, me costó respirar. Conseguí rodear el parachoques trasero y me sentí aliviado al escuchar que el motor por fin se extinguía, llevándose consigo el riesgo de una combustión interna y el movimiento de las dos ruedas.

En algún momento, por el camino, debí de haberme puesto los guantes, una suerte, porque los bajos del coche estaban aún calientes. Trepé por ellos y el siseo del cuero quemado sobre el tubo de escape olió a filete chamuscado. Extendí el brazo y agarré la manilla de la puerta del acompañante. Tiré de ella y la maldita puerta se abrió pero volvió a cerrarse de golpe. Volví a tirar con todas mis fuerzas hasta que conseguí introducir los dedos por la rendija de la puerta y la abrí de nuevo. No iba a quedarse así mucho rato, así que introduje los pies por la abertura y golpeé con todo mi peso, que hasta el momento solo lo había considerado un inconveniente. La puerta se dobló hacia atrás sobre sus goznes y se soltó, pasando por encima del capó y aterrizando en la capa de hielo. Que le dieran a Ralph Nader, los coches ya no los hacían como antes.

Isaac estaba inmóvil. Tenía los ojos cerrados y sangraba por un lado de la cabeza. Uno de los brazos descansaba encima del tronco. Siempre pasa lo mismo: si existe la remota posibilidad de que tenga una fractura en el cuello o en la espalda, mover al herido quizá solo empeore las cosas. Si entraba, iba a tener que tirarme encima de él, así que puse una pierna en el otro lado del hueco para tener algo de ventaja. Estaba caliente y el interior de su muñeca me devolvía un ritmo familiar. Fue entonces cuando se produjo un pequeño milagro de los que a veces suceden. Isaac se movió una vez, como si quisiera cambiar de postura para ponerse más cómodo. No era mucho, pero lo suficiente como para asegurarme de que su columna y su sistema nervioso estaban intactos. Podía moverse. Me estiré todo lo que pude para alcanzar el cinturón que le había salvado la vida y le di gracias a Dios porque los cinturones estén diseñados para abrocharse hacia dentro. Al tirar de él, sus piernas se quedaron enganchadas en el volante y tuve que zarandearlo un poco para soltarlo. Mientras sorteaba los mandos del vehículo, agarré con la otra mano la pechera del abrigo del médico y lo levanté.

Fue entonces cuando advertí las luces. Ningún vehículo de los que habíamos pedido por radio ostentaba unas luces amarillas parpadeantes y, desde luego, ninguno era tan grande. El estado de Wyoming emplea máquinas quitanieves de cinco toneladas, equipadas con difusores de grava capaces de despedir guijarros a cinco metros. Sí, eso significaba que en poco más de un minuto tendríamos encima diez toneladas de malas noticias.

Recobré las fuerzas de improviso, me alegré de que Isaac no hubiera ganado mucho peso desde su paso por el campo de concentración y lo liberé del volante. Ya casi lo

tenía, cuando su pie se enganchó en el cinturón. Me obligué a conservar la calma y lo giré hacia un lado, pero el cinturón continuó donde estaba. Tomé aire y lo llevé en la dirección contraria, al tiempo que el cinturón se soltaba y se perdía en la oscuridad. Lo atraje hacia mí y me di la vuelta.

Demasiado tarde. El conductor debía haber visto mis luces de emergencia y había empezado a frenar, pero no parecía que fuera a lograrlo. Miré hacia abajo, al reflejo congelado de la carretera oscura. No había ningún sitio a donde ir. Fuéramos donde fuéramos, estaríamos tan mal como donde estábamos, si no peor, así que no hice nada. Me quedé mirando cómo las diez toneladas del equipo del Departamento de Transportes de Wyoming golpeaban la primera capa de hielo y se tambaleaban peligrosamente hacia los lados.

Mientras permanecíamos allí sentados en el costado del coche, como una peculiar *pietà* moderna, no pude evitar pensar que todo aquello me pasaba por crearme que podía tomarme una noche libre y llevar a una mujer hermosa a un lugar mágico a encontrarnos con gente maravillosa. Tenía el castigo al alcance de la mano, en forma de frío acero sobre ruedas y grava roja.

El guardarraíl del paso elevado parecía un embudo galvanizado y eché un vistazo al hielo que había cuajado en la cara norte del metal. De las ruedas del camión salían despedidos unos chorros de nieve derretida en forma de arco. La quitanieves parecía tan grande como las que había visto avanzar en la cabeza de las locomotoras de la línea Burlington Northern.

Miré a Isaac y sonreí. Esa mierda nunca le sucedía a Tom Mix en las películas cuando estaba salvando a alguna damisela atada a las vías. Lo que me ocurriera a mí no parecía importar, pero Isaac era distinto. ¿Cómo iba a terminar de forma tan trivial una vida tan intensa? Le peiné el pelo al anciano hacia un lado; había sangre, pero no creía que estuviera malherido. Mientras la luz del vehículo que se acercaba iluminaba los regueros rojos, escuché un sonido en la distancia. Podría tratarse del ritmo de las llantas Bandag recubiertas de cadenas, hincando sus fauces en la superficie de gravilla de la carretera, o del martilleo del motor V10 del Bullet, aunque yo diría que sonaba como si fueran tambores.

Cuando volví a levantar la vista, la parte de atrás de la máquina quitanieves se estaba desplazando hacia nosotros y las luces traseras eran dos ojos furiosos. El vehículo continuaba derrapando pero los arcos de guijarros no parecían tan altos. Observé que los faros delanteros se giraban hacia nosotros, al igual que la pala metálica. El vehículo se detuvo a menos de tres metros de donde estábamos sentados. Se asemejaba a un búfalo encabritado, resoplando por sus fauces y despidiendo sudor por la frente. Los tambores se habían detenido.

Interferencia.

—Unidad seis, 10-55, cambio.

Conocía a Wes Rogers porque era tan viejo como yo. Había sido el primer patrullero en personarse en la escena y le estaba ayudando con el informe. Los otros agentes de la

patrulla de carreteras pululaban por allí, bajo las luces azules palpitantes de sus coches negros, y los de emergencias estaban introduciendo a Isaac Bloomfield en la parte de atrás de la ambulancia.

—Entonces, ¿te quedaste ahí sentado sin más? —Wes sonreía mientras escribía sobre el sujetapapeles metálico, con su sombrero de explorador echado hacia atrás y un claro parecido al humorista Will Rogers, al que no le unía ningún parentesco. Era extraño estar sentado en el asiento del acompañante de un coche patrulla. Él negó con la cabeza y se rio por lo bajo—. ¿Tienes un par de calzoncillos?

—No llevo calzoncillos, por eso les resulto tan atractivo a las mujeres.

Wes dejó de escribir.

—Bueno, no me importa admitirlo, yo habría tenido que ir a casa a cambiármelos —me entregó el sujetapapeles para que rellenara los formularios—. ¿Cuánto te queda para jubilarte?

Cuando me dispuse a escribir, el boli iluminó la superficie del papel.

—¿En términos cronológicos o financieros? —le pasé el sujetapapeles y me metí aquel boli tan chulo en el bolsillo—. ¿Por qué preguntas?

Él metió los formularios en la guantera que había entre los asientos.

—Yo me marcho el mes que viene. A Scottsdale, Arizona.

Me quedé sorprendido, suponía que Wes siempre andaría por allí.

—¿Qué vas a hacer en Scottsdale?

Él miró al paisaje helado: podríamos encontrarnos perfectamente en el lado oscuro de la luna.

—Ver crecer a mi nieto, y, por las noches, mantener a los mexicanos alejados de los lagos del campo de golf.

Me quedé un momento pensativo y di con el nombre de la esposa de Wes.

—¿Qué tiene Ruth que decir a todo esto?

Seguí la dirección de su mirada y estuvimos observando cómo la grúa de Pete bajaba el Mercedes y lo colocaba sobre sus cuatro ruedas.

—Supongo que se lo tomará bien, ya que lleva esperándolo los últimos veintiséis años.

Extendí la mano y él me la estrechó. Me dijo que podía quedarme el boli como una muestra de su afecto y de su cariñosa despedida.

Me abrí paso entre la nieve resquebrajada del arcén hasta el Bullet, pero me detuve en seco mientras una cadena izaba el vehículo de Isaac Bloomfield y lo colocaba en la plataforma elevada de la grúa. Un conductor con un mono de trabajo aseguró el coche con topes de madera. El caprichito del doctor iba camino de la chatarrería de Sonny George, a las afueras de Durant. Retendrían allí el coche hasta que Isaac decidiera qué quería hacer con él. Lo cierto es que era una lástima, el médico había tenido aquel coche desde que yo lo conocía y lo mantenía en excelente estado. Fred Ray, el mecánico de la gasolinera Sinclair, me dijo una vez que el coche estaba en perfectas condiciones gracias a los cuidados preventivos de Isaac. Supongo que hasta la ingeniería alemana falla a veces: eso o el conductor de ochenta y cinco años.

En la breve charla que mantuve con Isaac mientras el personal de emergencias lo subía a la ambulancia, este me contó que había sentido remordimientos de que fuera otro el que le realizara la autopsia a Mari Baroja, así que había decidido saltar sobre su Mercedes clásico de tracción delantera y conducir un par de horas por las altas llanuras, en medio de una tormenta de nieve, a medianoche. Creía que lo que había fallado habían sido los frenos.

Permanecí de pie meditando, mis ojos fueron del plateado fantasmal del coche alemán a las colinas cubiertas de nieve al este. Henry Oso en Pie lo había expresado bien: desde hacía un mes Henry me había obligado a correr como parte de un plan de redención en cuatro pasos. Me vine abajo junto al Clear Creek y le había mantenido a raya hablándole de las reformas que iba a hacer en mi casa con la ayuda de sus amigos de Contratas Red Road. Él no me miró sino que posó la vista al otro lado del pequeño valle, donde sus abuelos solían cazar y pescar. Ya había visto antes esa forma de doblar las comisuras hacia abajo, así que pregunté:

—¿Qué?

—La tierra no nos pertenece —me había reclinado contra un poste y me estaba preparando para otra filípica sobre ese demonio impío, el hombre blanco, que esquilmo el continente norteamericano, pero, en lugar de eso, Henry añadió como si nada—: Tu madre no te pertenece, ¿verdad? ¿A que suena a estupidez, lo de ser dueño de tu madre? Con la tierra pasa lo mismo, piénsalo, es estúpido pensar que la posees —se mantuvo en silencio un momento. Cuando volvió a hablar, su voz era ligeramente afilada—. Al contrario, tú sí perteneces a esta tierra.

Pensé en los tambores; aquellos tambores eran los mismos que había escuchado en la montaña, los que me impulsaron a continuar cuando el camino había desaparecido. Me pregunté si los Ancestros Cheyenes estarían ahí, al borde de nuestro campo de visión. ¿Habían detenido la quitanieves? ¿Habían conducido junto a ella en sus monturas de guerra, usando sus lanzas para lograr que se parase en seco? ¿Cuánto les habría costado? Me imaginaba que, incluso en el mundo de los espíritus, ese tipo de acciones también conllevaría sus riesgos. Miré en dirección al norte y al oeste, hacia Little Big Horn y la reserva de cheyenes del norte. Era reconfortante pensar que todavía seguían allí, los ayudantes de una madre que no les pertenecía. El viento cortante estaba haciendo que me lloraran los ojos, al menos así lo interpreté. Entonces me eché a reír y me llevé una mano al sombrero en un gesto de saludo, para que supieran que sabía dónde estaban y para darles las gracias.

Me giré hacia mi camioneta. El cansancio empezaba a hacer mella en mi espalda, pero conseguí llegar. Estaba demasiado cansado como para dar ni un paso, pero alcancé mi coche y conduje hasta dejar a Maggie sana y salva en el motel Log Cabin de Durant.

—¿Estás seguro de que no quieres entrar?

Miré en dirección a la atrayente cabaña y me sentí tentado, pero estaba muy cansado.

—Me lo apunto para la próxima vez —no podía ver su rostro, oculto por la oscuridad mientras permanecía de pie junto a la puerta—. Tengo a Perro —ella me estudió un momento.

–¿Seguro que estás bien?

–Estoy cansado, eso es todo –sonreí–. Normalmente presto más atención a mis citas. Distinguí el destello de su mirada entre las sombras.

–Cuando quiera tu atención, la conseguiré.

Me miré las botas cubiertas de nieve.

–Supongo que es justo que te cuente...

–Eh, *sheriff*.

Levanté la vista y su rostro estaba muy cerca del mío.

–¿Sí?

–Quizá pienses demasiado –se aproximó y me besó muy suavemente. Entonces sentí que mis pulmones se me iban a salir del pecho. Maggie no cerró los ojos y yo tampoco. Fue un beso largo y yo me incliné hacia delante cuando ella se retiró. Un escalofrío me recorrió la columna como una serpiente agazapada.

Me dirigió una sonrisa lenta y lánguida.

–¿Qué te ha parecido, sin pensártelo mucho?

Me llevó un segundo recuperar el habla.

–Bastante increíble.

–Quizá deberías probar más a menudo –me miró un momento más, como si estuviera sopesando mis palabras, y la puerta se cerró.

Permanecí así un rato; quizá esperase que la puerta volviera a abrirse, pero, finalmente, me abrí paso hasta el Bullet y conduje con Perro hasta el hospital para comprobar cómo estaba Isaac.

No conocía al joven del mostrador, pero me dijo que Isaac había sufrido cortes y contusiones leves y que tenía en la cabeza un chichón del tamaño de un huevo de oca, pero que estaba descansando apaciblemente en la habitación 111, por si quería echar un vistazo. Decliné la oferta y el chaval dejó caer que, con lo viejo que era Isaac, era un hueso duro de roer. Le contesté que no se lo podía ni imaginar.

Cuando regresé a la cárcel, la unidad de Vic estaba aparcada en la puerta y las luces de la oficina encendidas. Perro me siguió mientras entraba y enfilaba el pasillo. Había un *post-it* en el marco de la puerta, pero la letra no me resultaba familiar. Me incliné hacia delante y lo leí: «*Sheriff* Longmire: he llamado al número de Charlie Nurburn en Vista Verde tres veces y he dejado varios mensajes. Por ahora, no hay respuesta. Sancho». Incluía la fecha y la hora de las tres llamadas telefónicas. Caramba, el chaval era educado hasta para los *post-it* y, evidentemente, Vic le había causado una honda impresión, ya que incluso firmaba con su nuevo mote.

Retrocedí por el pasillo hasta las celdas de la parte trasera. Santiago Saizarbitoria estaba dormido en mi catre habitual y, obviamente, no se fiaba del todo, pues sus esposas estaban puestas alrededor de los barrotes para evitar que la puerta de la celda se cerrase. No en vano había sido oficial en una prisión. Perro y yo nos quedamos allí de pie en la oscuridad, escuchando el suave ritmo de su respiración mientras el busca le subía y bajaba en el pecho.

Bajé la vista para mirar a Perro.

—No hay sitio en la pensión —el animal se mantuvo cerca mientras doblaba la esquina y nos dirigíamos a la segunda celda, donde nos tumbamos en sendos catres. Me eché por encima la chaqueta y me coloqué el sombrero cuidadosamente sobre la cara. Quizá había sido el desgaste emocional de aquella noche, quizá simplemente había tenido un día muy largo que había exigido mucho esfuerzo físico, pero cuando me obligué a mantener los ojos cerrados el resultado fue un sueño furtivo y violento. Mantuve los párpados sellados y lo que vi fueron los créditos de una película con un formato que no habían adaptado para televisión.

Contemplé el brillo de las briznas de hierba multicolor, mecidas por una suave brisa de verano que cruzaba el brazo intermedio del río Powder, como si arrastrara algo consigo. La hierba se movía con un oleaje propio del océano, de una forma sensual y femenina. Se había levantado una bruma cálida y densa que no era producto del sol abrasador del verano sino del ambiente cargado que generaba la hierba al expulsar dióxido de carbono. Gravosas riquezas.

A pesar de estar rodeado de aquel verdor oscilante, yo ahora me encontraba flotando y, aunque el día estaba avanzado, no había ni una sola nube en el cielo, ya que la luz era plana y paralela a la tierra.

Podía sentir los rayos del sol que caldeaban mis miembros, aliviando el dolor de mis doloridas articulaciones y soltando mis músculos. Mientras se relajaban los tendones de mi cuello, sentí que mi cabeza se deslizaba a la derecha y distinguí a una persona tendida a mi lado. Sabía quién era antes de verla: el chal que ya había visto navegó sobre los tallos de la hierba hasta regresar a su mano. La tenía tan cerca que podía distinguir la textura del tejido y la calidad del trabajo.

Ella sabía que estaba observándola. Su perfil afilado contrastaba con la luz del cielo y los ángulos de su rostro irradiaban los colores de la tarde como si se tratara de un prisma. Sentí que se me cortaba la respiración de estar ante tal maravilla y supe que todo lo que había escuchado sobre ella era cierto. Pasado un momento, la mujer se giró sobre la hierba y me miró con sus grandes ojos oscuros y una brizna de hierba entre los dientes. Me sonrió y extendió una mano para tocarme el hombro. Sus dedos eran ligeros, me atravesó un escalofrío; el frescor que desprendía se extendió como una nube bienvenida en un día soleado de verano.

Miró en dirección a las montañas, como si estuviera intentando pensar en cómo decir lo que quería decir. Un momento después, volvió la vista hacia atrás, se quitó una densa mata de pelo de la cara y retiró la mano, mientras se giraba y se ponía de pie. Todavía llevaba puesto el vestido azul de lunares blancos, el vestidito que Lucian había descrito. Tenía problemas para mantenerse en pie y fue solo entonces cuando me di cuenta de que se encontraba en avanzado estado de gestación. Volvió a extender la mano, despacio, como si no quisiera asustarme. Sus dedos delgados envolvieron los míos y atrajo mi mano hacia sí. Aparecieron algunas nubes, que traían consigo voces solemnes y corazones rotos.

Me desperté sobresaltado, me llevé el sombrero al pecho y me senté apoyándome en los brazos. Me quedé observando la luz tenue proveniente del pasillo, saqué mi reloj de bolsillo para ver la hora y respiré hondo. Había dormido alrededor de una hora. Tenía un regusto frío en la garganta y, sabiendo que no volvería a caer dormido, extendí un brazo lentamente en dirección al suelo para alcanzar mi chaquetón, que se había caído, y me puse el sombrero. Todavía un poco atontado, salí de la celda al vestíbulo y doblé la esquina para comprobar cómo estaba Saizarbitoria. Al ver que todavía dormía sentí un poco de envidia: ah, tener veintiocho años, la conciencia libre y un cuerpo joven.

—Os halláis en el mayo de vuestra juventud, maduro ya para las hazañas y las grandes empresas.

Me pregunté qué tal se le daría Shakespeare al chaval.

Perro me siguió cuando me dirigí a mi despacho y luego se acurrucó junto a mi escritorio, donde se quedó inmediatamente dormido: el animal no tenía ninguna preocupación. Algo en la manera en que las cosas se habían desarrollado recientemente me inquietaba y lo primero que me vino a la mente fue el coche de Isaac. El viejo Mercedes estaba en unas condiciones fabulosas, ¿por qué habían fallado los frenos? Por las pocas palabras que había podido cruzar con Isaac, parecía que el mecanismo no había funcionado. Aquello era una locura, pero últimamente muchas cosas parecían serlo. Cogí un *post-it* nuevo del escritorio de Ruby y le dejé a Saizarbitoria una nota, donde le pedía que fuese al taller de Sonny George al día siguiente para comprobar si habían manipulado los frenos del Mercedes. Pegué la nota sobre las esposas que él había sujetado a la puerta.

Cogí distraídamente el *post-it* de Sancho del marco de la puerta de mi despacho, rodeé a Perro y me senté en mi escritorio. Era noche cerrada y yo estaba demasiado espabilado como para dormir. Miré el *post-it* que tenía entre manos y me fijé en que Sancho había llamado al famoso Charlie Nurburn por última vez a las 21:32. El chaval era la cortesía en persona.

Miré el teléfono y pensé: «¡Qué demonios, seguro que está en casa!». Mientras marcaba el número, consideré que si había alguien en el mundo que se mereciera que le despertaran en mitad de la noche, era él. El teléfono dio cuatro tonos y luego descolgaron. Empecé a decir:

—Al habla la oficina del *sheriff* del condado de Absaroka, siento si. —pero me detuve al darme cuenta de que se trataba de un contestador. Charlie Nurburn se presentó, se disculpó por no poder atender el teléfono y luego me invitó a dejar un mensaje después de la señal. Todo tal y como debía ser, una voz cualquiera en un contestador cualquiera.

La cuestión es que aquella era la voz de Lucian Connally.

La matrícula hizo un sonido de mil demonios cuando rebotó sobre el mostrador y fue a parar junto a la cestita metálica que contenía los menús, el *ketchup*, la mostaza, el salero y el pimentero.

—¿Sabes qué es eso?

Él observó la pieza de metal oxidado y la tierra que se había desprendido de su superficie, le dio un sorbo a la taza y la dejó encima del cerco de café dibujado en el mostrador.

—Es una matrícula de coche de las viejas —era por la mañana temprano y me había costado un rato encontrarlo. El local estaba vacío, pero escogí el asiento diagonalmente opuesto al suyo, al otro lado de la caja registradora. Yo estaba muy enfadado, si me sentaba un poco apartado, quizá evitara agarrarlo del pescuezo.

—¿Sabes de dónde la he sacado?

Tomó otro sorbo de café como si nada en el mundo le preocupara lo más mínimo.

—Sospecho que de un coche.

Me levanté, me coloqué a su lado y me senté en el taburete junto al suyo: desde mi primera posición, habría sido difícil engancharlo del pescuezo.

—¿No tienes nada que contarme? —me desabroché el chaquetón de piel de borrego y me eché hacia atrás el sombrero.

Mi taza de café apareció a mi derecha.

—¿Lo de siempre?

—Lo de siempre —Dorothy desapareció y yo me volví hacia el viejo *sheriff*. Este continuaba dando sorbitos a su café y mirando fijamente la colección de abejas situada encima de la parrilla—. Quiero escuchar la historia del contestador y de la habitación vacía en Vista Verde, Nuevo México. Quiero escuchar la historia de tu amiguito, el *sheriff* Marcos DeLeon, del condado de Río, que se ha estado ocupando de los impuestos y de la seguridad social. Quiero escuchar la historia que hay detrás de un Kaiser abandonado, empotrado en la orilla del Little Powder desde 1951.

Me eché hacia atrás y respiré por primera vez desde que había entrado en el pequeño café.

—Continúa hablando, soy todo oídos —se hizo el silencio, casi se podía escuchar el agua que fluía bajo la superficie congelada del Clear Creek, que discurría junto a La Abeja Hacendosa.

—Eres todo narices, no oídos —Lucian dejó la taza de café sobre el mostrador y giró la

cabeza para mirarme a mí—. ¿Qué ha dicho el forense?

—De eso nada hasta que no me cuentes lo de Charlie Nur—burn —me saqué el reloj de bolsillo del vaquero: las 6:37 de la mañana—. Yo tengo todo el día, pero, como es jueves, tú debes estar pensando en no llegar tarde a tu cita.

Le costó un rato romper su silencio, abrigarse y colocarse la pierna protésica. Esperé mientras se subía la cremallera de una vieja chaqueta Carhartt, demasiado ligera para lo que las condiciones meteorológicas exigían, y se ponía el sombrero.

—Tú... puedes irte al infierno —la pesada puerta de cristal se cerró de golpe, dejando que entraran algunos copos de nieve que aterrizaron sobre mis botas. Me quedé observándolos mientras se derretían.

—He oído que el infierno está precioso en esta época del año —Dorothy extendió el brazo y estudió la matrícula mientras yo seguía con la vista puesta en el suelo—. ¿Quieres un consejo? —evidentemente, continuó hablando, ignorando mi mirada de advertencia, como siempre hacía ella cuando necesitaba que me ignorasen—. Tómatelo con calma.

Respiré hondo.

—Lo estoy intentando —ella había esperado para ver qué pasaba con lo de siempre y me observó mientras me volvía a abrochar el chaquetón. Me llevó un minuto tomarme el café. Supuse que podría pillar a un viejo con una sola pierna en mitad de una tormenta de nieve.

Cuando salí fuera, ya no estaba.

—Maldición —observé cómo el vaho de mi aliento era completamente barrido por el viento y recorrí de un vistazo la calle arriba y abajo. Nadie. Las farolas todavía estaban encendidas y solo había un juego de rodadas en Main Street. Fue entonces cuando recordé uno de mis viejos trucos indios y seguí el único rastro de pisadas que no eran las mías sobre la nieve de la acera. Abrí la puerta de mi camioneta, aparcada frente a La Abeja Hacendosa, y dejé que Perro saliera. Suponía que iba a necesitar refuerzos.

El rastro se detenía frente al hotel Euskadi y, al abrir la puerta, vi que la nieve había sido apartada, amontonada como el ala rota de un ángel de nieve caído. Tiré del picaporte y me lo encontré allí sentado, rellenando la pipa con una petaca de tabaco de cuero y cuentas indias. En el *jukebox* sonaba el *Ave María* de Sinatra y Lucian estaba sentado a la mesa en mitad de la habitación. Parecía muy frágil y muy solo.

—Sal de aquí cagando leches.

Permanecí de pie y miré su sombrero plateado, que descansaba con el ala hacia arriba sobre el mantel blanco; todavía estaba en buenas condiciones y probablemente iba a ser el último que el viejo *sheriff* comprase. Perro no se movió. Nos miramos el uno al otro y luego a Lucian.

—Perro tiene frío.

Él se removió en su sitio y le dio la espalda a la puerta mientras cerraba la petaca y la depositaba sobre la mesa, junto a las llaves del edificio.

—El perro puede entrar, pero a ti más te vale marcharte —se dio unas palmaditas en la pierna y Perro acudió al instante. La mano nudosa del viejo le acarició el pelo entre las orejas—. No te importa mucho con quién andas, ¿verdad?

La puerta se cerró tras de mí cuando me adelanté para sentarme en el lado opuesto de la mesa. Moví las flores de plástico para que pudiéramos vernos las caras. Me desabroché el chaquetón y esperé un buen rato, inspirando el aire cálido. Quería comenzar a hacer preguntas otra vez, pero era demasiado pronto. Dejé la matrícula a mi lado, miré las llaves encima de la mesa y decidí cambiar de tema.

—Entonces, ¿eres tú el dueño del Euskadi?

Le costó un rato, pero Lucian, tras encenderse la pipa y darle algunas bocanadas, respondió:

—Ajá —fumó un rato más y, por fin, continuó.

—Salió a la venta en los sesenta y lo compré por una nadería. Elegí a Jerry Aranzadi como pareja de baile para que se encargara de llevarlo, pues esa era la única forma de mantenerlo en pie y, además, no roba demasiado —respiró hondo—. Sigue siendo el único sitio del pueblo donde no te ofrecen una cerveza sin alcohol.

—¿Jerry es vasco?

—Sí, uno de esos mexicanos de montaña.

Sonreí al oír esa frase tan propia de nuestra región.

—Siempre ha sido un buen sitio.

Lucian bajó la vista hasta la cabeza del perro, al que continuaba acariciando.

—Solían venir todos aquí, los vascos. Era como una casa de acogida para los pastores —se echó hacia delante y apoyó los codos en la mesa—. Ayudaban económicamente a otros inmigrantes vascos. Contactaban con la guardia forestal de Wyoming, los inscribían en su registro de pastores y les pagaban los quinientos pavos para que se costearan el viaje. Los forestales comprobaban los antecedentes del tipo y, si no había puesto ninguna bomba en un bar, le adjudicaban una cuota y lo dejaban estar. Normalmente era algún pariente, alguien de quien podían responder. Luego descontaban el dinero de sus pagas cuando se reunían aquí. Los infelices solo ganaban treinta pavos a la semana, así que les costaba años.

Esperé un momento y eché una ojeada por encima de la barra, que hablaba de tiempos mejores.

—¿Te encontrabas aquí con ella los jueves?

—Después de que Charlie muriera —le llevó un momento, pero sonrió—. Nunca volvimos a casarnos. Los vascos están bastante aferrados a su religión, pero creo que conseguí convencerla de que se estaba perdiendo algo bueno. No estoy seguro de que se diese cuenta de que me refería a mí.

Aguardé un momento, por respeto, antes de preguntar.

—Lucian, ¿qué sucedió?

Él contempló el brazo que tenía apoyado sobre la mesa, mientras rozaba con los dedos el ala de su sombrero.

—¿Crees que me cargué a Charlie Nurburn?

Continué mirándolo y pensé de lo que sería capaz el viejo bandido, las historias que había escuchado, las historias que yo conocía.

—Ahora mismo sí, lo creo —suspiré y pensé en el consejo de Dorothy—. Lucian, no

quiero convertir esto en un concurso para ver quién mea más lejos. Tú sabías que iba a descubrir esto de todas maneras, me enseñaste demasiado bien –pensé en Mari Baroja, en Isaac Bloomfield y en Lana, así como en la panda de abogados que me pisaba los talones. Me acodé en la mesa y apoyé el mentón sobre las manos–. ¿Sabías que una nieta suya está en el pueblo?

–Sí, lo sé –su mirada era cada vez más sombría–. Te sorprenderías de todas las cosas que sé.

–No, no es así, Lucian, no me sorprendería en absoluto. Te diré lo que me sorprendería: que me contaras lo que pasó hace cincuenta años –no me moví, me quedé apoyado sobre mis puños y le miré fijamente. Respiré hondo y traté de calmarme–. Para entender lo que está pasando ahora necesito saber qué pasó entonces.

Él asintió de forma casi imperceptible, como si algo frágil y viejo se quebrara. Observé cómo ese algo se perdía en el río de la memoria y golpeaba los acantilados rocosos de la mente de Lucian.

–¿De qué habría servido? –su mirada estaba completamente vacía–. ¿De qué habría servido que una mujer como ella pasara el resto de su vida en la cárcel?

Escuché mientras la voz de Lucian nos transportaba hasta una noche de verano a mediados del siglo pasado. Todavía puedo revivirla en mi mente, como si se tratase de una película casera con la imagen granulosa color sepia. Se oyen de fondo unos martillazos y la película comienza con un hombre delgado que llega tarde a casa, una noche nubosa. Lleva en la mano un frasco de conservas medio lleno de un líquido claro, a punto de caérsele, mientras busca a tientas el pomo de la puerta. El frasco va a parar al suelo y estalla con estruendo sobre los escalones desiguales, los fragmentos de cristal y el licor casero se cuelean por las rendijas de la madera combada. Maldiciendo, el hombre forcejea con un pestillo que alguien ha echado esa misma tarde.

Hay tres niños en la cama situada al fondo de la pequeña casa, iluminados por los relámpagos procedentes de las Big Horn. Las dos niñas tienen tres años de edad, son gemelas y se abrazan a sus delgadas rodillas. Entre las dos agarran una manta raída, el dibujo floral aparece borroso y lejano. También hay un niño un poco mayor. Está sentado a los pies de la cama y no se mueve. Sostiene un martillo grande lo mejor que puede con sus manitas temblorosas.

Se oye un fuerte empellón contra la puerta, el hombre se precipita sobre ella con una rabia demasiado familiar. Ese es el patrón, el entorno en que los niños se han acostumbrado a vivir. Se estremecen de miedo e intentan permanecer en silencio. Una promesa que han hecho y que han mantenido en un intento de que lo malo deje de ser tan malo.

Reclinada en un viejo fregadero de acero se encuentra una mujer de pie. Tiene las palmas apoyadas contra la superficie fría del borde. El frío le causa una sensación agradable en las manos, encallecidas y ásperas a causa de una corta vida llena de penurias. Su larga melena oscura oculta un rostro inclinado ante un dios sordo a las plegarias de esos labios ajados y temblorosos.

Los golpes en la puerta continúan. Esta vez son más leves y van seguidos poco después de palabras dulces, palabras a las que ella antes respondía, pero a las que ya es inmune. Los empujones en la puerta regresan cada vez más fuertes y ella levanta la cabeza, dejando al descubierto un cardenal oscuro. La golpeó en la mejilla, pero el hematoma se ha extendido hasta la mandíbula y tiene el color amarillento de la fruta podrida.

Más palabras y luego silencio, un silencio al que pone punto y final el ruido de una ventana al romperse, cuando un trozo de leña aterriza en el suelo de linóleo en una lluvia de cristales rotos. Ella grita y se apresura a llegar a la ventana en un intento de apartarlo de ella y de los niños, sin importarle sus pies descalzos y los fragmentos de cristal grueso. Las manos de él tratan de asirla por donde sea y finalmente la agarra del pelo y le zarandea la cabeza hacia delante, a la vez que levanta un puño en alto y la golpea. El cuerpo de la mujer traza un arco perezoso hasta empotrarse contra la cocina de leña, al otro lado de esa pequeña estancia, donde permanece inmóvil, quebrada en el suelo.

Él, borracho, forcejea tratando de asirse a los tablones de las paredes de la casa y, por fin, consigue hacer palanca para izarse sobre el alféizar, pero se resbala y los trozos de cristal se le clavan en las manos, como si la propia casa se estuviera defendiendo ante la intrusión. El hombre se abalanza al interior, cae sobre un brazo agarrotado y se queda mirando su mano y las esquirlas de cristal que continúan haciéndole sangrar. Trata de sacárselas, pero desiste, propinándole un porrazo al muro de la cocina. Grita como una bestia herida antes de que algo al otro lado de la habitación atraiga su atención: una pierna y un pie bien formados, extendidos hacia él de forma inconsciente pero provocativa.

Su padre y sus tíos habían asegurado que era virgen, pero mintieron. Menuda ramera. Lo hizo demasiado bien y lo disfrutó demasiado. Puta.

Ya era hora de que le diera una lección, hora de enseñarle cómo recibir lo que un hombre podía darle. A la rabia y a la embriaguez se suma un fuerte acaloramiento que parece orientarlo y concentrarlo. Se ayuda con el brazo bueno para levantarse y trata de enderezar la cabeza, mientras acecha las curvas y la piel tersa que el vestido de algodón apenas oculta. Incluso estando inconsciente, ella lo pide a gritos.

Es una mujer pequeña y resulta fácil levantarla por el corpiño del vestido. La cabeza se le inclina hacia un lado y deja al descubierto el lado magullado de su cara. Qué desperdicio. Así que le da la vuelta y la obliga a echarse encima del fregadero. Ha pensado en la cocina de leña, pero el fregadero es más alto y le permite tener un ángulo que se adapta mejor a sus intenciones. Le levanta el vestido por encima de las caderas y tira de sus bragas de algodón. Estas se deslizan por la pierna y se quedan enganchadas en un pie, que cuelga a quince centímetros del suelo.

En su ropa interior hay sangre, está en esos días. La huele, un olor distinto al de sus manos. La agarra de su espesa cabellera para tirarle de la cabeza y pone su cara junto a la suya, mientras le sisea que no se manchará con su sangre, que cualquier agujero servirá para sus propósitos. Con una mano, se intenta desabrochar torpemente el cinturón y los gruesos botones de sus pantalones, se baja los tirantes de sus hombros

estrechos y se dispone a cumplir su voluntad.

Ella está casi despierta. El frescor de la porcelana le ha hecho sentir algo de alivio, tanto como para centrarse lo suficiente y doblar las rodillas para patearle. Echa hacia atrás los brazos y le clava las uñas. Los platos caen del mostrador, los utensilios de cocina se estrellan en el suelo con la melodía de campanillas rotas y un gran cuchillo de carnicero termina por clavarse de punta en el linóleo verde. Él vuelve a golpearle la cabeza y continúa sujetándola del pelo. El único sonido que ella emite es un gruñido involuntario cuando el aire sale de su interior cada vez que él la embiste, una y otra vez.

No ha visto que la puerta del final del corto pasillo está abierta y tampoco es consciente de que el niño ha cruzado la habitación con pasos desesperados y decididos. Al niño le preocupa el peso que acarrea y repasa la escena ante sus ojos con una mirada abatida e implacable, levanta el peso tanto como puede, sin saber si será capaz de subir la herramienta lo bastante como para golpear en el lugar preciso. No entiende con exactitud qué está pasando en esos momentos, pero sabe que el de siempre le está haciendo daño a la de siempre y hay que detenerlo.

El impacto le rompe al hombre los tres dedos más pequeños del pie izquierdo. Se desplaza hacia un lado y se desploma, junto a la ventana reventada, donde maldice y aúlla como el animal en el que se ha convertido. La mujer todavía está boca abajo sobre el mostrador, sus pies continúan balanceándose por encima del suelo.

El niño avanza y levanta la punta del martillo para golpear una vez más antes de que su padre se tome la revancha. Ya es demasiado tarde. El hombre extiende un brazo y, con una mano, agarra su camisa y parte de su pecho enjuto. Las manitas dejan caer la herramienta. El hombre siente un dolor punzante en el pie, pero consigue enderezarse y ponerse de rodillas. Sacude el cuerpo del pequeño, lo atrae hacia sí y lo golpea con la mano abierta. Con la mano que tiene libre tantea el suelo en busca del martillo y se ciernen sobre este como una araña de cinco patas. Sonríe mientras levanta la pesada herramienta para amenazar al hijo de otro hombre.

De repente, siente un tirón en el cuello.

Se siente raro, casi en paz, mientras vuelve la vista al chico inconsciente. Se fija en los dibujos geométricos del suelo, algo en lo que nunca había reparado. El martillo cae a un lado, olvidado, mientras él se lleva las manos al cuello. Siente algo raro y mojado en el cuello y tose cuando un líquido oscuro y espeso le sale por la boca y termina cayendo sobre el niño. La cabeza se le inclina hacia delante por su propio peso y más sangre mana por su camisa, sus brazos y sus manos. Abre la boca para gritar, pero el líquido bloquea su voz y se derrama por el suelo con la fuerza de una espita abierta. Llena la estancia con su olor y textura escurridiza, está por todas partes.

El hombre trata de levantar la cabeza, pero sus músculos no responden y no puede mover la cara para ver dónde se están llevando al niño. Se escurre hacia un lado y cae contra los armarios bajo el fregadero. Permanece allí tirado, parpadeando ante la escena que se desarrolla ante sus ojos, la madre que acuna a su hijo mayor en su regazo, con las piernas encogidas, agazapada contra la cocina de leña como una pantera.

Siente frío. Parpadea de nuevo y recuerda que uno de sus tíos le contó que siempre la

dejaban que se encargase de los puercos en otoño, que se le daba bien la matanza. Contempla esa mirada torva que no desea más que verlo morir. Menuda ramera. Es la cosa más hermosa que nunca haya visto. Puta.

Tarda una eternidad en morir, pero ella espera sin moverse ni un ápice y continúa observándolo casi una hora más, para asegurarse. Finalmente, le da una patada en la pierna para ver si hay alguna reacción. Contempla al niño, todavía inconsciente, y siente su respiración en el cuello. Es entonces cuando llora, pero se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Lo lleva hasta el dormitorio donde las gemelas esperan, con los ojos como platos, y coloca a su hermano entre ellas con dulzura. Les cuenta que tiene que ir a casa de los Aranzadi, a doce kilómetros de allí. Se habrá hecho tarde cuando regrese, pero deben permanecer en la cama. No deben moverse, no deben hacer ruido, pero, sobre todo, no deben entrar en la cocina. La más pequeña grita que tiene sed, pero la mirada que le dirige su madre la silencia.

La mujer ensilla el bayo grande y lo hace rodear el vehículo motorizado. El coche es del hombre, ella no se fía. Al bayo lo aterrorizan los relámpagos que azotan las siluetas sombrías de las Big Horn. El viento se ha levantado, quizá llueva; la hierba se mece como un océano ondulante de lino y semillas. Con lo cansada que está, prefiere que llueva. Espolea al caballo con los talones desnudos y se agazapa junto a su cuello. Solo hay un camino en dos direcciones que conduce a la carretera principal y al teléfono más cercano.

El ritmo de los cascos del caballo sobre el terreno duro la acuna. Trata de mantenerse sobre la silla agarrándose a las crines de su montura. Las primeras gotas de lluvia la golpean como monedas de mercurio mientras sube la cuesta desde donde se ve la casa del rancho vecino. Las luces no están encendidas, pero ellos lo entenderán. Las gruesas gotas de lluvia de gran altitud continúan golpeándola, mientras ella espolea al caballo para que avance más aprisa por la pista escurridiza. Los relámpagos vuelven y el caballo se encabrita en el patio, sus cascos blancos relucen como polainas. Ella ha tratado de controlarlo, pero el animal la ha cogido por sorpresa y la lanza hacia delante. Luego el caballo retrocede, arrastrándola consigo allá donde va. Ella se agarra a las riendas mientras la bestia cabecea en un intento de liberarse. Se detiene cuando ella le habla en un idioma que su marido nunca se molestó en aprender.

—Ialgi hadi kampa...

Se arrastra hasta la puerta y tropieza con los escalones, combados bajo el peso de la lluvia, y se estremece a causa del agua fría, que le recorre el pelo y la piel. Tiene los músculos contraídos y todo lo que puede hacer es golpear con un puño cerrado la puerta mosquitera. Grita y trata de golpear la puerta de nuevo, pero no puede. Su cabeza se hunde en el escalón y así se queda. No puede terminar así, no puede. Se remueve, pero el pelo se le pega a su cara maltrecha y las articulaciones le duelen del esfuerzo. Sea lo que sea lo que la ha impulsado a llegar hasta allí, se está desvaneciendo con el viento frío y la lluvia. Encoge los brazos y las piernas para protegerlas, para dejar que descansen.

Se oye un sonido en el interior de la casa y la puerta se abre de par en par. La luz de una lámpara de queroseno refleja sobre ella el dibujo puntillista de la pantalla reforzada.

Alguien se arrodilla a su lado, inclinándose para que lo vea y extendiendo una mano delgada y amable. Mientras la mano rodea su hombro, ella levanta la cabeza y, temblando, usando las pocas fuerzas que le quedan, dice:

—*Polizia constabule...* Lucian.

El viejo sheriff estuvo fumando un rato de su pipa y luego se levantó sin hacer ruido para colocarse la pierna. Después rodeó la barra, sacó un filtro de papel de un montón de la estantería, lo colocó en la máquina de café que había detrás, retiró la jarra del quemador y la llenó de agua del pequeño fregadero.

—¿Alguna vez has visto un hombre al que le hayan hecho eso? ¿Rajado de oreja a oreja?

—No, así no.

Él asintió, vertió el agua en la máquina y volvió a colocar la jarra sobre el calentador.

—Si cortas una arteria por completo esta trata de cicatrizar, se cierra, pero si sabes hacerlo, si solo cortas la vena por la mitad, uno termina desangrado.

—Lucian, se trata de un caso evidente de malos tratos y defensa propia —él negó con la cabeza cuando el café empezó a filtrarse.

—Las cosas no eran así en 1951.

Esperé.

—Pensé que habías dicho 1952.

—Ese fue el año en el que los malditos indios robaron el coche de la laguna de riego de Los Cuatro Hermanos donde Isaac y yo lo hundimos —se cruzó de brazos y se apoyó en la barra—. ¿Cómo iba a saber yo que el verano sería tan seco?

—¿Por qué mantener una farsa tan complicada con Marcos, en Vista Verde?

—Ella lo quería vivo.

—¿Por qué nunca lo denunció por abandono?

Él se encogió de hombros.

—Cuestión religiosa.

Esperé.

—¿Y Bloomfield estaba metido en esto? —él apartó la mirada por un momento y no articuló palabra—. Está ingresado en una habitación del Durant Memorial —conseguí atraer toda su atención—. Trató de conducir hasta Billings la noche pasada para ayudar con la autopsia de Mari y tuvo un accidente cerca de Sheridan.

Lucian asintió.

—Ella necesitaba atención médica y yo sabía que él lo comprendería —me miró—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —me senté en el taburete que tenía enfrente—. Lucian, su corazón se detuvo.

—No me lo creo.

Pensé en las cosas que yo pensé cuando mi mujer murió, cosas complicadas e hirientes, y recordé que lo único que parecía servirme de ayuda era que alguien me escuchara. Lo observé mientras él esperaba a que dijera algo.

—¿Viste algo la otra noche?

—No.

—¿Me lo dirías si lo hubieras visto?

—Que sí, joder. No tengo nada que esconder.

—Hasta ahora sí que lo tenías.

Él agitó la cabeza y se dio la vuelta, sacó dos tazas de la pila que había bajo la cafetera y sirvió dos cafés solos. Me pasó una de las tazas con la punta de los dedos.

—Se trataba de mi vida privada.

—Tu vida privada es este caso —todo volvía a estar en silencio, no me cabía duda de que el anciano estaba pensando en ese corazón que se había detenido. Me planteé mencionar las teorías de Isaac Bloomfield acerca del abuso de sustancias, la larga enfermedad venérea y su predisposición genética, pero, si Mari ya descansaba en paz en la mente de Lucian, ese no era el momento de remover las aguas.

Cuando volví a levantar la vista, él estaba estudiándome.

—Entonces, ¿vas a llamar a los del FBI o qué?

Le di un sorbo a mi café.

—Lo estoy meditando.

Él asintió.

—Bueno, piensa en esto mientras meditas. Ya sabes de lo que es capaz un jurado popular. Recuerda lo que le hicieron a Melissa Pájaro Pequeño.

El café estaba demasiado caliente o quizá había perdido su sabor. Dejé la taza sobre la barra y negué con la cabeza.

—No es lo mismo —esperé un momento, luego me levanté y me abroché el chaquetón—. Tengo que ir a trabajar.

Se quedó observándome mientras cruzaba la puerta con Perro a la zaga.

—¿Un caso importante de asesinato?

—Algo así.

Lucian posó la taza en la barra del bar.

—¿De qué asesinato?

Miré al suelo y empujé la puerta para que Perro saliera.

—Te mantendré informado.

Cada vez hacía más frío, así que me subí el cuello del chaquetón y encogí el pescuezo para protegerme mejor. Entonces no había sido él, al menos, técnicamente no. Simplemente la protegió, lo cual, a ojos de la ley, significaba que era cómplice de encubrimiento y por algo así podían caerte de doce a diecisiete años. Traté de pensar cómo habían cambiado las cosas en nuestro rincón del mundo durante los últimos cincuenta años. Pensé en Lucian, pateándose el condado en su Nash destartado, impartiendo justicia con una placa de hojalata, un revólver de cañón largo del calibre 38 y una pala. Mis ideas sobre el asesinato me las había inculcado un coronel del ejército popular vietnamita, quien lo definía como el peor de los crímenes, porque una vez que arrebatas una vida, no puedes reemplazarla. También declaraba que Ngo Dinh Diem era un idiota, pero era nuestro idiota, aunque esa era una de las afirmaciones que había

decidido no tomarme en serio. Con todo, el asesinato era un asunto feo y complicado que ocupaba mucho espacio emocional en el alma. No creo que Lucian hubiera podido resistir esa carga.

Mis pensamientos fueron hasta Mari Baroja. Me pregunté si ella habría preferido morir en una de las habitacioncitas del hotel Euskadi antes que en la habitación 42 de la residencia de ancianos de Durant. Algunos de sus almuerzos debían de haber sido más largos que su matrimonio de tres horas. Me pregunté cómo habría cambiado la vida del viejo *sheriff* si Mari se hubiera decidido a echar raíces con él, cuánto bien le habría hecho, el bálsamo que habría supuesto para sus viejas heridas. ¿Por qué no se habrían vuelto a casar? Quizá fuera una cuestión religiosa, pero quizá el peso de guardar el secreto de Charlie Nurburn era demasiado grande. Ese tipo de cosas te minan de tal forma que la vida es demasiado corta para asimilarlas. Quizá por aquel entonces fueran dos personas distintas. Quizá esas tres horas eran tan valiosas que evitaron estropearlas, quizá esas tres horas eran suficientes para esas dos personas. Algunos fuegos nunca se agotan y pueden seguir dando calor incluso con el paso del tiempo.

Tan pronto como cerré la puerta de la camioneta y la arranqué, distinguí una unidad cascada de la oficina del *sheriff* del condado de Absaroka deslizándose por Main Street. Iba conduciendo demasiado rápido, como siempre, pero no se detuvo a mi lado, más bien me rodeó y aparcó. Se bajó del coche, encogió el cuello dentro del abrigo y se abrió paso entre la nieve con una determinación silenciosa. Se quedó de pie junto a la ventanilla y noté que sostenía un trozo de papel doblado en sus manos enguantadas. Apreté el botón, pero la ventanilla solo emitió un ruidito anémico: por lo visto, se había congelado. Vic enarcó una ceja, luego desplegó el papel que llevaba y lo estampó contra el cristal. Era un fax de la oficina del forense en Billings que decía que Mari Baroja había fallecido a causa de las complicaciones derivadas de un envenenamiento con naftalina.

138

—¿Bolas de alcanfor? —ambos contemplamos el altavoz de mi escritorio—. De ahí el olor, pero, para que sean tóxicas, tienen que ingerirse. Desplazan la hemoglobina, provocando daños en el riñón y otras alegrías —continuamos con la mirada puesta en el plástico negro que recubría el teléfono—. Algunas personas tienen deficiencia hereditaria de glucosa-6-fosfato deshidrogenasa y eso los hace muy sensibles a la intoxicación con naftalina. Mari Baroja pertenecía a ese grupo. Se suele dar en personas con ascendencia mediterránea, los vascos también están en la lista.

Negué con la cabeza y miré a Vic, que también parecía perdida.

—¿Cómo podía saber eso alguien?

—La misma deficiencia los hace sensibles a la aspirina. Si alguien sabía eso, podría haberlo deducido.

Pensé en toda la mierda que iba a tener que tragarme.

—¿Hay alguna posibilidad de que se deba a alguna otra cosa?

—Ninguna —el pequeño altavoz se mantuvo en silencio un momento—. La cantidad en los riñones era minúscula, pero su expediente médico revela que esta deficiencia le fue diagnosticada en los años cuarenta.

–¿Qué expediente médico?

–El expediente que pedí que me enviaran por fax de vuestro hospital.

–¿Quién era el médico de cabecera?

Hubo una breve pausa mientras el forense hojeaba los papeles.

–¿Sabes qué? Es cierto eso de que los médicos tienen una letra horrible –esperé–. ¿I. Brumfield te suena de algo?

–Isaac Bloomfield –levanté la vista hacia Vic; ya la había puesto al día sobre el tema Bloomfield–. Pues sí, ese era el médico de cabecera de la fallecida.

–Supongo que tendrías que hablar con él –le di las gracias a Bill McDermott, pulsé un botón y miré a mi sonriente ayudante.

–Me alegro de no estar en tu lugar en estos momentos –hizo ademán de levantarse para marcharse a su propio despacho, cuando alguien abrió la puerta principal. Pensé que sería Ruby.

–Sancho ha ido a examinar el Mercedes al taller de Sonny George. ¿De verdad crees que alguien trataba de matar al médico?

Tomé aliento.

–No lo sé, pero, desde luego, el accidente tiene una pinta sospechosa.

Vic estaba sonriendo, disfrutaba con mi dilema.

–¿Quieres que me dirija a ese antro de perdición, la residencia de ancianos de...?

–¿Me puedes hacer antes un favor? –no pude resistirme, parecía tan satisfecha consigo misma... Me levanté, saqué el *post-it* del bolsillo de mi camisa y se lo pasé–. Llama a Charlie Nurburn en Vista Alegre y pregúntale cuándo se va a pasar por aquí.

Ella cogió el trozo de papel y me miró con el ceño fruncido.

–¿No crees que tenemos mejores cosas que hacer?

Yo le devolví la sonrisa.

–Solo te llevará un segundo –me hizo un gesto con el dedo cuando pasé junto a ella de camino al escritorio de Ruby. Perro ya estaba allí–. ¿No se suponía que Cady llegaba esta tarde?

–Todos los vuelos procedentes de Denver han sido cancelados.

Me quedé mirándola, con la esperanza de que lo que acababa de escuchar fuera un error.

–¿Qué?

–Todos los vuelos procedentes de Denver han sido cancelados, ni siquiera estoy segura de que haya sido capaz de llegar hasta allí.

–Será mejor que llame.

Ella sostuvo el auricular en alto para mostrármelo.

–¿Qué crees que estaba haciendo?

Eché un vistazo a mi reloj de bolsillo mientras Ruby me observaba.

–¿Tienes alguna cita importante?

Continué observando el paso de la manecilla más larga.

–No, pero espero una explosión de un momento a otro.

–¡QUE ME FOLLEN! –el grito, procedente del despacho de Vic, resonó en todo el

pasillo. Un instante después, mi ayudante se encontraba a mi lado, presa de un gran estado de agitación, para solicitarme una audiencia privada en mis aposentos. Volví a mirar a Ruby.

–Avísame de lo que pase con Cady.

Ella sonrió.

–Puedes estar seguro de ello.

–Está muerto.

–No jodas.

–Pero Lucian no lo mató.

Ella puso los ojos en blanco.

–Por supuesto que no, estaría demasiado ocupado prestando sus servicios como contestador automático.

–Fue ella.

Vic abrió mucho los ojos.

–¿Lo hizo ella? –le conté la historia tal y como me la había contado Lucian y la observé mientras ella permanecía sentada.

–Aj –miró el fax que había sobre mi escritorio–. Supongo que eso le otorga a nuestra víctima un perfil nuevo, ¿no?

–Eso y que, según me contó el capataz, tenía millones.

–¿Metano?

–Pues sí.

Vic arrugó los labios.

–Por cierto, tu colega se pasó esta mañana por aquí.

–¿Qué colega?

–Cecil Keller, el peón que le disparó a su capataz. Un cabrón bien grande con los dientes picados. Gracias por ponerme al corriente de que iba a venir. Dijo que querías que viniera para tener una pequeña charla con él –sonreí–. Eso, tú sonríe. No está en búsqueda y captura, pero le he confiscado el arma y tuve unas palabritas con él sobre cómo debía de resolver sus conflictos.

Sentí que los músculos de las comisuras de mis labios tiraban hacia arriba.

–Me olvidé completamente de él.

Ella agitó la cabeza.

–¿Sabes qué? Teniendo en cuenta que los dos jefes anteriores se tomaban los delitos graves de una forma tan relajada, me alegra andar por aquí.

Miré el fax.

–Sí, bueno, supongo que los días gloriosos han pasado.

Ella se quedó muy callada.

–Voy a la residencia. ¿Adónde te diriges tú?

–Supongo que me pasaré por el hospital para hablar con Isaac, luego creo que comenzaré con la familia y le contaré a Lana que alguien envenenó a su abuela –ella se dispuso a marcharse–. Oye –se giró–, había unas galletas en el suelo junto a su cama. Sé

que todo suena muy Dorothy Sayers, pero pensé que debía mencionarlo.

—Y revisaré los cajones en busca de bolas de alcanfor. Quizá Mari se pilló un buen pedo y pensó que eran caramelos mentolados.

Isaac Bloomfield no estaba en su habitación, pero no me costó encontrarlo: estaba roncando en la sala de descanso del personal con un vendaje grande que le rodeaba la sien y le daba la vuelta a la oreja.

Me senté en la silla frente a su sofá, me desabroché el chaquetón y me coloqué el sombrero encima de la rodilla. El viejo roncaba como un campeón.

—¿Isaac? —tuve que repetirlo tres veces para que me oyera.

—¿Walter?

—¿Cómo es que no estás en tu habitación?

—Aquí estoy más cómodo —se echó hacia delante y me cogió de las manos—. Tengo entendido que te debo la vida.

Me encogí de hombros.

—Casi consigo que nos maten a los dos, si es a eso a lo que te refieres.

Negó con la cabeza ante mi incapacidad de aceptar un agradecimiento.

—¿Cómo está mi coche?

—Completamente destrozado —me eché hacia atrás y lo observé—. Isaac, anoche me dijiste que los frenos fallaron.

—¿Y?

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

Respiré hondo y continué, antes de que pudiera interrumpirme.

—Isaac, ¿tenía Mari una deficiencia de la enzima glucosa-6-fosfato deshidrogenasa?

Después de frotarse los ojos y ponerse las gafas, el doctor se incorporó despacio y se quedó mirándome. Hizo una larga pausa.

—¿Intoxicación con naftalina?

Asentí.

—Muy inteligente.

—¿Por qué lo dices?

—Era fumadora de toda la vida, algo que dificultaría el hallar restos de naftalina, eso y que, debido a su deficiencia, una cantidad minúscula podía ser letal.

Me recliné en la silla.

—Todos los días se aprende algo.

—Debe ingerirse para que resulte venenosa. En la mayoría de los casos, una ingesta sería difícil, pero el sentido del olfato de Mari llevaba tiempo deteriorado —se quedó pensando un momento—. Descubrimos su reacción a la aspirina durante una de sus visitas a la consulta. Se trataba de una reacción de libro. Como no se le aceleraba la respiración, le provoqué el vómito con jarabe de ipecacuana, un emético muy efectivo, y luego insistí en hacerle un análisis —sonrió y continuó mirándome—. Esto te pone las cosas difíciles, ¿no es así?

—¿A qué te refieres?

—Buscas a alguien que conozca su historial clínico —continuó sonriendo—. Si estuviera en tu lugar, sospecharía de mí, pero, como soy inocente, no tenga nada que temer de tus sospechas. Así que tanto ellas como tú tenéis mi bendición —se inclinó hacia delante y volvió a cogerme de las manos—. Encuentra a quien la asesinó, Walter. Ya sufrió bastante en vida. No existe ninguna razón por la que tuviera que pasar por esta ignominia al final.

Taché a Isaac de la lista no oficial de sospechosos de camino a la camioneta. Perro me estaba esperando, así que dejé que saliera para hacer pis y estirar las patas. Me apoyé en el Bullet y pensé en todos los Baroja con los que iba a tener que ponerme en contacto en las próximas horas. Monté al perro en el vehículo. Ya era hora de que fuera a comprar algunos productos recién horneados.

Alguien no se había conformado con esperar a que la anciana muriese y todos los sospechosos hasta ahora eran demasiado evidentes, pero así es como funciona: el móvil y la oportunidad son dos de los cuatro jinetes del Apocalipsis que cabalgan juntos, una sonrisa en sus rostros huesudos y letales, mirando cómo los pobres mortales dudamos, negándonos a reconocer la evidencia.

Aunque yo me había comido el *ruggelach* y seguía vivo.

Aparqué la camioneta y distinguí el rastro de unas pisadas que habían entrado en la tienda y todavía no habían salido. Debía de haber sido Lana. Abrí la puerta y la cerré cuidadosamente para que no entrara la nieve acumulada en el umbral. Necesitaba retirarla con una pala. La campanilla sobre la puerta había sonado, pero no apareció nadie. Di un paso hacia delante para seguir al perro, pero me detuve para quitarme la nieve que se me había acumulado en el sombrero y en los hombros y también para inspirar el aroma a levadura y a masa de pan. El único sonido que se oía era el murmullo tranquilo de los frigoríficos y el zumbido de la calefacción.

Perro avanzó a lo largo del mostrador pero se detuvo al llegar al final. Bajó la cabeza y se quedó mirando un pequeño espacio con mesas dispuestas en la parte de atrás. Me sorprendí cuando retrocedió un paso o dos, se quedó inmóvil y gruñó, mientras miraba algo que quedaba a la vuelta del mostrador.

—¿Perro?

Me llevó menos de dos zancadas llegar hasta donde yacía Lana Baroja, que se encontraba sobre los peldaños superiores de la escalera que llevaba al sótano, tendida en un charco de sangre. En el cogote, algunos mechones de pelo oscuro apelmazados rodeaban una herida profunda. Un brazo lo tenía vuelto hacia arriba, mientras el otro estaba doblado hacia un lado, en una posición antinatural.

Le tomé el pulso, lo tenía acelerado. Tenía taquicardia, pero no había forma de saber la presión sanguínea. Estaba pálida, tirando a azul, destemplada y algo sudorosa: los clásicos síntomas del estado de *shock*.

Las estadísticas me vinieron a la cabeza como si tuviera una calculadora: números grandes, en negrita, que se limitaban a exponer que un tercio de las víctimas que reciben golpes en la cabeza acaban inconscientes y que más del 80% del total de muertos

procede de este grupo; que un 50% de los heridos que eran capaces de articular palabra después del impacto y que más tarde morían podrían haberse salvado si hubieran recibido tratamiento de inmediato. Pensé en Isaac Bloomfield en la carretera, mi experiencia más reciente, y luego me planteé momentáneamente cambiar de trabajo.

Le palpé el cuello, pero no parecía que tuviera nada roto. Tomé la decisión que ya tenía prácticamente tomada y la levanté, cogiendo un mantel de la mesa más cercana y envolviéndola con él, con cuidado para sostenerle la cabeza. Cuando me encaminé hacia la puerta, Perro me siguió.

Tardé cuatro minutos en llevarla al hospital de Durant.

Un médico que no reconocí me apartó de la camilla para explorarle la parte posterior de la cabeza, palpando las laceraciones y la hinchazón, comprobando si los tímpanos presentaban signos de hemorragia y apuntándole una luz a los ojos para ver si las pupilas eran del mismo tamaño y reaccionaban. No me sorprendí cuando un Isaac Bloomfield convaleciente apareció y pidió que le practicasen una tomografía para examinarle el cerebro y el interior del cráneo, en busca del hematoma subdural que suponía que tenía, no me sorprendí cuando pidió dos bolsas de sangre mientras se dirigían a toda prisa al quirófano sin consultar ningún historial o expediente y tampoco me sorprendí de que fueran A-negativo. No me sorprendí mientras veía caer la nieve desde la ventana de la sala de espera y sentía el frío que se intensificaba ese invierno que no daba muestras de terminar, pero sí me sorprendí cuando Isaac Bloomfield volvió a aparecer veinte minutos más tarde para contarme que Lana Baroja viviría.

Extendí el brazo y le retiré la mano, me pareció que se estaba explorando la herida de una forma demasiado agresiva.

–Ni idea, ¿eh?

Ella sonrió, pero creo que le dolió.

–No.

La miré de nuevo a los ojos y me pareció que tenía las pupilas normales; no debían de haberle dado medicación a causa del trauma en la cabeza. La verdad es que le sentaba muy bien el turbante de gasa. Es sorprendente lo que puede hacer la juventud.

–¿Entonces cómo crees que entraron?

Ahora era su turno de estudiarme.

–No lo sé. Quizá no volví a cerrar la puerta –supongo que puse una cara rara–. ¿Qué?

–No hay huellas de pasos y no es probable que contaran con que te dejarías la puerta abierta. ¿Hay alguien más que tenga llaves del sitio aparte de ti?

Me miró un segundo más de lo necesario pero luego contestó.

–Nadie.

–¿Quién te alquiló el local?

–Elizabeth Banks, de la inmobiliaria Clear Creek.

Tomé nota mentalmente para llamar a Beebee.

–¿Has sabido algo de tus tías estos últimos días?

–Kay me llamó y me contó que Carol estaba de camino desde Miami y que tendríamos una reunión familiar el jueves, algo sobre la herencia.

–¿Hoy?

Pareció avergonzarse, una expresión que encajaba bien con ella.

–¿Hoy es jueves?

–Pues sí, creo que te han borrado el miércoles con el porrazo –me quedé en silencio un momento demasiado largo. Luego, ella parpadeó y me miró. Eran unos ojos oscuros maravillosos que dejaban al descubierto una mente maravillosa que continuaba funcionando a pesar del maltrato reciente.

–Tengo algo que contarte, Lana –lo dejé ahí, mientras se oía el crujir de la calefacción por debajo del suelo del cuarto.

–¿Es sobre mi abuela?

–Pues sí, así es –no se movió mientras le hablé de las pruebas que habíamos reunido. En lugar de eso, se concentró en sus rodillas, sobre las que había cruzado los brazos.

Parecía que, a medida que yo hablaba, ella se retraía cada vez más, haciéndose más pequeña, a la vez que el mundo se volvía cada vez más frío. Sopesé los riesgos y me decidí a continuar—. Lana, ¿sabes algo del pozo de metano del rancho de tu abuela?

Puso cara de concentración por un momento.

—Kay se encarga de la propiedad, pero no estoy segura. Quizá Carol se encargue del rancho. Hay un encargado que vive en la vieja casa de Los Cuatro Hermanos —se encogió de hombros—. La verdad es que no sé —todavía me estaba mirando cuando yo levanté la vista—. ¿Crees que la misma persona que asesinó a mi abuela ha tratado de matarme?

Me froté la cara y miré a través de los dedos.

—Preferiría cazar a un asesino antes que a dos, eso aumenta mis probabilidades.

Conseguí llegar hasta la recepción antes de que Vic me abordase. Estaba comiéndose una galleta de almendra.

—¿Tenías que pisar todas las putas huellas de la panadería?

—No quise dejarte las cosas demasiado fáciles —me apoyé en el mostrador—. ¿Supongo que habrás analizado eso?

Me guiñó un ojo, sacó dos más de la bolsa hermética de plástico y me tendió una.

—Eso es lo que estoy haciendo ahora. ¿Quieres una?

Negué con la cabeza.

—Esperaré a recibir el informe.

Ella se encogió de hombros y se comió otra galleta.

—Es fácil detectar la naftalina en la comida. Es difícil ocultar el olor.

—¿Dónde está el mexicano de montaña?

—Lo dejé en la oficina. Regresó allí después de pasarse por el taller de Sonny George.

—¿Ha encontrado algo en el desguace?

Vic no sonreía.

—Habían soltado los purgadores, tanto de los frenos delanteros como de los traseros, lo suficiente como para dejar que el líquido se saliese. Llamé a Fred Ray, de la estación Sinclair, y me dijo que hacía unos dos meses había revisado los frenos del Mercedes en el taller y que no es posible que el coche haya aguantado tanto con eso suelto.

Respiré hondo.

—Necesito hablar con Sancho.

—Está revisando las cajas y catalogando todas las mierdas que había en la habitación de Mari Baroja y añadiré que eso es mucha mierda que catalogar —miró en dirección a las ventanas y entró despreocupadamente en la sala de espera para contemplar la nevada—. Cartas, cajas y cajas de cartas, notas y telegramas. Todo lo que se te ocurra: si estaba escrito, lo guardaba.

—Quizá nos venga bien.

—Sí, tenemos toda su vida metida en cajas —se giró y sus ojos se encontraron con los míos—. Subrayo lo de su vida en cajas y subrayo que Sancho está en la oficina. Cuando llegamos allí esta mañana, las cajas ya estaban hechas. Descubrimos que el personal de la

residencia de ancianos de Durant se había dedicado a empaquetar la vida de Mari Baroja, nos habían enviado las cajas y había limpiado la puta habitación.

Sentí que se me tensaban los músculos de la mandíbula.

—¿Tengo que suponer que no vieron en la cinta amarilla que sella la puerta donde pone «OFICINA DEL *SHERIFF*, NO PASAR»?

—Quizá no sepan leer —ladeó la cabeza y continuó mirándome—. ¿Te vas a cabrear de verdad? Ya sabes que me gusta que te cabrees de verdad.

La ignoré.

—¿Habéis encontrado algo en las cajas de cartas?

—Bueno, acabamos de empezar y, además, muchas de ellas están en euskera, así que Sancho es el más indicado para ese trabajo. Hay un par de cartas de la empresa de Prospección de Energía Northern Rockies, cosas bastante sencillas, todas procedentes del bufete Baroja-Calloway de Miami.

Esperó, sin quitarme sus ojos color oro bruñido de encima. Luego extrajo lo que parecía un mazo de cartas del otro bolsillo de la chaqueta. Eran antiguas y estaban atadas con unos flecos color rojo desvaído, flecos del borde de un chal. Se parecía al que había visto en mi sueño, el que sobrevolaba el río Powder para engancharse en una mata de salvia azul. Cogí el mazo de cartas con cuidado y leí la dirección: habitación 201, hotel Eus-kadi, Durant. La letra enrevesada de Lucian lo delataba como remitente.

—Pensé que querías estas.

Asentí y observé el papel quebradizo, las palabras desvaídas y los bordes gastados. Términos como cómplice de fraude, conspiración, falsificación y tantos otros se quedaron suspendidos en el pequeño espacio que había entre nosotros. Cuando fui a mirar a Vic, ella se encontraba observando la nieve y esperé un momento, contemplando el reflejo en sus ojos, antes de meterme las cartas en el bolsillo de mi chaquetón en silencio.

Vic permaneció callada un momento y luego extendió la mano para colocar la yema del dedo índice contra el cristal y entonces la vi como una niña, la típica niña que tiene que tocar todo, la típica niña a la que es imposible negarle nada. Yo tenía una hija como esa y me recordé a mí mismo que debía preguntarle a Ruby si aparecería Cady por Navidad o no.

—Entonces, ¿vas a pasarte por la residencia de ancianos de Durant para darle al personal una buena zurra o qué?

La ignoré un poco más.

—¿Nada de bolas de alcanfor?

Se pasó la lengua por sus labios llenos de migas.

—Nada de bolas de alcanfor —me tendió de nuevo la bolsa—. La última —sonrió—. Entonces..., ¿crees que tendríamos que echarle un vistazo al testamento de Mari Baroja?

Miré a través de las puertas de cristal del hospital, a la nevada suave pero incesante.

—Deberíamos estar agradecidos por la nieve, probablemente es la única cosa que mantiene a raya a las Baroja-Lofton-Baroja-Calloway.

—Oh, las arpías del guion llamaron.

Suspiré.

—¿Cuándo?

Se terminó la última galleta de almendra y se guardó el envoltorio en el bolsillo interior del chaquetón.

—Esta mañana, supongo que se están agrupando antes de ir a la carga.

—Bueno, ese es mi problema. Si no hay nada en la panadería, supongo que deberías volver a casa. Consigue los nombres de todos los que entraron en la habitación. Comienza tomando las huellas de los objetos más fáciles, saca las muestras que puedas con polvo y silicona, con vapores de pegamento y con las fotografías tradicionales. Mete los resultados en la base de datos del FBI. Sí, es una apuesta arriesgada, pero nunca se sabe —ella estaba sonriente y asentía—. ¿Qué?

—Me encanta cuando dices guarradas.

Asentí y me toqué el ala del sombrero distraídamente.

—Quiero los nombres de todo aquel que ha estado en la habitación y los quiero a todos en mi despacho a las 15:45 o yo mismo iré a buscarlos. Recuérdales que, si tengo que ir a por ellos, me enfadaré mucho. Se harán una idea de la seriedad de nuestro trabajo cuando les tomemos las huellas en la cárcel.

Vic miró su reloj.

—¿Qué vas a hacer desde ahora hasta las 15:45?

—Encontrar la última voluntad.

Vic continuó sonriendo.

—¿La voluntad para hacer qué?

—Eso debe de ser de Jarrard y Straub.

—Ese era tu antiguo bufete. ¿Te acuerdas de algún detalle?

Vern Selby se mesó la punta del bigote y sonrió.

—No tuvimos una relación demasiado estrecha. Creo que la ley la incomodaba.

Amén.

—¿Cuándo firmó su testamento?

—¿Cuál de ellos?

Lo estudié un momento.

—Oh, vaya, ¿por qué será que no me gusta cómo suena eso?

Vern se reclinó en su asiento y enlazó las manos detrás de su cabeza.

—Era una persona muy temperamental y dependiendo del momento y de la disposición que tuviera hacia sus hijas y hacia su nieta... —se detuvo—. Estas son cosas de las que uno se entera. Comprenderás que yo abandoné el bufete hace un tiempo —asentí, a efectos oficiales, mientras él atrapaba la parte delantera de su bigote con el labio inferior y meditaba—. El último que yo vi era una división en tres partes, tres mitades idénticas.

Me planteé que el juez tenía unas extrañas ideas acerca de los porcentajes.

—¿Qué tres partes?

—Correspondían a Carol, Kay y Lana. Supongo que no le importaba mucho la mujer de David.

–¿Quién es la albacea?

–Carol, creo.

Medité un momento y continué.

–¿Has oído hablar del yacimiento de metano Los Cuatro Hermanos? –esperé, pero él no respondió–. Sacan un millón a la semana. Un asunto complicado y más si tenemos en cuenta que Mari Baroja murió envenenada con naftalina –Vern no dijo nada, así que le conté lo que quería–. Vern, voy a estar de abogados hasta las cejas, pero necesito espacio para trabajar. ¿Me vas a echar una mano con esto?

Desvió la mirada a la ventana que daba sobre Main Street. No me cabía duda de que la visión de Mari Baroja con un vestido de verano azul de lunares, contoneándose sobre sus tacones anticuados, se le aparecía sobre la acera cubierta de nieve. No estaba seguro de que las ensoñaciones del juez encajaran con las condiciones climáticas actuales.

–¿Qué puedo hacer para ayudarte?

–Necesito echar un vistazo al testamento.

Vern asintió en dirección a la ventana.

–Llamaré a Kyle Straub –me miró–. ¿Lo necesitas ahora mismo?

–Sí –esperé a que el juez hiciera la llamada telefónica.

–Bien, tengo buenas y malas noticias –desde luego que aquella no era la primera vez que el juez expresaba ese parecer–. Dice que la lectura del testamento tendrá lugar en su despacho a las cinco y que serás muy bienvenido si asistes.

–¿He mencionado que Lana Baroja está en el Durant Memorial con un trauma por contusión en la cabeza, víctima probable de una tentativa de homicidio, y que puede que alguien haya intentado matar también a Isaac Bloomfield?

El juez se quedó helado un segundo, pero se recuperó bastante rápido.

–No, no lo has mencionado.

–¿Cabe suponer que a Kyle no le importaría cambiar la localización del evento y trasladarlo al hospital?

–No tiene ninguna obligación de hacerlo.

Suspiré. Tratar con abogados siempre me producía cansancio.

–¿Cuáles son las buenas noticias?

–Esas son las buenas noticias.

Suspiré de nuevo.

–¿Cuáles son las malas noticias?

–Tal y como sospechaba, Mari Baroja se tomaba como un pasatiempo modificar su última voluntad.

No podía arriesgarme a suspirar de nuevo, ya estaba perdiendo demasiado aire.

–Dos preguntas rápidas: ¿cuántas veces lo hizo y cuál fue la última?

–Catorce, y la última revisión se produjo el pasado viernes por la tarde.

Continué y suspiré de nuevo; quizá mis pulmones explotaran, Vic y Sancho tendrían que coger las riendas.

–¿Tienes idea de quién lo certificó?

Le echó un vistazo al antiguo Seth Thomas en la pared, que se parecía mucho al de mi

despacho. Supuse que algún vendedor de relojes de principios de siglo había hecho el agosto en nuestro condado.

–Imagino que lo descubrirás a las cinco.

Me levanté y agité la cabeza.

–Si vuelves a hablar con Kyle Straub, recuérdale que voy a empezar a tomarme un interés personal en sus problemas.

Ya estaba bajando los escalones cuando me volví a mirarlo a través de la puerta.

–Y me estoy planteando hacer lo mismo contigo.

Él cerró los ojos y asintió lentamente.

–Siempre es un consuelo saber que piensas en mí, Walter.

Nunca habría podido dedicarme a la abogacía.

No eran más que las tres y cuarto y estaba hambriento, pero se suponía que en media hora me estaría esperando una pequeña multitud en la cárcel. No me daba tiempo a comer nada, pero me sobraban veinte minutos. Así que pasé junto a la inmobiliaria Clear Creek. Beth Banks, o Beebee, como los lugareños la llamaban desde que yo tenía uso de razón, estaba intentando acomodar su voluminosa figura en un flamante Cadillac nuevo. Le sonreí mientras bajaba la ventanilla del asiento del acompañante y observaba cómo caía dentro del coche al menos medio metro cúbico de nieve. En serio, tenía que comprar unas fundas para el asiento.

–Eh, Beebee.

Ella soltó una risita.

–Oh, oh, ¿qué es lo que he hecho ahora? –llevaba un abrigo de lana rojo encendido y los copos de nieve comenzaban a acumularse sobre su pelo rubio platino.

Dejé el motor en marcha, para que no pensara que la iba a retener mucho rato.

–Beebee, ¿le has alquilado a Lana Baroja el edificio que hay junto al de Evans?

Ella se lo pensó.

–Sí, hará unos tres meses –la sonrisa se vino un poco abajo–. ¿Hay algún problema?

Pensé que sería mejor simplificar las cosas.

–Alguien ha entrado en el local, y creo que quizá tuvieran llaves. Me preguntaba si tú no tendrías otro juego.

–No, pero lo comprobaré –pensó por un momento–. No sé si habrá otras llaves de ese edificio, pero nunca está de más cambiar las cerraduras cuando se abre un negocio –la sonrisa regresó–. Bueno, como si tú no supieras eso.

Había bastantes vehículos en el aparcamiento de la oficina. Supuse que Vic había sido capaz de acorralar a todo el personal de la residencia para la toma de huellas colectiva. Puse mi cara seria, la cual, según dicen algunos, me hace parecer un tanto estreñido, y entré, ignorándolos y quedándome de pie junto al escritorio de Ruby. Ella fue la primera en hablar, Perro la flanqueaba.

–Walt...

Me quité el sombrero de golpe y utilicé lo que mi padre solía llamar voz de toque de diana.

–Maldición –Perro puso los ojos en blanco y pareció preocupado por mi tono de voz. Le guiñé un ojo a Ruby y ella casi sonríe–. Consígueme a Vern Selby por la línea uno y dile que quiero saber cuál es la sentencia que se aplica por obstrucción a la justicia.

Ella asintió.

–¿No es primer grado?

Casi me echo a reír, pero me mordí el labio y también asentí. Afortunadamente no se lanzó a hablar ni de la silla eléctrica ni de la trena, así que salí de escena en dirección a mi despacho y cerré dando un portazo tras de mí. Me quedé con el pomo en la mano. Me incliné y eché un vistazo al mecanismo, todavía incrustado en la madera, ojalá lo arreglasen pronto. Tiré el pomo encima de mi escritorio y me senté a esperar. Instantes después, el interfono de mi teléfono zumbó. Pulsé el botón.

–¿Qué? –me aseguré de decirlo lo bastante fuerte como para que se oyera en la zona de la recepción.

–Walt, Louis Gilbert y los trabajadores de la residencia de ancianos están aquí.

–Diles que quiero verlos en mi despacho ahora mismo –me puse de pie de un salto y cogí el expediente de Saizarbitoria para tratar de parecer el regidor de sus destinos y esperé unos minutos. Alguien llamó a la puerta y me sentí aliviado al ver que se abría un poco con los golpecitos.

–Pasad.

Louis había comenzado a hablar mientras abría la puerta y se quedó mirando el agujero donde antes había estado el pomo.

–Walt, todo esto es un tremendo error.

–Eso espero –no me salió tan enfadado, me resultaba difícil sentir esa emoción por mucho tiempo.

Detrás de él había una pequeña multitud, entre ellos reconocí a Jennifer Felson y a Joe Lesky.

–Tenemos una directriz que especifica que las habitaciones vacías deben limpiarse en veinticuatro horas –Louis me presentó a una mujer mayor, menuda y asustada, que iba a la cola del grupo. Era india, cuervo, probablemente–. Anna Camina sobre Hielo pensó que había oído a Joe decirle a Jennifer que eso era para todas las habitaciones, la 42 incluida, pero Joe no recuerda haber tenido esa conversación con Jennifer –Louis apuntó con la cabeza a la señora–. No comprende muy bien el idioma.

Me quedé mirando la carpeta de mi escritorio.

–¿Quién limpió la habitación?

Louis se apresuró a responder.

–Anna.

Aquella era una antigua tradición del Oeste: ante la duda, échale la culpa al indio.

Observé al grupo mientras ellos se miraban unos a otros.

–Jennifer, ¿fue durante tu turno?

Ella levantó la vista y levantó la mano ligeramente. –Sí.

–¿Joe? –él también levantó la mano y empecé a sentirme como si estuviera enseñando en clase. Suspiré–. Vale, no tenéis que levantar la mano. ¿Era el turno de los dos?

Joe estaba deseando aclarar las cosas.

—Casi era la hora del cambio de turno. Entro a las diez en punto, pero tenía trabajo que hacer y llegué temprano.

—¿Y encontraste tú a la víctima, Jennifer?

Fue a levantar la mano pero se detuvo.

—Sí, yo estaba haciendo la ronda de las ocho.

—¿Tuviste algún contacto con ella esa tarde? —ella asintió—. ¿Qué estaba haciendo?

—Leyendo, le gustaba leer.

—¿Estaba comiendo o bebiendo algo?

—Tenía unas galletas.

Me pregunté si Vic se habría comido todas las pruebas.

—¿Algo más?

Joe habló.

—Siempre se toma un vaso de Metamucil por las noches, se trata de un suplemento de fibra.

—¿Quién se lo preparó?

Joe se encogió de hombros.

—Fui yo.

—¿Comió o bebió algo más esa noche?

Se miraron entre ellos y Louis fue el primero en hablar.

—Probablemente cenó a las seis con el resto de residentes —parecía sorprendido—. ¿Cree que algo le sentó mal?

Los miré a todos a la cara.

—Mari Baroja fue envenenada.

Jennifer se santiguó, Louis me miró atónito y Joe se quedó inmóvil, pero luego se lo tradujo a Camina sobre Hielo. Todos parecían tristes, pero no asesinos: eran personas a las que les importaban los demás y que recibían muy poco a cambio de ello. La mujer india le dijo algo a Joe, que me miró, se encogió de hombros y tradujo:

—Dice que rezará por la señora Baroja.

Todos nos quedamos ahí callados un momento.

Cuando Louis habló, todavía parecía conmovido.

—Walt, esto es terrible.

—Sí, esa es también la opinión oficial —los estudié un rato más—. ¿Sois conscientes de lo importante que es esto? —todos asintieron de nuevo—. Joe, ¿tienes el envase de Metamucil?

Todos me imitaron y miraron a Joe, mientras este abría los ojos como platos.

—Sí. ¿No creerás...? Quiero decir, ¿piensas que...? —todos parecían preocupados, la imagen de otros pacientes cayendo al suelo como moscas les inquietaba.

—No creo que haya nada de qué preocuparse. La cantidad de este veneno en concreto no afectaría en absoluto a la mayoría de la gente —me recliné en mi silla—. Voy a necesitar el frasco que usasteis para mezclar su dosis de esa noche. Imagino que los de la ambulancia tendrán sus efectos personales, ¿no? —Louis asintió—. ¿Había vasos o platos

en su habitación? –después de un breve intercambio, se determinó que sí que había pero que todos habían pasado por el lavavajillas y ahora se encontraban perfectamente a salvo.

Consideré que ya no tenía ninguna pregunta más, así que los invité a que se pasaran por la cárcel para que les tomaran las huellas y llamé a Vic para pedirle que los acompañara hasta la residencia después de que terminase de reunir el resto de las pruebas.

Eran las cuatro y cuarto y faltaban tres cuartos de hora para que leyeran el testamento, así que pulsé el interfono. Respondió Ruby.

–¿Has terminado ya de aterrorizar al personal del hogar del pensionista?

–Ríete lo que quieras, te voy a mandar allí de un momento a otro. ¿Tenemos algo de comer?

–Tienes empanadillas en la nevera de la cárcel.

No sonaba demasiado tentador.

–¿Vic no habrá traído nada de la panadería?

Se hizo una pausa.

–No, eso constituiría un robo y estamos tratando de evitar ese tipo de actividades dentro del departamento del *sheriff*.

Se oyó un murmullo al otro lado de la línea.

–Pero alguien que acaba de llegar dice que está deseando invitarte a un almuerzo tardío o a una cena temprana, siempre que no sean precocinados.

Me puse el sombrero y me apresuré antes de que el cheyene cambiara de idea. Como medida de precaución, dejé la puerta del despacho abierta.

Henry contemplaba su sándwich de pechuga de pollo. Su larga melena oscura le ocultaba el rostro y amortiguaba su voz.

–¿Cuántos asesinatos hemos tenido en el condado desde que te convertiste en *sheriff*, tú?

Conté rápidamente y luego los volví a contar de nuevo.

–Cinco.

–Tres en el último mes.

–Pues sí.

Henry cogió el sándwich y lo observó.

–Deberías jubilarte... y pronto.

Mastiqué lo de siempre, mientras Dorothy se acercaba y nos servía más té helado.

–Me apetece una barbaridad ir a ver a los abogados.

–Tienen todas las de ganar –lo dijo prácticamente ladrando, como solía hacer siempre que se hablaba de violencia–. Asumiendo que Lana no se machacara los sesos con una barra de hierro... –la cocinera jefe y también lavaplatos volvió la vista al valiente y los dos asintieron.

Los miré y me pregunté si los habitantes de otras zonas del país serían tan listillos como los que yo tenía que aguantar.

–Los dos sois de gran ayuda –Dorothy se encogió de hombros y volvió al trabajo. Tomé un sorbo de té helado y miré a Oso.

Él estaba masticando.

–Cuéntame cuánto tardaría alguien en envenenarse con naftalina.

–De cinco a veinte minutos, así que tuvo que ser ingerida por la víctima menos de media hora antes de su muerte.

–Entonces tuvo que ser alguien que fuera a verla a la residencia esa noche.

–Es posible, pero podrían haberla dejado antes en su habitación, disimulada en alguna cosa comestible. Y, claro, lavaron toda la vajilla y los vasos de su habitación –me giré y atraje la atención de Dorothy–. Necesito tu teléfono.

Lo trajo y lo dejó frente a mí. Miré a Henry.

–¿Por qué estás en el pueblo en mitad de una tormenta de nieve?

Él miró por la ventana que había detrás de nosotros.

–Por si no te has dado cuenta, ha parado, tú.

Me giré. Era cierto.

–He estado bastante ocupado.

Dejó el vaso en el mostrador y continuó.

–Necesito material para archivar y varios CD, para la colección de fotos en la que estoy trabajando.

Continué y marqué el número de la cárcel.

–¿Qué tal llevas eso?

Las comisuras de sus labios se vinieron abajo, tensándole la boca como si fuera una tienda de campaña.

–El problema de dirigir a los indios es que nunca estás del todo seguro de si te están siguiendo o persiguiendo, tú.

El teléfono comenzó a sonar.

–Oficina del *sheriff* del condado de Absaroka, al habla el oficial Saizarbitoria. ¿En qué puedo ayudarle?

Me quedé mirando el teléfono.

–Vaya –me precipité antes de que pudiera soltarme otra parrafada–. Sancho, ¿está Vic por ahí?

–No, ha acabado de tomar las huellas y ha regresado con el personal a la residencia de ancianos.

La había visto tomar huellas en otras ocasiones; con su técnica de Filadelfia, seguro que era la tomadora de huellas más rápida del Oeste.

–¿Cuánto tiempo crees que te llevará examinar el contenido de las cajas?

–Acabaré esta noche.

Entonces sería cuando expirara su periodo de prueba. Sospechaba que, después de eso, saldría pitando de vuelta a Rawlins. Esperé un momento y luego volví a hablar.

–Oye, soldado. Quiero que sepas que lo que estás haciendo es importante, te lo agradezco de veras –él no contestó nada–. Respecto al coche de Isaac, ¿qué te hace pensar que alguien lo manipuló?

—Había líquido de frenos por todos lados y dos purgadores estaban lo bastante sueltos como para quedarse vacíos en poco tiempo —se detuvo un instante—. Uno de la parte delantera y otro de la trasera. El coche tiene un cilindro maestro doble, así que solo fallaría si los dos sistemas perdieran presión. Simplemente me parece demasiada coincidencia.

—Pareces bastante seguro.

—Mi padre fue un forofo de la mecánica toda su vida. Conozco el tema.

Colgué el teléfono y mire a Oso. Había dejado el sándwich sobre la barra pero continuaba masticando.

—¿Ha estado Anna Camina sobre Hielo en tu oficina?

Asentí y me dispuse a darle otro mordisco al mío, pero lo dejé estar.

—Trabaja en la residencia —me bebí el té helado que quedaba y miré a Dorothy de reojo—. ¿No habla inglés?

—No. Algunos ancianos creían que hablarlo mermaba su poder —inspiró profundamente—. No me ha hablado cuando me ha visto.

Continué mirando al tipo de cien kilos que parecía recién sacado de una fotografía de Curtis o de un óleo de Reming-ton.

—Tú no pasas precisamente desapercibido.

—Quizá.

—Si tuvieras oportunidad, ¿podrías hablar con ella? —parecía que siempre le estaba pidiendo a Oso que me ayudara extraoficialmente. Le sonreí—. ¿Hablas cuervo lo bastante bien como para no quedar en ridículo?

Él asintió.

—*Chiwaxxo diataale, baalaax bishee* —se levantó y extendió la mano para coger su abrigo largo de piel de la percha que tenía detrás, luego se giró para mirarme mientras se lo echaba sobre los hombros—. ¿Algo más? —me daba pena que se fuera. Estaba empezando a recordar el placer de su compañía. Supongo que notó mi desilusión.

—¿Dónde van a leer el testamento?

—En Jarrard y Straub, en la esquina de Main con Gatchell.

Él asintió.

—Quizá me pase.

—Trae un abogado, es lo que hace todo el mundo.

Apretó los labios antes de calarse sus gafas Wayfarer.

—Quizá lo lleve.

Me dio unas palmadas en la espalda y terminé derramando un poco de té frío en los pantalones. Al pasar junto a Dorothy, extendió una de sus manazas color bronce para rozarle la punta de los dedos. Lo hicieron con la misma seguridad despreocupada de la que hacen gala los jugadores de baloncesto profesionales.

—*Haho*, Abeja Reina.

Ella le hizo un gesto con la cabeza y Henry abrió la puerta. Dorothy me volvió a llenar el vaso.

—¿Vas a invitar a comer al buen salvaje?

—Sí, está trabajando de infiltrado.

Henry permaneció de pie en la acera cubierta de nieve y levantó los brazos como si quisiera atrapar los tímidos rayos de sol que caían sobre Main Street. Continuó con los brazos extendidos, el abrigo desplegado como si fueran unas alas, con el pelo que le caía sobre el cuero negro y le llegaba hasta la cintura. Parecía un cuervo de dos metros extrayendo toda la calidez posible de la luz en ese momento tecnicolor.

—Lo parece.

Su grito de guerra hizo retumbar el cristal de la puerta cerrada.

Jarrard y Straub eran el principal despacho de abogados del condado. Había sido fundado por Jim Jarrard y Larry Straub antes de que existieran tanto los bufetes por internet como los bufetes que te cobran doscientos dólares la hora. Me sentía más cómodo en la antigua oficina, con los escritorios de los socios, sus lámparas de carey y sus hombres de voz pausada. Allí había un alce bastante grande en actitud de berrear que Larry había cazado cerca de Rock Creek, antes de que se pasara de moda tener cosas de esas colgadas en las paredes de un despacho de abogados. Por supuesto, el alce se había evaporado y todo lo que vi fueron paredes recubiertas de paneles de nogal con algunas acuarelas de buen gusto que ilustraban paisajes de la región, iluminadas cuidadosamente con luces halógenas.

—Me alegro de verte, Walt.

—Hola, Kyle. Gracias por permitirme venir.

—No hay problema.

Aquel hombre no sabía apreciar el sarcasmo.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Están en la sala de reuniones del piso de arriba. Quería comprobar unas cosas contigo antes de entrar —se quedó esperando un instante, asintió y estudió la moqueta que cubría toda la habitación—. Si te doy ahora una copia del testamento, ¿te quedarás para asistir a su lectura?

Eso sí que era un giro inesperado.

—¿Por qué quieres hacer eso?

Se cruzó de brazos y se sentó en la esquina del escritorio.

—He estado en contacto con Kay y Carol —estrechó un poco más los brazos y continuó—. Teniendo en cuenta el contenido del testamento, creo que será mejor para todos los implicados que no estés presente durante la lectura.

Le presté a Kyle toda mi atención.

—¿Y eso por qué?

—Creo que podrían ponerse nerviosos —me tendió un sobre amarillo cerrado con el nombre del bufete impreso en la esquina superior izquierda. Sus ojos se encontraron con los míos—. Podrías decirle a Lana que me pasará más tarde con una copia para ella.

Asentí, pero, mientras abría la puerta que llevaba del despacho de Kyle a la zona de recepción, comprobé que el clan al completo de los Baroja-Lofton-Calloway venía derecho hacia nosotros. Ya que Kyle no había sido puntual, habían decidido ir a buscarlo en comandita. Kay iba a la cabeza, se aproximaba, con su marido a la zaga, meneando

las joyas con gran estrépito. Una versión más ordinaria de Kay, con algunos kilos más de pecho, cerraba la retaguardia con un abrigo largo de visón que parecía un bronceado de cuerpo entero.

Enrollé el sobre y me lo guardé en el bolsillo del abrigo.

—Hola.

Kay frenó a una zancada de mí y evitó mirarme.

—¿Este es el motivo de que estemos congelándonos en tu sala de reuniones?

Me incliné y le bloqueé la vista.

—Tenía algunos asuntos oficiales que despachar con el señor Straub. Perdonad las molestias.

Ella miró directamente el sobre amarillo que sobresalía de mi bolsillo.

—¿Es ese el testamento?

Me giré para mirar a Kyle, creyendo que le tocaba a él, pero Kay se adelantó para sacarme el sobre del bolsillo. Supongo que si hubiera tenido tiempo de pensarlo no le habría agarrado la mano con tanta fuerza. Entonces ella se echó hacia atrás y yo me quedé con unos mil doscientos dólares en plata, coral y turquesas en la mano.

—¡Hijo de puta!

Traté de devolverle sus joyas, pero ella se apartó. Traté de dárselas a su marido, pero este también se apartó. Estaba dispuesto a dejar la colección Baroja-Lofton en el pomo de la puerta, cuando Carol, o la que yo creía que era Carol, extendió la mano y allí deposité las pulseras.

—Lo siento, yo...

—¡Hijo de puta!

Los ojos de Kay se llenaron de lágrimas y sostuvo la mano como si acabara de sacarla de una trampa para osos de las grandes: había que admitir que era una actuación bastante buena. Levanté la vista y me percaté de que, detrás de los Baroja, también Henry se encontraba en el abarrotado *hall*, acompañado de una chica. La chica se abrió paso entre los abogados y sostuvo en alto un trozo de papel con una mano en la que se apreciaba una manicura reciente.

—División de Investigación Criminal. Estoy buscando al *sheriff* Walter Longmire —era una pelirroja alta, de piernas largas, figura atlética y unos ojos grises tremendamente directos.

—Eh, sí, soy yo.

Se giró para mirarme mientras hacía un gesto de desdén con los labios.

—Mi avión acaba de atravesar una tormenta para que yo pueda presentarme aquí a petición suya, señor Longmire. Lo menos que podía hacer era venir a buscarme al aeropuerto —levanté la vista para mirar al indio de rostro impassible que la seguía. Este miró al techo y expulsó un bufido descontento.

—¿Le importa si vamos a su despacho y me pone al día para adelantar las cosas?

Si los Baroja se hubieran fijado un poco, habrían visto que el papel que tenía en la mano era un itinerario de una línea aérea. Cuando llegamos a los escalones que conducían al aparcamiento, la chica se detuvo y me dirigió una sonrisa radiante.

–Hola, papi.

–Te identificaste como miembro de la División de Investigación Criminal.

Estaba sentada sobre sus caras botas italianas, en la silla que había frente a mi escritorio, una postura que tenía desde que estaba en primero en el colegio.

–No, no lo hice, simplemente dije división de investigación criminal, punto, y luego dije que andaba buscándote –sonrió y le dio un sorbo al café que Ruby le había preparado, a la vez que estudiaba el testamento.

Miré a Henry, que estaba sentado en la otra silla, y a Ruby, que rondaba la puerta. Ninguno de los dos iba a ser de mucha ayuda.

Cady levantó la vista, pero no hacia mí.

–Ruby, ¿puedes creerte que no ha dicho ni una palabra sobre lo guapa que estoy?

Ruby meneó la cabeza.

–Qué vergüenza. Cariño, te veo estupenda.

–Gracias –mi hija me lanzó una mirada antes de volver al documento.

El teléfono sonó y Ruby desapareció, no sin antes dirigirme una mirada de advertencia. Yo me volví hacia mi hija.

–Puedes meterte en un montón de problemas.

–Puedes meterte en un montón de problemas maltratando abogados, pero yo no te estoy echando la bronca, ¿verdad que no? –tomó otro sorbo de café con cuidado para no estropear el lápiz de labios–. ¿Puedes creer que la mujer estaba a punto de quitarle a papá el testamento del bolsillo? –se giró–. En mi humilde opinión, resulta una conducta sospechosa viniendo de una profesional.

Suspiré y me concentré en la placa de la puerta que llevaba mi nombre, tratando desesperadamente de convencerme de que estaba allí por más que pareciera que nadie me oía.

–¿Dice ese testamento lo que creo que dice?

Cady ladeó la cabeza y colocó la taza de café de los Broncos de Denver sobre mi escritorio.

–La testadora, Mari Baroja, lega explícitamente gran parte de su riqueza y de sus propiedades a su heredera, en adelante, Lana Baroja –arrugó los labios de nuevo–. Tu panadera, la de la cabeza abierta, es ahora multimillonaria.

–¿Qué hay de las gemelas?

Ella ladeó el labio de nuevo.

–Bueno, no es precisamente calderilla lo que les queda, pero, en comparación... –

levantó la vista—. Les ha tocado la calderilla.

—Lo recurrirán.

—Lo pueden intentar. Esta no es mi especialidad, pero parece un testamento sólido. Hay un fideicomiso en vida revocable del que Mari era la fiduciaria y todas las propiedades estaban incluidas en él. Lana es la fiduciaria heredera y se le asignan unas instrucciones muy específicas para dividir la herencia. Supongo que, aun con esta cantidad de dinero, la señora Baroja trataba de ahorrarse un albacea —hojeó los papeles—. Lo han transcrito del original a mano, que también está incluido —giró las páginas para enseñármelas—. Mari Baroja tenía una letra muy bonita.

—¿Quién estuvo presente en el momento de la firma?

—Dos personas, como suele ser habitual —buscó el apartado de firmas del documento—. Kyle... no puedo distinguir esto.

—¿Straub?

—Eso es.

—Su abogado. ¿Quién es el otro?

Cady sonrió.

—El tío Lucian.

Estaba a punto de quitarme el sombrero, pero me detuve para intercambiar una mirada con Henry.

—¿Cambiaría las cosas que hubiera estado casada y luego se hubiera divorciado de uno de los testigos?

Ella continuó revisando los papeles que tenía sobre el regazo.

—¿La señora Baroja estuvo casada con el tal Straub? —ni Henry ni yo respondimos y, un momento después, ella levantó la vista con los ojos como platos—. No jodas, ¿el tío Lucian?

Continué con lo que estaba haciendo y solté el sombrero en el escritorio.

—Te pondré al corriente más tarde. Si el matrimonio fue anulado en su momento, ¿habría alguna diferencia?

Ella se encogió de hombros.

—Si la anulación fue legal, no. Si no lo fue, todavía se consideraría abandono y cualquier matrimonio posterior socavaría cualquier derecho anterior —ella repasó las cifras de los papeles—. Debería haber seguido casado con ella.

—No creo que tuviera otra elección —permanecí en silencio un momento.

—Todo apunta a las hijas, ¿no es así? —escuché el teléfono sonar en la otra sala y deseé que fuera Vic. Cady me observó y se anticipó a mi siguiente pregunta.

—¿Te estás preguntando quién se quedaría con el dinero si la panadera se viera envuelta en circunstancias imprevistas?

—Se me ha pasado por la cabeza.

Ella volvió al testamento.

—Las hermanas.

Henry se removió en su asiento y me miró.

—¿Hay más miembros en la familia?

–Bueno, está el sacerdote, el primo de Mari Baroja.

–¿El padre de Mari Baroja tenía tres hermanos y, entre todos, solo trajeron al mundo una hija? –me estudió—. Para ser una familia muy católica, eso no parece muy normal –esperó un momento—. ¿Qué hay de Charlie Nurburn?

–¿Quién es Charlie Nurburn? –Cady nos había estado observando como en un partido de tenis.

–Es una larga historia.

–Parece la clase de tipo que podría haber engendrado un montón de bastardos cabreados río arriba y río abajo.

Me volví hacia mi hija.

–¿Hijastros?

–No, a no ser que fueran adoptados y estuvieran incluidos en el testamento.

Ruby apareció en la puerta.

–Vic por la línea dos –y desapareció.

Pulsé el botón de manos libres.

–Oficina del *sheriff* del condado de Absaroka, al habla el *sheriff* Walt Longmire, ¿en qué puedo ayudarle? –pensé que podía darle una oportunidad al método de Sancho.

–Pero ¿qué coño dices?

Supongo que se ha perdido algo con la traducción.

–¿Qué tienes para mí?

–Tenemos un problema.

Miré fijamente el teléfono.

–¿Además de un asesinato y dos tentativas de asesinato?

–Ha desaparecido el frasco de Metamucil.

Continué mirando la lucecita roja del teléfono.

–Tienes que estar de broma.

–No, no estoy de broma, y todos se están cagando vivos. Se diría que alguien hubiera robado uno de los manuscritos del mar Muerto o algo así.

–¿Qué demonios ha pasado?

–Jennifer Felson lo vio ayer. Joder, Walt, es un frasco de Metamucil. No me puedo creer que nuestro caso dependa de eso.

Empezaba a plantearme de qué dependía exactamente nuestro caso.

–Supongo que debería acercarme por el hogar de los viejos, ¿no?

Se cortó la línea, así que apreté el botón y miré a mi hija. Rondaría el metro ochenta de estatura, aunque la mayor parte se la llevaban las piernas, y a pesar de que comía como un tiburón tigre, nunca pasaba de los sesenta kilos.

–Apuesto a que tienes hambre.

–Estoy hambrienta –sonrió, pero la sonrisa desapareció al momento—. Preferiría no tener que comer en la residencia.

Miré a Henry.

–¿Te importaría?

Su mirada fue de ella hacia mí.

—¿Cenar con una hermosa letrada? —suspiró—. Supongo que no.

La ayudé con el abrigo y la miré.

—Solo llevas aquí unas horas y ya te he endosado a otra persona —ella me rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza en mi pecho, mientras yo aprovechaba para aspirar el aroma de su pelo.

—Papi, ya sé lo que te voy a regalar para Navidad.

—¿El qué?

Me miró a través de sus pestañas maquilladas.

—Una cuchilla de afeitar.

Me acordé de todas las horas de siesta que habíamos pasado juntos, cuando ella era un bebé y su cuerpo diminuto solo me cubría un cuarto del pecho; me acordé de que no había pronunciado ni una palabra en su primer año y medio de vida y que, desde entonces, parecía que intentaba recuperar a toda costa el tiempo perdido.

Se retiró y me sonrió, mientras yo le ofrecía mi mejilla peluda para que me diera un beso.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Es estupendo tenerte en casa —la dejé marchar y la observé mientras doblaba la esquina en dirección a donde se encontraba Ruby. Henry se giró después de que se fuera y yo extendí la mano para coger el sombrero—. ¿Cómo diablos conseguiste traer a Cady desde Denver?

—En el *jet* de Omar. Dice que la mano de obra es gratis, pero que el combustible corre de tu cuenta. Feliz Navidad, tú —respiró hondo—. La Abeja será el único sitio que esté abierto, ¿no?

—Qué suerte la de Dorothy, va a verte dos veces el mismo día. Menudo goce para los sentidos.

Me costó algo más de cinco minutos llegar hasta aquel antro de perdición. Me había parado por el camino para comprar seis cervezas a modo de ofrenda de paz a Lucian. Supuse que, tarde o temprano, me toparía con él, así que más valía darle las malas noticias con cerveza que sin ella.

Me senté en el aparcamiento de la residencia para contemplar al omnipresente viento de Wyoming azotar los ventisqueros en los riscos, como si se tratara de una tormenta que arrancase la cresta de las olas. Con la calefacción puesta dirigida hacia el asiento y el parabrisas, me detuve a admirar mis montañas. California me había gustado, sin duda era un lugar hermoso, pero mi espíritu desarrolló un desasosiego del que no era capaz de desprenderme. Vietnam me había gustado, salvo por los nativos que te disparaban todo el rato, al estilo de Wyoming allá por 1870.

Contemplé las montañas y dejé que mis ojos se relajaran a la vista del paisaje monocromático, donde la tierra se fundía con el cielo. Había un tenue resplandor que separaba los dos firmamentos, cerca del pico Black Tooth, como si la luna se hubiera quedado colgada de aquel incisivo de granito.

Suspiré, apagué el motor, me metí las llaves en el bolsillo del chaquetón y me dispuse a

abrirme paso hasta la residencia. Cuando entré, reinaba el caos, con la voz relajante de Dean Martin interpretando *Silver bells* de fondo. Vic estaba hablando con Jennifer Felson, que siempre tenía cara de estar a punto de echarse a llorar. Supuse que ya era hora de que alguien apagase algunos fuegos.

Me desplomé sobre una silla después de dejar la bolsa de papel marrón con las cervezas bajo el asiento más cercano.

—No he traído la manguera, ¿crees que podremos encontrar alguna aquí? —Jennifer sonrió, pero continuó aferrando un pañuelo arrugado de papel sobre su regazo, con manos temblorosas, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Sabes qué? Una vez pillaron a Capone con un frasco de Metamucil —estudié la pared, tratando de darle a Jennifer algo de espacio—. ¿Viste ayer el bote? —ella asintió—. ¿Quién ha podido cogerlo desde entonces?

Ella se desplomó en su silla y se echó a llorar.

—Todo el personal, cualquiera.

Le eché un vistazo a Vic, que parecía al borde de un ataque de nervios.

—¿Podrías comprobarlo con el resto? —Vic asintió, pero no dijo nada, mejor así, y volvió a concentrarse en sus informes.

Observé a Jennifer un momento, dejándola que se sonara a gusto.

—Entonces, si Joe Lesky trabajó anoche, ¿quién ha trabajado hoy?

—Shelly Gatton.

—¿Se ha marchado ya?

Vic nos interrumpió.

—Louis la ha llamado y está de camino. Joe Lesky no contesta el teléfono, pero Louis dice que es lo normal, ya que duerme por la tarde y puede que no escuche el mensaje hasta que se levante para venir.

Después de que Jennifer se marchara, me recliné en el respaldo de mi asiento y examiné detenidamente los carteles de la Asociación de Jubilados Americanos que cubrían las paredes. Supuse que era mejor que Vic comenzase, para ver si pensaba lo mismo que yo.

—Esta mierda no tiene sentido.

Pasé el brazo por el respaldo de la silla que Jennifer había ocupado.

—¿Por qué alguien se tomaría la molestia de llevarse el frasco? —no me apetecía en absoluto levantarme de la silla—. Supongo que será mejor que vaya a ver a Lucian y que aguante el chaparrón. Ni siquiera le he dicho que Mari fue envenenada.

Me levanté y traté de recordar la última vez que me había quitado el chaquetón.

—Estás hecho una mierda.

Me ajusté el sombrero para parecer un poco más desenfadado.

—Así es cuando trabajo mejor, cuando la gente me infravalora. Si todavía no lo has hecho, comprueba el armario de las medicinas, quizá el Metamucil esté allí. ¿Puedes tomarles declaración a Shelly Gatton y Joe Lesky cuando lleguen?

—Sí —Vic cambió de tema—. ¿Ha conseguido llegar Cady?

Asentí.

—¿Así que tú también estabas en el ajo?

Ella había vuelto ya a sus informes.

—Todo el mundo estaba en el ajo.

Cogí mis cervezas y me marché. Menudo detective.

La habitación número 32 estaba cerrada cuando llegué y no se veía ninguna luz por debajo de la puerta. Eché un vistazo a mi reloj de bolsillo, demasiado temprano para que se hubiera ido a dormir. Continué y llamé a la puerta.

Ninguna respuesta. Volví a llamar.

Alguien se movió dentro de la habitación.

—Tengo un arma.

—Y yo también —traté de accionar el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave. Me había pasado quince años visitándolo y jamás había cerrado la puerta con llave.

—Lucian, ¿qué estás tramando ahí dentro?

Ninguna respuesta. Me apoyé contra la pared y reuní todas mis fuerzas para tratar de tirar la puerta de una patada, pero estaba cansado y fui hasta el final del pasillo para hacerme con una llave maestra. Dean cantaba ahora *Winter wonderland*, su voz discurría como un trineo sobre queso cremoso. Jennifer quiso acompañarme, pero yo quería ver a Lucian a solas.

—Lucian, voy a abrir la puerta y voy a entrar.

Le costó un momento contestar.

—Vete al infierno.

Había dicho que tenía una pistola y yo lo creía. Abrí la puerta y me eché hacia un lado por si estaba lo bastante borracho como para disparar. Rocé la superficie de la puerta con los dedos mientras la luz del pasillo iluminaba la moqueta color arena. Lo primero que percibí fue el olor. En un momento dado de su guardia, debió de orinarse encima y aquel tufo tapaba su olor corporal, el ambiente cargado de la habitación cerrada y los efluvios del *bourbon*. Estaba sentado en un sillón de piel de vaca con una escopeta de doble cañón del calibre 10 en el regazo. La tenía montada.

—¿Lucian?

—Márchate.

En el suelo, junto a la prótesis de su pierna, había una botella vacía de whisky Pappy Van Winkle's Family Reserve. Llevaba puesta su vieja bata de cuadros, el sombrero Stetson y una bota de *cowboy*.

—¿Qué estás tramando, Lucian? —deposité la cerveza junto a la puerta, la cerré y crucé la habitación para colocarme delante del sofá moteado situado en la pared opuesta. Me quité el chaquetón y lo tiré detrás de mí.

—Aquí dentro hace calor.

—¿Qué...?

—Hace calor, ¿te importa si abro la ventana? —me observó, luego retiró la mano de la escopeta el tiempo justo para hacer un gesto hacia la puerta. Corrí las pesadas puertas de doble acristalamiento unos treinta centímetros y respiré hondo. Las lucecitas de Navidad inundaban el patio de Lucian; el azul, el verde, el rojo y el amarillo destacaban contra los

témpanos del borde del tejado y sobre la superficie hollada de la nieve, que se había acumulado en la hondonada de la parte trasera del edificio. Había una camioneta Datsun hecha polvo estacionada en la plaza del aparcamiento más cercana. El motor estaba encendido, pero dentro no había nadie. Alguien estaría calentando la camioneta antes de emprender el frío camino de regreso. Me giré, me senté en el sofá frente a Lucian y recogí la botella vacía de whisky.

—¿Has estado bebiendo?

—Bebiendo un carajo, lo que estoy es borracho —gruñó.

Asentí y observé que los dedos asían con fuerza el doble gatillo.

—¿Has sacado el arma por algún motivo? —el olor me estaba afectando, así que empecé a respirar por la boca.

Él se tambaleó un poco, trataba de pensar y de sentarse derecho al mismo tiempo. Miró a mi izquierda, aunque estoy bastante seguro de que me estaba hablando a mí.

—Estoy esperando... —todavía se distinguían los destellos caoba de sus ojos en la habitación a oscuras—. Espera conmigo.

—Pues claro —me recliné en el sofá y deseé haberme tomado una de las cervezas de la bolsa de papel, pero con un *sheriff* borracho y armado en la habitación sobraba. Me rasqué la cara, me toqué el pelo y traté de acordarme de cuándo había sido la última vez que me había recortado la barba. Extendí un pie y le di un golpecito a la pierna postiza—. Quizá, mientras esperamos, podríamos asearte y ponerte la pierna.

Se quedó en silencio durante un rato, la mirada fija en el suelo.

—No puedes mantenerlos a salvo, ¿sabes? —levantó la mirada y me miró con ojos temblorosos—. No siempre.

Pensé en la mujer que había muerto en la habitación 42, la que había tenido a Lucian obsesionado desde mucho antes de morir y que ahora llevaría para siempre grabada en el alma.

—Lo sé —se precipitó hacia delante pero lo agarré antes de que la escopeta cayera al suelo. Se apoyó en mi hombro, pesaría lo mismo que Cady.

—Me he pasado la vida intentando decidir si cagar o agarrarme una cogerza, supongo que por fin me he decidido a hacer las dos cosas a la vez.

Me reí hasta que se me hizo un nudo en la garganta y me escocieron los ojos. Le quité la escopeta, un modelo antiguo, con los cañones de acero damasquino, y retiré los martillos.

—No te preocupes, vamos a asearte.

No me costó tanto como pensé. Después de meterlo en la bañera, Lucian fue capaz de sentarse solo en un asiento diseñado para él. Me impresionó lo viejo que parecía, tan pequeño, desnudo y borracho. Lo observé mientras se agarraba a las barras de acero y dejaba que el agua cayese sobre su cabeza y arrastrara las cosas malas consigo. Vi la marca con la que el tío de Mari Baroja había puesto punto y final a su matrimonio. El agua se acumulaba allí como si de un pequeño remolino se tratase, donde quedaban recogidos los recuerdos que no llegaban a borrarse.

Le di una palmadita en el hombro al anciano, cerré la cortina y me senté sobre la tapa

del váter. En el suelo, junto a la escobilla, había un ejemplar del día del *Durant Courant*. Cuando lo recogí, noté que lo habían doblado cuidadosamente por la página de obituarios. Suspiré y estudié el óbito en blanco y negro de Mari Baroja. Había muerto el día de su cumpleaños. Eso explicaba la curda que se había pillado. Dejé caer el periódico al suelo y regresé a la habitación principal para dejarle un poco de intimidad al pobre hombre. Arrastré el sillón sucio y lo deposité en el patio para una futura limpieza. La camioneta Datsun seguía en marcha y, cuando cerré la puerta, vi mi fantasma en el reflejo del cristal o quizá era mi yo auténtico que trataba de susurrarme al oído y decirme que algo olía a podrido en Dinamarca. Allí fuera había otros ojos, otras figuras que se apartaban y se desvanecían solo para reaparecer con la nevada, para comprobar que lo había entendido bien. Las formas se movían suavemente entre la nieve caída y entre los árboles, pero no me iluminaron, solo estaban allí como testigos.

Pensé en Vic, que estaba haciendo todo el trabajo de investigación. Debería dejarla que se marchara a casa. No había ninguna razón por la que no pudiera quedarme un rato y reunir la poca información que se pudiera reunir allí, a pesar de que mi hija acababa de llegar a casa. Regresé a la puerta entreabierta del cuarto de baño.

—Oye, Lucian —escuché algo de trasiego—. ¿No te ahogarás mientras voy a decirle a Vic que se marche a casa, verdad?

—Me importa un cojón lo que hagas.

Me llevé la cerveza conmigo.

En el camino de vuelta al despacho de Louis, descubrí que Joe había reemplazado a Jennifer en el mostrador de la recepción. No había cambiado mucho desde hacía dos noches, cuando me peleé con el árbol de Navidad. Joe echó hacia atrás su sillón y extendió los brazos para bloquearme el paso hacia la conífera.

—Muy gracioso.

—No quería que te arriesgaras a electrocutarte de nuevo.

Me apoyé en el mostrador y me quedé escuchando un segundo.

—¿Cómo es que no está puesta la música?

—Oh, mierda —tanteó el equipo de música bajo el mostrador y pronto estuvo sonando *Rudolf, el reno de nariz colorada* interpretado por Gene Autrey.

—Joe, ¿tienes idea de lo que puede haber pasado con el frasco de Metamucil?

—Lo siento, *sheriff*, estaba en uno de los estantes del armario de los medicamentos. Le he mostrado a su ayudante dónde debería estar, pero muchos pacientes entran ahí. No hay medicamentos con receta, pero intentamos etiquetar cada bote con el nombre de cada uno.

Vic dijo que Shelly Gatton no sabía nada del frasco desaparecido. Había visto a Lana la misma mañana que yo, después de que muriera su abuela, y la víspera, cuando le llevó a Mari el almuerzo junto con las galletas. Dijo que Joe Lesky había sido de menos ayuda ya que no había visto a nadie con ni sin galletas y que, cuando le enseñó el armario de las medicinas, había cuatro frascos de Metamucil, pero ninguno de ellos llevaba el nombre de Mari Baroja.

—¿Vas a analizarlos todos?

Ella señaló distraída los botes que había dentro de una bolsa de papel marrón encima de su chaqueta. Se había mostrado un tanto hosca al preguntarme dónde me había metido durante la última hora, pero lo superó cuando le di una cerveza. La observé mientras se comía un pastel de carne de aspecto blandengue, unas judías verdes mustias y un puré de patatas pastoso que le debían de haber servido hacía rato.

—¿No me has conseguido nada de cena?

—¿Quieres la mía? —le dio un trago a la Rainier—. Esta cerveza no está muy fría —la observé mientras jugaba con su pastel de carne, trataba de ponerlo en una postura apetecible sobre la bandeja de plástico turquesa—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Las galletas estaban limpias?

—¿Quieres dejar en paz las putas galletas?

—Ojalá las tuviéramos ahora —una mujer mayor con un andador se detuvo ante el despacho de Louis el tiempo suficiente para ganarse una mirada de odio. Quizá fuese su lenguaje, quizá fuera la cerveza, quizá la forma en que se fijaba en todo. Noté que los frascos de Metamucil estaban abiertos.

—¿Has empezado a analizarlos?

Ella asintió.

—No huelen a nada y eso significa que probablemente no contengan nada.

—Bueno, por ahora esa es la tónica general del caso: donde hay humo, hay humo —pensé en todas las cosas que teníamos que hacer—. ¿Podrías comprobar los antecedentes de las temibles gemelas a ver si encontramos algo? Sé que es una apuesta arriesgada...

—Ya lo he hecho: Kay está limpia como una patena y Carol se ha visto envuelta en algunos tratos dudosos en Miami, pero no hay nada que me haga pensar que sea capaz de algo así —continuó estudiándome—. Walt, confía en mí, me gustaría creer que fueron ellas, pero ahí no hay nada.

Miré por la ventana hasta que Vic volvió a hablar.

—¿Y ahora qué pasa?

—Me estoy resignando a la maravillosa bienvenida que le voy a dar a Cady.

Vic se cruzó de brazos y me clavó la mirada.

—¿Sí? Dile que se pase por la mansión móvil de Moretti junto a la carretera, a oír el viento y los frenazos de los camiones de nueve ejes, y así verás cómo aprecia lo que tiene.

Miré a mi ayudante, recientemente divorciada, una mujer hermosa e inteligente con el cuerpo de Salomé y la boca de un cocodrilo de agua salada. Cuando la contraté me había pasado por su caravana, pero no había vuelto por allí. Comencé a preguntarme por qué nunca me había invitado a cenar, cuando de repente caí en la cuenta de que yo tampoco la había invitado nunca a mi casa. La idea de tener un lío con una mujer que era más o menos de la misma edad que Cady era una imagen tan patética que cada vez que se me ocurría la borraba de un plumazo.

—¿Irás a casa por Navidad?

—No, mamá dice que Nona habrá muerto para entonces, o eso asegura. Vic Junior se

ha echado una nueva novia, al parecer ya su prometida, que es peluquera y está embarazada, Alphonse se marcha al norte del estado con unos amigos, Tony está trabajando en el restaurante con el tío Al y Michael dice que nos den a todos.

Hablábamos sobre su numerosa familia en Filadelfia de vez en cuando. Para ellos, el mundo se acababa en el hospital Paoli de Main Line, es decir, todo lo que no fuera el centro de Filadelfia. Yo había mantenido contacto con su madre, había hablado con ella por teléfono un par de veces y una vez vi su foto. Lena era una belleza lánguida con la misma piel aceitunada y los rasgos exóticos de su hija, pero con unos cuantos años más madurando al sol. Estaba casada con un hombre igual de apuesto que, según Vic, la ignoraba por completo, un tipo severo y tenaz que ocupaba el cargo de detective en jefe de la zona norte, distrito seis, y era el oficial de enlace de la fuerza especial contra el crimen organizado.

—¿Qué tal está tu madre?

Le dio un último trago a la Rainier y estrujó la lata.

—Dice que necesito echar un buen polvo.

Asentí como si supiera de qué iba la cosa y observé la lata aplastada en su puño.

—Quizá tenga razón.

—Dice que tú también necesitas echar otro —tiró el despojo de aluminio en la papelera bajo el escritorio—. No te lo tomes como algo personal. Desde el incidente del zapato de Khrushchev en Naciones Unidas ese es su consejo para toda la humanidad, aunque papá dice que siempre ha sido así.

—Algo me dice que tu madre no hace buen uso del término «echar un polvo».

—No, ella dice echar una canita al aire, pero no suena tan literario.

Me sentí ligeramente excitado al imaginar a Vic diciendo guarradas en la cama, lo cual no sería ninguna sorpresa, ya que solía decirlas a todas horas.

—¿Y crees que tu madre necesita echar una canita al aire?

—Desde Khrushchev.

—Esas son muchas canitas.

Volvió a concentrarse en los informes.

—Sí, bueno, está casada con un súper poli.

No hablaba mucho de su padre, pero su influencia era evidente en ella. Habría sido fácil creer que la relación entre ambos era fruto de los problemas de un hombre con cuatro hijos varones que se encuentra con una hija, pero, al parecer, su trato con los chicos no era mucho más cordial. Ella bostezó.

—Vete a casa.

La ayudé a ponerse el abrigo y ella se giró y permaneció inmóvil, estudiándome: una ayudante no debería ser tan atractiva. Me agarró de las solapas de mi chaquetón de piel de borrego y las alisó con las palmas de las manos.

—Sigo sin creermelo que vayas a echar un polvo antes que yo.

Se me cortó la respiración, ya tenía una excusa razonable para echarme a reír.

—Si te hace sentir mejor, te diré que no.

Vic recogió los botes de Metamucil y esperó a doblar la esquina y bajar un par de

escalones en dirección a la entrada, antes de decir:

—Pues sí.

Cuando regresé a la habitación de Lucian, todo estaba en silencio. La puerta estaba cerrada y el pestillo volvía a estar puesto. Llamé con los nudillos.

—¿Lucian? —no obtuve respuesta, pero oí unos sonidos amortiguados, además de una especie de chapoteo—. Oye, ¿te has vuelto vergonzoso a la vejez? —me quedé escuchando y habría jurado que se oía a más de una persona en el interior. Miré en dirección a la recepción, donde había dejado la llave maestra, pero oí otro golpe seco y me sentí en la obligación de hacer algo.

No se oía nada más. Entonces me entró pánico y se me agarrotaron los músculos de los hombros.

—¡Lucian! —saqué mi 45 de la funda y crucé el pasillo. Sabía por experiencia que, si usaba el pie para echar la puerta abajo, mi pie sería lo único que entraría en la habitación. Se oían más ruidos, así que cargué contra la puerta de costado, con el hombro por delante. La puerta estalló y me estampé con ella contra la pared junto al baño. Vi que una pierna se movía en la bañera y giré la cabeza, justo a tiempo de ver que alguien salía corriendo por la pendiente del patio de Lucian, alguien grande.

—¡Soy el *sheriff*, detente! —el individuo había desaparecido. Me precipité al interior del baño, mis pulmones volvieron a su sitio y enfundé la pistola. El suelo estaba resbaladizo y me escurrí, para acabar rebotando contra el borde de la bañera.

El cuerpo del viejo *sheriff* estaba cubierto por la cortina de ducha y el agua continuaba cayendo. Retiré la cortina y cerré el grifo. Su pierna seguía en el asiento, pero el resto del cuerpo estaba tumbado de costado y sostenía un puño cerrado contra el pecho. Le pasé la mano por debajo del cuello y lo levanté para sacarlo del agua, que se había acumulado tras retirar la cortina y que ahora se perdía por el desagüe. Tosió y volvió la cara, así que cuando le vino la arcada, el vómito siguió al agua. Olía a *bourbon*. Sostuve al hombre de una sola pierna contra mi pecho mientras él lo echaba todo. Después parpadeó y me miró.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Ve tras ese hijo de perra!

Agarré una toalla de la percha, se la puse debajo de la cabeza, lo dejé donde estaba y salí corriendo del baño, atravesé la habitación principal y me planté en el patio. Empuñé el arma, me detuve y me fijé en las pisadas. Subían por la pendiente. Parecía que alguien se hubiera golpeado con los pinos a medio camino. Debía haberse resbalado, pero había vuelto a ganar pie y había continuado. La camioneta Datsun se había esfumado.

Me detuve al borde del aparcamiento, con cuidado de no pisar las huellas de la pendiente. Las rodadas y el rastro del tubo de escape todavía eran visibles sobre la nieve y me arrodillé para examinar las huellas de botas que había dejado antes de subir a la camioneta. Todas las huellas estaban borrosas, así que nunca sacaríamos un molde decente, pero coloqué mi bota al lado de una de ellas: el pie era grande, más grande que el mío.

Cuando regresé al cuarto de baño, Lucian había conseguido sentarse en la bañera. Me

alegré de haber cerrado las puertas de cristal después de salir, pues estaba temblando y abrazado a su única pierna. Lo coloqué en su asiento y lo envolví con otra toalla. Saqué de su armario un albornoz grueso de la marca Royal Stewart que Cady le había regalado hacía un año y cogí un mocasín. Estuve buscando el otro hasta que caí en la cuenta de que no lo necesitaba. Su prótesis estaba apoyada contra la puerta y ya estaba calzada. Agarré la pierna y entré en el baño. Lucian me miró, continuaba abrazándose. Me senté en el váter y lo envolví con el albornoz, tras apoyar la pierna contra la bañera, creyendo que ese sería el orden que había que seguir.

Tenía algo de sangre en la boca, debía de haberse mordido la lengua durante la pelea. Llevé al anciano hasta la habitación y traté de que entrase en calor antes de buscar un teléfono. Estaba forcejeando con algo y, un momento después, sacó el puño cerrado de entre los pliegues del albornoz y abrió la mano. En la palma tenía un mechón de pelo negro de casi treinta centímetros.

Me dedicó una sonrisa sangrienta.

—Me he quedado con un trozo.

Ningún trabajador de la residencia conducía una camioneta Datsun y la única que teníamos en nuestro registro fiscal era un montón de chatarra que había en el rancho Miller, cerca de Powder Junction, fuera de circulación desde que Jessie, la hija de Steve y Janet, la usara para instalar un canal de riego en 1989. Steve le dijo a Ruby que, si iba a por ella, podía quedármela para la rifa anual del *sheriff*. Agradecí su oferta, pero la rechacé cortésmente.

Hundí la cabeza en mi chaquetón doblado y bajé un brazo para acariciar a Perro. Estaba teniendo dificultades para que Ruby se concentrara en la camioneta Datsun y se olvidara un rato de Lucian.

—¿Qué me dices del Departamento de Vehículos Motorizados? —exceptuando el sonido de las teclas, en la oficina reinaba el silencio. Cady había dejado un mensaje la noche pasada diciendo que Henry la había llevado a casa y que había llegado sana y salva. También decía que se habían pasado por el súper de camino. Gracias a Dios. Por otra parte, informaba de que solo le había costado diez minutos retirar la nieve del salón y que Henry había utilizado más cinta adhesiva para tapar el agujero del tejado. Cuando llegué estaba dormida y, cuando me aventuré por la mañana a darle un beso en la coronilla, ni se inmutó.

Ruby dejó de teclear.

—Hay tres.

—¿Dónde se encuentran? —desde mi posición, sentado en el banco de madera de la recepción, podía ver las nubes dentadas sobre la cresta de las montañas al este del pueblo.

El cielo era de un naranja rabioso y la nieve de los picachos era de color rosa.

Los dedos, delgados y ágiles, de uñas pintadas, continuaban tecleando.

—Lusk, Laramie y Lander.

Probé con mi mejor caracterización de Basil Rathbone y me pregunté por el paradero de mi querido Watson.

—Hummm... empiezo a ver un patrón.

—¿Que todos empiezan por L?

Levanté un índice.

—Acaso sea una pista. Comencemos por el más cercano.

Sonido de teclas.

—Ivar Klinkenborg.

–Estás de broma.

–No.

–¿Alguna orden de búsqueda o condena?

Más teclas.

–No.

–¿Edad?

–Sesenta y ocho.

–Siguiente.

Hubo un momento de silencio.

–¿Qué está más cerca, Lander o Laramie?

No respondí porque no estaba seguro. Vic y Saizarbitoria habían salido para atender un incidente con un vehículo en la 196, al sur del pueblo, y era el día libre de Ferg. Oso estaba desaparecido en combate, habría regresado a la reserva. Estaba pensando en que por lo menos me quedaba Perro justo cuando este se levantó y se acercó a Ruby.

–Probemos con el orden alfabético inverso.

Aquella me costó una mirada reprobatoria.

–Jason Wade.

–¿Alguna orden de búsqueda, alguna condena?

Sonido de teclas.

–Tiene una orden por conducir en estado de embriaguez y dos multas de tráfico, todas emitidas por la patrulla de carreteras. Se ha inscrito hace poco, procede de Nebraska.

Esta vez levanté un puño en el aire.

–Vamos, Huskers, arriba ese equipo. La N roja y grande es sinónimo del saber.

Otra pausa.

–¿Eso es un no?

Me cubrí los ojos con el brazo.

–¿Altura?

–Uno setenta y dos.

–Siguiente.

Más teclas.

–Leo Gaskell, treinta y seis, tres multas de tráfico y un cargo por violencia de género hace dos meses –todavía más teclas–. Homicidio involuntario, cumplió cinco años en Rawlins, posesión de armas, fabricación de drogas, consumo de drogas, una operación en un laboratorio clandestino hace cinco años, cumplió un año en el condado de Fremont, más consumo de drogas. Un asalto a un agente de la ley sin cargos pendientes.

Me había levantado y la observaba.

–¿Altura?

–Uno noventa y cinco.

–Hola –se quedó mirándome mientras pensaba qué hacer a continuación.

–Llama a Bill Wiltse, del condado de Fremont, y pregúntale si lo conoce.

Se quedó callada un rato sospechosamente largo.

–¿Qué?

—Como agente entrenado y veterano que eres, ¿no se te pasó por la cabeza en ningún momento tomar el número de matrícula?

Dejé escapar un suspiro largo, con la esperanza de que se apiadara de mí.

—Quizá me estoy volviendo descuidado —me dejé caer de nuevo sobre mi chaquetón doblado. Ruby tomó un sorbito de su té verde; una vez lo probé y me supo a césped cortado. Cambié el brazo de postura y me coloqué el sombrero sobre la cara, a sabiendas de que su silencio era a causa de Lucian.

—Ruby, él se encuentra bien.

Ella resopló a modo de respuesta y yo esperé en la oscuridad silenciosa de mi sombrero.

—¿Estás seguro?

—No podrías matarlo ni con un bate de béisbol —pensé en el aspecto de Lucian cuando lo había llevado al hospital, estaba acalorado y entusiasmado—. No lo había visto tan bien desde hacía años: si llego a saber que tratar de matarlo iba a surtir ese efecto en él, lo habría intentado hace mucho —esperé, pero parecía satisfecha—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿Por qué me mentiste cuando te pregunté si conocías a Mari Baroja? —se hizo de nuevo el silencio.

—Creí que debía proteger la vida privada de Lucian.

Me quité el sombrero.

—Me parece bien —me levanté y me dirigí a la pequeña cocina que teníamos en el sótano—. Voy a preparar café.

—Siento haberte mentido.

Me detuve en el descansillo y contemplé el cuadro del mecenas Andrew Carnegie, un vestigio de los años en los que el edificio había albergado la biblioteca. Durante todo el tiempo que trabajé con Lucian, el viejo *sheriff* saludaba a Andy cada vez que pasaba por delante. Me volví para sonreírle a Ruby.

—No pasa nada, no fuiste demasiado convincente.

Me entretuve observando las fotografías del descansillo, había seis en blanco y negro y una a color, todas dispuestas en marcos baratos. La de color era la mía, un tipo con un estúpido bigote y unas patillas demasiado largas. Me rasqué la barba y me puse a repasar mi linaje profesional.

Red se había retirado a un rancho en el sur del condado, se sentó a oír el viento hasta perder la chaveta y al final se pegó un tiro en el corazón. Un vaquero de catorce años borracho apuñaló a Del. Otto fue arrollado por una recua de caballos y, por lo que sabíamos, Charley y Conrad simplemente desaparecieron. Sabía el motivo de que Lucian se hubiera jubilado. Las cosas habían cambiado en los setenta, cuando el mundo no pudo seguir ignorando su particular forma de hacer cumplir la ley. Había estado en la cresta de la ola durante más de un cuarto de siglo, con eso bastaba. Todos los infortunios que había tenido que sufrir ayudaban a reconsiderar la importancia de la habitación 32 de la residencia de ancianos de Durant.

Al viejo *sheriff* le habían dado una buena paliza, pero se recuperaría. Me había quedado con algunos cabellos, el resto de la muestra iba de camino a Cheyenne y al Departamento de Investigación Criminal.

Fui a agenciarme un café, a falta de filtro, doblé una servilleta y di un paso atrás cuando escuché el borboteo satisfactorio de la cafeína inminente. Entonces pensé en los nueve meses que me quedaban en el cargo. De algún modo, parecía más tiempo que los veintitrés años y tres meses que llevaba ocupándolo.

Me fijé en que la lucecita roja del teléfono del descansillo estaba parpadeando, cogí el auricular y traté de pensar en qué diría Saizarbitoria, aunque al final me decidí por un:

—Cárcel.

—Es Bill Wiltse. Dice que quiere hablar contigo sobre el tal Gaskell.

Pulsé el botón de la línea uno.

—¿Hola?

—¿Tenéis a Leo Gaskell?

Arqueeé las cejas y me quedé mirando al teléfono, divertido.

—Hola, Bill, ¿cómo estás?

Se quedó un minuto callado, creo que fue para darle énfasis.

—¿Lo tienes?

—No, lo cierto es que no —miré la jarra de café, pero todavía no estaba llena del todo—. ¿Quieres contarme de qué va todo esto? No me parece un tipo demasiado...

—Hará dos semanas que atacó a uno de mis agentes, estaba de permiso en el Lander Saloon, le partió la cuenca del ojo izquierdo y le dislocó la mandíbula.

El café estaba listo, así que puse boca arriba una de nuestras escasas tazas oficiales con la estrella del *sheriff*, lo serví y observé cómo unas cuantas gotitas salpicaban el trapo del mostrador.

—¿De qué va todo esto, Walt?

Tomé un sorbo de café. Estaba poco cargado, pero serviría.

—Oh, bueno, anoche identifiqué una camioneta Datsun en la base de datos y resulta que tenemos aquí a alguien que intenta llevar a cabo la acción que pone fin a todas las acciones.

—¿Qué?

Eso me pasaba por ir con citas de Shakespeare a otros *sheriffs*.

—¿Quieres enviarme por fax una copia del expediente y una foto de Gaskell?

—Claro que sí. Oye, Walt.

—¿Sí?

—Ten cuidado con ese pájaro, es un mal bicho.

Leo Gaskell encajaba con el perfil, pero ¿qué conexión podía tener con Lucian o los Baroja? Tendría que jugarle la carta de Leo y esperar a ver qué pasaba. Por si las moscas, había emitido una orden de búsqueda la noche anterior.

Comencé a subir las escaleras con mi taza de café.

—¿Han encontrado algo los de la patrulla de carreteras desde que di la orden de

búsqueda? –Ruby negó con la cabeza—. Añade el número de matrícula –volví a llamarla de camino al despacho—. ¿Has descubierto algo sobre el sacerdote?

–Vive en la rectoría de Saint Mathias. El padre Thallon cuida de él.

Podía ir a buscar al viejo cura, pero, sin Saizarbitoria, no serviría de mucho. Podía ir a ver qué tal les iba a Lana, Isaac y Lucian en el hospital, dirigirme luego a la residencia para interrogar al personal otra vez, e incluso podía acercarme a ver a las gemelas para mantener una charla con ellas. Las opciones eran innumerables.

Me di la vuelta en mi sillón y contemplé las montañas anaranjadas, que exhibían tonos más pálidos a la luz de la mañana. El sol había salido, pero no parecía que fuera a elevarse mucho más en el horizonte durante el transcurso del día. Al pie de las colinas había un profundo ventisquero que se había acumulado al noroeste a consecuencia de la tormenta, haciendo que todo el condado pareciese inclinado hacia el sureste.

Conociéndola como la conocía, no podía llamar antes de mediodía a la mejor jurista de nuestro tiempo un día en que no estaba cobrando por horas. Todavía era bastante temprano y necesitaba algo de compañía para el desayuno. Supuse que el motel Log Cabin era un buen sitio para buscarla.

–¿Qué pasa si tomo el especial en lugar de lo de siempre?

Dorothy se cruzó de brazos y me sonrió, como un mago al que obligan a sacar una carta.

–El especial es lo de siempre.

Asentí, miré a Maggie Watson y arqueé una ceja.

–Tomaré el especial de siempre.

Dorothy miró a Maggie.

–Yo también.

Dorothy abrió la plancha y puso el molde de gofres. Aquello no era lo de siempre de siempre. Miré el menú distraídamente y me pregunté qué desayuno sería si fuera un desayuno. Seguramente, lo de siempre.

–Entonces, ¿qué tal vamos con nuestra investigación exhaustiva de cajas de seguridad abandonadas?

Ella tomó un sorbo de café.

–La verdad es que bastante aburrida.

–¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

–Quizá dos días –el pequeño establecimiento estaba en silencio—. ¿Qué tal va tu caso?

–Ni me preguntes –se me ocurrió algo y miré a la cocinera jefe y también lavaplatos—. Oye, Dorothy, ¿hay alguien que sea más grande que yo en este condado?

Ella estaba quieta, pero no se dio la vuelta.

–¿Más grande en qué sentido?

–Más alto.

–Brandon Búfalo Blanco.

Le di un trago al café, miré a Maggie de reojo y descarté esa sugerencia.

–¿Alguien más?

Se apoyó el bol que estaba utilizando contra la cadera y ladeó la cabeza.

–Un tipo muy grande estuvo aquí la semana pasada, un trabajador de la construcción.

–¿No es de por aquí?

–No.

–¿Trabaja por aquí?

–Quizá. Trabaja al aire libre, llevaba puesto uno de esos monos recios de Carhartt –se dirigió al taburete más apartado, en el extremo del mostrador–. Estuvo ahí sentando, iba a lo suyo.

Maggie me observaba mientras yo me devanaba los sesos.

–¿Dijo algo que pudiera darte una pista de quién era o de dónde trabajaba?

Ella negó con la cabeza.

–No, casi no articuló palabra y, además, esto estaba lleno.

Decidí ir a por el mejor indicador.

–¿Qué ponía en su gorra?

–No leo todo lo que pone en las gorras de los clientes, la vida es demasiado corta como para dedicarse a eso –vertió la masa sobre el molde para gofres, lo cerró y luego se giró para mirar a Maggie.

–Hace muchas preguntas, ¿verdad?

Cuando dejaron de humear, Dorothy sacó los gofres del molde, los empapó en sirope de arce y, por si fuera poco, añadió azúcar glas y algunas fresas. Colocó los dos platos calientes delante de nosotros y fue a buscar la jarra de café cuando comprobó que teníamos las tazas vacías.

Comencé a comer mientras ella me observaba. A Dorothy le gustaba verme comer, yo ya lo tenía asumido. Parecía que Maggie estaba disfrutando de su lo de siempre de siempre.

–¿Alguna vez has oído hablar de Jolie Baroja, el primo?

Dorothy se sirvió una taza para ella.

–Se rumoreaba que tenía conexión con ETA. Estuvo aquí algunos años, durante la guerra y también después.

–Está un poco feo eso de que un cura se relacione con un grupo terrorista.

–Como te acabo de decir, solo eran rumores –tomó otro sorbo de café–. Debe de ser más viejo que Matusalén. Ofició la misa en euskera hace unos años, en el festival vasco. De hecho, no creo que hable inglés, al menos ya no –le echó un vistazo a Maggie, que hacía todo lo posible por ignorarnos–. Ya sabes lo que dicen de los vascos: al igual que una buena mujer, no tienen pasado.

Dejé a Maggie delante del Banco Estatal de Durant y recogí a Sancho en la oficina.

Saint Mathias está cerca del arroyo, donde los álamos coronan los antiguos edificios de piedra que conforman la parcela abandonada del complejo católico. Construyeron una iglesia nueva en los sesenta, fea con ganas, que tengo permanentemente asociada al Día de las Tortitas, el martes de Carnaval, pero la vieja rectoría y la capilla continúan junto al riachuelo, en el mismo lugar de siempre.

Me quedé helado cuando vi que Saizarbitoria mojaba los dedos en agua bendita, se

arrodillaba y se hacía la señal de la cruz. Me rasqué la barba y me sentí como un vikingo, listo para arrasarlo el santuario. Lo seguí por el pasillo, a través de los rayos de sol que iluminaban el suelo de madera. Los pilares de piedra conducían a una pequeña galería donde había unas elaboradas vidrieras. No mostraban las típicas imágenes de Jesús sino que eran escenas poco corrientes, ilustraciones de pasajes bíblicos en los que aparecía Goliat apilando rocas o ángeles diminutos revoloteando sobre las cabezas de la gente.

Le estrechamos la mano a un cura muy amable de barba rubia y lo seguimos hasta la cocina, donde el padre Baroja estaba sentado a la mesa tomando un chocolate caliente. No nos prestó mucha atención cuando el padre Thallon puso una tetera al fuego y sacó algunas tazas.

—Jolie, sabes que no debes encender la cocina sin la señora Krauss.

El viejo sacerdote no le respondió.

—Tuvimos un pequeño accidente hará un mes.

Me senté en un extremo de la mesa y estudié al anciano. Él continuó mirando su chocolate caliente y lo atrajo un poco hacia sí, como si fuéramos a arrebatárselo. Tenía un rostro alargado con una nariz bulbosa, le colgaban los lóbulos de las orejas y las arrugas se le acumulaban en torno a la boca. Con su gruesa chaqueta de punto que se abotonaba el cuello, Baroja parecía un monje antiguo. Podía haberse tratado de cualquiera de los tipos duros que había visto montados a caballo en las fotografías de Mari Baroja.

Gene Thallon nos había avisado de que el euskera no era su segundo idioma, ni siquiera el quincuagésimo séptimo, pero nos había instruido explicándonos que ese idioma tiene cuatro dialectos distintos y muchísimos modos verbales, incluyendo el subjuntivo, dos potenciales, un condicional y un consecutivo. Observé a mi arma secreta y esperé que fuera capaz de sacarnos de allí antes de que el padre Thallon nos pusiera a analizar frases.

Nos trajo algunas tazas y, al ver ese reparto ecuménico, el viejo cura bajó la guardia de su chocolate. Parecía un poco maleducado no decirle nada, así que le dije hola.

Me estudió un momento, pero prefirió concentrarse en el chocolate. Miré al padre Thallon. El cura joven sonrió.

—A veces puede ser muy poco comunicativo.

—*Kaixo, zer moduz?* —Saizarbitoria le dio un sorbo a su chocolate caliente como si nada y miró a Jolie Baroja de reojo después de hablar.

—*Zer da hau?* —su voz de fumador contenía tanto alquitrán que se podría haber asfaltado un camino.

Sancho dejó la taza en la mesa con una sonrisa de labios apretados.

—*Bai?*

Jolie Baroja ladeó la cabeza y luego se acercó un poco más a Santiago, colocando una mano con delicadeza sobre el brazo de mi joven ayudante.

—*Ongi-etorri...*

Hablaron a una velocidad impresionantemente durante al menos cinco minutos, antes de que mi traductor se girara hacia mí.

–¿Hay algo en concreto que quieras preguntarle?

–¿Qué ha sido todo eso?

–Meramente formalidades. Cree que soy lugareño y le he dejado que lo piense.

–Bien –había estado observando a Sancho con atención, la forma en que escuchaba con interés lo que el anciano tenía que decir, sin interrumpirlo y manteniendo el contacto visual. Había seguido la teoría a pies juntillas y lo había hecho bien. Parecía haber adoptado el papel de amigo y aliado del viejo cura, una posición que le permitiría a Jolie expresarse con mayor libertad dentro del código lingüístico que ambos compartían.

Observé al padre Thallon, que había seguido el intercambio con gran interés, y luego a Saizarbitoria.

–¿Podrías preguntarle amablemente sobre su prima o cualquier contacto que haya mantenido con la familia?

El chico me miró un momento y luego se volvió y retomó la conversación.

–No tenía ni idea de que tuvieran ayudantes que hablaran euskera.

Asentí.

–Tratamos de estar lo más cerca posible de nuestros votantes.

El viejo cura volvió a mirarme y Sancho sopesó sus palabras.

–No le gustas.

Miré al viejo y luego a Santiago.

–Ni siquiera me conoce.

–Él cree que sí.

Me levanté y le hice un gesto al sacerdote joven para que me siguiera.

–Bueno, sabemos cuando no somos bienvenidos –el padre se detuvo un momento y luego me guió de nuevo al templo.

Aquella iglesia era pequeña para los cánones modernos, pero su factura era exquisita. Había sido construida por las manos robustas y hábiles de los vascos, pero también por fieles escoceses, polacos, checos y alemanes, hombres duros que además de traer consigo sus tradiciones, habían importado la habilidad para construir maravillas como aquella. Seguí la estructura de vigas cruzadas grabadas a mano que sostenía el techo y admiré los suelos de planchas de madera, ninguna tenía menos de treinta centímetros de ancho. El altar y los muros adyacentes eran de piedra. Estaban cubiertas de verdín, el musgo había proliferado en aquel ambiente fresco y silencioso.

Tomé un sorbo de chocolate.

–Debe de ser difícil trabajar aquí.

–Es difícil, especialmente con los parroquianos más mayores. Todavía no están convencidos de que haya venido para quedarme –sonrió–. Estos vascos tienen un dicho: «Que una gata haya parido en el horno no significa que las crías sean bizcochos».

Me eché a reír y lo miré.

–Probablemente te estés preguntando qué hacemos aquí. Tenemos interés en saber qué relación mantenía con su prima Mari. ¿La conocías?

Thallon asintió.

–¿Mari? Sí, claro que la conocía, estuve charlando con ella el viernes pasado. Una

verdadera lástima.

Asentí.

—¿Conocías a algún otro miembro de la familia?

—Conozco a la nieta, la dueña de la panadería. Lana, ¿verdad?

—Parece una buena chica —el cura permaneció en silencio—. ¿Conoces a alguna de las gemelas?

—Conozco a Carol, ha venido a ver al padre Baroja varias veces.

—¿Cuántas veces?

Se quedó pensando.

—En estos años, una media docena o así. Supongo que cuesta viajar para visitar a alguien desde Florida.

—¿Recuerdas cuándo estuvo aquí por última vez?

Pensó un poco más y dejó escapar el aire muy lentamente.

—Hará dos años, creo.

Pensé en lo que me había dicho.

—¿Guardaba el padre Baroja una relación muy estrecha con Mari?

—No.

—Esa es una respuesta bastante rotunda.

—Creo que existía cierta tensión entre los dos —miró de reojo en dirección a la capilla mientras Saizarbitoria entraba por la puerta.

Sancho preguntó por la iglesia, por la congregación y por la comunidad. Mientras hablaban, las vidrieras captaron mi atención. Las piedras de la iglesia no recibirían hoy los largos rayos del sol, tan solo algunos retazos de luz dorada que iluminarían primero una vidriera y luego otra. Observé el dibujo azaroso y me pregunté si entendería el mensaje si lograba concentrarme. Concluí que no.

Cuando me giré, el padre Thallon estaba observándome.

—No sé si sabes cómo te llaman.

—¿Disculpa?

—Los vascos de por aquí te han puesto un apodo.

Saizarbitoria era todo oídos.

—¿De verdad?

Esperamos un momento, antes de que el cura dijera con cautela:

—*Jentillak*.

Y los dos se echaron a reír.

Ajusté la calefacción de la camioneta y miré al vasco.

—¿Y bien?

—¿Qué quieres que te cuente primero? Hay mucho terreno que cubrir.

—¿Cuál fue la última vez que habló con su prima?

—En 1979.

Me quedé mirando el vaho que se había formado en el interior del parabrisas.

—Eso da pie a muchas otras preguntas.

–Esa fue la última vez que la vio viva.

Conecté la calefacción para las lunas.

–¿Y eso qué significa?

–Ella se le aparece en sueños –Sancho debió de malinterpretar la mirada que le eché–. Dice que lo visita cuando está dormido, que le pide perdón. Los sueños que describe son muy vívidos, muy detallados –se giró y me sonrió: Sancho era un chaval guapo–. Creo que al viejo lo acechan sus demonios.

Pensé en mis propios sueños, en la casa y el chal.

–¿Acaso no nos pasa a todos?

Él se ajustó su chaquetón y jugueteó con el tirador de la guantera, distraído.

–Dice que era una mujer inmoral. Que él trató de salvarla toda su vida, que la familia la consideraba su mayor fracaso.

Conduje por las calles secundarias de Durant, por las que aún no había pasado el quitanieves. Santiago estudió el camino que se abría ante nosotros.

–Al viejo sacerdote no le gustas porque cree que eres Lucian.

Claro. Asentí y pensé en eso.

–Bueno, Lucian y él probablemente no se llevaran bien –me planteé contárselo todo al chaval, pero todavía me parecía pronto, así que cambié de tema–. ¿Te ha parecido que el viejo esté lúcido?

Él se quedó callado. Empezaba a entender que eso es lo que él solía hacer cuando sabía que le habías hecho algo y quería que supieras que se había dado cuenta.

–Bueno, sí, más o menos –Santiago se sorbió la nariz y bajó la vista al salpicadero, mientras el parabrisas comenzaba a despejarse–. Me dijo que tuviera cuidado, que había *lamiak* en la estancia.

Me giré para mirarlo.

–¿*Lamiak*?

Él se mordió el labio.

–Hadas.

Suspiré y tome una curva. Yo tenía a los Ancestros Cheyenes, él tenía a las hadas, todo dependía de cómo lo miraras.

–¿Algo más?

–Creo que eso es todo, más o menos.

Salí a la calle principal y me dirigí a la oficina. Un despistado al volante de una camioneta casi nos lleva por delante. Redujo la marcha al ver las luces y las estrellas.

–Vale, ¿qué demonios significa jentillak?

Sancho sonrió, feliz de saber algo que yo ignoraba.

–Las montañas del País Vasco están salpicadas de dólmenes, que son unos monumentos neolíticos –continuó sonriendo–. Hubo un tiempo en que el pueblo de los jentillak vivió junto a los vascos. Un día divisaron una extraña nube de tormenta que se avecinaba por el este y el más sabio de los jentillak vio en ella un augurio, una señal de que su tiempo tocaba a su fin. Todos desaparecieron bajo tierra, debajo de un dolmen que todavía se erige en el valle de Arratzaran, en Navarra.

Lo miré de reojo y él saboreó el momento.

–Jentillak significa gigante.

Continué conduciendo en silencio y pensé en ello.

–Así que gigante.

–Sí –él miró hacia atrás–. Uno de los jentillak se quedó atrás, se llamaba Olentzero, y les explicó a los vascos que los suyos se habían marchado porque Kixmi había nacido.

Yo asentí.

–¿Y quién era el tal Kixmi?

Santiago contempló el vaivén de las luces de Navidad mecidas por la nieve.

–Jesucristo.

Dejé a Sancho en la puerta de la oficina cuando Vic se dirigía a atender un fuego que había prendido en una chimenea al sur del pueblo. La saludé con la mano mientras Saizarbitoria se subía a su unidad, pero ella me hizo un gesto obsceno con el dedo.

Un día tranquilo: en el hospital de Durant solo había algunos coches en el aparcamiento.

–Janine, ¿todavía anda por aquí Isaac Bloomfield?

Ella repasó el registro con un dedo y sonrió.

–Estás de suerte, está haciendo su última ronda de la mañana.

Pensé en el anciano de ochenta y cinco años que había estado inconsciente hacía solo dos días.

–¿Su ronda?

Ella asintió.

–A estas horas debe de haberse detenido en la sala B.

Me apoyé en el mostrador y dejé caer la barbilla en la palma de la mano. Me alegraba comprobar que el doctor era humano.

–Bueno, todos vamos para viejos.

Ella sonrió.

–No es por eso por lo que se ha detenido.

Lana todavía parecía hindú, pero sin duda alguien le había llevado sus cosas de casa, pues llevaba puesto un pijama de seda rojo encendido, un albornoz de hilo blanco y zapatillas rosas en forma de conejitos. Sobre las piernas tenía abierto el último número de *Saveur*.

–Parece que te estás adaptando bien.

Me dedicó una sonrisa un poco estrafalaria, pero una sonrisa cálida en cualquier caso.

–He decidido tomármelo como unas vacaciones en un *spa*.

Isaac estaba sentado en el taburete junto a las zapatillas de conejitos, la viva imagen del médico solícito.

–Bueno, doctor, ¿cuál es el pronóstico?

Él continuó sonriéndole y, si yo fuera hombre de apuestas, habría apostado a que estaba colado por ella.

—Si pudiéramos conseguir que la paciente dejara de tocarse la cabeza, podríamos salvarla.

Me quedé de pie junto a una silla de plástico.

—Deja de jugar con tu cabeza o terminará pareciéndose a mi oreja —miré al doctor de reojo—. O a su cabeza.

—Me gustan tu oreja y su cabeza.

Vale, yo también estaba un poco colado.

—Lana, necesito hablar con el doctor, ¿nos disculpas?

Isaac y yo echamos a andar por el pasillo, donde me detuve. No veía ninguna razón para hacerle caminar más de lo necesario.

—¿Qué tal está Lucian?

—Dormido en la sala de estar, los dos andamos por aquí.

Yo asentí.

—Isaac, necesito hacerte una pregunta, pero, tal y como está la situación, no tengo tiempo para andarme con rodeos.

Se apoyó contra la pared lisa del pasillo y se cruzó de brazos.

—¿Sí, Walter?

Me enganché los pulgares en el cinturón donde llevaba el arma, luego me los llevé al chaquetón. Con andar con una pistola cerca de Isaac ya había bastante, no era necesario proclamarlo a los cuatro vientos.

—Ese despojo humano, Charlie Nurburn, ¿sabes si tuvo algún hijo ilegítimo?

Él suspiró profundamente.

—¿Eso guarda relación con el caso?

—Mucha gente me ha hecho esa misma pregunta últimamente, ¿sabes? —esperé a ver si la prerrogativa policial vencía a la confidencialidad médica. Odiaba tener que presionar al anciano, pero necesitaba algunas respuestas y, al fin y al cabo, estábamos hablando del pasado.

—Hubo varias mujeres.

—Te escucho.

—Quizá una mujer india.

—Continúo escuchándote.

Se quitó las gafas y las limpió con el borde de la bata.

—No sé su nombre, quizá en su momento lo supe, pero ha pasado demasiado tiempo, Walter.

—¿Cuándo sucedió?

—A principios de los cincuenta. Podría consultar mis diarios y darte una fecha exacta, quizá un nombre —estudié las pequeñas marcas en la nariz del médico, donde sus gafas habían descansado durante medio siglo—. Tengo esos diarios aquí.

Me enderecé un poco.

—¿Aquí en el hospital?

—En mi despacho, sí.

Me eché a reír porque no se me ocurría otra cosa.

–¿Por qué tienes estos diarios en concreto a mano? –Isaac pareció avergonzado, pero no demasiado culpable.

–Estaba transcribiendo algunos pasajes de la historia familiar para la jovencita.

–¿Lana?

Él sonrió y meneó la cabeza.

–Menuda locura, ¿verdad?

Le devolví la sonrisa a aquel anciano encantador y rodeé sus hombros estrechos con un brazo.

–Isaac, cualquier cosa que hagamos por las mujeres es una locura y, por tanto, es esencial.

–Necesito hacer algo de limpieza.

Sus diarios estaban apilados sobre el escritorio y parecían libros de contabilidad antiguos, de esos que se usan en los negocios para llevar las cuentas y que los indios lakotas utilizaban para dibujar. El doctor se sentó en la única silla que había y yo me apoyé contra una esquina despejada del escritorio.

Observé a Isaac mientras este sacaba hábilmente un diario del montón. Era el tomo más viejo y yo comenzaba a sentirme como un seminarista.

–Mis notas no son tan completas como esperaba, pero quizá encontremos algo relevante –un dedo espigado terminado en una uña amarillenta pasó por las líneas como el carro de una máquina de escribir, deteniéndose aquí y allá. Finalmente, se paró.

–¿Has encontrado algo?

–Sucedió cuando abrí la clínica al norte del pueblo, junto a la reserva –levantó la vista, con la yema del dedo todavía en el punto exacto–. 8 de diciembre de 1950, un niño, dos kilos ochenta gramos –volvió a mirar el libro–. En ese momento no le pusieron ningún nombre.

–¿Crees que era hijo de Charlie Nurburn?

Él depositó el diario sobre el escritorio con cuidado, como si los años corrieran el riesgo de desparramarse, y pensé en todo el tiempo que había quedado capturado entre aquellas líneas.

–Por aquel entonces, Acme ya era una aldea pequeña cerca de Tongue River. Cuando dejaron de extraer carbón, se redujo aún más –levantó la vista con una débil sonrisa–. Cuesta esconder las cosas en las poblaciones pequeñas.

–¿Cuál era el nombre de la madre?

Me observó por debajo de sus párpados arrugados, ampliados a causa de las bifocales. Y consultó el libro.

–Ellen Camina sobre Hielo –me quedé inmóvil al escucharlo.

–Ellen Camina sobre Hielo, ¿seguro que no es Anna Camina sobre Hielo?

Volvió a consultar el libro.

–Ellen –nuestras miradas se encontraron–. Anna Camina sobre Hielo es la mujer que trabaja en la residencia de Durant –le miré tan solo por un instante.

–¿Puedo usar tu teléfono, doctor?

Miró a su alrededor e, ignorando el teléfono fijo, me pasó un móvil que se sacó del bolsillo de la bata. Como Isaac, al contrario que yo, no tenía personal que le dijera lo que

tenía que hacer, podía tener un móvil si le daba la gana.

—Isaac, ¿cuál es el número de la residencia? —el teléfono emitió un fuerte pitido—. Creo que tienes mensajes.

—Los escucharé después de que hagas tu llamada. Tenía el teléfono en el coche y tu nuevo ayudante, el chico joven, ha sido muy amable al devolvérmelo. La mayoría dejan mensajes en recepción, pero, a veces, la gente quiere hablar personalmente conmigo —cogió el teléfono, marcó el número y me lo devolvió.

Contestó Jennifer Felson.

—Jennifer, ¿está trabajando hoy Anna Camina sobre Hielo?

—Déjame que lo compruebe —esperé mientras ella soltaba el teléfono, volvía a cogerlo, removía algunos papeles, y declaraba que Anna Camina sobre Hielo no había ido a trabajar ese día.

—¿Está enferma?

—Es india. A veces no se presentan, pero, sobre todo, nunca llaman —argumentos racistas aparte, la mayoría de los indios tenían un sentido del tiempo particular: sus prioridades habían funcionado durante siglos, supongo que no tenían motivos para cambiarlas—. De todas formas no habla demasiado nuestro idioma.

Marqué el número de El Poni Rojo y le pregunté a Isaac qué botón tenía que pulsar.

—*Ha-ho*, aquí El Poni Rojo, donde las veladas son largas y maravillosas.

—Oye, ¿sabes dónde vive Anna Camina sobre Hielo?

—No, pero puedo enterarme.

—¿Podrías ir a verla a su casa? —dijo que lo haría y luego le pregunté si alguna vez había oído hablar de Ellen Camina sobre Hielo. Dijo que no, pero que era una familia cuervo numerosa. Iría a preguntarle a Lonnie y luego volvería a ponerse en contacto conmigo.

—Lláname a la oficina.

Le devolví a Isaac su diminuto teléfono y lo observé mientras pulsaba algunas teclas y se lo llevaba a la oreja. Contempló el diario mientras escuchaba.

—Según mis notas, no tenía ni los veinte cumplidos o acababa de cumplirlos.

—Entonces ahora tendrá más de setenta.

Él sonrió.

—No hace falta que lo digas como si fueran tantos años.

Fui a echar un vistazo a los números desvaídos tatuados en la cara interior del brazo de Isaac, pero la manga de su bata cubría ese pasado terrible y distante.

—Seguramente no habrá llevado una vida tan fácil como la tuya, doctor.

Él continuó sonriendo y asintió.

—Probablemente tengas razón —puso una cara rara mientras escuchaba el mensaje del móvil—. Esto sí que es extraño. Los mensajes son de Anna —esperó un momento, continuaba a la escucha—. Parece muy agitada.

Y, como cabe suponer, el médico hablaba cuervo.

Cuando volví al mostrador de la recepción, la versión más bronceada y menos histérica

de Kay Baroja se encontraba allí, hablando con Janine de lo fácil que era sacarse un certificado de buceo en los Cayos con un curso de tres días. Pensé en escabullirme por la puerta trasera, pero necesitaba hablar con ella y esa era la primera vez que veía a las gemelas por separado desde que habían llegado.

—¿Carol Baroja-Calloway?

Se giró y me ofreció una sonrisa de pez barracuda.

—Carol Baroja ¡y punto!

Se había retocado la cara, pues la tenía un poco tirante, y también tenía los labios rellenos y mechadas claras en el pelo. Su sonrisa era perfecta, de dientes quizá demasiado blancos. Extendió una mano sin rastro de pulseras ni anillo de casada.

—*Sheriff* Longmire, ¡encantada de conocerlo!

Pufff... Sonreí.

—Ya nos conocemos.

Se inclinó hacia delante, dejando al descubierto un escote formidable, que también parecía retocado.

—Esperaba que se hubiera olvidado —me cogió del brazo y me arrastró hasta las sillas del otro lado de la sala de espera—. Solo quería disculparme por la conducta de mi hermana. Kay puede llegar a ser bastante difícil.

—No pasa nada, no me lo tomé como algo personal.

—¿Ni siquiera lo de hijo de puta? —nos acomodó en uno de los sofás y, de haberse acercado más, me habría hecho un baile erótico. Todavía me tenía agarrado del brazo.

—Me disponía a visitar a Lana, pero no puedo dejar pasar así como así esta oportunidad. Solo quiero darle las gracias por tomarse tanto interés por la muerte de mi madre y por el bienestar de Lana.

—No es nada, yo...

—No, no tiene ni idea de lo tranquilizador que es saber que podemos depender de usted en estos tiempos difíciles. ¿Todavía le está molestando esa horrible mujer de la División de Investigación Criminal?

Me quedé pensando y por fin recordé que hablaba de Cady.

—Continuamente.

—Lo siento mucho —parpadeó insistentemente, como suelen hacer las personas que llevan lentillas—. ¿Alguna pista de quién podría haberle hecho eso a la pobre Lana? Se dice pista, ¿verdad?

Asentí y me removí en el asiento, pero ella continuaba enganchada a mi brazo.

—Lo estamos investigando, pero no hay nada lo bastante concluyente como para que pueda contárselo —ella seguía mirándome fijamente, era la primera pausa que hacía desde que la conversación había comenzado—. ¿Le importaría que le hiciera algunas preguntas?

Otra pausa y aflojó la presión en mi brazo.

—No soy sospechosa, ¿verdad?

Me aclaré la garganta.

—¿Cuándo fue la última vez que visitó a su madre?

Se quedó pensando.

–Hará unos dos años.

–¿Y cómo era su relación con ella?

Por un momento dejó de estar animada, creo que fui testigo de su primera actuación sin ensayar del día.

–¿Conocías a mi madre, Walter? ¿Te importa que te llame Walter? –sopesó lo que iba a decir a continuación–. En una palabra, mi madre era un desastre. No me malinterpretes, no creo que tuviera una vida fácil –eso era un eufemismo como la copa de un pino–. Y creo que eso tuvo un efecto en su concepción de las finanzas.

–Ya veo –ni me había dado tiempo a preguntarme cuánto tiempo pasaría antes de que el dinero apareciera.

–Tenía una visión simplista de nuestra situación económica, de la situación en que todas nosotras nos encontrábamos económicamente.

–¿Te refieres a ti, a Kay y a Lana?

–Sí, no sé si estás al tanto de las disposiciones que tomó mi madre en su herencia.

–Como sabes, una de las pruebas de la investigación por el asesinato de tu madre es una copia de su testamento.

La palabra asesinato no la detuvo.

–Lo cierto es que Lana no es capaz de entender nuestra situación económica en toda su magnitud, en especial, en lo relativo a Los Cuatro Hermanos.

–¿Te refieres a que los pobres heredarán la tierra, pero no sus derechos minerales? –ella se echó hacia atrás y me estudió como si de repente me hubiera convertido en una mancha en su felpudo. Pensé que de perdidos al río y decidí continuar–. ¿Qué me dices de tu padre, Charlie Nurburn?

Ella me sostuvo la mirada.

–Abandonó a mi madre hace cincuenta años, así que ya no representa ningún problema.

Parecía dispuesta a finalizar nuestra entrevista.

–Solo algunas preguntas más. ¿Cómo encaja en términos económicos el padre Baroja en todo esto? No se menciona en el testamento.

Ella se pasó la lengua por los dientes y se marcó un giro de cintura, dejando que se le abriera más la blusa: no tenía marcas de bikini.

–Jolie y mi madre eran la única descendencia de mi abuelo y sus cuatro hermanos. Había otro niño, Arturo, pero murió de neumonía. Cuando el último de los cuatro murió hace años, la herencia se dividió entre Jolie y mi madre, hasta que el tío Jolie le vendió la mitad que le correspondía del rancho a mi madre, junto con la mitad de su mitad de los derechos minerales, y comenzó a dar su dinero a la beneficencia –se detuvo, pero yo no dije nada. Estaba acostumbrado al silencio, pero ella no–. No se llevaba bien con mi madre, así que recayó en mí la tarea de asesorarlo en materia financiera, pero me temo que sus facultades empiezan a abandonarlo.

–¿En qué sentido? –me apetecía escucharla hablar de hadas.

–Su sentido de la realidad está un tanto deteriorado.

–¿Así que el padre Baroja no está capacitado psicológicamente? –vaya, no iba a hablar

de las hadas.

—Oh, no. Él invirtió por voluntad propia su parte de la propiedad en un fideicomiso que controla un gestor financiero.

—¿Y ese quién es?

Ella sonrió.

—No sabría decirte —probablemente fuera un hada.

Me aclaré la garganta y, al girarme, me deshice de la mano que me agarraba el brazo.

—¿Se te ocurre alguna persona que pueda haber asesinado a tu madre y que os desee una buena desgracia?

—Yo no fui lo que se dice una buena hija y tampoco puede decirse que sea una buena tía. Debería haber estado más pendiente de Lana, pero me temo que es bastante tozuda. Toda esa historia del País Vasco...

—¿Historia del País Vasco?

Carol se llevó una uña sintética a la boca, aunque no parecía haber terminado de hablar.

—Creo que se vio envuelta en algún tipo de actividad política cuando estuvo en la escuela de cocina —lo pronunció como si aquello equivaliera a una enfermedad venérea.

Traté de no poner los ojos en blanco.

—Hummm... ¿ETA?

—Sí —se agarró a mi mano con las suyas. Aquello empezaba a parecerse más a la lucha libre que a una conversación—. Me temo que podría haberse relacionado con algunos personajes turbios cuando vivía en Europa. Quizá ellos estén interesados en el dinero de mi madre.

—Ya veo —hice que aquello cayera por su propio peso e intenté conciliar la imagen de Lana, la inocente y cándida panadera, con Lana, la taimada terrorista, pero no fui capaz.

Aunque Leo Gaskell no encajaba como el hijo ilegítimo misterioso de Charlie Nurburn, regresé a la oficina para ver si Bill Wiltse me había enviado por fax la foto: ese niño había nacido en 1950, lo que significaba que ahora pasaba de los cincuenta. Leo Gaskell rondaría los treinta. Pero alguien había envenenado a Mari Baroja, alguien había intentado matar a Isaac, alguien había intentado quitar a Lana de en medio de un porrazo y alguien había tratado de cargarse a Lucian.

Alguien quería asesinar a todos los que sabían o creían que Charlie Nurburn estaba muerto. Quizá pensaran que sacarían tajada de la herencia de Mari si podían demostrar que Charlie seguía con vida. Los hijos ilegítimos no pueden heredar, pero Cady había mencionado que en Wyoming el marido podía reclamar legítimamente la mitad de la propiedad, a pesar de no figurar en el testamento ni en el fideicomiso. ¿No podría ser esa la razón de que lo necesitaran vivo, para luego matarlo y así heredar?

El cielo era del color de los buques de guerra cuando se dejan al sol demasiado tiempo, con ligeros tintes de un gris más oscuro en la línea del horizonte. No estaba nevando, pero el suelo del aparcamiento estaba cubierto de lo que parecían perdigones albinos. Vic y Sancho se detuvieron a mi lado y me sacaron de mi ensimismamiento. Apagué el motor y me bajé del vehículo. Saizarbitoria iba detrás de Vic y comprobé que estaba cubierto de

pies a cabeza de una espesa capa de hielo y hollín, casi no se le veía la cara.

—¿El fuego de la chimenea?

Él se balanceó de un pie a otro.

—No os importa que vaya dentro antes de que se endurezca por completo, ¿verdad?

Me hice a un lado y dejé que subiera por la rampa de discapacitados para acceder al calor y a la relativa comodidad de la oficina. Me giré y miré a Vic.

—Veo que tu uniforme está limpio.

Ella sonrió.

—Es él quien hace escalada.

Cuando entramos, Perro salió a saludarme y se sentó sobre sus cuartos traseros encima de mi pie. Había tenido la prudencia de evitar a Vic. Saizarbitoria iba de camino a la ducha de la cárcel con una toalla limpia que sostenía entre el índice y el pulgar. Estaba claro que Ruby ya lo había mimado, puesto que tenía una taza de café entre las manos.

—Puede que nos falten muchas cosas en el condado de Absaroka, pero tenemos departamento de bomberos.

—La escalera del camión se había congelado.

Todos nos quedamos mirándolo hasta que se marchó. Vic seguía de buen humor.

—No tiene miedo a nada, tenemos que quedarnos con él.

Yo asentí, y fue unánime.

Ruby me pasó un expediente.

—Leo Gaskell.

Lo abrí por la mitad. Había un listado de arrestos de Leo Cecil Gaskell, una extensión de cuatro páginas para ser precisos, y una foto tamaño cuartilla de Leo, de su paso por Rawlins. Leo era un hombre grande, con una melena que le llegaba por encima de los hombros. Bingo. Tenía una dentadura horrible y, por si fuera poco, la nariz partida, pero eran sus ojos los que daban miedo. No reflejaban ningún sentimiento, Leo parecía uno de esos tipos que podía estrangular a toda una guardería y luego irse a casa a regar las plantas.

—Ese hijo de puta otra vez, no. —¿Qué?

Vic me miró como si fuera el último imbécil del pueblo.

—Este es el tipo que disparó al encargado en el yacimiento de metano, Cecil Keller, el tipo al que hiciste venir para que copiara en la pizarra.

—¿Cecil Keller?

—Sí, ese es el tipo. Ahora lleva bigote, pero, por los dientes, te juro que es él —se quedó mirándome—. Todavía tengo el arma.

—Ve a por ella —Vic desapareció.

Pensé en la fotografía en la que aparecía Charlie en la reserva con las pistolas. Saqué la foto de Leo del expediente y la sostuve en alto para que Ruby la viera. Se sonrojó.

—No es el nombre que nos dio al principio, pero es él. Lo siento, Walt, pero no miré el fax cuando llegó. Sé que no excusa, pero el teléfono estaba sonando, me limité a meterlo en el sobre.

—Dile a Saizarbitoria que acaba de ganarse un día más con nosotros, pero mantenerlo

alejado del tejado –le pasé a Vic el expediente mientras ella me entregaba una automática del calibre 32 con la empuñadura de nácar, idéntica a las cuatro que Charlie Nurburn exhibía en la foto. Mientras tanto, Vic leyó el expediente, dejando escapar un silbido a medida que leía los detalles. Me volví hacia mi lugarteniente.

–Al parecer vamos a tener que plantarnos en Los Cuatro Hermanos.

–Antes tengo que mear.

Cogí el expediente de nuevo y suspiré.

–Ve a mear –me senté en el borde del escritorio de Ruby y me pregunté dónde estaría trabajando hoy Cecil Keller/Leo Gaskell, cuál sería su conexión con el esquivo Charlie Nurburn. El teléfono sonó, Ruby cogió el auricular y me lo pasó.

–Henry.

–Estoy en casa de Anna, alguien ha entrado a la fuerza, tú.

Me quedé mirando el teléfono.

–¿Qué?

–Alguien ha forzado la puerta trasera y parece que ha estado buscando algo.

–Asumo que ella no está ahí, ¿no?

–No.

Anna no estaba en el trabajo y tampoco estaba en casa.

–¿Te has enterado de algo sobre Ellen Camina sobre Hielo?

–Su nombre de casada es Ellen Monta a Caballo y vive en el pueblo, en el parque de caravanas junto a la carretera. Anna se queda a veces con ella cuando hace mal tiempo.

Cerré los ojos y luego los abrí para mirar a Ruby de reojo.

–¿Puedes conseguirme la dirección de Ellen Monta a Caballo en el pueblo? –ella empezó a teclear en su ordenador.

El representante del pueblo cheyene se aclaró la garganta.

–Está emparentada con Anna. Lonnie dice que son medio hermanas.

Empezábamos a cerrar filas y todos los indios estaban emparentados.

–¿Me haces otro favor?

–Nosotros servir a los que venir en coche hasta reserva.

Ignoré el sarcasmo.

–¿Podríais venir Cady y tú al hospital a las dos y media? Lana Baroja tiene una reunión con las temibles gemelas, una de las cuales acaba de intentar violarme, y estaba pensando en que quizá estaría bien que tuviera algún representante.

–¿Y qué representamos en esta reunión, tú?

–Músculo y cerebro.

–¿Y quién es qué?

Colgué el teléfono y observé a Ruby garabatear la dirección en un *post-it*, el número 23 de Evergreen Circle.

Vic regresó del aseo de señoras.

–¿Alguna buena noticia más?

–A no ser que me equivoque, Ellen Monta a Caballo es Ellen Camina sobre Hielo.

Vic y Ruby intercambiaron una mirada y luego me miraron a mí. Vic fue la primera en

hablar.

—¿La mujer de la residencia?

Me froté los ojos, tratando de espantar el dolor de cabeza que me estaba entrando a la velocidad del tren Burlington Northern-Santa Fe.

—La mujer que tuvo al hijo ilegítimo de Charlie Nurburn en 1950 es medio hermana de Anna Camina sobre Hielo, que trabaja en la residencia. La misma Anna Camina sobre Hielo que creo que ha estado dejando mensajes en el buzón de voz de Isaac Bloomfield y cuya casa parece que acaban de desvalijar.

Vic asintió y miró el *post-it* que tenía entre manos.

—Supongo que antes de nada querrás ir al parque de caravanas.

Mientras nos dirigíamos allí, metí la pequeña automática cromada en la guantera, encima de las fotografías de la autopsia.

—Esa es la pistola con la que disparó al encargado, se parece horrores a los cuatro revólveres que vi en la fotografía de Charlie Nurburn.

—¿Dónde has visto una fotografía de Charlie Nurburn?

—En casa de Henry. Ha reunido varias sombrereras llenas de viejas fotos de la tribu.

—¿Charlie iba a la reserva?

—Pues sí.

Miró por el parabrisas la nieve que venía disparada hacia nosotros.

—El tío sabía moverse.

Miré más allá de su hombro al poste con el número 23 y a los cables de la electricidad que colgaban sobre el lugar que antes había ocupado una caravana. Habían caído de tres a cinco centímetros de nieve, así que no podían haberse marchado hacía mucho rato. Vic se dio la vuelta y me miró con los brazos en jarras.

—¿Sabes qué? Este es el problema de usar esos trastos como domicilio permanente.

Yo no dije nada.

—Iré a preguntarle al encargado —echó a andar junto a la fila de caravanas, en dirección a la que estaba situada más cerca de la carretera, mientras yo me arrodillaba y examinaba las rodadas dobles cubiertas de nieve de un camión muy grande.

Aquello iba a ponernos las cosas difíciles. ¿Qué iba a ser del mundo si podías echarte la casa auestas y salir pitando ante cualquier sospecha razonable? Había algunos cubos de basura, de los metálicos grandes, encadenados a la valla baja que separaba unas parcelitas de las otras. Fui hasta allí y comencé a removerlos. El primero contenía los residuos habituales que se generan en cualquier casa: corazones de manzana, periódicos y la carcasa de un pollo. Cerré la tapa y fui a por el siguiente cubo, pero me detuve al distinguir una naricilla y un par de ojos que me miraban desde la ventanita de la caravana contigua, a menos de un metro y medio de distancia.

El cristal del conducto de ventilación estaba abierto, parecía la ventana del cuarto de baño.

—Hola.

Sonreí.

—Hola —era un niño de unos cinco años, indio y, por sus rasgos, se diría que cuervo. Parecía como si le costara mantenerse de pie sobre el retrete y hablar por la ventana al mismo tiempo.

—¿Eres el *sheriff*?

—Lo has adivinado.

Continuó estudiándome.

—¿Estás buscando a los malos?

—Pues sí, ¿has visto alguno? —su rostro se tornó grave y asintió despacio.

—¿Un tipo alto, como yo? ¿Pelo largo oscuro y bigote? —se detuvo un segundo y asintió un poco más. Me metí las manos en los bolsillos y saqué los guantes para ponérmelos—. ¿Lo has visto por aquí últimamente? —la cabecita continuó asintiendo—. ¿Anoche? —más asentimiento.

—Tiene un camión grande.

—¿Se llevó la casa de la señora?

Esa se la pensó durante un minuto.

—Ella es mala.

—¿Ella estaba con él?

—No lo sé.

Levanté la siguiente tapa con indiferencia y encontré algunas cartas.

—¿Se marcharon anoche? —él asintió de nuevo mientras yo cogía una oferta de seguro médico a largo plazo de algún bufete de mala muerte de California: la destinataria era Ellen Monta a Caballo.

—¿Sucedio muy tarde?

—Ajá.

—¿Te despertaron con el camión?

—Ajá —volví a asentir y levanté la tapa del último cubo con la misma indiferencia.

Lo cerré tan rápido como pude. Mis pulmones no querían funcionar, pero tomé aliento y me quedé allí quieto un minuto.

—¿Viste algo más?

—No.

—¿Dónde está tu madre?

—Está trabajando.

—¿Quién está cuidando de ti?

—Mi hermana.

Tomé otra bocanada de aire.

—¿Y ella dónde está?

—Durmiendo la siesta.

—¿Podrías ir a despertarla y preguntarle si le importaría venir a hablar conmigo?

—¿Ahora?

—Sí.

—Vale —la carita desapareció.

Permanecí así un momento más y luego abrí el tercer cubo otra vez. Me obligué a

mirar el contenido, para asegurarme de que era real lo que estaban viendo mis ojos.

Cerré el cubo y eché a andar hacia mi camioneta, donde me apoyé contra el espejo retrovisor, inspirando toda la cantidad de aire que me permitían mis pulmones. Miré por encima de las vallas, más allá de las colinas cubiertas de nieve que llevaban a la carretera, donde los camiones de nueve ejes salían de Du-rant quemando rueda. Tenía que abrir la puerta y hacer algunas llamadas por radio, pero parecía que lo único que podía hacer era mirar en dirección al horizonte y sentir el viento que silbaba desde el oeste.

Creí que no sería capaz de abrir la puerta del coche ni de poner en marcha los pequeños comandos de la radio, así que esperé. Todavía con el sombrero en la mano, pasé el brazo por encima del espejo, confiando en que la camioneta soportase parte de mi peso. Un momento después, oí que Vic regresaba del despacho del encargado.

—He hablado con su mujer, que lo ha llamado. Trabaja en el taller de soldadura, junto al instituto, pero llegará en cinco minutos —yo asentí—. Oye, no tienes buena cara.

Tomé otra bocanada de aire, no tanto como para contener las náuseas como la rabia, y miré mis manos temblorosas.

—He encontrado a Anna Camina sobre Hielo.

Vic me miraba como si hubiera perdido el juicio. No me habían gustado las respuestas de Jess Aliff. Estábamos de pie junto a una de las estaciones de compresión, a seis kilómetros de distancia de todo; los motores de propano rugían en medio del vendaval. Había mucho ruido, pero yo hice más.

La nieve caía, punzante, barriendo las altas llanuras a cincuenta kilómetros por hora. El clima parecía haber decidido ir de mal en peor desde que había encontrado a Anna Camina sobre Hielo en el cubo de la basura. La rabia que sentí fue como el viento, pero la rabia no tiene cabida dentro de la ley. La mayoría de las ocasiones trataba de resistirme a ella, pero estaba ahí, esperando a colarse por las fisuras que va abriendo la pasión, aguardando un desliz mío, y yo acababa de tenerlo. Mi arrebató se resumía en pocas palabras: por mí como si Leo Gaskell o Cecil Keller o como se llamara era el presidente de la Comisión de Petróleo y Gas de Wyoming, quería su culo y lo quería ya. De acuerdo con el capataz, Leo pertenecía a una cuadrilla que trabajaba en los campos más alejados del sur, pero no estaba del todo seguro de dónde se encontraba. Le pregunté si tenía radios. Me dijo que sí, pero que solo funcionaban a medias. Le advertí que más le valía que esa vez funcionaran enteras.

Nos encontrábamos en un remolque achaparrado, de los que normalmente se usan como refugios de caza. Yo fui el último en entrar: Vic estaba de pie delante de la cocinita y Aliff sentado a una mesa plegable, desde donde descolgó una radio que había en la pared. Estaba prácticamente igual que el día en que me contó que le habían disparado. El vaho de su aliento se había cristalizado sobre la barba y le goteaba sobre la mesa de formica y el amasijo de papeles que había encima. Me llevé la mano a la barba y me la limpié en los vaqueros. Empezaba a sentirme mal por haberle gritado a ese hombre, él tampoco debía de tenerle gran aprecio a Leo Gaskell.

—Voy a necesitar la dirección del señor Gaskell, si es que tienes alguna.

Él arrancó una hoja que estaba pegada a la pared con celo y me la tendió.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Leo?

Él se quedó mirando la mesa.

—Hace dos días. Teníamos una reunión.

—¿Actuó de forma sospechosa?

El capataz me miró.

—No, bueno, como siempre.

Vic interrumpió.

—¿Y eso cómo es?

—Es una montaña rusa. A veces está tan callado que no estás seguro ni de que esté ahí y otras veces se vuelve loco.

—¿Entonces te disparó en uno de sus arrebatos de locura?

—Sí —se dejó caer sobre la banqueta junto a la mesa—. Quería coger prestado parte del material de la empresa y eso va contra las normas.

—¿Qué clase de material?

Él agitó la cabeza, como si quisiera dejar salir así la información. Lo cierto es que empezaba a caerme bien el tipo.

—Un camión.

Vic y yo intercambiamos una mirada mientras él cogía el micro del gancho en el lado izquierdo de la radio.

—Estación BR75115, aquí 75033, ¿me recibes?

Nos quedamos escuchando, mientras las ondas de sonido recorrían la antena.

—Si no están en una caravana o en un vehículo, no vamos a dar con ellos.

Hubo una descarga de interferencias; el capataz la captó y trató de rastrear la señal hasta su origen.

—Adelante, BR75115, aquí 75033. Johnny, soy el jefe, ¿estáis ahí?

—BR75115, aquí 75033, ¿cambio?

El capataz pulsó el botón del micro.

—Johnny, ¿está Cecil por ahí?

Interferencia.

—Dijo que tenía que ir al almacén de materiales y que luego iría a trabajar con vosotros.

Aliff se giró para mirarme.

—Mierda. El almacén es donde guardamos todo el material pesado que no está siendo utilizado.

Aquella era la segunda vez en el mismo día que me quedaba mirando un espacio vacío donde debería haber habido un trasto grande.

—¿Dónde consiguió las llaves? —el encargado hizo un gesto en dirección a otro remolque achaparrado estacionado a la entrada de un cercado de tela metálica junto a la carretera. Pude distinguir que la puerta colgaba ligeramente entreabierta. La habían forzado. Al parecer Leo Gaskell usaba la misma herramienta a la menor oportunidad que se le presentaba, ese era su sello. Cuando entramos descubrimos que también había forzado la puerta de la caja fuerte. El capataz se inclinó sobre ella y examinó la etiqueta bajo el gancho donde antes colgaba una llave.

—Se ha llevado un Mack, matrícula CVH613.

Detrás de nosotros, Vic estaba tratando de cerrar la puerta, su aliento salía blanco a causa del frío del exterior.

—¿Es lo suficientemente grande como para remolcar una caravana?

Él asintió.

—Oh, sí, es un camión articulado. Podría arrastrar casi cualquier cosa —se giró para

mirarme—. Bueno, a lo que sea que haya hecho Leo o Cecil ya le puedes añadir el cargo de mangante de coches.

Vic casi se ríe. Mi mirada fue de ella al capataz.

—El señor Gaskell es el sospechoso principal de una serie de homicidios recientes — siempre me sentía como un vendedor de coches usados cuando lo hacía, pero de todas formas saqué una tarjeta y se la pasé, observándolo con atención para comprobar si entendía la gravedad de la situación.

—Si lo ves o si tienes algún contacto con él, necesito que me llames inmediatamente —él asintió y clavó la vista en el suelo; el viento continuaba tratando de arrancar la puerta de sus goznes—. ¿Hay algo más que quieras decirme?

Él se pasó la lengua por los labios y atrapó parte del bigote con los dientes de abajo.

—Sí, creo que sí —nos quedamos esperando mientras él ponía en orden sus ideas y murmuraba por lo bajo—: Tío, estamos jodidos lo mires por donde lo mires. Acabamos de encontrar algo mientras cavábamos, justo al lado del cañón, cerca de esa granja pequeña —levantó la vista para mirarme—. Es un cuerpo, uno viejo.

Me enderecé.

—¿Cómo de viejo?

—Exactamente no lo sé, pero apenas quedaba nada —su mirada iba de Vic a mí—. Ya sabéis cómo va esto, encuentras al gran jefe indio como se llame y al minuto siguiente estás hasta el cuello de arqueólogos y rodeado de todos los ecologistas hijos de puta de tres condados a la redonda —aquello no le sonó bien ni a él, así que continuó hablando—. Llevo un retraso de seis semanas, no puedo conseguir que los buenos trabajadores se queden por mucho que les pague, el tiempo está decidido a joderme y, ahora, encima, ¿tengo entre manos un saco de huesos?

Traté de no moverme y de no hacer ningún movimiento que pudiera interrumpirlo.

—¿Qué te induce a pensar que los huesos son indios?

—Bueno, esta zona está llena.

Vic se encontraba a mi lado cuando se dispuso a hablar.

—¿Qué ha pasado con ellos?

Él no habló, así que lo hice yo.

—Déjame adivinar, ¿Leo Gaskell? —él asintió.

—¿Cuándo pasó todo eso?

—Hará una semana. Cecil, es decir, Leo, ha robado los restos. Creo que planea chantajear a la compañía —se quedó mirando la superficie deslucida de la mesa que tenía delante—. Supongo que me he metido en un buen lío, ¿no?

—Probablemente, pero no tanto como Leo —todos asentimos.

Aliff mencionó que necesitaba que lo llevásemos de vuelta. Salimos a la carretera de acceso que desembocaba en la principal. Vic emitió una orden de búsqueda del camión y condujimos en silencio antes de que ella volviera a hablar.

—Es él.

—No es él.

Se inclinó un poco hacia delante para tratar de mirarme a los ojos.

–Lo que pasa es que no quieres que sea él –levantó una pierna y se giró hacia mí a medias, lo cual quería decir que aquella conversación estaba lejos de acabar.

–¿Por qué no quieres que sea él?

Me estaba enfadando de nuevo.

–Porque Charlie Nurburn no hizo nada bueno en vida y creo que si alguien ha exhumado sus huesos no nos favorece en nada.

Ella se reclinó sobre la puerta del acompañante y, un momento después, se cruzó de brazos.

–Dios, no te pongas así conmigo, yo no lo he desenterrado –se giró, miró por el parabrisas y todo se quedó en silencio dentro del vehículo. Vic parecía una pintura al óleo inacabada, el perfil se recortaba contra el fondo blanco de la ventana, como si el artista todavía no se hubiera ocupado del resto del cuadro. Todo un símbolo de su manera de ser: con Vic no existía la periferia.

Y ahí estaba yo, pagándolo con la persona equivocada. La persona con la que de veras quería pagarlo estaba ahí fuera, en alguna parte, con un camión Mack de cien mil dólares, una caravana, una abuela y, seguramente, también los huesos de su abuelo. Aprecié lo extraña que se había vuelto la vida durante la última semana.

–Charlie Nurburn... El puto Charlie Nurburn –Vic continuaba mirando por el cristal mientras el paisaje helado discurría junto a nosotros–. ¿Qué posibilidades hay? ¿Qué posibilidades hay de que cincuenta años después...?

Suspiré.

–El don de la oportunidad de Charlie Nurburn es impecable, incluso después de muerto –ojeé la carretera cubierta de hielo y sentí la necesidad de apartarlo todo de mi mente–. Vamos a tomarnos esto con calma, ¿de acuerdo?

Casi escuché su sonrisa.

–Alguien acaba de descubrir que es el posible heredero de tropecientos millones.

Conduje el coche hasta la rampa de acceso y puse rumbo al norte.

–No, no lo ha hecho. Los hijos ilegítimos no heredan nada. Para conseguirlo, necesitarían a Charlie Nurburn vivo, para que pudiera reclamar su parte de la herencia.

–Y, entonces, ¿matas a Mari?

Apreté la mandíbula.

–Y luego intentas deshacerte de toda la gente que sabe que Charlie Nurburn está muerto.

Vic colocó sus botas cubiertas de nieve encima del salpicadero y me miró largo y tendido.

–Encontrar los restos mortales sería la guinda del pastel.

Ella meneó la cabeza.

–Dios –hizo una mueca–. Por cierto, no veo que la sutileza del envenenamiento encaje con las habilidades de Leo Gaskell.

–Hay alguien más –miré por el cristal un rato, ella me lo permitió–. Mari y Lana podrían haber sido víctimas por el dinero, pero ¿por qué matar a Anna Camina sobre Hielo?

—¿Qué le dijo Anna a Isaac Bloomfield en todos esos mensajes?

Pasó un camión de un rancho cargado de heno, Vic continuaba escrutándome.

—Aunque Isaac habla cuervo, lo tiene algo oxidado, así que le pedí a Henry que los escuchara y me contó que estaba preocupada, que quería hablar con Isaac, pero que no daba detalles. Pero tiene que haber algo. Alguien entró en su casa.

Ella me estudió.

—Así que Anna escuchó o vio a Leo hacer algo —asentí—. ¿Por qué mover la caravana?

—Evidentemente, la abuela Ellen Monta a Caballo, nacida Camina sobre Hielo, es toda una sentimental y él ha debido averiguar que lo andamos buscando —mis pensamientos se hicieron más oscuros al recordar el parque de caravanas—. ¿Por qué dejar a Anna en el cubo de basura, donde sabía que iba a encontrarla?

El interior de la cabina de la camioneta estaba en silencio.

—No le importa, Walt. Está hasta el culo de cristal y más loco que una cabra. Ya lo ha hecho y salió impune. Coño, Mari Baroja mató a alguien y salió impune, lo llevan en la sangre.

Inspiré una bocanada de aire.

—Ellos dos no están emparentados.

Ella continuó contemplando la nieve a través del parabrisas.

—La sangre está en todo el mundo.

Cuando llegamos al hospital, había un coche grande con matrícula verde oscuro de Montana aparcado en una de las plazas reservadas y mi única alegría de aquel día fue que Bill McDermott había llegado con el cuerpo de Mari Baroja justo cuando necesitaba que se ocupase del de Anna Camina sobre Hielo.

Aparqué la camioneta y miré a Vic.

—¿Quieres ir hasta la otra ala y traer a Cady y a Henry hasta aquí? La reunión ya debe de haber terminado.

—Claro. ¿Vamos a probar con la dirección de Gaskell o qué? —le entregué la hoja doblada que me saqué del bolsillo de la camisa, donde figuraba que la dirección de Leo era Evergreen Circle, número 23. Ella abrió el papel y se quedó mirándolo—. Supongo que de ahora en adelante la cosa se pone seria.

Yo clavé la vista en el volante.

—Ya era seria antes.

Ferg me estaba esperando ante la puerta de la sala de autopsias.

—Hey.

—Hey.

Traté de sonreír.

—¿Está dentro McDermott?

—Con Bloomfield y el chico nuevo —Ferg asintió—. ¿Es mexicano?

Me alegró saber que no era el único en cometer el mismo error.

—Más o menos. ¿Isaac está colaborando en la autopsia de Anna?

–Sí –Ferg se llevó la mano a la visera de su gorra–. Walt, yo estuve allí. En la casa de Monta a Caballo.

Me llevó un segundo entenderlo.

–¿El 23 de Evergreen Circle? ¿Por qué?

–Ese tipo grande fue el que arrojó el frigorífico y toda esa basura en la reserva Healy.

Esperé un segundo antes de preguntar:

–¿Abrió él la puerta cuando te pasaste por allí?

–Sí –le costó un minuto describírmelo, pero, como todas las valoraciones de Ferg, no me dejó indiferente.

–Parecía que todo le daba igual –asentí, pero como creí que quería decir algo más, traté de esforzarme por sonreír y esperé–. Walt, no creerás que esa mujer estaba en el cubo de basura cuando fui allí y llamé a la puerta, ¿verdad?

Agité la cabeza.

–No, el jueves estuvo en mi despacho.

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y dejó caer la cabeza.

–Gracias a Dios, no creo que hubiera podido vivir con eso.

Los dos nos miramos las botas con una sonrisa tensa y sombría y nos quedamos un momento así, dejando que el silencio fluyera entre nosotros, dos hombres adultos tratando de averiguar qué camino seguir.

–Dios, Walt, esto es una pesadilla.

Después de que se marchara, me senté en una de las sillas y pensé en Leo Gaskell. Tenía que pedirle a alguien que se pasara por el juzgado para que le echara un vistazo a cualquier cosa que pudieran tener de Ellen Monta a Caballo, del hijo misterioso y de Anna Camina sobre Hielo. Supuse que Saizarbitoria sería el indicado para esa tarea. Podía pedirle a Henry que investigase en el registro tribal y a Vic que pegara fuego a los hombres de la patrulla de carreteras. Podía dejar que Ferg se ocupara del condado mientras yo iba a tener otra charla con Lucian sobre los hechos acontecidos. Pero lo que en realidad quería era estrangular a Leo Gaskell con mis propias manos.

Me deslicé hasta el borde de la silla y el cuello del chaquetón se me subió hasta la nariz. Luché contra unas ganas repentinas de dormir, pero no aguanté mucho y pronto tuve la sensación no de caer al vacío sino de que el mundo se desvanecía.

La nieve también soplaba en mi sueño: la nieve parecía seguirme dondequiera que fuera. Estaba oscuro, la poca luz que había era difusa y distante, como si la iluminación estuviera interrumpida y dividida por el mismo aire. La atmósfera se intuía cargada a causa de la niebla, añadiendo una carga extra a mis pulmones. Me concentré en los copos de nieve que pasaban volando ante la luz, pero parecía haber perdido mi visión periférica por el camino. Ahí afuera había algo, quizá un pájaro, pero el pájaro más grande que había visto jamás, como si tirase del aire que nos rodeaba con sus alas, como si hubiera levantado el vuelo de la nieve y se estuviera acercando cada vez más. Yo continuaba mirando, pero no podía enfocar la vista. Algo no andaba bien y los músculos de mi cuello se contrajeron al tiempo que mi cabeza caía hacia delante. Sentía un peso en la cara, un

peso mayor del habitual, así que me llevé una mano al rostro. Hacía frío, pero no llevaba los guantes puestos. Tenía la mano casi en la boca cuando otra mano salió de la oscuridad y apareció a mi izquierda. Se trataba de una mano pequeña, pero cuando los dedos se aferraron alrededor de mi muñeca pude sentirlos. No trataba de agredirme, sus movimientos eran fruto de la desesperación. Una melena oscura me tapó la vista y ella apretó con más fuerza. Mi cabeza cayó hacia delante y me di con el mentón en el pecho. Alcancé a ver un fogonazo, aunque seguía tratando de enfocar la vista. Mi voz me sonó extraña.

—Lo siento, yo no...

Imposible distinguir su rostro por estar a contraluz, pero su voz era sensual a pesar de la urgencia que denotaba. Sentí que se me helaba la sangre cuando ella se dispuso a hablar.

—Yo no.

Ella levantó el rostro hacia la luz. La gran criatura en forma de pájaro continuaba aproximándose. Me soltó la mano y, con destreza, me cogió del mentón y enterró los dedos en mi barba. Sus ojos se encontraron con los míos. Ví que movía los labios, pero sus palabras parecían venir de un lugar muy lejano.

—*Gero arte.*

—¿Estás bien, papá? —abrí los ojos y me encontré con mi hija, que estaba delante de mí, con el mismo abrigo largo de su llegada. Cuando me puso las manos sobre los hombros vi que el abrigo se abría como un par de alas que se desplegaran. Bostecé y eché un vistazo al grupo de gente agrupada a mi alrededor.

—Solo un poco cansado —cogí la mano de Cady y me giré para mirar a Lana—. ¿Qué tal ha ido la reunión? —ahora llevaba un nuevo modelo de turbante y eché de menos su atuendo de convaleciente, la bata de seda y las zapatillas de conejitos. Ella no pronunció palabra, se limitó a doblar las manos sobre el regazo—. Bueno, al menos has tenido una buena representación —levanté la vista hacia donde estaba Vic y esta me recibió poniendo los ojos en blanco—. Envía por fax la foto de Leo Gaskell al Departamento de Investigación Criminal, a la patrulla de carreteras y a cualquier otro habitante de las altas llanuras que se te ocurra. Localiza a Bill Wiltse, del condado de Fremont: dile que necesito cualquier cosa que tengan sobre Gaskell. Quiero saber de dónde vino, dónde ha estado y por qué. Dile a Ruby que compruebe el registro del Centro Nacional de Investigación Criminal y luego ve a la residencia y consigue más información sobre Anna Camina sobre Hielo. Quiero todo lo que sepan sobre ella.

Ella sonrió y me pareció ver el destello de ese diente canino que tenía más grande de lo normal.

—Claro que sí —la observé marcharse con sus andares hombrunos y salir por las puertas automáticas.

—¿Santiago?

El chaval dejó a McDermott y se acercó.

—¿Señor?

Cómo se hacía de querer.

—Necesito que vayas al registro y al archivo del juzgado. Date prisa porque cierran a las cinco en punto —él asintió—. Encuentra todo lo que puedas sobre Ellen Monta a Caballo y Anna Camina sobre Hielo.

—Sí, señor.

—Oye, Sancho.

—¿Sí, señor? —se detuvo pero solo volvió la cabeza.

—¿Qué significa *gero arte*?

Él entrecerró los ojos.

—Así se dice en vasco «hasta luego» —permaneció allí un segundo más y, cuando se aseguró de que no iba a volver a retenerlo, él también desapareció.

Me giré y me encontré con los ojos grises de Cady, a los que no se les escapaba nada y que habían entendido cómo eran las cosas desde los nueve años.

—¿Podrías acompañar a la señorita Baroja hasta su habitación mientras yo tengo una breve charla técnica con Sweeny Todd y los chicos?

Cogió el bolso y se envolvió en su abrigo.

—Sí, señor.

Menuda listilla. Me giré y me encontré con Henry. Algo en su mirada me decía que su presencia iba para largo. Con la novedad del asesinato de Anna y la desaparición de Ellen, todo aquello se había convertido para él en algo personal.

Me giré en dirección a Isaac Bloomfield y Bill McDermott, que habían continuado su discusión en el puesto de enfermeras del otro lado del pasillo.

—¿Caballeros?

Ambos se giraron para mirarme.

—Voy a necesitar vuestra ayuda.

Las cosas se habían vuelto de lo más complicadas desde que había decidido resucitar a Anna Camina sobre Hielo. Henry interpretaba el papel protagonista por ser el único indio. Oso quería la habitación que había justo debajo de la nuestra, pero creí que tendríamos más posibilidades si aislábamos a Leo en la segunda planta.

—¿Han podido publicarlo esta tarde?

—El periódico ha salido con retraso, como si fuera una edición especial —le pasé el diario que tenía en la mano y que mostraba una fotografía de Anna Camina sobre Hielo en primera plana. En el titular se leía: «Mujer del pueblo sobrevive a una terrible experiencia»—. Como esto funcione, le debo una cerveza a Ernie Brown, el Hombre de Mundo.

Vic entró en la habitación procedente del pasillo y se quedó a los pies de la cama mientras Oso leía sobre su seudónimo en el *Courant*. Qué rara estaba con la bata. Una mascarilla con un gorro a juego y un estetoscopio completaban el disfraz.

—¿Cómo se encuentra el paciente?

Oso no levantó la vista.

—Muy a gusto, descansando.

Le eché un vistazo a Henry.

—¿Quieres quedarte con el periódico?

—Sí, puede que sea una noche larga —sacó su *tomahawk* de Vietnam de debajo de la almohada y lo escondió en el doblez de la sábana, justo debajo de su mano derecha. Se trataba de un artefacto letal, por un lado era una azuela y por el otro el filo de un hacha, y Henry era capaz de lanzarlo con una precisión acojonante.

—Sabes que lo queremos con vida, ¿verdad?

Encontré al resto de nuestra pequeña tropa en el puesto de enfermeras de la segunda planta. Formábamos un grupo de lo más variopinto: la doctora Moretti, Saizarbitoria, con su gorra de North Face, sentado en una silla de ruedas con una manta sobre las piernas, y Ferg, vestido de paisano con una bolsa de la compra. Eché una ojeada a nuestro arsenal escondido y estuve a punto de desear que Leo Gaskell no se presentara, no era difícil que alguien acabara muerto.

—Solo tiene dos formas de entrar en la habitación: pasar por delante de este puesto de enfermeras o por el final del pasillo. Ferg, quiero que te sientes en la sala de espera donde tengas una buena vista del pasillo. Santiago, quiero que te sitúes en la puerta junto la escalera, como si estuvieras a punto de entrar o como si acabaras de salir de tu habitación. Y deshazte de esas botas del uniforme, se nota que eres poli a un kilómetro de distancia —me giré a la doctora Moretti—. Vic, tú puedes pasearte por aquí. ¿Estáis todos listos?

Todos asintieron.

—Este personaje no ha demostrado tener demasiada paciencia y está desesperado, así que espero que se presente esta noche. Todavía es relativamente temprano, pero eso no significa que no se plante aquí en los próximos cinco minutos, así que estad ojo avizor. Es un tipo grande, un mal bicho y, como seguramente irá colocado, será mejor que nadie se haga el héroe. Si lo veis, avisad.

Todos volvieron a asentir.

Revisé todos los pasillos de camino al ascensor y me topé con Leonard Va Lejos, el caballero cuervo que se aseguraba de que los suelos del hospital relucieran como una fina capa de hielo. Él asintió, eso era todo lo que uno podía esperar de Leonard, así que continué hasta el ascensor. Una vez dentro, sentí que mis órganos internos se sumaban a la bajada.

El hospital de Durant no tenía tercera planta y en la segunda no había ningún paciente que no estuviera al corriente de nuestro engaño, así que solo había que preocuparse de una planta y de una dirección. Cuando llegué al mostrador principal, Ruby estaba esperando y ajustándose la peluca, aunque tenía los ojos un poco más grandes de lo habitual.

—¿Estás segura de que no te reconocerá?

—Segura —Ruby se relajó un poco—. Vic se encontró con él en la puerta y lo llevó directamente a su despacho. Dudo que se diera cuenta de que yo estaba allí.

Asentí.

—Todas las demás puertas están cerradas, así que el único camino por el que puede acceder al edificio es este. Si entra y pregunta, le dices que ella se encuentra en la segunda planta y luego te pones a hacer otra cosa. Cuando estés segura de que se ha marchado... —esperé un momento a que volviera a mirarme—. Cuando estés segura de que se ha marchado, usa eso —y señalé el transmisor de debajo del mostrador—. Solo tienes que pulsar el botón rojo una vez, eso es todo. Nadie más va a usar el botón rojo, así que sabré que eres tú y sabré que ha entrado —todos llevábamos *walkie-talkies* en modo vibración.

Había trasladado a Lana a la 132, una de las habitaciones del pasillo interior, donde había una puerta resistente con revestimiento de metal que podía cerrarse por dentro. Y Cady estaba con ella. Podría haberlas llevado a la cárcel, pero supuse que era más prudente y más seguro tener a todos a buen recaudo en el hospital. Llamé tres veces, luego otra más. Cady preguntó quién era y luego abrió la puerta lo justo para mirarme.

—Ven un momento.

Se acercó a la puerta, donde intenté entregarle un revólver Detective Special.

—¿Todavía te acuerdas de cómo se usa?

Ella echó un vistazo a la pistola que tenía en la mano. —Sí.

Se la tendí.

—Por si acaso todo saliera mal. Tanto si fue un accidente como si no, todo apunta a que ya intentó matarla, así que podría volver a intentarlo —le puse el arma en la mano—. No tiene seguro. El martillo descansa en una recámara vacía, es de acción doble, todo lo que tienes que hacer es apretar el gatillo.

—Recuerdo cómo funciona —levantó la vista—. Y, de todas formas, pertenezco a un club de tiro de Filadelfia.

—¿Qué?

Su mirada se hizo más intensa.

—Un grupo de abogados se reúne una vez a la semana para disparar en un club de tiro local en Spring Garden. Un día me preguntaron si la vaquera sabía disparar, así que fui con ellos —se apoyó contra la pared—. Tuve un maestro realmente bueno.

Esperé un momento, pero ella no añadió nada más, por lo que la atraje hacia mí y la abracé. Me quedé así un momento y la estreché fuerte.

—Si sacas la pistola, utilízala y, si la utilizas, utilízala para disparar a matar.

Teniendo en cuenta que ahí se guardaban los productos de limpieza, se trataba de un armario grande. Había un sumidero en el suelo y una serie de llaves y estanterías llenas de botes, fregonas, escobas y cubos. Si hubiera sido lo bastante inteligente como para meter una de las sillas de la sala de espera antes. Con la puerta ligeramente entreabierta, veía la sala que llevaba hasta nuestra Anna Camina sobre Hielo versión fuerzas especiales. No había vuelto a pasarme a ver a Oso, supuse que tenía su *tomahawk* para hacerle compañía.

Me acomodé como pude y traté de pensar en algo que hacer mientras esperaba, algo que no fuera solamente esperar. Leí un par de etiquetas de los botes, me pasé el palo de

la fregona de una mano a otra y me puse a pensar. Me pregunté si Leo Gaskell se saldría con la suya, si encontraría el camino o si se presentaría.

Escuché a alguien al final del pasillo. Una voz familiar. Recogí mi sombrero y abrí la puerta mientras él decía:

–Si estás de incógnito no vas por ahí dejando la empuñadura de la maldita Remington asomando de la bolsa para que la vea cualquier granuja de medio pelo.

Vic ya estaba allí cuando yo llegué hasta ellos.

–Lucian, ¿qué estás haciendo aquí?

–¿Esta es la forma que tienes de organizar un dispositivo de vigilancia, con este gilipollas proclamándolo a los cuatro vientos?

Gilipollas era un término que Lucian usaba indistintamente para referirse a plantas, animales y objetos inanimados.

–Lucian...

–He venido hasta aquí para ver cómo iba esta maldita operación y, por lo que veo, ni siquiera va.

Me eché hacia atrás el sombrero y suspiré.

–Se suponía que tenías que quedarte con Isaac.

–Cristo bendito, ronca tan fuerte como para despertar a un muerto. Cerré la puerta con llave cuando salí.

Miré a Vic, que estaba sonriendo y tenía los brazos cruzados encima del pecho, como hacía siempre que Lucian andaba cerca. Ferg continuaba con la mirada fija en el suelo. El viejo *sheriff* no iba a darse la vuelta por su propio pie y no podía dejarlo ahí en medio para que abroncara a todo el personal y llamara la atención.

–Esto está más oscuro que el intestino de una vaca –olisqué el armario–. Huele raro.

–Es el armario de la limpieza –oí un crujido y olí el tabaco de la petaca que acababa de abrir–. Ni se te ocurra pensar en llenarte una pipa y fumártela.

Él continuó.

–Estoy intentando mejorar el ambiente.

–Y Leo Gaskell será capaz de olerlo desde la mitad del pasillo.

Al menos por el momento, cerró la petaca de cuero.

–Por cierto, ¿quién demonios es el tal Gaskell?

–Por favor, baja la voz –apoyé el hombro contra el marco de la puerta y traté de encontrar una postura cómoda–. Estamos bastante seguros de que fue él quien intentó ahogarte en la bañera –dejé que las palabras cayeran por su propio peso. Él no dijo nada–. Puede que Leo Gaskell esté emparentado con Ellen Monta a Caballo. ¿Te dice algo ese nombre? –él seguía sin decir nada, así que me giré para mirarlo–. ¿Y Ellen Camina sobre Hielo?

Lucian estaba sentado con su pierna auténtica cruzada encima de la falsa, con la mirada clavada en el estuche del tabaco y la pipa que tenía en el regazo.

–Sí, es la hermana de Anna.

–¿Sabías que tuvo un hijo con Charlie Nurburn?

—Pues sí, yo era entonces ayudante del *sheriff*, por Dios.

—Y, ya que sacamos el tema, ¿hay algo más que te gustaría contarme?

Él espiró profundamente.

—El niño está muerto.

Continué observándolo a la escasa luz que se colaba por la rendija de la puerta abierta.

—¿El hijo ilegítimo de Charlie Nurburn murió?

—Eso es.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella me lo dijo.

—¿Ellen Monta a Caballo? —él asintió pero no levantó la vista—. Saizarbitoria no ha sido capaz de encontrar ningún registro en el juzgado que mencionara a Ellen Camina sobre Hielo ni a ningún hijo suyo.

—¿Un mestizo ilegítimo que nació y murió de cólera en Acme, en 1950, y crees que vas a encontrar certificados? —Lucian soltó un bufido y llenó la pipa hasta arriba.

Decidí permitirle fumar, si así mantenía el pico cerrado.

—Estoy investigando el móvil, tratando de trazar una conexión entre Leo Gaskell y los Baroja, pero si el hijo de Charlie y Ellen murió, no hay forma de hacerlo. Estaba barajando la teoría de que Leo fuese su nieto, ya que tenía una de las pistolas de Nurburn —Lucian encendió la pipa, tuve que admitir que empezaba a oler mejor. Lo estudié a la luz de las brasas, un resplandor rojo en mitad de la oscuridad del armario—. Lucian, ¿dónde enterraste a Charlie Nurburn?

Pasó un segundo.

—No vas a dejarlo estar, ¿eh?

—Creo que Leo Gaskell podría haberlo encontrado.

Él permaneció en silencio por un momento.

—Debes de estar de coña —se quedó meditando un buen rato. Sus ojos oscuros pestañearon, se sacó la pipa de la boca y apuntó con la boquilla hacia el pasillo—. ¿A quién tienes en la habitación?

—A Henry Oso en Pie.

—Bien, qué demonios..., si consigue entrar ahí, el viejo Oso en Celo lo abrirá en canal con una cornamenta de ciervo y así ahorrará algún dinero a los contribuyentes.

Lucian tenía una forma de lo más creativa de modificar los nombres indios. Me dispuse a responder, pero no llegué a pronunciar palabra y los dos nos quedamos completamente inmóviles. Se oían voces provenientes del final del pasillo, esa vez de la dirección en la que se encontraba Saizarbitoria, y estaban subiendo de tono. Se me había olvidado que la puerta se abría hacia dentro: dos *sheriffs* con un total de tres piernas tratando de salir a la vez podía ser una escena de lo más trepidante.

Cuando por fin conseguimos salir, vi a Vic hablando con un hombre que tenían retenido contra la pared junto a la puerta de la escalera. Santiago le había doblado el brazo hacia atrás sujetándolo por la muñeca y le había separado las piernas para que todo su peso recayera sobre el muro. Vic estaba enfundando su Glock y parecía estar intentando reprimir una sonrisa.

Mientras Lucian me seguía por el pasillo, advertí que había una flor de Pascua y una tarjeta tiradas por el suelo y las recogí. Me detuve a unos pasos y le grité a mi escuadrón que depusiera las armas.

—Soltadlo —Sancho lo hizo y Vic se colocó detrás de Saizar—bitoria para que este no pudiera ver que estaba tratando de contener una carcajada.

—Joe, ¿qué demonios haces aquí?

Joe se aclaró la garganta e hizo un gesto en dirección a la tarjeta y a la planta envuelta en plástico que yo sostenía.

—Nos alegramos de que Anna se encuentre bien, todos hemos contribuido para comprarle un detalle —echó un vistazo a su alrededor y se fijó en la silla de ruedas que Saizarbitoria había dejado libre—. ¿Os importa que me siente? Creo que no me encuentro bien...

Santiago enfundó su arma y sostuvo la silla mientras Joe se sentaba. Pensé que podría estar sufriendo un ataque al corazón, pero entonces me di cuenta de la mancha oscura que se marcaba en su entrepierna. Miré a Vic de reojo y ella asintió, a sabiendas de que luego querría tener unas palabras con Santiago. Miré a Joe.

—¿Qué tal si te llevamos al cuarto de baño y luego hablamos?

Él cruzó los brazos en su regazo y asintió, las manos le temblaban.

—Eso estaría bien.

Me quedé mirándolos mientras Vic empujaba la silla del pobre hombre por el pasillo hasta los baños junto al puesto de enfermeras y me giré en dirección a Ferg, Lucian y Saizarbitoria.

—¿Qué ha pasado?

—Salió de la escalera, le hablé pero no se detuvo, así que me eché sobre él y empezó a chillar como un loco.

Genial. Miré de reojo al estadista más viejo.

—¿Por qué sonríes?

Evidentemente, Lucian contestó.

—Bueno, a pesar de la pinta de inútiles que tenemos, todavía somos capaces de hacer que la gente se me de miedo.

Agité la cabeza, me di la vuelta y fui caminando por el pasillo hasta la habitación de Henry. Estaba en la puerta cuando llegué, con el mango del *tomahawk* encajado en el hueco del codo e inclinado sobre la rendija de la puerta. Noté que la superficie del arma absorbía la luz. Él parecía completamente relajado.

—¿Falsa alarma?

Estaba a punto de decir algo cuando el *walkie-talkie* de mi cinturón comenzó a vibrar.

Estiré la cabeza y miré al otro extremo del pasillo, donde se encontraban Ferg y Saizarbitoria, al tiempo que ambos clavaban la vista en el cinturón y luego en mí. Miré en la otra dirección, pero Vic había desaparecido al doblar la esquina. Cuando me volví hacia Henry todo lo que dijo antes de cerrarme la puerta en las narices fue:

–Vete.

–Santiago, échate la manta por encima de los hombros y quédate ahí hasta que Vic regrese con la silla de ruedas. Lucian, métete en el armario. Ferg, ven conmigo –eché a correr por el pasillo y casi choco con Vic y con la silla de ruedas en la esquina del puesto de enfermeras.

–¿Has vibrado?

–Sí, ha sido de lo más excitante.

–¿Dónde está Joe Lesky?

Ya me había adelantado y había obligado a Ferg a echarse a un lado en el pasillo para evitar que lo arrollasen.

–Primer cubículo del cuarto de baño. Le dije que si se movía le dispararía a las piernas.

Miré a Ferg, que se encogió de hombros.

–Parece que el perímetro está seguro.

Señalé el punto del banco donde antes estaba sentado.

–Siéntate –sonrió y se apresuró mientras yo me dirigía hasta el armario. Una vez allí, le di con la puerta a Lucian, que ya había ocupado su puesto.

–¡Rediós!

–Joder, Lucian, apártate.

–¡Ya lo hago!

Me encogí para colarme por la abertura y me senté en mi mitad de la silla.

–Chsss...

–Yo no soy el que está hablando, cojones –me giré y le dirigí la consabida mirada de pocos amigos.

El pasillo estaba en silencio, por lo que Vic debía de haberse quedado con Saizarbitoria.

Se oían los conductos de la calefacción del hospital y la respiración marcada de Lucian, que había adquirido un ritmo regular. Esperé y me esforcé por oír algo, pero no había nada que oír. Volví a repasar el plan y me entraron las dudas habituales. ¿Qué posibilidades había de que Leo Gaskell fuera directamente a la habitación? ¿Sería lo

suficientemente listo como para echarle un vistazo al sujetapapeles que habíamos dejado encima del mostrador del puesto de enfermeras como por casualidad, con Anna Camina sobre Hielo registrada en la habitación 216? ¿O le habría preguntado a Ruby en qué habitación estaba Anna? Y, si lo había hecho, ¿habría un señor sentado en una de las sillas del pasillo, con una bolsa entre las piernas, aparentemente dormido? Y, al final del pasillo, ¿habría un médico bajito de pelo oscuro atendiendo a un paciente en su habitación y, si se fijaba bien, un armario con la puerta entreabierta?

Esperé veinte minutos y entonces empecé a pensar en las opciones que tenía. Podía continuar esperando o podía abortar la operación y registrar todo. Por alguna razón, Leo había decidido tomarse tu tiempo y que me mataran si eso no lo hacía infinitamente más peligroso. Leo estaba desplegando una estrategia. Ya le debía al estado al menos dos vidas. Ni llevaría la cuenta. No pasaba nada, yo no la había perdido.

Lucian se había quedado dormido.

Me levanté y él se removió.

—¿Qué?

Sonreí a mi antiguo mentor mientras este estiraba su arrugado cuello, el mismo que yo fantaseaba con retorcerle de vez en cuando.

—Nada, voy a salir a dar un paseíto.

Él me observó y asintió.

—Que dures más de lo que yo duraría.

Vaya, un piropo del mismísimo César.

—¿Quieres una pistola?

Una pregunta estúpida. Lucian extendió una mano mientras yo sacaba la 45 milímetros de la pistolera y se la entregaba.

—Hay una bala en la recámara.

—¿Y tú qué vas a usar, palabrotas?

Eché un vistazo por la rendija de la puerta.

—Cogeré la escopeta de Ferg —volví a escrutar la oscuridad en dirección a donde estaba el viejo *sheriff* con mi pistola.

—No me dispaes si regreso.

La luz del pasillo era cegadora, pero por fin podía estirar la espalda. Miré por el pasillo en dirección a Vic y Saizarbitoria, que me miraron, tan competentes como siempre, de forma inquisitiva, al tiempo que yo me llevaba el índice a los labios. Los señalé e hice un gesto de «OK» con el índice y el pulgar. Ellos asintieron y yo me dirigí al otro lado del pasillo. Llamé dos veces a la puerta con los nudillos y esta se abrió un poco. Esperé un segundo y luego hablé en dirección a la oscuridad.

—¿Henry?

—¿Qué estás haciendo? —dijo, como regañándome.

—Tengo un presentimiento.

—Ay, Dios —un largo suspiro.

Cerré la puerta y me dirigí a la posición de Ferg. Él miró a un lado y a otro del pasillo mientras yo me detenía justo delante del cruce con el otro corredor. Yo también eché un

vistazo, crucé y me arrodillé junto a él.

—¿Llevas contigo algún arma corta?

—Sí.

—Quítatela y métela en la bolsa. Voy a pedirte prestada la escopeta.

—¿Vas de caza?

—Pues sí.

—¿Qué quieres que hagamos con Joe Lesky?

Eché un vistazo en dirección a los baños.

—¿Ha hecho algún ruido?

—No ha dicho ni pío.

—¿Crees que Vic le habrá provocado un ataque al corazón?

—A mí a veces me pasa.

Mientras comprobaba la escopeta recortada, Ferg fue hasta el baño y tranquilizó a Joe. Cuando regresó, me deslicé en dirección contraria y revisé la otra ala de la segunda planta. Ninguna de las puertas estaba entreabierta, así que, a menos que registrara cada habitación una por una, lo único que quedaba era la escalera del final del pasillo.

Ante las escaleras había unas puertas metálicas pesadas con unas ventanitas de cristal grueso dispuestas en diagonal. Eché una ojeada al pasar por delante, abrí la puerta descuidadamente y sostuve el arma en posición.

Nadie.

Podía bajar y revisar el pequeño descansillo que llevaba a los ascensores o podía continuar desde donde estaba hasta la primera planta. El descansillo debía de verse fácilmente desde la posición de Ferg, así que bajé por la escalera. Cerré la puerta con cuidado y eché un vistazo por el hueco a los cuatro tramos de escalera que desembocaban en el suelo de cemento del sótano. Odiaba los sótanos.

Cuando llegué a la primera planta, descubrí unas pisadas que bajaban los escalones. Coloqué el pie junto a una de las huellas y me arrodillé para examinarlas. Las marcas de las suelas eran diferentes a las que habían dejado en la nieve junto a la residencia, pero eran más grandes que las mías. Zapatos distintos, pero el mismo pie.

Decidí posponer la conversación que había planeado mantener con Ruby y continué bajando las escaleras hasta la siguiente puerta de seguridad, donde había un cartel en el que se leía en letras rojas: «Solo personal autorizado». Abrí la pesada puerta y oteé el pasillo, iluminado tan solo por un farolillo que emitía una débil luz amarillenta. Las pisadas se desvanecían en la superficie plana y lustrosa del cemento químico y, así, la única pista que tenía me abandonó.

Cerré la puerta de la escalera con cuidado, me pegué a la pared y avancé hasta la primera puerta a mi derecha. Extendí la mano y giré el pomo. Cerrada.

Escudriñé la oscuridad que me separaba de la siguiente bombilla, a algo más de medio metro. La segunda puerta estaba a mi lado y equidistante de la primera. Avancé pegado al muro y tanteé el pomo. Estaba duro, pero cedió y la puerta se abrió. Eché una ojeada dentro, pero la habitación estaba a oscuras. Tanteé la pared y conseguí encender el interruptor. Se trataba de un almacén con botiquines y bandejas quirúrgicas. Había gasas

estériles, vendas y carritos para llevar los suministros, pero ni rastro de Leo Gaskell, así que apagué la luz y cerré la puerta silenciosamente.

Creí haber oído un ruido, pero no estaba seguro. Me quedé quieto un momento, escuchando los sonidos del edificio, concentrado en su negocio de vida y muerte. Únete al club.

La puerta que había a continuación también estaba cerrada, pero desde mi posición podía ver la intersección de dos pasillos, con el mismo trazado que las dos plantas principales. Unas tuberías grandes sobresalían de la pared para luego desaparecer en el cemento y se colaba algo de luz del pasillo adyacente. Arrumbado contra la pared, había un viejo escritorio metálico lleno de papeles y archivadores. Al lado había una silla sobre la que se apreciaban las huellas de unas botas. Alguien había bajado la escalera y se había sentado a esperar.

¿A esperar a qué? ¿A esperar a quién?

Hacía rato que no comprobaba qué tal iba todo, así que me saqué el *walkie-talkie* del cinturón. Se trataba de una señal estudiada y no dudé en hacerlo: puse el receptor en silencio, para que lo único que pudiera ver el personal fuera el indicador LED encendido, confiando en que alguno se diera cuenta. Volví a pulsar el botón, una y otra vez. Nada. Lo pulsé una vez más y obtuve una respuesta.

—¿Dónde coño te metes? —menos mal que había bajado el volumen—. ¿Has visto algo?

—Solo pisadas, ¿y vosotros?

—Nada. ¿Necesitas refuerzos?

—No.

Se hizo el silencio por un momento.

—Que te den.

El cajón superior de la parte derecha del escritorio estaba un poco abierto. Me incliné y saqué un manojo de llaves impresionante, todas ellas numeradas y con unos aros de plástico de colores que indicaban a qué planta y a qué ala pertenecía cada una. ¿Por qué iba a dejar alguien las llaves maestras en un cajón abierto en el sótano? Rápidamente, fui pasándolas en orden y de una en una hasta llegar al número de la habitación de la presunta Anna. Al golpear unas con otras, el sonido de las llaves sonaba como un ábaco. La llave 216 había desaparecido. Me invadieron oscuros pensamientos a la vez que se me revolvían las tripas y entonces volví a la primera serie solo para descubrir que también faltaba la llave 132.

Mi primera reacción debió de ser colocar la mano izquierda en la parte móvil de la escopeta, mover las barras de empuje y correr el cerrojo, de modo que la Remington modelo 870 quedase montada. La misma mano debió de actuar ella sola dejando caer las llaves e introduciendo un cartucho de plástico con las postas ligeramente deformadas en el cargador, listo para abrir fuego. Después el dedo índice debió de ponerle el seguro al mecanismo, porque el arma no se disparó cuando me abalancé hacia delante, aparté el escritorio y eché a correr en mitad de la oscuridad.

Debí de elegir el pasillo más alejado porque me permitía apuntar con claridad desde la

escalera hasta el fondo del corredor. Sé que no tardé más de unos segundos en llegar al descansillo, atravesar la puerta y subir los escalones, pero mis movimientos resultaban torpes a la luz de la adrenalina. Lo único que recuerdo es que abrí la puerta de la primera planta con la escopeta preparada para disparar.

Me había enseñado mi padre, un profesor de tiro preciso y persistente, con solo cinco años ya me daba clases. La mayoría de la gente es autodidacta. No disparan lo suficiente como para coger destreza o acostumbrarse a manejar armas. No se ponen de pie de forma adecuada, no colocan la cabeza de forma precisa e incluso guiñan un ojo para hacer puntería, reduciendo el campo de visión e inutilizando su capacidad para calcular las distancias.

23 metros.

Quitó el seguro.

—Oficina del *sheriff*, ¡quieto!

Él se limitó a girar la cabeza, las manos continuaron en el pomo. Me dedicó una sonrisa de dientes picados y echó el hombro hacia atrás.

Sabía que tenía que disparar, aunque también estaba seguro de que, al otro lado de la puerta, habría un revólver del calibre 38 listo para abrir fuego, empuñado con ambas manos por una mujer que estaba de pie y tenía el pulso firme, además de una manicura monísima. A 23 metros de distancia, el calibre 12 le haría bastante daño, pero a dos metros y medio, el calibre 38 lo mataría. No es que me importara demasiado que Leo muriese, pero no quería que fuese Cady la que lo matara.

Adelanté el hombro a la vez que él y abrí fuego.

Al contrario de lo que la gente cree, incluso las municiones y las armas más potentes a veces apenas consiguen que el objetivo se tambalee y caiga al suelo. En lugar de abrir la puerta, Leo se empotró contra el marco y durante un instante le fallaron las rodillas. Después se enderezó y se giró para mirarme.

—¡Oficina del *sheriff*! ¡No te muevas!

Como cabía esperar, no me hizo caso, basculó y retrocedió a galope por el pasillo. Cojeaba ligeramente en su huida. Yo salí pitando tras él. Se movía rápido, rapidísimo para ser un hombre al que acababan de meter en el cuerpo una buena dosis de plomo. Había salidas de incendios al final de los pasillos del hospital de Durant, pero dobló la esquina que conducía a la puerta principal y desapareció en dirección a la recepción y a Ruby.

No soy el hombre más rápido del condado de Absaroka. Ni siquiera era el hombre más rápido del hospital en ese momento, pero más me valía serlo.

Traté de doblar la esquina de la entrada y reboté en la pared opuesta, justo a tiempo de ver las puertas automáticas del hospital cerrándose lentamente. Ruby estaba de pie tras el mostrador de la recepción haciéndome gestos con las manos mientras me aproximaba.

—¡Corre! ¡Corre!

Atravesé las puertas como una exhalación y salí a la acera. Iba a necesitar refuerzos, seguro que en la segunda planta habían oído el disparo. El fugitivo había cambiado de dirección y corría a lo largo de la fachada del hospital hacia la pista de golf y al parque

del pueblo, que se encontraban al otro lado de los montículos de nieve que las máquinas habían acumulado contra la valla metálica del aparcamiento.

55 metros y le seguía el ritmo.

El aire era frío, a cada paso que daba era como empujar un coche. Maldije mi pereza por no haber ido a correr las dos últimas semanas, pero observé con satisfacción que Leo se escurría en los montones de nieve acumulada y se estampaba contra la valla. Me dispuse a levantar la escopeta, pero, inesperadamente, él colocó las manos encima del borde de pinchos y se lanzó a la oscuridad del otro lado. Estaba convencido de que aquel tipo no era humano.

Sabía que tenía que llegar lo más rápido posible hasta allí, así que alargué las zancadas y forcé más la máquina. La corteza helada de la nieve aguantó lo suficiente como para utilizarla de rampa. Calculé mis opciones, tiré la Remington por encima de la valla y me golpeé con el borde a la altura de la cadera. La inercia hizo que entrara de cabeza, diera media vuelta y cayera de espaldas sobre la nieve mullida. Respiré hondo, me levanté como pude y me quedé sentado, buscando la escopeta. No había forma de encontrarla. Levanté la vista solo para comprobar que Leo se distanciaba y me arrodillé para buscar cualquier alteración en la nieve que revelara el paradero de mi única arma.

Nada.

Tomé una decisión horrible, pero era la única que tenía sentido si me proponía atraparlo. Rodé sobre un costado, me levanté y eché a correr detrás de él, desarmado. Todavía podía verlo a lo lejos. La luna se esforzaba por atravesar la cubierta de nubes y las ramas de las enormes coníferas que rodeaban el noveno hoyo y la presa del Clear Creek, donde un montón de golfistas perdían sus pelotas. La nieve nos llegaba casi hasta las rodillas, pero Leo, zancudo, avanzaba con rapidez, plantando en el suelo sus enormes piernas cual postes.

Tenía que estar hasta arriba de metanfetaminas.

Había un descenso gradual que conducía a una explanada con algunos árboles de hoja caduca situados delante de lo que parecía un hueco en la valla y del arroyo. Leo no parecía dispuesto a reducir el paso, pero yo perdía fuelle a cada zancada. Sentía mis pulmones a punto de estallar, pero oí algo aproximándose por mi izquierda. Era Saizarbitoria, que me adelantó. Como Leo, levantaba las rodillas por encima de la nieve y llevaba en la mano izquierda su Beretta 9 mm. Cuando me sobrepasó, vi que iba descalzo. No le costó mucho sacarme ventaja y yo, después de unas cuantas zancadas más, descubrí que podía seguirles el ritmo si pisaba sobre las huellas de los pies descalzos de Sancho. Su paso era ligeramente más corto que el mío, pero gané velocidad colina abajo. Justo cuando Leo llegó a la explanada, desapareció por el hueco de la valla.

A la luz de la luna, pude ver que el margen del río tenía dos niveles y que el viento había acumulado la nieve en el de más abajo, junto a la superficie helada y reflectante del Clear Creek. Vi que Saizarbitoria cargaba contra la valla, atravesaba los árboles y también desaparecía.

Cuando llegué a la explanada, atravesé torpemente la valla y reboté en uno de los árboles, vi que ambos estaban peleando en el margen del río. La sombra alargada y

acechante de Leo Gas-kell propinó a Saizarbitoria una patada giratoria contundente que hizo que mi ayudante se tambaleara y al instante Leo lo levantó para soltarle otro mamporro.

Hasta ese momento, mi altura y mi peso habían actuado en mi contra, pero, cuando me encontré a nueve metros, me abalancé sobre Leo con todas mis fuerzas. Estaba a punto de girarse cuando le golpeé con toda la velocidad acumulada en los últimos cinco minutos. Arrastramos a Saizarbitoria en nuestra caída. Sentí que a Leo se le cortaba la respiración justo antes de caer en medio del arroyo. Los tres aterrizamos con un golpe sordo sobre la superficie del hielo. Y el hielo nos recibió resquebrajándose, con un sonido que transmitía las vibraciones sobre la superficie atravesándonos a Leo Gaskell, a Sancho y a mí. Casi de inmediato, la placa de hielo se fracturó y cayó sobre las aguas heladas que discurrían plácidamente bajo la superficie. Sancho no se movía, podía sentir que estaba debajo de nosotros y que se hundía cada vez más rápido, mientras el borde del hielo se desmenuzaba.

Agarré a Leo de uno de los hombros mientras él forcejeaba y con la otra mano lo agarré de la capucha de su mono isotérmico; inmediatamente, la capucha se soltó y me quedé con ella en la mano. Él se echó a un lado tratando de librarse de mí, pero lo tenía bien enganchado y lo arrastré con nosotros a las aguas oscuras. Me deshice de la capucha y sujeté a Sancho, aunque la corriente tiraba de sus piernas. Sentí que Leo se zafaba otra vez de mí. Aquel hombre era un monstruo: la espalda y el pecho eran desproporcionadamente grandes en comparación con su cintura estrecha y sus extremidades y la cabeza parecía una enorme roca que se mantuviera en equilibrio sobre un cuello esbelto. De confirmarse mis sospechas, Leo Gaskell tendría falta de apetito, insomnio, la presión sanguínea muy alta, palpitaciones, cianosis y lo siguiente en la lista sería una hemorragia cerebral, pero, en ese momento, era fuerte como un toro.

Había grietas en el hielo circundante y el ruido del aire atrapado bajo la superficie y el agua era tan atronador como nuestra pelea. Vi que se desprendían grandes trozos de hielo de la zona por la que se estaba hundiendo Sancho. Lo agarré más fuerte y traté de arrastrarlo hacia mí, pero Leo le sacó ventaja a mi distracción momentánea: se enroscó hacia un lado otra vez y me pisó la cara con la bota. Oí el chirrido del hueso al romperse. Traté de estirar los músculos faciales para comprobar el daño, pero no sentí nada.

No podía continuar agarrando a Sancho y a Leo al mismo tiempo. Leo se desasíó de mí y consiguió sacar la mitad del cuerpo a la orilla del arroyo, donde el hielo era más duro. Mientras la placa de hielo que nos rodeaba a mí y a Saizarbitoria se deshacía del todo a base de balazos, él se quedó mirando.

Lo último que vi, con un solo ojo, fue la sonrisa torcida y picada de Leo Gaskell.

No tenía demasiado tiempo para hacerme una idea de la temperatura del agua, aunque quizá así fuera mejor. Cuando caes en unas aguas tan frías, sientes una especie de hormigueo, un cosquilleo que te recorre la nuca, probablemente sea una especie de alarma que avisa al cuerpo de que la zambullida ha sido una mala idea. Todo lo que se me ocurrió fue agarrar a Sancho de la chaqueta mientras sentía que se hundía conmigo.

No hacía pie y el anillo de hielo que nos rodeaba se estaba deshaciendo en mil pedazos. La corriente me arrastraba las piernas y las hacía golpear contra la cara interior del hielo, de este modo pude hacer palanca y levantar a Sancho hasta el pecho.

Tratando de sacar el resto del cuerpo inconsciente de Saizarbitoria del agua, giré la cabeza hacia un lado y entonces fue cuando la placa a la que estaba agarrado se separó del resto. Solté a Sancho para no arrastrarlo conmigo y traté de asirme con ambas manos al borde cortante del hielo, pero ya era demasiado tarde. Tuve la suficiente previsión de tomar una gran bocanada de aire antes de que el hielo se deshiciera bajo mi peso.

La fuerte corriente del Clear Creek me hundió hasta el fondo mientras yo buscaba con mi único ojo sano las burbujas que salían de mis fosas nasales y se perdían en busca del aire, señalando así el camino a la superficie. El reflejo del mundo del que yo procedía era una amalgama de púrpura y verde eléctrico y el descarnado blanco de la luna. Esperé haber subido a Saizarbitoria lo suficiente como para que él no terminara hundiéndose también.

Supuraba adrenalina, pero tenía las zonas desprotegidas de la piel completamente entumecidas. Oía ecos, sonidos tenebrosos que se aproximaban procedentes de todas direcciones. Con un esfuerzo repentino, golpeé con ambas manos la cara interior del hielo, al tiempo que parte del aire que me quedaba escapaba, un sonido sordo al ritmo de mis puñetazos contra la superficie dura.

Todavía veía con el ojo sano, así que me esforcé por buscar las burbujas, pero todo era confuso, se me nublaba la vista y la sensación de hundirme era cada vez mayor. El peso de la cabeza me arrastró hacia un lado y los brazos fueron detrás. Traté de enderezarme desesperadamente y de volver, pero mis brazos no me respondían y no sentía los dedos.

El resplandor pálido de la superficie ya no procedía de arriba sino que parecía emanar de todas partes y, como si todo fuese más luminoso, podía ver que el fondo del arroyo estaba repleto de ramas rotas de los árboles y grandes rocas. Todo resplandecía bajo una luz pálida que no proyectaba sombras. Las columnas de burbujas se quedaban suspendidas en mitad de las aguas congeladas, que exhibían unas grietas que brillaban como cuchillas.

Mientras me desplazaba, me golpeé el codo con algo y se me escapó un poco más de aire. Notaba sangre en la boca y la corriente me zarandeaba la cabeza, al tiempo que me invadía un dolor agudo en el costado. Se oía un golpeteo continuo, pero era más rítmico que antes y venía acompañado por una voz de barítono que se me metía dolorosamente en los oídos.

El vértigo causado por la corriente se había convertido en un dolor sordo de velocidad invertida. El horizonte uniforme había pasado de ser color verde a un negro casi impenetrable y lo único que se oía era un sonido de tambores que resonaba contra mi cráneo como si me estuviera golpeando contra una roca. Con la energía que me quedaba, giré el cuerpo hacia un lado e intenté liberarme de lo que fuera que me estuviera reteniendo. Traté de golpear el hielo de arriba a codazos mientras la corriente me zarandeaba. Cambié de postura, esa vez intenté realizar movimientos más cortos para

evitar que la corriente me privara de la velocidad: conseguí lanzar un golpe que resonó y, luego, nada. El subidón de adrenalina no me abandonaba, pero el problema ahora era la falta de aire. Golpeé el hielo con la palma de la mano y ese sonido reverberó junto con los tambores. Unas sombras se movían a la luz pálida de la superficie, mientras yo me debatía contra ella con los dedos exangües. Extendí los brazos tratando de ampliar mi búsqueda y encontrar alguna abertura en el hielo, pero no había ninguna. Casi me echo a reír cuando las sombras aparecieron encima de mí y se oyó un ruido estridente, un estruendo de mil demonios que sonó como los alaridos de los cantos cheyenes. Debía de estar alucinando, porque creí ver una hoja enorme cortando la gruesa superficie del hielo. Extendí una mano hacia ella, pero esta desapareció. Noté que el diafragma se me tensaba, mientras me disponía a privar a mis pulmones de su último aliento.

Contuve la respiración unos segundos más, justo cuando reapareció el filo de lo que parecía un hacha.

Dicen que toda tu vida te pasa por delante de los ojos en esas situaciones, pero no es así. Lo que ocurre es que te acuerdas de todas las cosas que tienes pendientes: cosas grandes, cosas pequeñas, todas las cosas que te quedan por hacer.

Exhalé e inmediatamente los pulmones se me llenaron de agua helada. Todavía se oía algo, el eco de los tambores y el sonido estridente del canto desafinado, pero, poco a poco, fueron desapareciendo, mientras yo me dejaba llevar por la corriente. La presión me empujaba el mentón contra el pecho y, justo antes de que los remolinos me engullesen, me fijé en que había un punto redondo y blanco incrustado en el barro oscuro de la ribera del Clear Creek.

—¿Qué tal es mi inglés?

Su voz llegaba de algún punto a mi derecha, como si se encontrara casi detrás de mí. Bajé la cabeza y miré por debajo de mi brazo para ver un bonito par de pies bronceados. Ella estaba de pie, en el mismo prado que en ocasiones anteriores. Me giré para mirarla.

—Es bueno, mejor que mi euskera.

Estaba guapísima y llevaba la misma ropa que en mis sueños: un vestido ligero de verano con lunarcitos blancos sobre un fondo oscuro. Se había levantado una brisa procedente de las montañas que le pegaba la tela a las piernas y el sol brillaba sobre las Big Horn. Tan menuda era ella que mi primera reacción fue cogerla de la cintura y levantarla para poder admirar mejor su rostro perfecto, oculto bajo una mata de pelo oscuro. Ella extendió una mano, luego la dejó caer con resignación y se dispuso a observar las crestas del cañón. Seguí la dirección de su mirada y vi que las nubes se habían congregado donde el cielo y las montañas se unen. En la línea del horizonte, donde el cañón se abría, había una larga fila de guerreros cheyenes a caballo, dispuestos en formación.

—¿Son amigos tuyos?

Ella se echó a reír.

—No, tuyos.

Miré en dirección a los tocados de plumas, las cuentas, los flecos y las armas. Los

jinetes iban con el cuerpo pintado al igual que sus monturas. Su poderío me cortó la respiración. Uno de ellos era una mujer, estaba de pie sobre la silla y me miraba. Tenía el pelo de un color diferente al resto.

—¿Alguien conocido?

Ella señaló con un leve gesto de cabeza.

—Sí.

Levanté la cabeza, pero tan pronto como sonreí, los guerreros, sus caballos y la mujer que había de pie sobre la silla desaparecieron.

Mari se rio y aquello fue increíble. La sonrisa se mantuvo un instante precioso y me dio tiempo a estudiar las líneas de expresión en las comisuras de sus labios y las sentí como amigos a los que hubiera olvidado. La observé mientras hablaba y me sentí como arrastrado por aguas turbias.

Ella dio un paso adelante y me cogió de la mano. Era tan hermosa que te cortaba la respiración.

—Lo siento, no sé qué sucede.

Me puso la otra mano en el hombro. Tenía los dedos cálidos, uno de ellos jugueteó con los pelillos de mi nuca.

Me tomó del rostro.

—No pasa nada.

De repente, perdí el equilibrio. Ella ladeó la cabeza para no darse con el ala de mi sombrero y sentí su aliento en el pecho cuando se puso de puntillas.

—Lo siento, debo tener alguna cosa en la garganta.

—No pasa nada.

Su rostro se aproximaba, todo lo que veía eran esos enormes ojos marrones que me hacían sentir como si estuviera caminando por una superficie de barro que me atenazara los tobillos. Continuaba sintiendo que me hundía, si bien esa sensación desapareció cuando sus labios entraron en contacto con mi labio inferior, aunque seguía teniendo algo en la garganta.

—Qué vergüenza.

—No pasa nada —me besó y parpadeó.

Sus manos enmarcaban mi cara y yo me perdí en los fuegos artificiales dorados que surgían de la oscuridad de sus pupilas dejando una estela iridiscente, pero, rápidamente, los colores cambiaron, se volvieron más apagados y sentí mucho frío. Mi espalda se arqueó y noté que golpeaba una superficie dura.

Todavía notaba sus labios en los míos. Sentía la calidez y la desesperación mientras sus manos me cubrían el resto de la cara y se resistían a soltarme. Rodé hacia un lado. La presión que me atenazaba la cabeza disminuyó, al tiempo que tosía y tomaba grandes bocanadas de aire. Sentí que me golpeaban con los palos de cien escobas. Parpadeé, pero mi ojo izquierdo no tenía ganas de colaborar y el derecho estaba a punto de salirse de su órbita.

Ella todavía continuaba allí, la veía borrosa. Estaba de rodillas y me agarraba de las solapas del chaquetón. Había alguien con ella, justo a su lado, una especie de monje, con

una capucha que le cubría la cabeza, y otra persona que no podía distinguir. Habría jurado que el monje tenía un hacha. Él temblaba casi tanto como yo, temí que pudiera dejarla caer sobre mí.

Ella me levantó asiéndome del cuello de la camisa y me sostuvo así. Noté que estaba llorando. Me sujetó con fuerza, enterró mi cabeza en el hueco de su cuello y me acunó. Sentía su pulso, tenía la garganta pegada a mí. El temblor de mi cuerpo no cesaba. Traté de moverme, pero mi cabeza se fue para atrás lo suficiente como para verle la cara. Retiró las manos y mi cabeza rebotó en su regazo, cálido y suave.

Hubo un tiempo, un tiempo que yo recordaba, en que la gente acostumbraba a sentarse en la ladera de los montes. Entonces venía al pueblo un submarinista profesional de Casper. Yo era niño y me sentaba en el regazo de mi madre para observar maravillado cómo se ponía su pesado traje de buzo, un excedente militar con dos tubos reguladores. Desaparecía en los estanques de la zona para recuperar unas pelotitas blancas. Cada vez que reaparecía, con gran despliegue de burbujas, el público asistente lo vitoreaba y silbaba. Le pregunté a mi madre por qué todo el mundo aplaudía cada vez que el buzo salía con el cesto de pelotas de golf de diez centavos. Levanté la vista para admirar su pelo rubio y el azul traslúcido de sus ojos, atravesados por un rayo de sol, y ella sonreía y me apretaba la mano.

—Son pequeños misterios que se resuelven.

Tomé otra bocanada de aire y el temblor se hizo tan intenso que pensé que los dientes se me iban a saltar. Hice ademán de levantarme, pero ella me sostuvo en su regazo con la otra mano. Traté de sonreír, pero acabé mordiéndome el labio y solté un escupitajo.

Las manos cayeron a ambos lados de mi cuerpo y, entonces, debí de aflojar una de ellas, porque la pelota que estaba agarrando se me escapó y rodó por el hielo.

Ella extendió un brazo y me propinó un fuerte puñetazo en el pecho. No es que lo notara demasiado, la única razón por la que sabía que me estaba golpeando era por las sacudidas que daba mi cabeza a cada golpe. Me pegó hasta que por fin levanté las manos débilmente como si me rindiera. Sus lágrimas me mojaron la cara.

—¡Estúpido hijo de la gran puta!

—Creo que lo que te ha salvado ha sido la capa de grasa extra —estábamos sentados a la mesa de una de las consultas y todavía esperábamos el diagnóstico del oculista. Sabiendo cuánto me molestaría, Henry se sentó a mi derecha—. Un hombre que tuviera una cantidad de grasa normal habría palmado —suspiré, tratando de no pensar en lo mucho que me dolía la cara y, para evitarlo, hice rodar la tira de plástico que me habían atado a la muñeca. En la cinta venía escrito mi nombre, mi edad, el grupo sanguíneo y dos códigos de barras: uno para los médicos y otro para el laboratorio, pero tenía pensado marcharme de allí, así que en quince minutos todo aquello sería irrelevante.

—Tienes suerte de que tu chaquetón se enganchara en la rama de un árbol, de lo contrario, nunca te habríamos encontrado, tú —me toqué con el dedo la zona sensible de mi costado y clavé la vista en el suelo con mi único ojo sano—. Estuvimos discutiendo sobre quién te haría el boca a boca, pero ya que fui yo quien te había sacado del agua, le tocó hacerlo a Vic —me dio un codazo—. Creo que le gustó o sospecho que habría disfrutado en otras circunstancias —noté que se revolvía y luego sostuvo algo en alto delante de mí para que pudiera verlo—. Pensé que te gustaría tener un recuerdo de las profundidades abisales —y depositó la pelota de golf en mi mano extendida.

—Gracias.

—De nada —dijo de forma simple y honesta. Nadie acepta los elogios con la gracia de los cheyenes.

—¿Cómo está Sancho?

—Creo que le pesa más la vergüenza que las heridas, ya se ha levantado y camina, a pesar de que todavía le duelen los pies —me observó—. Creo que se avergüenza de que finalmente tú tuvieras que salvarlo a él —Henry continuaba sonriendo—. Ya le he dicho que lo tuyo es salvar a la gente.

Asentí y, por un momento, todo estuvo en silencio, así que cambié de tema.

—¿Qué profundidad tiene el Clear Creek?

Se bajó de la mesa y dio unos pasos para colocarse en un lugar donde pudiera verlo. Todavía llevaba el *tomahawk* de las fuerzas especiales de Vietnam en una vaina de piel de buey que le colgaba del cinturón.

—De metro a metro y medio.

—Entonces, ¿por qué di yo con la fosa de las Marianas?

Henry intentaba contener la risa.

—Escogiste la antigua presa.

–Yo no la escogí, fue Leo Gaskell –levanté la vista con mi único ojo–. ¿Qué profundidad tiene esa maldita cosa?

–En el punto donde caíste, al menos tres metros y medio.

Miré el reloj de la consulta: las 11:23.

–Tengo que salir de aquí, ¿dónde cojones está el maldito médico? –me llevé una mano a la oreja, pero Henry me dio un manotazo.

Me miró fijamente y agitó la cabeza despacio.

–Eres un paciente terrible, tú.

Hice rebotar la pelota en el suelo.

–¿Cómo están Lana y Cady?

–Todavía duermen. Han estado levantadas hasta tarde. Su puerta está cerrada con llave y Jim Ferguson está haciendo guardia delante –ladeó la cabeza para mirarme mejor al ojo–. ¿Cady tiene un revólver Chief's Special?

Hice rebotar la pelota otra vez.

–Se lo presté.

Él asintió.

–Anoche había muchas armas por ahí, tú.

–¿Alguien ha encontrado la escopeta?

Se levantó y se echó hacia atrás el pelo.

–Yo. También he encontrado la Beretta de Saizarbitoria y tu sombrero –hizo un gesto hacia el objeto en cuestión, que descansaba en una silla junto a la puerta–. Me gusta.

–¿Quién?

–Saizarbitoria –se quedó pensando–. Un tipo duro. Anoche me adelantó descalzo.

Esa escala era tan buena como cualquier otra.

–También tiene la mitad de años que nosotros –esperé un momento–. ¿Cómo demonios pudo escapar Leo Gaskell?

–Quizá Leo Gaskell sea más duro todavía –ese fue el turno de Henry de suspirar–. Eso y que le ha robado el coche a Joe Lesky.

Esperé un segundo para asegurarme de que lo que había oído era cierto.

–¿Qué?

–Debió de dar la vuelta y volver al aparcamiento del hospital. El coche estaba abierto y tenía las llaves puestas.

Agité la cabeza y levanté una mano para rascarme el ojo: Henry volvió a darme un manotazo.

–No iba a tocarme la oreja, joder –me cogí el puente de la nariz con dos dedos en un intento de hacer que el dolor de cabeza se desvaneciera. Me di en el parche del ojo y lo lamenté de inmediato.

–¿Se ha emitido una orden de búsqueda para el coche de Lesky? –Sí.

–Y supongo que no hay rastro del camión Mack ni de la caravana.

–No.

Me solté la nariz.

–¿Dónde está mi personal?

—Han vuelto a la oficina, consideramos que no había ningún motivo para continuar con la operación.

Pensé en Leo. Me quedé allí sentado como una máquina de escribir con el carro atascado.

—Hay algo que no cuadra —esperé un poco más, pero, aunque una idea me rondaba, no fui capaz de formularla—. Si fueras a matar a alguien, ¿entrarías aquí? —me fijé en que tenía la ropa limpia, cortesía de la lavandería del hospital, y giré la cabeza para poder mirarlo con el ojo bueno—. Hay otra cosa que me inquieta... —traté de sacarme la idea de la cabeza para empezar a establecer conexiones—. ¿Por qué Leo no mató a Lana en la panadería?

Él inspiró con fuerza: me maravillé de lo bien que el aire entraba y salía de sus pulmones.

—Quizá lo espantarás, tú.

Repasé las imágenes de esa mañana.

—Había huellas, pero ningún vehículo.

—Teniendo en cuenta la actitud despreocupada de Leo en cuanto al transporte, ¿crees que sería posible que se encontrara ya dentro?

Pensé en las pisadas de Lana que conducían a la panadería, no había ningunas que salieran de ella.

—Debió de haber sido eso.

La puerta se abrió y Andy Hall entró en primer lugar. Justo al hombre que quería ver, aunque fuera con un solo ojo. El doctor Hall iba seguido de Isaac y Bill McDermott, que había decidido quedarse por si aparecían más cadáveres. Eran tres contra dos, pero tenía al indio de mi parte, y eso siempre igualaba las cosas.

El doctor Andy era el oftalmólogo de Sheridan, un hombre de buen corazón, inteligente y silencioso. Extendió su mano de dedos largos, levantó el parche y me echó hacia atrás la cabeza. Era gracioso comprobar que los médicos trataban a las personas como si fueran equipaje.

—¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente.

Me miró como si lo dudara.

—Fractura sin penetración de la órbita derecha con laceraciones de retina —se giró hacia su comitiva y todos asintieron dándole la razón—. He suturado el daño por el pliegue del epicanto; se puede realizar cirugía plástica después de que el ojo se recupere —me soltó la cabeza y me miró—. ¿Qué tal es tu visión?

—¿Antes o después de ponerme el parche?

Se volvió hacia Isaac como pidiendo ayuda. El viejo doctor dio un paso hacia delante con las manos entrelazadas.

—El agua fría sirvió para ralentizar tu metabolismo, pero no infravalores la seriedad de la situación: anoche te ahogaste.

Miré de reojo al forense.

—Si fuera así de grave, ya estaría hablando con él.

McDermott estuvo rápido.

—Estarías bien callado.

Isaac volvió a la carga.

—El edema pulmonar acarrea una infección bacteriana progresiva que estamos tratando con antibióticos de forma preventiva, pero te falta el aliento, tienes mal color y estás muy débil...

—Una neumonía ambulante —les sonreí y me dolió.

Ni él se había quedado en la cama de su propio hospital, ¿por qué tendría que hacerlo yo? Me quité la tira de plástico de la muñeca y se la pasé a Isaac, que ya tenía la mano preparada. Me levanté y recogí el sombrero.

—Vale, ya hemos discutido lo de la neumonía, vamos a ver si soy capaz de deambular —me puse el sombrero, lo notaba raro, debía de tener una pinta horrible—. Si queréis, me tomaré las medicinas —el doctor me pasó un botecito de plástico. Conduje a Isaac fuera de la habitación y dimos unos pasitos por el pasillo—. ¿Hay un mazo de llaves del hospital guardado en el sótano?

Se quedó pensando.

—Uno de los celadores pudo haber dejado ahí un juego por resultarle más cómodo, pero no debería haberlo hecho. Pone en peligro la seguridad.

—¿Podrías comprobarlo?

—Sí, creo que podré hacerlo.

Le puse una mano en el hombro y me volví para mirar a Oso.

—¿Esas llaves siguen en el suelo junto al escritorio?

—Vic se las llevó para sacar huellas.

Me volví hacia Isaac.

—Te las devolveré cuando acabemos.

Bill McDermott hizo ademán de detenernos cuando pasamos junto a él.

—Necesitaré un permiso por escrito para entregar el cuerpo de la señora Baroja al familiar más cercano. Ya me lo han solicitado cuatro veces.

—Supongo que nadie se ha interesado por Anna Camina sobre Hielo.

Él miró a Henry de reojo.

—Lo cierto es que sí.

Miré al representante del pueblo cheyene con el ojo bueno y traté de ofrecerle media sonrisa.

—Por supuesto que sí.

No había mucha distancia entre la panadería y el hospital; por el camino, casi me choco con tres coches distintos.

—Quizá debería conducir yo.

—Necesito algo de tiempo para acostumbrarme a esto del parche —ya no hacía tanto frío, pero todavía había icebergs alargados junto al arcén y la mediana.

La nieve caída era húmeda y parecía que alguien había envasado los árboles al vacío para utilizarlos el año próximo. Observé Main Street y la amalgama de campanillas,

guirnaldas, renos y demás motivos navideños fabricados en contrachapado de un centímetro que decoraban la calle. Los mismos desde hacía doce años y sin lugar a dudas los más feos de todo Wyoming. El contrachapado de exteriores se mantiene feo durante mucho tiempo. Recordé que Ruby me había prometido que se ocuparía de los regalos de Navidad. Tendría que comprobarlo.

Aparqué delante de la panadería, apagué el motor y saqué la Remington recortada 870 de la guantera.

—¿Crees que tendrá algún escondrijo para dejar la llave?

—¿Y qué tendría eso de divertido, tú? —cruzamos la calle, nos colocamos delante de la entrada y contemplamos la jamba de la puerta de la panadería Baroja.

Henry se apoyó contra el revestimiento y colocó ambas manos alrededor del pomo, haciendo saltar el mecanismo de la cerradura hacia la derecha, con cuidado pero con fuerza, para que se soltara del pestillo. La puerta se abrió al tiempo que el pestillo se descorría con un sonido metálico.

La tienda olía igual de bien que a principios de semana.

—Supongo que ya has estado aquí antes, como cliente, quiero decir.

—En numerosas ocasiones.

—Figúrate —di unos pasos sobre el suelo de parqué y escuché el zumbido de los grandes frigoríficos blancos revestidos de cerámica. Henry se colocó detrás del mostrador y empezó a preparar la máquina de café.

—¿Qué estás haciendo?

—Un expreso.

Estaba seguro de que sobre mi escritorio había un montón de carpetas con huellas, fotografías, informes patológicos, muestras de ADN, análisis de sangre y pruebas materiales, pero a veces lo importante es ver la escena, estudiar la sangre. Me agaché. La mancha dejada por la víctima estaba en el suelo, pero yo estaba buscando el rastro de la trayectoria, manchas de sangre desperdigadas, el camino de ida y vuelta del arma con la que habían golpeado a Lana Baroja. Estaban justo ahí, junto a la mesa más cercana, en el suelo y en la base de la pared de atrás. El agresor se había apostado junto a la puerta y la había golpeado cuando subía del sótano.

—¿Walt? —me giré porque su tono de voz había cambiado—. Alguien ha cortado un trozo de pan sobre la tabla de partir, luego ha cogido un poco de *provolone* y de *mozzarella* de uno de los frigoríficos y ha completado su almuerzo con un par de jarras de cerveza Wheatland —levantó la vista—. Y ha sido hace poco, tú.

Me alegré de haber traído conmigo mi escopeta del calibre 12.

Había tres puertas en el descansillo: la del baño, una que llevaba al sótano y otra que continuaba escaleras arriba. Los escalones que subían al piso de arriba estaban combados y se balanceaban por la mitad. Los lados de la escalera estaban cubiertos de paneles de tablas machihembradas y la única iluminación del segundo tramo provenía de una ventana diminuta cubierta de porquería. En ese punto, las escaleras giraban y continuaban hacia el otro lado.

Introduje un cartucho en la escopeta, quité el seguro y me dispuse a subir el segundo

tramo. No creía que fuera a sorprender a nadie, así que decidí presentarme antes. Henry me llamó desde abajo.

–*Ha-ho?*

–Estamos en el aire.

Todo permaneció en silencio un momento.

–Ten cuidado, no quiero tener que beberme dos expresos, tú.

Había tres habitaciones en el piso de arriba: una pequeña que servía de almacén, con algunas ventanas que daban al callejón trasero; otra con una mesa de sesenta por uno veinte pegada a la pared, y la habitación principal, que tenía dos ventanas que daban a la calle. Esa era la habitación en la que Leo Gaskell había estado viviendo.

En una esquina había un saco de dormir de poliéster gastado y roto, junto con una manta infantil con un caballo encabritado y una almohada sucia. Los restos de la comida que se había preparado abajo estaban en el suelo, por allí cerca. También había una linterna robada de la empresa Prospección de Energía Northern Rockies y el chaquetón que llevaba puesto la noche anterior. Pero ni rastro de Leo.

Enganché el chaquetón con el cañón de la escopeta y lo abrí: estaba cubierto de sangre por todas partes. Estaba claro dónde habían causado más daño los proyectiles: una posta había impactado en el brazo y, por la sangre que había en el saco de dormir, se diría que la otra le había dado en el pie. Por muy mal que me sintiera yo esa mañana, ahí fuera, en algún lugar, Leo Gaskell se sentía peor.

Hurgué de nuevo en el chaquetón y examiné el bolsillo interior, donde encontré dos viales de cristal rotos, así que deduje que quizá Leo no sintiera demasiado. Me puse los guantes y examiné los restos de los envases. Un 65 % de los casos que llevaba la División de Investigación Criminal de Wyoming estaba relacionado con las actividades de los laboratorios clandestinos. Qué plaga. Teniendo en cuenta el estado de la dentadura de Leo, supuse que le iba meterse cristal por vía oral.

–¿Expreso? –todos tenemos nuestras adicciones. Me senté contra la pared y volví a ponerle el seguro a la escopeta antes de dejarla sobre mis rodillas. Me quité los guantes. Los dedos me dolían. Henry se sentó a mi lado y le dio un sorbo al café.

–Bueno, al menos ya sabemos dónde se escondía Leo, tú.

–Como posible nieto ilegítimo de Charlie Nurburn, también me pregunto dónde podría estar el papá de Leo, si es que está en algún sitio.

–Estamos buscando un varón blanco.

–De madre india, un mestizo.

–Se dice bicultural.

Lo miré de reojo.

–¿Te das cuenta del daño que le estás haciendo con tu lenguaje políticamente correcto a la jerga del mítico Oeste americano?

–Diantres, pues claro –estudió el ambiente lúgubre que nos rodeaba–. ¿De qué edad?

–Según el doctor Bloomfield, la nuestra. ¿Te viene alguien a la cabeza?

–Siempre pensé que podrías ser mestizo, tú.

Preferí ignorarlo.

—De acuerdo, quizá ya estuviera cuando encontré a Lana, pero está claro que desde entonces sí ha estado aquí —estiré las piernas—. También me pregunto dónde puede haber escondido Leo un camión de nueve ejes y una caravana —tomé un sorbo de café, sabía bastante bien.

—¿Y cuál es tu respuesta?

—Verás, hay demasiada actividad en el rancho Los Cuatro Hermanos y, cuando Vic y yo estuvimos allí, no había ni rastro de Leo, pero ¿qué me dices de las cien hectáreas donde está la granja en la que vivían Mari y Charlie? Si yo estuviera tratando de esconder algo del tamaño de una casa, allí es donde iría.

Ruby estaba hablando por teléfono con la cabeza de Perro en el regazo y Lucian estaba dormido y roncaba como un cerdo tumbado en un banco de madera de la recepción, con mi 45 sobre el pecho, con el seguro puesto y montada.

—¿Cómo eres capaz de trabajar con todo este ruido?

Ella bajó la cabeza y arqueó una ceja: ese ojo era de un azul especialmente frío.

—Tengo entendido que anoche fuiste a nadar.

—Técnicamente, creo que más bien fui a pelearme y a hundirme.

Ella movió la cabeza en ademán de desaprobación.

—Tienes varios *post-it*, la funcionaria estatal te ha dejado una carta de amor y, afortunadamente para ti, Vic está entregando una citación en la librería por impago de un anuncio en el periódico. Consideran que no tienen que pagar por un anuncio cargado de errores ortográficos.

—Entiendo su punto de vista.

—Saizarbitoria está en el sótano. Ha dicho que iba a revisar los efectos personales de Mari Baroja. Creo que antes de nada deberías ir a verlo.

Cuando Henry y yo pasamos junto a Lucian, le quité mi pistola del pecho.

Al entrar en el sótano, vi que Saizarbitoria estaba sentado en el suelo con toda la correspondencia de Mari Baroja cuidadosamente dispuesta a su alrededor en forma de semicírculo. Tenía un lado entero de la cara amoratado y magullado e iba en zapatillas. Se levantó cuando entramos y me tendió la mano.

—Gracias.

Se la estreché.

—De nada —no me salía tan bien como a los cheyenes, pero estaba aprendiendo. Echamos una ojeada a nuestro alrededor, a toda esa cantidad de papel amontonado en el suelo.

—Escribía poemas.

—Siento oír eso —algunos de los montones medían al menos treinta centímetros.

Él examinó la carta que tenía en la mano.

—No, en realidad son bastante buenos —señaló una de las pilas más altas—. Esa es su correspondencia personal —hizo un gesto en dirección a otro montón—. Esto corresponde a sus negocios y eso a la poesía —miré a mi alrededor, observando aquel caos ordenado—. ¿Quieres que te lea alguna?

Definitivamente el chico pasaba demasiado tiempo con Vic.

—Quizá después.

Él se sentó, depositó con cuidado el poema en su sitio y observó el montón que tenía delante, el más grande.

—Era una mujer de negocios avispada. Se hizo con todos los contratos de arrendamiento de las tierras colindantes con Los Cuatro Hermanos, incluidos los de Jolie Baroja, así que Mari no solo obtenía las ganancias del metano de Los Cuatro Hermanos sino también de un cuarto del total del valle.

—Quizá Lana debería abrir una cadena de panaderías vascas.

Saizarbitoria nos ignoró y continuó.

—La señora Baroja era una de las mujeres más ricas del estado, pero vivía miserablemente —echó un vistazo a su alrededor y luego se dirigió a mí—. Yo he tratado de establecer algún patrón, pero es difícil —sacó algunos extractos bancarios y algunas cartas del montón de la correspondencia personal—. Tenía un fondo fiduciario para el padre Baroja, aunque el hombre no parecía tener ni la más mínima idea de su existencia. Recuerdo que él dijo que no se llevaban bien, pero ella debió de sentir lástima por él cuando empezó a perder la noción de la realidad. No se administra desde Wyoming, se creó en...

—¿Florida?

Él abrió los ojos como platos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo contó un pajarito, un pajarito sureño —pensé en lo que Carol Baroja había dicho en la sala de espera del hospital cuando intentó vincular a Lana con ETA. No creía que el dinero hubiese llegado al padre Baroja o a ETA, más bien suponía que iba directamente a la obra benéfica de Carol Baroja, es decir, a su bolsillo, pero no creía que esa negligencia por su parte tuviera algo que ver con los asesinatos—. ¿Qué me dices de las cartas personales?

Santiago se inclinó un poco hacia delante y bajó la voz.

—Es posible que la señora Baroja y el *sheriff* Connally mantuvieran un largo romance.

Oso y yo nos miramos y luego nos volvimos hacia él: una actuación de Oscar, pero al vasco le pasó desapercibida.

—Eso es del año de la pera. ¿Alguna cosa más?

Él se detuvo un momento y luego continuó.

—La relación con sus hijas era un poco tensa.

—Ajá —me giré hacia un lado y estiré las piernas de nuevo, las tenía entumecidas, el estilo indio no me funcionaba—. ¿Alguna alusión a Charlie Nurburn?

—Hay bastantes, son de hace mucho y no son agradables.

—¿Alguna mención a la relación económica que compartían Mari y él?

—Alguna, muy antigua, pues a principios de los cincuenta él pareció desaparecer del mapa.

Henry y yo nos miramos de nuevo, pero él estuvo más rápido.

—¿Podrías repetir eso?

Saizarbitoria nos miró a Henry y a mí.

—¿Vais a continuar mirándoos o me vais a contar lo que sabéis?

—¿Cuál es tu relación con Leo Gaskell? Lo conociste en Rawlins, ¿verdad?

Santiago gruñó.

—Estábamos en la enfermería. Él se había cortado la mano en una pelea con un camello de Cheyenne, discutían por el programa que iban a ver en la tele —entrecerró los ojos, estaba regresando a un lugar al que no quería volver—. Lo atamos a la camilla, pero no dejaba de mover los dedos, así que le pregunté si se encontraba bien. Ni me miró, simplemente me dijo: «Me pregunto cuánto rato pasarás chillando como una zorra cuando te estrangule con estas manos».

Escuché los chirridos de la calefacción de la cárcel y resistí la tentación de volver a mirar a Oso.

—Vale, soldado. ¿Te quedas con nosotros o qué?

Santiago se acodó en una rodilla y se llevó una mano a su barbita.

—¿Si no me quedo no me vais a contar lo de Mari Baroja?

Me puse a su nivel.

—Una gran parte de todo esto forma parte de la historia local. Si te vas a volver a Rawlins no necesitas saberlo.

Nos miró a los dos, sus ojos negros centelleaban como peces en aguas oscuras.

—Contad conmigo.

Nos estrechamos la mano. Y así por fin la edad media del departamento quedaba por debajo de los cincuenta.

—Mari Baroja le rebanó el cuello a Charlie Nurburn en 1951.

Se reclinó contra los barrotes de la celda que tenía a su espalda y dejó escapar un largo silbido.

—Ahora entiendo que algunos de los poemas sean así de oscuros.

Las máquinas quitanieves habían hecho su trabajo y, cuando me encaminé hacia el sur, a la vieja granja, encontré la autopista despejada, pero teníamos que darnos prisa porque el tiempo parecía que no iba a acompañarnos. Henry hizo unas llamadas mientras yo reunía algunas prendas de abrigo y llamaba a La Abeja Hacendosa para que nos prepararan unos sándwiches club y un par de cafés. Dorothy salió a nuestro encuentro a la acera con dos bolsas de papel. No esperó a que le dijéramos nada, solo saludó con la mano, se giró y desapareció en el interior del café. Dejamos la comida en el asiento delantero, lejos de Perro, que seguía enfurruñado por tener que haber abandonado la oficina, pero esa noche Ruby iba a salir con su nieta y no podía cuidarlo.

A unos cinco kilómetros del pueblo, nos encontramos con un coche de la patrulla de carreteras que iba en dirección contraria. El conductor nos hizo un gesto con la mano, cruzó la mediana y se paró detrás de nosotros cuando reduje la velocidad y me detuve. Me pregunté cómo Leo habría podido evitar que lo detectasen.

—No habrás sobrepasado el límite de velocidad, ¿verdad, tú?

No le hice ni caso, bajé la ventanilla y me acodé en la puerta, mientras las luces del

vehículo de la patrulla comenzaban a dar vueltas y se abría la puerta. Era Wes otra vez, lo vi aproximarse con su sombrero de explorador y un gigantesco revólver Colt 375 rebotándole sobre la pierna.

–El carné y los papeles.

Se cruzó de brazos y se apoyó contra la puerta. Se echó hacia atrás el sombrero y le cayó un mechón de pelo gris sobre la frente.

–¿Eres el único que está trabajando?

–Tenemos a nuestros otros dos agentes, a tres más del destacamento de Casper y a otros tres de Sheridan –se quedó mirándome el parche del ojo.

–Dios bendito, ¿qué te ha pasado?

Hice un gesto en dirección a Henry.

–El indio me ha pegado una paliza.

Wes se llevó la mano al sombrero.

–Hola, Henry.

–Wes.

–¿Sabes? Ando buscando un camión Mack con una caravana.

Wes asintió.

–Se diría que deberíamos ser capaces de encontrar algo así, ¿verdad?

Me eché hacia atrás el sombrero.

–Pensé que te habías retirado.

–No hasta la semana que viene –me dirigió una sonrisa de circunstancias–. ¿Por qué? ¿Vas a montarme una fiesta?

–No, me preguntaba cuándo conoceremos a patrulleros más jóvenes sin problemas de vista.

Él agitó la cabeza.

–¿Adónde os dirigís?

–A echar un vistazo a los terrenos de Mari Baroja.

–¿Necesitáis que os eche un cable?

–No, pero si no os importa, tú o los chicos podríais daros una vuelta por Durant. Leo ha estado durmiendo en la panadería de Lana, junto al taller de motosierras de Evans – me giré hacia Henry–. ¿Qué coche conduce Joe Lesky?

Oso buscó la información en un cuadernito.

–Un *jeep* Wagoneer de color tostado, matrícula 25–3461.

Wes asintió y confirmó que Ruby ya se había encargado de identificar el coche. Le dirigí la media sonrisa que ya tenía perfeccionada.

–En caso de que no nos veamos, ten cuidado en Arizona.

Él también sonrió.

–Claro que sí.

–¿Quieres saber algo de Ellen Monta a Caballo, tú?

Adelanté un camión de nueve ejes que circulaba despacio, pero ni era de color negro ni era de la marca Mack.

—Claro.

La melena negra le cubría la mitad de la cara, me estudió con el ojo que quedaba al descubierto.

—Tal y como sospechábamos, es cuervo.

Continué mirando la carretera con mi único ojo.

—¿Algún indicio de que hubiera tenido un hijo ilegítimo con Charlie Nurburn?

Henry asintió.

—Es mejor que eso —Henry se removió en el asiento y se apoyó contra la puerta—. Inscribió en el registro tribal a un niño, Garnet Monta a Caballo, pero entregó el hijo en adopción en 1950.

—Lucian dijo que Ellen le contó que el niño había muerto. Supongo que le mentiría. ¿Adónde fue?

—A Wind River.

—¿Todavía se apellida Monta a Caballo?

—No lo sé.

Pensé en ello.

—Eso tendría sentido, ya que Leo ha estado viviendo cerca de Lander, pero ¿de dónde sacó el apellido Gaskell?

—Quizá su padre se cambió el nombre por el de la familia adoptiva.

—Sí, quizá —cogí el micrófono del salpicadero—. Base, aquí unidad uno, ¿me recibes?

Tras una serie de interferencias, respondió una voz gélida: no era Ruby.

—¿Qué coño quieres ahora?

Miré a Henry de reojo, pulsé el receptor del micro y traté de recobrar la compostura.

—¿Qué tal en la librería?

Interferencias.

—Te he comprado la *Guía del nadador gilipollas* —Oso dejó escapar una risotada.

—Gracias —escuché las interferencias un momento, eran más reconfortantes que su voz—. ¿Podrías hacerme un favor?

Interferencias.

—Me da la sensación de que te he hecho un montón de favores últimamente —interferencias—. ¿Qué?

—¿Podrías comprobar si alguien que se apellide Gaskell ha vivido cerca de la reserva Wind River, en Lander o Riverton?

Interferencias.

—Sé cómo se llaman los pueblos de los alrededores de Wind River —le asentí a las lucecitas LED de la radio, intentando caerles bien. Y más interferencias.

—¿Has firmado los formularios para que puedan entregar el cuerpo de Mari Baroja a la familia? Las malvadas brujas del Oeste están aquí.

Me pregunté si se encontrarían en la misma habitación y pensé que sí, que estarían todas reunidas bajo el mismo techo.

—Firmé los papeles y se los entregué a Bill McDermott, él debe de seguir en el hospital.

Interferencia.

–Las mandaré para allá.

–Trata de localizar a Bill Wiltse y averigua si en Fremont tienen algo sobre los Gaskell.
Interferencia.

–Entendido –interferencia–. Oye, en caso de que necesite localizarte mientras te estás pateando el sur del condado, ¿cómo lo hacemos?

Me quedé pensándolo.

–Inténtalo con el encargado del yacimiento de metano.

Interferencia.

–¿Con Superduro?

Sonreí.

–¿Así es como lo llamas?

Interferencia.

–Pues claro, joder. Cambio y corto.

Hablando del rey de Roma: mientras tomaba la rampa para salir de la autopista, vi a Jess Aliff con un par de sus operarios. Iban de camino a Los Cuatro Hermanos, pero sacó tiempo para responderme a unas cuantas cosas. Le pregunté por su herida de bala:

–¿Qué herida de bala?

Superduro me caía cada vez mejor. También le pregunté si podría indicarnos cómo llegar a la vieja granja en la que Mari Baroja había vivido con Charlie Nurburn y si el camino podría aguantar el paso de un Mack con una caravana, a lo que contestó que quizá.

Seguimos el camino que nos había señalado, que se dirigía hacia el sureste, al brazo norte del río Crazy Woman, para desembocar en la granja Nurburn. Como el viento soplaba, era imposible distinguir si había rodadas, pues todas desaparecían en cuestión de segundos. Detuve la camioneta un par de kilómetros más allá, ya que el camino se dividía en dos direcciones.

–Y ahora ¿qué?

Henry se quedó mirándome.

–Si yo fuera un arroyo, tiraría cuesta abajo.

–Cierto –a veces era estupendo llevar contigo un explorador indio.

Coronamos la colina y contemplamos el pequeño valle. El camino, o lo que teóricamente era el camino, quedaba en el lado derecho de la explanada. El brazo norte del Crazy Woman giraba a la derecha y describía una curva a menos de un kilómetro de distancia. La nieve había cubierto el pequeño cañón y era difícil distinguir dónde estaba el camino.

–¿Bajarías por aquí conduciendo un camión Mack con una caravana?

Él tomó aire y se quedó mirando el camino ausente.

–No, aunque hay toda una serie de cosas que Leo Gaskell sí haría y yo, no.

Reduje la marcha de mi camioneta –pesaba cerca de una tonelada –y la puse a velocidad de abuelita, con el 4 x 4 y mucha precaución. Casi todo era nieve polvo, la camioneta descendió al ralentí por el cañón, a pesar de su gran motor V10, hasta llegar al diminuto rancho. Al final del trecho, avancé poco a poco junto al borde del barranco y

eché un vistazo al prado que se extendía al fondo del cañón. Un lugar hermoso, pero, si uno pasaba ahí la primera mitad del invierno, pasaría también la otra mitad.

La casa era idéntica a la de mi sueño, erosionada por el tiempo e inclinada en un ángulo agudo, como si quisiera huir del viento. Parte de la estructura se había venido abajo y un álamo parecía haberse apoyado en ella un instante que se había vuelto interminable.

Detuve la camioneta en el borde del prado, apagué el motor y decidí salir a explorar el terreno antes de cruzarlo. Ya había tenido bastante natación esas Navidades. Dejé salir al perro y me situé delante de la camioneta, donde Henry se encontró conmigo. Las ráfagas de aire eran cada vez más fuertes, canalizaban su fuerza a través del cañón y nos azotaban en plena cara. De hecho, no nevaba, pero el viento era tan fuerte como para levantar parte de la nieve acumulada en el suelo. Solo se oía el viento. Nos abrimos paso hasta la casita mientras Perro saltaba y metía la cabeza en la nieve en busca de Dios sabe qué. Henry se subió el cuello para protegerse parte de la cara, su pelo suelto ondeaba al viento por encima de la capucha.

Entrecerré los ojos y observé una fila de nubes que se aproximaba desde las montañas. Apenas si se veían las cumbres cubiertas de nieve. Pensé en una mujer maltratada, descalza, corriendo a caballo una noche lluviosa, y en tres niños pequeños acurrucados en el dormitorio a los que les habían prohibido moverse. Hablar en presencia de una tragedia de tal magnitud parecía un sacrilegio.

—¿En qué estás pensando, tú?

Su voz me sobresaltó y me costó que me salieran las palabras.

—Estoy pensando en lo complicado que se ha vuelto este caso.

Henry asintió.

—Acaba de empeorar —señaló con la mano más allá de la casa destartalada un punto donde se percibía, apenas visible a causa de la nieve, la esquina trasera de una caravana enganchada a un camión Mack negro.

Permanecemos como estábamos en el vértice del prado. Las montañas Big Horn dibujaban un horizonte lejano como si fueran el telón de fondo en el teatro de nuestras vidas. Las cosas que yo sentía Henry siempre sabía describirlas mejor.

—Sé que es la tierra lo que se mueve, pero en este momento son las nubes las que se desplazan, mientras el mundo permanece quieto, a la espera.

El viento agitaba su abrigo negro y me fijé en que empuñaba el *tomahawk* de las fuerzas especiales.

—Voy por la escopeta.

Cogí la Remington y una radio portátil de la cabina.

Henry se dirigió a Perro.

—*Hinananjin* —Perro se le acercó y se sentó a su lado. Estaba visto que el bribón peludo hablaba cheyene, shoshone, arapahoe, cuervo y lakota. El inglés era el único idioma que prefería ignorar cuando le daba la gana.

Encendí la radio y escuché las interferencias. No creía que fuera a recibir ninguna señal dentro del cañón, pero no pasaba nada por intentarlo. Pulsé el botón del transmisor.

—Aquí unidad uno, ¿me recibes, base? —contemplé las montañas y me dio la sensación de hundirme, sensación que empezaba a ser familiar.

—¿Nada?

Le guiñé el ojo sano, busqué la frecuencia y volví a intentarlo.

—Base, aquí unidad uno, ¿hay alguien ahí? ¿Me recibís?

Más interferencias. Luego me llegó una respuesta apenas audible.

—BR75115, ¿me recibes?

Le sonreí a la radio, pulsé el botón del micro y me dirigí al capataz.

—Hola, Jess, aquí Walt Longmire. Hemos conseguido bajar a la vieja granja Nurburn. Acabamos de encontrar tu camión —interferencia—. Ya sabes, el Mack.

—Recibido, ¿cuánto tiempo tenéis pensado quedaros ahí? —interferencia—. Se supone que el tiempo va a empeorar, pero vamos a intentar quedarnos por la zona. Tengo una reunión a las cuatro y media.

—¿Para qué es la reunión? —todo estaba en silencio.

Interferencia.

—Para despedirme, creo yo.

Imposible no querer a aquel tío.

—Quizá te necesite para que derives mis mensajes a mi oficina. El cañón provoca

demasiadas interferencias y no puedo contactar con ellos.

Interferencia.

—Lo podemos intentar, pero si el tiempo se pone feo, la señal irá y vendrá. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

—¿Qué tal si te llamo cada hora, contando a partir de ya?

Interferencia.

—¿Eso quiere decir que oficialmente soy tu nuevo ayudante?

Sonreí.

—Ya hablaremos de eso —me saqué el reloj del bolsillo y pulsé el micro—. Son las tres menos diez, llámame a las cuatro.

—Recibido —si lo contrataba, al menos conocería el procedimiento para hablar por radio.

Henry se había quedado vigilando la granja mientras el capataz y yo terminábamos nuestra conversación. Cuando se giró para mirarme, me enganché la radio al cinturón.

—¿Continuamos andando a partir de aquí, tú?

Eché un vistazo a la esquina de la caravana que quedaba al descubierto.

—Sí, cuando deje a Perro en la camioneta —eso no le gustó, pero supuse que Henry y yo éramos conscientes de dónde nos estábamos metiendo, por lo que nos merecíamos lo que nos pudiera pasar. Le advertí a Perro que con la radio no se jugaba.

Había una pendiente a nuestra derecha, donde la ribera del Crazy Woman formaba una hondonada, no parecía del todo imposible que un camión de nueve ejes y una caravana se hubieran adentrado por allí. En la pared que quedaba más próxima a nosotros había algunos tragaluces y un cobertizo exterior, y la puerta mosquitera continuaba golpeando el marco zarandeada por el viento, un sonido que te crispaba los nervios a medida que nos acercábamos. Las ramas rotas del álamo estaban blanqueadas por el sol y por el viento incesante.

No había nada en la casa que indicara que Leo hubiese estado allí. La nieve polvo llegaba hasta los ejes del camión y de la caravana, situados a unos veinte metros de distancia de la casa. La caravana era relativamente nueva y a ojos de un hombre blanco podría parecer pequeña, pero era casi el doble de grande que una cabaña india. Vi que alguien había bajado los peldaños de la puerta delantera, pues estaban cubiertos de nieve y no parecía removida.

Miré a Henry de reojo.

—¿Ves algo? —él se había detenido a unos diez metros de la cabaña, supuse que estaría olfateando el terreno. Sin darnos cuenta, nos habíamos ido apartando el uno del otro a medida que avanzábamos. Los dos teníamos la lección bien aprendida y sabíamos lo que podía pasarle a los tipos que se quedaban apiñados en situaciones como esa.

—No.

—Lo que no veo es un Wagoneer de 1987, aunque no creí que fuéramos a encontrarlo. No creo que haya sido capaz de bajar en coche hasta aquí con toda esta nieve recién caída.

Pensé en las historias siniestras que conocía y comencé a caminar. Había tres escalones que conducían a la puerta, donde la mosquitera repicaba desacompañadamente

al viento. Le puse una mano encima y noté que parte de la pintura se desprendía, como si fueran partituras musicales sueltas. El viento se había detenido momentáneamente y todo estaba en silencio. Eché un vistazo al interior de la casa, pero estaba vacía; lo único que se movía eran los restos harapientos de unas cortinas de encaje, en su día blancas, que se enredaban y golpeaban los cristales rotos de la ventana. Aquellas cortinas hinchadas y andrajosas que resistían las embestidas del viento me recordaron que Mari había estado en ese lugar. Deseé que siguiera allí, porque necesitaba toda la ayuda posible, pero lo dudaba. Había pasado casi toda su vida en la casa de Powder Junction. Yo diría que solo iba por ahí en primavera o verano y que nunca pisaba la casa. No obstante, su presencia allí era palpable, como los retazos de papel de pared. La casa todavía conservaba su espíritu pero había pagado el terrible precio del abandono, que la había conducido a una muerte inevitable, sin que ya nadie cantara canciones para recordarla.

Henry habló en voz baja. Casi me pasa desapercibida, arrastrada por el viento como si de una variación musical se tratase.

—Hay un sótano.

Encendí la linterna y apunté con la luz hacia las escaleras. Parecían lo bastante resistentes como para aguantar mi peso. No había entrado demasiada nieve en el sótano y se distinguía el suelo de tierra batida, pero poco más. Le pasé la escopeta a Henry y saqué mi pistola. Nos miramos un instante y luego pisé el primer peldaño, que rechinó bajo mi peso pero resistió. Odiaba los sótanos. Tuve que agachar la cabeza para pasar por la puerta y luego comencé a bajar, recorriendo con la linterna aquella pequeña estancia. Las escaleras quedaban en medio, así que donde miré primero fue debajo de ellas y a ambos lados. Había algunos barriles rotos y tablas del suelo de la estancia superior. La linterna iluminó las pesadas vigas y las traviesas bien centradas, dispuestas sobre un zócalo de piedra tallado en el mismo lecho de roca del cañón. Bajé al suelo de tierra, apunté con la linterna a las tinieblas y oí que algo se movía.

Era un sonido débil, parecido al que haría un plumero para el polvo. Me hice a un lado y apunté con el haz de luz al centro del sótano, iluminando unas cadenas colgadas del techo y un par de ojos dorados centelleantes de un gran búho gris de más de diez kilos. El ave me recibió con un graznido, bajó la cabeza y batió sus alas poderosas, que debían de medir casi dos metros de un extremo a otro, golpeando con ellas las paredes y los cimientos desvencijados. Clavó las garras en los escombros y se aferró con fuerza. Giró su enorme cabeza y me clavó la mirada: un mensajero de los muertos en toda regla.

—¿Qué está pasando, tú?

—Acabo de sacar a un búho del lado oscuro.

Por un momento todo permaneció en silencio.

—Es el mensajero de los muertos.

—Sí, a mí también se me ha ocurrido ese pensamiento tan reconfortante —apunté con la linterna a la viga y a las cadenas que colgaban de ella—. Espera un minuto.

Retiré el disparador, devolví el arma a la funda, la aseguré con el pasador y me dirigí a la viga, que tendría treinta centímetros de ancho.

Las cadenas eran más pesadas que las que se colocan en las ruedas de los coches y eran antiguas. Tiré de una de ellas. Tenía un cierre metálico en uno de los extremos y comprobé si había otro en el otro extremo de la otra cadena. Grilletes. Al comparar uno de ellos con mi muñeca, vi que habían sido diseñados para alguien que tenía una muñeca de la mitad del tamaño de la mía. Aquellas pesadas cadenas estaban atornilladas y llevaban allí mucho tiempo. Los grilletes estaban abiertos y colgaban como fauces hambrientas. Los dejé caer y los vi rebotar contra la madera, quejumbrosos como un niño que tira del pantalón de su padre. Los bordes de la madera estaban gastados a causa de los repetidos golpes infligidos. Eran marcas de látigo o de fusta. Me quedé mirando y creí oír los latigazos y los gritos. Por fin, sentí que era un alivio que el hombre responsable de aquella atrocidad estuviese muerto.

—¿Encuentras algo?

Barri el sótano con el haz de luz de la linterna para echar una última ojeada, pero ya había visto todo lo que tenía que ver. Eché un vistazo al búho, pero el animal no se había movido. Me siguió con la mirada mientras subía las escaleras.

—He encontrado algo más que prueba que es mejor que Charlie Nurburn esté muerto.

Él echó un vistazo por encima del hombro.

—Creo que acabo de oír un ruido procedente de la caravana.

Cuando salimos al exterior lo volvimos a oír. Intercambiamos una mirada.

—¿No te ha sonado como si fuera un gemido?

Henry asintió con la cabeza y nos dirigimos a los peldaños de la caravana. Saqué de nuevo mi pistola, me apoyé contra la carrocería de aluminio del tráiler, a la derecha de la puerta, y volví a amartillar el arma. Oso se situó a la izquierda. Si tenía que pasar algo malo en los próximos instantes, tenía muchas posibilidades de que ocurriera en la puerta junto a la que nos encontrábamos.

Respiré hondo y extendí una mano hacia el pomo, lo giré despacio a izquierda y a derecha: cerrado con llave. Le hice señas a Henry para que se quedase donde estaba. Él asintió y yo me dispuse a rodear la caravana para encontrar otra forma de entrar. Vigilé las ventanas, pero todas las persianas estaban bajadas. Cuando llegué a la parte trasera, vi que había otra puerta, casi en el otro extremo. Caminé lentamente, pegado a la pared, y me detuve junto a la otra puerta. Allí no había escalones, pero, si me estiraba, podía tocar el pomo. Lo cogí y lo giré con la punta de los dedos. Al principio estaba duro, pero luego emitió un sonoro clic y se abrió dos centímetros.

Me agaché un poco, abrí la puerta unos treinta centímetros y miré por el pasillo que parecía atravesar la vivienda. Solo se veían paneles baratos, una raída moqueta polivalente y las mosquiteras de las ventanas apoyadas contra la pared. Ni rastro de Leo Gaskell. Miré por el pasillo en la otra dirección, pero únicamente se distinguían un techo de gotelé y una instalación eléctrica barata: al menos podía estar seguro de que Leo no me iba a saltar encima por sorpresa. Me enderecé, inspiré de nuevo y abrí la puerta del todo.

Nada.

Me detuve un momento, luego me incliné hacia delante unos cinco centímetros y

comprobé que el pasillo estaba despejado a ambos lados, después repetí la operación otra vez y luego otra. De nuevo, nada, así que me la jugué y metí la cabeza, además de mi 45 milímetros. A mi derecha había una puerta cerrada y, al final del pasillo, otra que estaba entreabierta y que conducía al salón. Allí, sentada sobre un sofá de cuero y cubierta por cuatro mantas de lana y de búfalo, se encontraba una mujer que yo supuse que sería Ellen Monta a Caballo.

Carraspeé y dije:

—Hola —el vaho de mi aliento se quedó delante de mi cara. Probablemente allí dentro hiciera más frío que en el exterior.

Ella no se movió, se limitó a observarme desde debajo de las mantas, y poco después dijo:

—*Eeh* —era cuervo. Me decía hola, sin expresar interrogación ni interés. La nubecilla de su aliento quedó suspendida en la oscuridad.

—Soy el *sheriff* Walt Longmire, del condado de Absaroka —me sentía como un imbécil diciéndolo, pero era el procedimiento—. ¿Ellen Monta a Caballo?

—*Eeh* —dijo con la misma inflexión.

—¿Está sola?

Pasó un instante.

—*Eeh*.

Como me sentía más seguro, decidí poner en práctica la teoría de Vic para comprobar si alguien estaba cuerdo.

—Ellen, ¿sabías que soy un piloto de combate chino?

—*Eeh*.

No es que su contestación me despejara las dudas.

Me estiré, me aupé hasta la puerta y me revolví para pasar por el hueco. Estaba relativamente seguro de que Leo no se encontraba en la caravana, de lo contrario me habría apaleado hasta matarme nada más pisarla. Aparté de un puntapié la moqueta y me coloqué contra el muro. Volví a mirar por el pasillo mientras Ellen Monta a Caballo revolvía las mantas. La mujer debía de estar intentando levantarse. Extendí una mano hacia ella.

—No pasa nada, Ellen.

Entonces fue cuando vi el cañón de una pistola del calibre 32, cromada y con empuñadura de nácar, saliendo de entre las mantas como si se tratara de un obús. El arma temblaba a causa de los esfuerzos de Ellen por apretar el gatillo.

—¿Ellen...? —eso fue todo lo que acerté a decir antes de que la 32 abriera fuego contra el techo, que se abrió con un sonido seco. El estruendo que causó la automática en aquel espacio tan reducido fue ensordecedor, los oídos me pitaban tanto que apenas me oía a mí mismo y eso que estaba gritando. Me refugié en la pared interior y, muy a mi pesar, empuñé la 45 milímetros. Conseguí gritarle:

—¡Por Dios, Ellen!

La automática vaciló pero volvió a la carga, mientras yo me echaba a un lado, a la habitación de mi derecha. La siguiente bala atravesó la pared y fue a parar a un colchón

que había allí apoyado. No sabía la protección que podían ofrecer las finas paredes de la caravana, pero la estructura parecía resistente. Miré por el agujero de la pared: la anciana se aproximaba.

—¿Ellen?

Silencio.

Esperé, pero el siguiente disparo nunca llegó a producirse. Creí oír a alguien arrastrando los pies, así que me aventuré hasta la puerta y eché un vistazo fuera. Henry estaba allí, arrodillado delante de la anciana, con la pequeña automática en sus manos.

—Creo que ya puedes salir.

—¡Dios! —doblé la esquina y me quedé mirándolos.

—¿Estás bien?

—¡Dios!

Henry hacía lo posible por no echarse a reír.

—Date un paseíto por el pasillo y vuelve cuando tu vocabulario sea más rico, tú.

Me quedé allí de pie y tomé aire varias veces, mientras ellos continuaban su conversación, en voz muy baja, en cuervo, una lengua que, al igual que el cheyene, era tan gutural que parecía que al hablante se le quedaba pegada en el gástrico. Empecé a sentir que los latidos de mi corazón volvían a su ritmo normal.

Entendí algunas palabras sueltas, pero nada que tuviese sentido para mí. Ellen tenía el rostro ancho y unas cejas espesas arqueadas en punta que le otorgaban a su mirada un aire triste e interrogativo. Los pliegues externos del ojo los tenía vueltos hacia dentro, escondiendo los bordes de unas pupilas color chocolate. Las arrugas en las comisuras de los labios, muy marcadas, bajaban en picado desde los pómulos, por lo que era difícil precisar si solía reírse. Apenas si movía los labios y su voz era casi inaudible.

Cuando terminó de hablar, Henry cogió una taza de plástico de una bandeja que había a su derecha, miró dentro y se agachó junto a los pies de la anciana, en busca de lo que resultó ser una garrafa de agua de cuatro litros medio congelada. Él la agitó para asegurarse de que parte del agua seguía líquida, le llenó la taza y le acercó la pajita a los labios. Mientras ella bebía, yo eché un vistazo a mi alrededor. Había un árbol de Navidad de plástico en la esquina que parecía una escobilla, decorado con adornos hechos a mano a base de tapas de botes de mermelada y viejas fotografías. Colocado junto a la televisión apagada, el entusiasmo navideño que transmitía aquel árbol ralo le confería a la habitación la apariencia más deprimente que uno pudiera imaginar, por no mencionar las latas de maíz vacías, la lata de sopa de champiñones con una cuchara todavía dentro y los extremos de una barra de pan, así como otra garrafa de agua congelada, que completaban la escena.

Henry cerró las manos diminutas de la anciana en torno a la taza y ella la sostuvo. Siguió a Henry con la mirada cuando él se levantó. Henry le habló de nuevo en voz baja y vino hasta donde yo estaba.

—Está bastante ida —la miró de reojo, pero Ellen parecía contentarse bebiendo agua de la taza con la pajita—. Dice que sus amigos llevan mucho tiempo sin venir a verla.

—¿Qué hay de la pistola?

–Está claro que Leo le ha dicho que dispare a todo aquel que entre.

–¿Qué te ha contado de él?

–Cree que yo soy Leo, tú.

Asentí con la cabeza.

–¿Cómo has entrado?

–He forzado la puerta con el *tomahawk*.

–¿Se nota mucho?

Me pasó la automática, todavía le quedaba una bala.

–No demasiado –Henry levantó la vista para mirarme–. ¿Por qué?

–Tienes que sacarla de aquí –se quedó mirándome–. No veo qué otra opción tenemos. Hay que llevarla a que la vea un médico, pero Leo podría regresar y, en ese caso, quiero que alguien se quede aquí para vérselas con él.

–No estás en condiciones de...

Volví a mirar a Ellen Monta a Caballo.

–Hablas el idioma y ella confía en ti. Hay posibilidades de que él siga oculto en el pueblo, pero puedo conseguir contactar por radio con Superduro y hacer que Vic o Saizarbitoria vengan más tarde –crucé el pasillo y miré por la ventana–. Tenemos una hora antes de que oscurezca –el viento volvía a soplar, mis pisadas casi habían desaparecido. Me giré hacia Henry–. Será mejor que salgas de aquí.

Dejamos a Ellen en el asiento del acompañante del Bullet y le permitimos a Perro que lo compartiera con ella, ya que su presencia parecía tranquilizarla. Miré al cheyene con mi único ojo sano.

–Cuando salgas de aquí, llama por radio y diles que recojan algunas provisiones y que traigan refuerzos.

Henry apartó a un lado su pesado abrigo de cuero y se montó en la camioneta, se colocó el cinturón y se sacó el *tomahawk* de la parte trasera del pantalón. La superficie de acero al carbono absorbía la luz como un agujero negro.

–Toma.

Negué con la cabeza.

–No quiero ese trasto, no sabría qué hacer con él –le di una palmadita al mango cromado de la pequeña automática que ahora sobresalía de mi cinturón, me balanceé la Remington sobre el hombro y me llevé la mano a la pistolera de la 45 milímetros–. Me quedo con todas las armas de fuego que tenemos –él asintió y oteó el risco–. Llama por radio a Superduro y dile que me llame. Estaré aquí –Henry asintió y continuó observándome–. ¿No vas a encender las luces? –él extendió un brazo y, al encender la luz, los reflectores azules y rojos proyectaron una imagen fantasmal sobre la nieve de la tarde.

Henry se quedó un momento observándolas.

–Esto es lo mejor de tu trabajo, tú.

Al pasar colocó una mano contra la ventanilla, abriendo sus largos dedos contra el cristal como si fueran los haces de cáñamo de una soga.

Contemplé los esfuerzos de la camioneta por mantenerse pegada al muro del cañón y luego la vi desaparecer en mitad de la nieve, su silueta cada vez más difuminada en la distancia. El sonido del potente motor Detroit me llegaba amortiguado, hasta que también desapareció. Permanecí de pie un rato más, preguntándome, como siempre hacía, si habría hecho lo correcto. Iba a ser una noche larga, así que me di la vuelta y me dispuse a abrirme paso hasta la caravana. Me interrumpió una llamada por radio.

Interferencia.

—Eh, *sheriff*, aquí BR75115. El tiempo va de mal en peor, como si... —me saqué la radio del cinturón.

—Aquí unidad uno, soy el *sheriff* del condado de Absaroka, ¿me recibes? —un momento después me llegó una señal muy débil.

Interferencia.

—Eh, *sheriff*, ¿qué tal?

Sonreí.

—Estoy bien, ¿y tú?

Interferencia.

—Me han despedido.

La señal se perdió por completo y reajusté la función de ganancia del receptor.

—¿Hola? ¿Jess? —nada. Agaché un poco la cabeza y volví a pulsar el botón del micro—. ¿Jess? ¿Puedes oírme? —al menos Henry había conseguido salir de allí. Probé suerte de nuevo con la radio. Interferencias. Miré la radio, pensé en la suerte que tenía y volví a pulsar el botón del micro por última vez.

Interferencias. Maldición.

Rodeé la caravana para entrar por la parte trasera para que Leo no advirtiese mis últimas pisadas. Cerré la puerta tras de mí y decidí revisar el resto de habitaciones. En el extremo del pasillo había un dormitorio con otro colchón arrinconado junto a la pared, un armario de aglomerado que había visto tiempos mejores y una tele antigua. En el armario no había más que ropa vieja y zapatos gastados: aquello bastaba para hacerse una idea de la vida tan austera que debía de haber llevado Ellen Monta a Caballo. La siguiente habitación era mucho más interesante: una mesa de jugar a las cartas llena de latas de combustible y todo lo necesario para producir metanfetaminas en un laboratorio clandestino. Las paredes estaban repletas de garrafas de cuatro litros cargadas con los frutos de su trabajo: el negocio de drogas de Leo iba en serio.

Entré en el salón, miré el árbol hecho polvo y le deseé feliz Navidad. Los adornos estaban hechos con tapas de tarros de cristal. En los bordes les habían pegado purpurina con pegamento y habían añadido detalles de lana y lacitos para alegrarlos. Algunas de las fotografías eran tan antiguas que podrían haber pertenecido a la colección menonita de Henry. Había una en color sepia que mostraba la imagen desvaída de una chica con trenzas jugando a las canicas. Llevaba un sombrero y una chaqueta vieja y tenía cara de estar concentrada al máximo. Le di la vuelta y leí lo que ponía al otro lado, en letras mayúsculas: «Ellen Camina sobre Hielo». Había otra instantánea de un hombre joven

con un chándal de fútbol americano de la Universidad de Thermopolis en posición de recibir el balón. Sí, era Leo. Le di la vuelta para confirmar mi sospecha. En letras mayúsculas simplemente se leía «Leo», sin apellidos.

Había más fotos, pero la que atrajo mi atención fue una situada prácticamente en la parte trasera del árbol. Creo que me fijé en ella porque estaba vuelta hacia la pared. La giré con cuidado para descubrir a un jovencísimo Leo con el hombre que debía ser su padre. Aquel hombre llevaba puesto un sombrero de ala ancha y corona plana del estilo que solían llevar los vaqueros del río Powder y como tenía la cabeza inclinada hacia el joven Leo, el sombrero ocultaba sus ojos. Se distinguían la mandíbula y la boca. Ahí estaba la conexión con Ellen, pero la foto en blanco y negro no me decía si el hombre era blanco o piel roja y, la verdad, no es que pareciera indio, pero tampoco se parecía a Charlie. Aquello era como poner en fila las piezas de un puzle. Le di la vuelta al adorno, pero lo único que ponía era «Leo y su padre». Aquel hombre era hijo de Ellen y ella ni siquiera había escrito su nombre, pero sí había tratado de no perder el contacto con él.

Tenía los sándwiches y el café que me había preparado Dorothy, así que comí y bebí un poco. También fui a recoger una de las garrafas de agua, la que estaba medio helada, quizá la necesitara y, si no la mantenía junto a mí, no tardaría en congelarse del todo. Cogí las mantas que quedaban y el chal de búfalo y los arrastré a una silla lo más alejada posible de las latas de maíz. Saqué la linterna para tenerla a mano en caso de necesidad y me coloqué el adorno sobre una rodilla, la pequeña automática en la otra y la escopeta entre las piernas antes de sacar la 45 milímetros de la pistolera para volver a comprobar que estaba cargada. Me sentía como Zapata.

Estudié el adorno y me quedé mirando el trozo de cara; sabía que había visto a ese hombre, sabía que estaba ahí fuera, sabía que él y Leo estaban conchabados y en Wyoming estar conchabados era un término legal equivalente a conspirar (véase conchabación para el asesinato, intento de conchabar, etcétera).

Mientras estaba allí sentado, pensé en lo larga que podía hacerse mi espera y en el rumbo que habían tomado las cosas y volví a mirar a mi alrededor. Me fijé en que había una cinta que sobresalía de debajo del sofá donde Ellen había estado sentada, una de esas que suelen tener las mochilas. Dejé la pistola y el adorno en el suelo, me quité el chal de búfalo, crucé la pequeña estancia y me arrodillé junto al sofá. La cinta pertenecía a una mochila mugrienta. La cremallera del compartimento principal estaba rota, pero lo habían cerrado con imperdibles grandes. Quité los imperdibles y eché un vistazo al interior: había docenas de viales de cristal y un paquetito envuelto con el *Durant Courant* que contenía aproximadamente 40.000 dólares en billetes de distintos tamaños.

Leo, chico malo. Que Leo fuera a jugársela cruzando una tormenta de nieve para subir al brazo intermedio del Crazy Woman y llegar hasta la caravana de su abuela majara dejó de ser pura especulación. Quizá Leo fuera capaz de dejar que su abuela se muriera de hambre, pero volvería por las drogas y el dinero.

Volví a meter el fajo de billetes en la mochila y la metí bajo el sofá. Solo más tarde me fijé en la destartallada nevera que había en la cocina. Me pregunté qué podría haber metido allí Leo. La cocina me recordó que seguía teniendo el estómago vacío, pero mi

curiosidad era más grande que mi apetito. Puede que antes tuviera hambre, pero se me pasó de golpe. Saqué de la nevera el cráneo de un hombre adulto. Me apoyé contra la encimera y lo sostuve en la mano.

—¡Válgame Dios! Pobre Charlie —el diente de oro destacaba en medio de su dentadura, la pala derecha, para ser más exactos. Supuse que Superduro no se habría fijado en la cabeza, aunque no lo culpaba.

—Por ahora te has librado, hijo de puta.

Volví a colocar cuidadosamente el cráneo en la nevera y caminé hasta la ventana, donde levanté la persiana solo lo necesario para ver que empezaba a formarse una densa niebla junto al margen del río y a lo largo del muro del cañón en penumbra. Las aguas del arroyo debían de estar menos frías que el aire y, si las nubes bajas se mantenían, la niebla y la oscuridad se adueñarían completamente del paraje en media hora. Todo lo que tenía que hacer era relajarme y quedarme mirando cómo se iba apagando la poca luz que entraba por las ventanas.

Interferencias.

—Unidad uno, aquí BR75115, ¿me recibes?

Las mantas resbalaron y el adorno se cayó, pero al menos no disparé al suelo. Se me había olvidado apagar la radio. Metí la mano entre los pliegues de la manta y la saqué. El leve resplandor de la pantalla del canal emitía una luz reconfortante.

—Hola, Jess, lo has conseguido. ¿Cambio?

Interferencia.

—*Sheriff*, me encuentro en la base, en el almacén de suministros. Tengo aquí a tu perro, le han disparado...

Me quedé mirando la radio mientras se me pasaban por la cabeza mil y una cosas, ninguna de ellas buena.

—¿Estás seguro?

Interferencia.

—Sí, estoy seguro. Parece un calibre pequeño. Estoy haciendo por él todo lo que puedo.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

Interferencia.

—Debe de haberse arrastrado hasta aquí. Salí y seguí el rastro de sangre hasta donde pude, pero no se ve una mierda con esta niebla.

Pensé en Henry. Si a Perro le habían disparado...

—Necesito que llames a mi oficina, que les cuentes que hay un hombre herido y que consigan toda la ayuda que puedan. Luego llama a la patrulla de carreteras para que vengan.

Interferencia.

—Recibido. Cambio y corto.

Mientras yo estaba allí sentado con todas nuestras armas, mi mejor amigo, mi hermano de sangre, estaba ahí fuera, muerto, tirado en la nieve. Habría casi cinco kilómetros hasta

los pozos de metano, contando con que lo encontrara antes de llegar. Eso, en caso de que Leo lo hubiese dejado con vida, ¿y qué posibilidades había de que así lo hubiera hecho?

Soy nefasto ignorando mis instintos primarios y el instinto me decía que cogiese mis armas y que saliera fuera. Volví a colocarme la pequeña automática en el cinturón, metí en la pistolera la 45 milímetros, amartillada y con el seguro puesto, junto con la linterna, me envolví en el chal de búfalo y me colgué la escopeta al hombro. Me guardé el adorno en un bolsillo de la chaqueta del uniforme y me dirigí a la puerta, la abrí y me hice a un lado. Me calé a fondo el sombrero y levanté la cabeza despacio para otear el blanco vaporoso. Apenas visibles entre la niebla, se distinguían las luces azules y rojas, parpadeando contra las paredes del cañón.

Mi camioneta.

Los faros brillaban formando un ángulo extraño y las luces del techo giraban en el mismo punto fijo, razones para pensar que Leo había calculado mal el ancho del camino y se había salido de él. Tenía suerte de que le hubiera sucedido casi al final, de lo contrario la camioneta habría dado una vuelta de campana y habría muerto. Los faros apuntaban a la izquierda, por lo que la luz no estaba en dirección a la granja ni a la caravana. Bajé los escalones y cerré la puerta tras de mí sin hacer ruido. Serían poco más de cien metros, pero la niebla hacía que pareciesen kilómetros. Comencé a abrirme paso lentamente, pegado a la derecha y mirando fijamente con el ojo bueno la zona ligeramente iluminada en mitad de la inmensidad blanca. Si Leo se disponía a ir hasta la caravana, tendría que cruzar ese tramo iluminado y, cuando lo hiciera, yo estaría esperándolo.

Me bajé la Remington del hombro y la empuñé. Ahí estaba yo, con todas mis horas de entrenamiento, disparando con un único ojo. Algo se movió a mi izquierda, justo al borde de la zona iluminada. Traté de desenfocar la mirada, como siempre hacía, para que el ojo se convirtiera en un detector de movimiento, y esperé hasta que volviera a moverse lo que hubiese ahí fuera. Cuando se movió, comprobé que era algo grande. No solo es que fuera alto sino que también era ancho. Me quedé observándolo mientras caminaba hacia mí, pero no tenía la silueta de un hombre. Era tan alto como yo y medía al menos un metro veinte de ancho. Empecé a pensar que se trataba de una vaca, pero quizá fuera un caballo extraviado buscando refugio bajo la tormenta. No era más que una mancha en la niebla. Continué en la misma posición un momento más, balanceándome a causa del viento, y pareció que aquello extendiera un ala y luego la plegase. Unos segundos después, volvió a extender el ala y esta se hinchó con el aire, pero luego aquello se escurrió y cayó de lado. Se rehízo y ambas alas se hincharon con el viento. Empezaba a creer que el bicho terminaría por salir volando. Entonces me quedé con la boca abierta y me vino a la mente Henry, a la entrada de La Abeja Hacendosa, con el abrigo abierto como si fueran unas alas desplegadas, su grito de guerra haciendo vibrar las ventanas del café.

La niebla se me empezaba a congelar en el interior de la boca.

—¿Oso?

El disparo fue instantáneo. Leo había estado esperando, confiado en que dijera algo para así reconocirme y yo me había delatado.

Aquello fue como si alguien me amarrase una cuerda a la pierna y la atase a un semental encabritado. No podía moverme. La pierna izquierda, hueso y arterias incluidas, se resintieron con el impacto, pero me rehíce. El motivo de que la sombra estuviese tan deforme era que Leo cargaba con Ellen, lo que lo obligaba a disparar bajo. Él no se esperaba un contraataque y probablemente se quedó tan sorprendido como yo cuando vio el cañón de mi Remington escupir fuego y acertarle.

Caí al suelo a causa del retroceso, entonces el cañón de la escopeta se hundió en la nieve y chocó contra la tierra helada del fondo. Un arma menos. Rodé a la izquierda, tratando de no perderlo de vista, pero todo lo que distinguía era la niebla donde se reflejaban las luces de la camioneta. El dolor de la pierna me atenazaba las tripas y hacía que se me doblaran las rodillas, incluso cuando intenté apoyarme en el brazo izquierdo para levantarme. Él también había caído abatido, pero no podía estar seguro de cuál de los dos se levantaría antes. Las apuestas se inclinaban por el tipo hasta arriba de cristal.

El sombrero cayó al suelo y rodó por la nieve mientras yo trataba de distinguir algo. Leo parecía emerger de la superficie nevada. El abrigo de Henry se le había enredado con la nieve y, eso, añadido al peso de Ellen Monta a Caballo, le impidió levantarse antes de que yo cogiera la pequeña automática, pues la 45 milímetros quedaba bajo mi costado.

Aferré la semiautomática y esperé hasta que el dolor fuera más leve y me permitiera apuntar lo bastante bien como para hacer blanco con mi única bala. Extendí la pistola cromada entre la niebla. Me sentí como uno de esos búfalos casi congelados, solos ante el peligro de ser devorados por una manada de lobos, esperando a que uno de ellos se acercara lo suficiente.

Apreté el gatillo y la pequeña semiautomática rugió y se encabritó en mi mano.

El aire abandonó su cuerpo cuando el proyectil hizo impacto con todo el impulso que llevaba. El disparo fue centrado, o casi centrado. Leo cayó al suelo con un ruido furioso y burbujeante y el retroceso de su pistola sonó como un látigo. Su disparo se perdió en el aire helado, inofensivo.

Volví a caer de costado y respiré de nuevo. La corriente fría de oxígeno me hinchó el pecho y volví a sentir un tremendo dolor en la cadera. Tomé unas cuantas bocanadas de aire más y giré la cabeza para mirar a Leo. Había caído hacia atrás sobre sus piernas destrozadas y se había quedado en una extraña postura, como si jugara a un perverso juego de limbo. Yo me quedé quieto, observándolo, y traté de organizar mis pensamientos para calcular la gravedad de mis heridas, cuánto me costaría llegar hasta Ellen Monta a Caballo y cuánto ponernos a cubierto.

Entonces, Leo se movió.

Fue un gesto débil, casi involuntario, pero un movimiento al fin y al cabo. Abrí mi único ojo como un plato cuando vi que todavía sostenía en la mano un revólver grande de acero inoxidable y lo levantaba de la nieve como si fuera una batería antiaérea. Subió un hombro mientras pugnaba por enderezarse con el otro brazo. Al igual que su abuelo,

Leo se resistía a permanecer en la tumba.

Consiguió enderezar el torso y la cabeza se le inclinó hacia un lado, mientras arrastraba por la nieve la mano que sostenía el arma. El vaho de nuestra respiración chocaba con la niebla como si fueran dos locomotoras a punto de estrellarse.

Conseguí sacar la 45 milímetros de los pliegues del chal y traté de apuntar, pero ya lo tenía encima. El cañón inoxidable de un Colt 357 me estaba apuntando a la cara. Sentí una corriente de aire frío entre los dientes cuando traté de empuñar el 45, pero ya era demasiado tarde.

Se hizo el silencio. Él se había detenido un instante y yo pensé que aquella sería la última imagen que vería. Entonces, el tiempo se detuvo, como si el viento hubiese cesado y los copos de nieve se mantuvieran suspendidos en el espacio, mientras yo escrutaba su rostro sombrío.

Esperé mientras él se balanceaba en silencio. El Colt se le escurrió de la mano y permaneció inmóvil, mirándome, antes de caer hacia delante con un *tomahawk* de las fuerzas especiales de Vietnam clavado en la base del cráneo.

La voz en la distancia era confusa pero pude entender sus palabras.

–*Neshsha-nun Na-woo-hes-sten Nah-kohe Ve-ne-hoo-way-hoost Ne-hut-may-autow.*

Diles a tus ancestros que Oso en Pie te envía.

Tenía la absoluta seguridad de que ambos parecíamos un par de desechos humanos. Estábamos sentados en la consulta del veterinario. Henry estaba intentando pronunciar la siguiente frase con el lado sano de la boca:

–¿Qué tal tu pierna?

–Me duele, pero solo cuando camino. Cuando hablo no tanto –Henry asintió, y los dos nos quedamos mirando la moqueta fijamente–. El Departamento de Investigación Criminal querrá hablar contigo –Henry no se inmutó, así que continué–. ¿Qué te parece si yo les cuento la historia y tú te encargas de corregirme o de añadir lo que quieras sobre la marcha?

–Hummm...

–¿Cómo dices? –se giró para mirarme, tenía la mandíbula inflamada y vendada–. Estoy de broma. Entonces, ¿encontraste el vehículo de la patrulla de carreteras en el llano, hundido en la nieve?

–Hummm...

–Y detuviste la camioneta y te bajaste para echar un vistazo. Cuando viste que el conductor no se movía, abriste la puerta –asentí un momento–. ¡Menuda ocurrencia de novato! –Henry no respondió, pero noté que flexionaba la mandíbula–. Entonces, ¿levantó ese pretencioso modelo 22 y te disparó a la cara?

–Hummm...

Asentí de nuevo.

–Tienes suerte de que fuera una 32 milímetros, la 357 te habría desviado el tabique. No hace falta que respondas a eso –no lo hizo–. De acuerdo, entonces, ¿caíste hacia atrás y luego Leo te dio la vuelta, te dio por muerto y te despojó de tu abrigo?

–Hummm...

–Y por ese motivo, Perro trató de merendarse a Leo, este le disparó dos veces y se marchó conduciendo mi camioneta.

–Hummm...

Agité la cabeza y miré en dirección a la puerta del quirófano.

– ¿Y luego te levantaste, saliste corriendo tras la camioneta y seguiste a Leo hasta el cañón con la mitad de la cara sujeta con un pañuelo? ¿Y recorriste casi medio kilómetro corriendo con una herida de bala subcutánea que te llegaba desde el hueco de la barbilla hasta la parte de atrás del cuello?

Henry sostuvo en alto el fragmento de munición ensangrentado que Isaac le había

extirpado y me lo entregó.

—Hummm...

La puerta del quirófano se abrió y, con el rabillo del ojo sano, vi que Mike Pilch salía con el pronóstico de Perro. Para ser veterinario en el condado de Absaroka, Mike era un bicho raro, ya que se encargaba de salvar la vida a los animales en lugar de sacrificarlos. Se detuvo en seco.

—Dios, vaya pintas de mierda tenéis.

Me llevé un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio.

—Nos hemos escapado del hospital.

Miré a Henry de reajo y vi que le dirigía al veterinario un débil gesto de saludo con la mano y que sujetaba el abrigo de cuero sobre una rodilla.

—Hoy el indio no habla —él asintió y examinó la cara de Oso un poco más de cerca—. ¿Cómo está Perro?

El veterinario apartó los ojos del espectáculo que ofrecía el rostro de Henry para mirarme. No creo que la vista mejorara.

—Está bastante mal, pero, sea de la raza que sea, es un bicho duro de roer —se acercó y se sentó en la silla que había a mi lado—. La primera bala le pasó rozando el cráneo. Fue la segunda la que le provocó los mayores daños, entró en el abdomen y se quedó alojada en el músculo, junto a la columna. He hecho un examen preliminar y he encontrado parte del intestino perforado, por lo que he tenido que extirparle veintiocho centímetros de tejido. Le he hecho un lavado de estómago con solución salina y he colocado varios drenajes. Con la bala tan cerca de la columna, sería peor si tratásemos de sacarla, pero el organismo se encargará de aislarla, por lo que no tendría por qué darle problemas en el futuro. Todavía está un poco atontado por la anestesia, pero parece estar recuperándose bien. Necesitaré vigilarlo los próximos días.

Mientras salíamos de la consulta de Mike, terminé de interrogar a Oso. Estaba abrochándose el abrigo de cuero.

—¿Le clavaste un hacha a Leo en la base del cráneo solo para recuperar tu abrigo?

Henry se remangó la mencionada prenda para subirse a la camioneta, parecía bastante cansado.

—Hummm...

—Vaya, —miré a Oso de reajo—. Podrías haber fallado. ¡Menuda ocurrencia de novato!

Había sido una noche larga. Nos taponamos las heridas y nos arrebujamos en la cabina de mi camioneta con Ellen Monta a Caballo, hasta que Superduro se presentó con una pala Caterpillar y sacó mi camioneta de casi una tonelada del arroyo como si fuera un trineo. Había quedado con los hombres de la patrulla de carreteras en que llevarían a Perro a Durant para dejarlo en manos profesionales y, mientras tanto, se había bebido casi media botella de *bourbon* Wild Turkey, pero parecía tan inmune al alcohol como a las balas. Enganchó la camioneta y nos sacó del cañón, luego dispuso la pala de tal manera que el *bulldozer* avanzó lentamente apartando la nieve, despejando el camino a

la vez que nos remolcaba. Cuando llegamos al llano de la cima, otras luces azules y rojas se habían unido a las nuestras, avisándonos de que había llegado el resto de la caballería.

La unidad de Vic era la única que podía haber llegado hasta ese punto. Antes de que nos detuviéramos ya se había plantado junto a la puerta, la había abierto y se dispuso a vendarme la pierna de una forma más profesional. Saizarbitoria, por su parte, ayudó a Henry desde el otro lado de la cabina. Dejamos a Oso en mi camioneta, pensando que su presencia ayudaría a que Ellen Monta a Caballo mantuviese la misma calma a la que parecía haberse resignado. Saizarbitoria conduciría la camioneta hasta el hospital y yo iría con Vic. Me apoyé en ella para caminar y Vic inclinó la cabeza hacia delante para echarme una ojeada.

—¿Lo has cogido?

No pude evitar que se me congelara la sonrisa.

—Fue Oso —me quedé mirando la trasera de mi camioneta. Vic hizo lo mismo. El cadáver medio congelado de Leo Gaskell estaba hundido en el lecho de nieve que se había ido acumulando allí. El *tomahawk* de aleación de acero negro todavía le sobresalía de la nuca, como si fuera la palanca de una bomba.

Se le escapó una bocanada de aire de entre los labios.

—Joder.

Había cuatro unidades de la patrulla de carreteras aparcadas en el paso subterráneo. Wes había muerto, a falta de una semana para marcharse a patrullar por los lagos de los campos de golf. Lo encontraron en el lugar donde quiso detener a Leo. Wes era un poli veterano con más de treinta y cinco años de experiencia y sabía que Leo estaba armado y que era tremendamente peligroso, pero algo había salido mal, muy mal.

En la sala de urgencias del hospital había mucho ajeteo, una actividad a la que últimamente había empezado a acostumbrarme. De los tres que éramos, yo era el tercero por orden de gravedad. Esperé en una camilla mientras intervenían a Henry. Bill McDermott me había cortado los vaqueros por encima de la rodilla, luego había limpiado el agujero que tenía en la pierna y se disponía a vendármela. Apoyado en la pared, Ferg observaba todo el proceso. Lo miré, tratando de ignorar el dolor de la pierna.

—¿Y Cady y Lana?

Él sonrió.

—Están comprando los regalos de Navidad en Sheridan —se encogió de hombros—. No iban a quedarse en esa habitación más tiempo y no saben nada de todo esto —esperó unos segundos antes de preguntar—. ¿Leo Gaskell está muerto? —yo asentí y ambos nos quedamos mirando mi pierna—. ¿Lo hiciste tú?

—Fue Henry.

Un rato después volvió a hablar.

—Bien.

Viniendo de Ferg, aquello era un comentario extraño.

—Bien, ¿por qué?

—Se le da mejor vivir con esa carga que a ti.

A pesar de la anestesia, sentí un dolor punzante y me pregunté dónde podría encontrar un par de pantalones que me cupieran con el vendaje. Bajé la vista para mirar al forense mientras terminaba.

—¿Te molesta si te hablo mientras trabajas?

Él sonrió.

—La mayoría de mis pacientes no lo hacen, pero adelante.

—¿Cómo está Ellen Monta a Caballo?

—Para ser una anciana deshidratada que presenta síntomas de congelación y desnutrición, bastante bien.

Junto a la unidad de cuidados intensivos había una enfermera en el puesto, pero se estaba aprendiendo de memoria una copia de la revista *Redbook* y solo levantó un poco la cabeza cuando pasamos por delante. Ellen estaba en la sección separada por cortinas del extremo izquierdo, no había nadie más en la habitación. La habían aseado y tenía mucho mejor aspecto. Sentí asco por lo que íbamos a hacer, pero cuando pensé en Mari Baroja, en Anna Camina sobre Hielo y en Wes Rogers, me sentí algo mejor. Ya había muerto demasiada gente.

Hurgué en mi bolsillo y le entregué a Henry el adorno que había cogido del árbol de su caravana y los ojos de la anciana siguieron la trayectoria del objeto al pasar de mi mano a la de Henry. Este sostuvo el adorno entre los dos: la tapa del frasco colgada del trozo de lana se giró lentamente para revelar la foto por un lado y el nombre por el otro. Henry me miró fijamente lo suficiente como para convencerme de que estaba molestando en la investigación, así que me trasladé al otro lado de la cortina. Podía escuchar sus murmullos.

Lo siguiente que supe fue que Henry estaba a mi lado.

—¿Te ha contado algo que podamos utilizar?

Le dolía al hablar.

—Se limita a repetir una frase que significa «He abandonado».

—¿Está tirando la toalla después de todo? —Henry se encogió de hombros mientras yo echaba un vistazo hacia atrás, solo para ver que nos observaba. Le sonreí y comprobé, con sorpresa, que ella me devolvía la sonrisa. A mi entender no tenía pinta de ser una persona que mandara todo a paseo.

—Pide disculpas por ello —noté que Henry era capaz de hablar en voz baja con el lado derecho de la boca.

Ellen seguía sujetando la tapa del tarro de cristal.

—Voy a necesitar ese adorno.

Él también miró hacia ella, que continuaba sonriéndonos.

—Tendremos que esperar hasta que se duerma, tú.

Vic me había chillado la noche anterior y, cuando pensé que ya no quedaba nadie más por chillarme, vi el coche de Ruby. Era domingo, pero Lucian no debía de sentirse lo bastante bien como para ir a trabajar. Henry cerró la puerta tras nosotros con suavidad.

Me sentí como si nos estuviéramos colando en casa después de una noche de borrachera. Nos quedamos allí en el rellano mientras un furioso par de ojos azules nos fulminaban.

—¿Cómo está Perro?

Le sonreí débilmente.

—Se recuperará. En un par de días ya podremos visitarlo —los ojos desaparecieron.

Subimos los escalones con dificultad, Henry me ayudó ofreciéndome su hombro como apoyo. La pierna me dolía, así que nos detuvimos al llegar arriba, para recuperar el aliento. Miré el banco que había junto a la puerta. Sobre aquel banco había alguien durmiendo, tapado con una de las mantas de lana propiedad de la cárcel del condado de Absaroka. Aquello parecía una pensión.

—¿Quién es ese?

Ruby no levantó la vista de la pantalla del ordenador.

—El encargado del yacimiento de metano.

Miré a Henry, que sonreía aun a riesgo de lesionarse.

—Entremos a mi despacho, ¿quieres?

¡Qué placer sentarme en mi sillón! Pensé en pasarme el resto del día allí, pero las obligaciones de mi oficio reclamaron mi atención, es decir, un sobre marrón grande donde se leía: «Para el *sheriff* terroncito de azúcar». Había olvidado que Maggie me había dejado un sobre, parecía haber pasado una eternidad. En el interior había un trozo de un formulario legal grapado a una fotocopia. Empecé con la nota. Sobre las líneas rectas azules y amarillas alguien había garabateado con gracia y en color rojo palabras de una caligrafía muy sinuosa: «*Mon amour*: Te dejo un regalito que he encontrado mientras investigaba las cajas de seguridad del Banco Nacional de Durant. El gerente encontró un viejo registro en la caja 283, a nombre de un tal Charles Joseph Nurburn. Nadie ha abierto la caja desde 1950, pero alguien estuvo encargándose de pagar la cuota hasta hará unos diez años, cuando devolvieron la factura por destinatario desconocido». Pensé en las fechas y me di cuenta de que había sido entonces cuando Lucian había trasladado su residencia a la residencia de ancianos de Durant. Supuse que se había olvidado de pagar los recibos.

Levanté la vista hacia Henry, pero él estaba mirando por la ventana, así que continué leyendo en silencio. «Me quedaré aquí un día y medio más, tengo que estar en Denver el día 24 a las nueve de la mañana. Llámame.»

Eché un vistazo al viejo reloj Seth Thomas, pensando en que quizá podría llamarla para convencerla de que se quedase un día más, pero luego me pregunté cómo le sentaría eso a Cady. En dos días casi no la había visto y se marcharía antes siquiera de darme cuenta de su regreso. Retiré la nota y estudié la fotocopia. Se trataba del testamento de Charlie Nurburn o de una copia del mismo. El documento era bastante escueto y en él Charlie legaba todas sus posesiones a Joseph Camina sobre Hielo.

Joseph.

Teníamos un nombre. Le entregué la copia a Henry y llamé a Ruby. A pesar de la cojera, llegué a la puerta al mismo tiempo que ella.

—Llama al Centro Nacional de Investigación Criminal y pregúntales por Joseph Camina sobre Hielo, varón, unos cincuenta y cinco años, nacido en el condado de Sheridan. A ver qué sale —doblando la esquina, Ruby desapareció, a la vez que yo me giraba hacia Oso—: ¿Te suena de algo? —él negó con la cabeza mientras yo rodeaba el escritorio y volvía a sentarme—. Tengo una idea... —Henry continuaba mirándome fijamente a los ojos. Contemplé la superficie del escritorio—. Quienquiera que asesinara a Mari Baroja, la mató para quedarse con el dinero. Como ni los hijos ilegítimos ni los adoptivos pueden heredar directamente, la única forma de hacerse con el dinero era que Mari falleciera antes que Charlie, para que él pudiera quedarse con su parte correspondiente. Después, todo era cuestión de rematar al ya difunto Charlie y heredar el dinero que él legaba.

Oso abrió mucho los ojos, yo continué.

—Cuando comenzó la extracción de metano, Leo Gaskell y, lo que es más importante, Joseph Camina sobre Hielo, creyeron que le sacarían partido a la artimaña de Lucian. Creo que lo que sucedió después les vino grande. No creo que supieran que había tanta gente al corriente de la muerte de Charlie. Incluso Lana estaba en esa lista. Me contó que Lucian había matado a su abuelo el día en que la conocí. Todo aquel que sabía que Charlie estaba muerto fue atacado o asesinado —me recliné en el sillón y grité en dirección a la otra habitación—: ¿Has encontrado algo, Ruby?

La respuesta fue seca.

—¡Para el carro!

—Hay otra cosa que me preocupa —Henry me devolvió el testamento y yo dejé la fotocopia sobre el escritorio—. Estoy seguro de que mataron a Anna porque estaba tratando de contarle al doctor Bloomfield los planes de Leo o de Joseph, pero ¿cómo asesinó Leo a Wes Rogers? —la habitación estaba en silencio—. Wes debía de estar prevenido... a no ser que Leo Gaskell no fuera el que conducía el coche.

La voz de Ruby nos llegó desde la otra habitación.

—Tengo algo.

En la medida de nuestras posibilidades, nos apresuramos a llegar y nos arremolinamos en torno a la pantalla del ordenador mientras Ruby convocaba a Joseph Camina sobre Hielo.

—He encontrado el nombre en el departamento de servicios sociales infantiles de Cheyenne. En 1951 un niño fue entregado en adopción en el orfanato católico Saint Anthony de Casper.

Henry y yo nos miramos fijamente. No es que Ellen hubiera abandonado, Ellen se refería a quien ella había abandonado en el pasado.

—¿Qué más?

—El niño estuvo envuelto en diversos altercados atribuidos a trastornos emocionales. Nunca fue adoptado y abandonó el orfanato al cumplir los dieciséis —levantó la vista para mirarme—. Y eso es todo.

La voz de Henry nos llegó amortiguada por el vendaje.

—En esa época, muchos niños indios tomaban el apellido del sacerdote que dirigía el orfanato.

Los dedos de Ruby danzaron sobre el teclado. Se giró para mirarme.

—El sacerdote que firmó los papeles de Joseph era el padre Mark Lesky.

Lesky, Joseph.

Joe Lesky.

Agarré el teléfono del escritorio de Ruby y marqué el número de la residencia. Contestó Jennifer Felson, le pregunté si Joe estaba de servicio.

—Ha estado aquí hasta hace un rato, pero terminaba a las ocho. ¿Hay algún problema?

—¿Sigue aún por ahí?

—Iré a comprobarlo —permanecí de pie con el teléfono en la mano—. Shelly lo ha visto marcharse con Lucian hará unos veinte minutos.

—Si vuelven a aparecer, llámame. Gracias, Jennifer —colgué y miré a Henry. Con todo el follón Superduro se había despertado y ya estaba de pie junto a nosotros—. Ha estado ahí durante todo el caso —bajé la vista para mirar a Ruby—. ¿Dónde están Vic y Saizarbitoria?

—Ha habido una pequeña colisión en la circunvalación de la autopista —tartamudeó ella.

—Llámalos por radio y diles que vengan de inmediato. Vete a saber dónde está Joe Lesky con Lucian.

Respiré hondo con la esperanza de aclarar mis ideas.

—¿Adónde habrán ido? —tomé otra bocanada de aire y pensé en voz alta—. ¿Adónde lo habrá llevado Joe?

No lo había oído hablar con tanta claridad desde que le habían disparado.

—¿A desayunar?

Me giré hacia Ruby al salir.

—Diles a Vic y a Saizarbitoria que se reúnan con nosotros en La Abeja —mientras nos disponíamos a bajar los escalones, me percaté de que el encargado del yacimiento de metano nos acompañaba. Me giré para poder verlo con mi ojo sano—. ¿Adónde diablos crees que vas?

Me sonrió al tiempo que llegaba a la puerta y le cedía el paso a Henry.

—He pensado que os vendría bien alguien que pudiera andar y hablar a la vez.

No le faltaba razón.

Aparcamos junto a La Abeja Hacendosa al mismo tiempo que la unidad de Vic se detenía junto a nosotros, sin darse contra la delantera de mi camioneta por los pelos. Tenía la ventanilla bajada.

—¿El puto Joe Lesky?

El local estaba atestado. Todos los comensales se quedaron de piedra al ver que un *sheriff*, dos ayudantes, un indio y un trabajador de la construcción se precipitaban a su interior, todos armados. No parecíamos los Village People precisamente.

Los ojos de Dorothy, tras la barra, se encontraron con los míos.

—¿Lucian y Joe Lesky?

Ella ni se inmutó.

—No los he visto.

Nos reunimos en la acera y empecé a distribuir el trabajo.

—Vic, ve con Superduro a la residencia y esperad. Si se presentan, decidle a Joe que tenemos algunos papeles para él en la oficina. Que no sepa de qué va la cosa, pero traedlo cueste lo que cueste —se marcharon en la unidad de Vic mientras yo me giraba hacia Saizarbitoria—. Santiago, ve a por Ferg y marcad el perímetro. Llamad por radio a la patrulla de carreteras y decidles que detengan cualquier vehículo por la I-25 en dirección sur y que estamos buscando a Lucian y a Joe Lesky —le lancé las llaves del Bullet y se marchó al momento.

Me giré para mirar por Main Street y luego me volví hacia Oso. Me quedé pensando un buen rato.

—Tengo que hacerte una pregunta —él no respondió—. ¿Por qué creemos que Joe se ha llevado a Lucian? —miré calle abajo en dirección al cartel del hotel Euskadi—. ¿Y si es Lucian el que tiene a Joe?

—Buenos días, Lucian. Joe...

Recorrí cojeando los seis metros que me separaban de la mesa. Al entrar me encontré a Lucian de frente medio sonriendo. En la mesa había dos tazas, pero parecía que Joe era el único que estuviera bebiendo café. El sombrero de Lucian reposaba en la silla que había junto a él, con el ala hacia abajo, lo cual me resultó extraño. El viejo *sheriff* parecía relajado, estaba echado hacia atrás en la silla con las manos cruzadas sobre el regazo. Joe estaba acodado en la mesa. Ninguno llevaba encima sus prendas de abrigo, ambas colgaban del respaldo de sus respectivas sillas y, en el *jukebox*, sonaba el villancico de Fred Waring and the Pennsylvanians *Ring those Christmas bells*.

Pasé por delante de ellos y llegué renqueando hasta la barra, donde me serví una taza de café y la coloqué sobre un platito. Con un café ganaba diez minutos. Levanté una taza en dirección a Henry, que se había quedado rezagado junto a la puerta. Dijo que no con la cabeza. Mientras yo me entretenía en la barra, tratando de pensar en cómo manejar la situación, temí que pudiera armarse una buena en los próximos minutos.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —Joe me estaba mirando, pero también estaba mirando de reojo a Henry y su cara vendada—. ¿Y qué te ha pasado a ti?

Regresé cojeando a su mesa, di la vuelta a una de las sillas de madera curva y me senté, de forma que el arma y Joe quedaran a mi alcance.

—Oh, esto, nos han disparado.

Ambos se quedaron mirándonos. Lucian fue el primero en preguntar.

—¿Quién demonios os ha disparado?

Estudié el jarroncito que había sobre la mesa con ramitos de acebo y muérdago de plástico, luego pasé un brazo por delante del respaldo de la silla para darle un trago al café, aunque la mano que tenía herida no encajaba demasiado bien con la delicada vajilla del Euskadi.

—Leo Gaskell —posé mis ojos en los del viejo *sheriff*—. Lo tenemos en el hospital, lo están remendando —otro Lázaro para la colección.

Durante un momento todo permaneció en silencio, pero luego irrumpió la música, con la falsa viveza y el buen humor hipócrita propios de la estación.

—¿Quién es Leo Gaskell?

Me giré y me quedé mirando a Joe Lesky. Tuve que reconocerlo: se le daba bien mentir.

—Un traficante de drogas del condado de Fremont, parece que fue él quien agredió a Anna Camina sobre Hielo —ya que estaba, por qué no mantener a todo el mundo con vida—. Ahora está siendo interrogado.

Joe asintió con la cabeza. Él también estaba intentando ganar tiempo en un establecimiento donde nadie estaba dispuesto a perderlo.

—Vaya, está bien que cogierais a ese tipo.

—Pues sí —el viejo *sheriff* me observaba con gran atención cuando me volví hacia él para tratar de averiguar qué tramaba—. ¿Qué planes tenéis?

—Hacer unas compras de Navidad.

—Las tiendas aún no están abiertas.

Él volvió la vista hacia Joe.

—Tengo tiempo de sobra —Lucian movió ligeramente el sombrero que descansaba en el asiento de la silla que había a su lado. Ahora ya sabía dónde tenía la pistola. Joe hizo ademán de retirarse de la mesa.

—Bueno, parece que los dos tenéis mucho de que... —con el rabillo de mi ojo sano, vi que Henry sacaba las manos de los bolsillos.

—Siéntate —era la misma voz tranquila que Lucian solía utilizar para preguntarme si de verdad quería mover esa pieza durante las partidas de ajedrez, la voz de las advertencias, que sonaba como una vibración gutural salida del fondo de la garganta de un puma. Joe volvió a dejarse caer sobre el respaldo y yo me giré hacia Lucian.

Nos miramos el uno al otro de la misma forma en que lo habíamos hecho durante décadas: como un hombre ciego hablándole a un sordo. Entre ambos existía una línea que ninguno de los dos era capaz de cruzar: él se burlaba de mi supuesta debilidad y yo estaba justificadamente indignado por su inmoralidad. Sin duda alguna el abismo que nos separaba era algo generacional. El mundo en que Lucian había vivido era más simple y no era capaz de entender que hacer cumplir la ley se había vuelto más complicado en el mundo moderno. O quizá fuera que estaba tan implicado, tan metido en aquel embrollo, que hacía tiempo que había perdido la perspectiva. Charlie Nurburn seguía campando a sus anchas como una pesadilla recurrente que pervivía en su hijo y en el hijo de su hijo. Supuse que las chispas que saltaban entre los dos empezaban a llegarle a Joe, porque se sintió obligado a intervenir.

—Solo habíamos venido a charlar a un lugar tranquilo —la voz le temblaba un poco—. Me he enterado de algo que creo que puede interesar a Lucian.

Me volví hacia Lucian mientras él sacaba la pipa de un bolsillo de su chaqueta y la petaca de cuero y cuentas del otro. La tensión disminuyó, pero solo un poco.

—Yo también tengo información —Lucian rellenó la pipa y encendió una cerilla en el lateral de la silla—. Yo, hummm... —le dio varias caladas rápidas a la pipa hasta que la prendió, un espeso penacho de humo le salía de la comisura de los labios—. Beebee Banks estaba visitando a su madre en la residencia. Walt, Beebee me comentó que te

dijera que había descubierto quién había alquilado el edificio de la panadería antes que la chica –había una sonrisa trémula en su rostro, como si fuera un reflejo en el agua–. Y, vaya, resulta que fue Joe.

Como si del movimiento de un obturador de una cámara se tratase, conté seis instantáneas mientras giraba la cabeza en dirección a Joe, como si fueran seis latidos distintos.

–No te muevas.

El telón había caído y con él se había desatado un aguacero helado. La lluvia había destapado todo y el conocimiento de los hechos nos empapaba. Entonces, cuando vi que Joe retiraba la mano de la mesa, supe a ciencia cierta que, de los cuatro hombres que había en la habitación, tres tenían armas. Vi que Oso se movía, pero yo estaba más cerca.

Los huesos de la muñeca de Joe Lesky se hundieron con una elasticidad enfermiza y, por fin, pude echarle un vistazo al Joe Lesky que tan bien había sabido ocultarse de mí cuando, con una mueca de rabia, trató de retorcerla para zafarse. Mi mano izquierda no cedió, pero no iba a confiar en que ella sola hiciera todo el trabajo. La expresión de Joe Lesky cambió cuando incrusté el frío cañón de la 45 bajo su mandíbula, obligándolo a que girara la cabeza para mirarme.

Respiré hondo.

–He dicho que no te muevas.

Noté que se le dilataban los orificios nasales y que cogía aire como si fuera un fuelle.

–¡Suéltame la muñeca!

–Ni lo sueñes –aflojé la presión del 45 y permití que bajara la cabeza lo suficiente como para ver su expresión. Me acordé de un viejo sargento de instrucción que solía decir que un profesional es aquel que nunca suelta el arma. Me arriesgué a echar un vistazo a la derecha para salvar el maldito parche en el ojo y vi el largo cañón de un revólver reglamentario, calibre 38, encima de la mesa que apuntaba a Joe a la cara, a veinte centímetros de distancia.

Volví a mirar a Joe, que observaba su abrigo de reojo y posiblemente pensara que podía alcanzarlo con la izquierda.

–Inténtalo y desparramaré tus sesos por todo el techo –sus ojos se encontraron con los míos–. Ahora voy a colocarte las dos manos sobre la mesa y tú no vas a moverlas, ¿has entendido?

Con la mano libre cogí su abrigo del respaldo de la silla y se lo lancé a Henry. Luego saqué las esposas de mi cinturón.

–Póntelas.

–Me has roto la muñeca.

–Que te las pongas –pasó la mano por uno de los aros y se lo ciñó delicadamente a la muñeca fracturada, cerrándolo solo a medias, ya que conté los clics y fueron solo tres–. Del todo.

Se quedó mirándome.

–Me duele.

—Más duele un 45 —continuó ajustándose una de las esposas y luego hizo lo propio con la otra mano. Me eché hacia atrás y respiré hondo a la vez que retiraba el Colt de la barbilla de Joe. Giré la cabeza de modo que pudiera ver a Lucian con el ojo bueno—. ¿Estás bien?

—Yo no soy el que no va armado, si es eso a lo que te refieres.

Volví a mirar a Joe. Sus ojos fueron de mí a Lucian y de nuevo a mí.

—No sé lo que está pasando aquí, pero no pienso decir nada hasta que hable con un abogado.

Lucian soltó un bufido.

—¿Qué te hace pensar que vas a ver a un abogado?

Mi voz sonó como si proviniera de algún lugar lejano, donde todavía imperase la razón.

—Lucian...

La mano del viejo *sheriff* no se había movido y el cañón de su Smith and Wesson no había dejado de apuntar a Joe a los ojos.

—Me propongo matar a este hijo de perra aquí y ahora —se sacó la pipa de la boca y dejó escapar una espesa bocanada de denso humo en nuestra dirección. El *jukebox* volvió a la carga con la melodía machacona de *Ring those Christmas bells*. Me aclaré la garganta y tragué saliva.

—Lucian, necesito que bajes el arma.

Él le hizo un gesto a Joe con la boquilla de la pipa.

—Tú asesinaste a mi mujer.

Tenía que ganar tiempo. Estudié a Joe.

—¿Cuándo descubriste que Charlie Nurburn estaba muerto? —no se movió, pero nos miró a los dos—. Apuesto a que cuando contactaste con Leo ya sabías que estaba muerto. Pensarías que, ya que Lucian había mantenido a Charlie con vida durante cincuenta y tantos años, no había ningún motivo para que viviera un poco más, al menos hasta que consiguieras hacerte con una parte del dinero de Mari.

Joe continuó inmóvil.

—No sé de lo que estáis hablando —se pasó la lengua por los labios—. Walt, tú me conoces...

—No, no es cierto —me apoyé sobre el respaldo de la silla—. ¿Mataste a Mari Baroja antes de traer aquí a Leo? Sabías que podías conseguir que matase a Lana, a Lucian y a Anna, claro, pero él no los mató a todos, ¿verdad? Y con Isaac no te salió tan bien.

Yo estaba cansado, lo único que quería es que todo terminase, pero había tanto que decir.

—Leo trató de salvar a su abuela. Él estaba herido y dispuesto a salir huyendo, pero tú sabías que estábamos en la vieja granja Nurburn. Tú fuiste quien disparó a Wes Rogers y luego hiciste que Leo cogiese el coche patrulla y bajara donde sabías que estaríamos esperándolo, pensando que el problema se resolvería por sí solo —mi 45 continuaba apuntando el entrecejo de Joe—. ¿Qué pensabas hacer, Joe? ¿Echarle la culpa de todo a Leo?

Su voz sonó crispada.

—Quiero un abogado.

Lucian resopló, con el brazo todavía extendido.

—Lo único que puedes permitirte es un cura. Y rapidito.

—No puedes probar nada de eso.

Miré fijamente a Joe a los ojos, tratando de encontrar algo que pudiera beneficiarnos a los dos, pero no encontré nada. Miré de reojo su abrigo arrugado todavía en manos de Henry.

—Si voy hasta ahí y saco una pistola automática del calibre 32 del bolsillo de tu abrigo y las pruebas de balística coinciden con el arma que mató a Wes Rogers, puedo empezar a probar muchas cosas.

Hurgué en el bolsillo de mi chaqueta y deposité el adorno de Navidad encima de la mesa, boca arriba. Lo empujé lentamente en dirección a Joe, de modo que la parte del rostro del hombre de la fotografía coincidiese con el hombre que tenía delante de mí.

—Dejando aparte a todos los demás..., él era tu hijo, Joe. ¿Cómo pudiste hacerle algo así a tu propio hijo?

El viejo *sheriff* amartilló su revólver.

Desde donde estaba podía ver el cordel de la base de la culata de la pistola que Lucian solía usar para engancharse el viejo revólver reglamentario al cinturón, al estilo de los soldados de caballería, quienes acostumbraban a hacerlo así para no perder sus armas cuando montaban.

Al igual que Lucian, la mañana estaba desatada, con ese viento parecía inevitable que ocurrieran desgracias.

—Lucian, ya sabes lo que Joe está a punto de contarte. Tanto si planeabas un ajuste de cuentas como si pensabas dejarlo en tablas, no puedes hacerlo, porque ya no estás solo en todo esto —Lucian parpadeó y vi cómo se le anegaban los ojos en lágrimas mientras Fred Waring and the Pennsylvanians tomaban el tren de Navidad rumbo a casa en medio de una armonía a cuatro voces.

Vi que Lucian tensaba el dedo en el gatillo y se aferraba a la culata de madera con su legendario puño como si fuera un salvavidas. Tenía tres opciones: dejarlo fuera de combate con mi arma, dar la vuelta a la mesa o lanzarme sobre él. Durante la fracción de segundo que me costó pensarlo, Lucian apuntó con el revólver en otra dirección y descargó cinco tiros sobre el *jukebox* que atronaron por todo el local, ya para siempre silencioso. Luego dejó caer el 38 descargado sobre la mesa con estrépito y el arma se giró, para acabar apuntando a un Joe Lesky completamente inmóvil. En mitad del silencio escuchamos a Lucian, que decía con voz débil:

—Cristo bendito... Siempre odié ese maldito cacharro.

Epílogo

Las notas salían del piano con suavidad, un tanto melancólicas, con un lirismo poético que encajaba bien con el entorno. Henry estaba detrás de la barra, Bill McDermott bailaba con Lana Baroja, Saizarbitoria con su mujer, Marie, y Cady hacía lo propio con nuestro nuevo ayudante de Powder Junction, Superduro. Perro estaba hecho un ovillo junto al piano, para él la noche había tocado a su fin: con una parte del torso afeitado y la cabeza y el abdomen vendados, parecía un animal disecado.

Toqué un interludio musical y lo interrumpí con un *ostinato* que hizo que los bailarines se detuvieran pero que a mí me obligó a concentrarme. Sentía los dedos agarrotados, pero ya no tanto como antes. Me habían quitado el parche del ojo y la córnea no estaba dañada de gravedad. Veía algo borroso con el derecho, pero tenía a Vic a mi izquierda. No podía dejar de mirarla con el rabillo del ojo, no acababa de acostumbrarme a su ropa de civil. Llevaba un vestido corto de color negro y botas de *cowboy* negras con rosas rojas y hojas azules bordadas. Con sus pendientes largos de plata y turquesa, Vic era toda una dama del Oeste, con un cierto toque gitano y despreocupado que le sentaba fenomenal.

Mientras alcanzaba la cerveza y asentía agradecido en dirección a la pista de baile junto a la mesa de billar, me dedicaron un breve aplauso. Me acomodé y me eché contra la pared, mientras le lanzaba una mirada a Henry, señalando el *jukebox*. Solo había interpretado media docena de temas, pero me dolían los dedos y necesitaba un pequeño descanso.

Vic le dio un sorbo a su Dirty Martini y se encogió de hombros, mientras en el exterior las rachas de viento continuaban azotando el bar. Nos había alcanzado otra tormenta procedente del círculo ártico que había dejado unos veinte centímetros de nieve. Ferg se había ofrecido para quedarse de guardia, pero por el momento no habíamos recibido ninguna llamada. Las vacaciones así nos encantaban, porque el tiempo era tan malo que la gente se quedaba en sus hogares. Ruby e Isaac también habían decidido quedarse en casa para evitar a los panolis que decidiesen conducir.

—¿Qué tal tu pierna?

—Todavía no estoy como para bailar.

—Nadie te lo ha pedido —Vic miró a mi hija por encima del hombro.

—¿Cady se marcha mañana?

—Si el tiempo está en condiciones.

—¿Aerolíneas Omar?

Asentí y aproveché la oportunidad para observarla un momento, como siempre hacía cuando ella no se daba cuenta.

—Te han regalado dos nuevos ayudantes por Navidad —continuaba vuelta hacia la pista de baile, observando a Saizarbitoria, y levantó su copa por el pie con delicadeza para tomar otro trago—. Toda una caja de sorpresas, pero posee agudeza y trabaja duro.

Le di otro trago a mi cerveza.

—La mujer es agradable.

—Si tú lo dices...

Sonreí a sus espaldas.

—¿Qué me dices del paleta?

Ladeó ligeramente la cabeza mientras observaba a Superduro, que seguía bailando con Cady.

—Parece resistente.

—Desde luego.

Vic se giró del todo.

—Vale, entonces Joe tomó su nombre del sacerdote de Casper, ¿de dónde sacó Leo el suyo?

—De sus padres adoptivos, en el condado de Fremont.

Ella asintió.

—¿Joe se trajo a Leo para hacer el trabajo después de preparar el terreno, manteniendo a Charlie Nurburn con vida?

—Lo que hizo fue básicamente continuar con los esfuerzos de Lucian con la esperanza de llevarse un porcentaje, pero quién sabe. Parece que estaba dispuesto a asesinar a la mitad del condado de Absaroka para conseguir lo que creía que se merecía.

—¿Y qué hay de Anna Camina sobre Hielo?

—Encontramos una carta a medio terminar en su casa, escrita en cuervo —levanté la vista para mirar a Henry—. En ella resumía toda la situación. Había visto a Joe echándole algo al Metamucil de Mari Baroja esa noche —le di otro trago a la cerveza—. Supongo que entonces no estaba segura del todo como para acusarlo, y luego, con Leo, ya fue demasiado tarde.

Vic se quedó mirando el piano y tocó una tecla con cautela.

Yo observé a mi amigo, el de la cara vendada, que seguía sirviendo copas detrás de la barra.

—No tenía que haberlo matado.

Al pálido resplandor de la lámpara de cristal de colores de la mesa de billar y los neones de la cerveza Rainier, mi ayudante en jefe parecía una cortesana del Renacimiento, la clase de mujer que envenenaría tu vino.

—Es martes por la noche, seguro que Lucian ya ha sacado el tablero.

Esperé a que dijera algo más, pero fue en vano. Se limitó a quedarse allí sentada, con el dedo junto a las teclas y la mirada perdida. Tenía el mismo aspecto que en el hospital la noche en la que me había entregado las cartas de amor de Lucian a Mari. Se quedó un momento a la espera y luego se levantó y se alisó la falda, con un gesto simétrico e

inquietante al mismo tiempo.

—¿Adónde vas?

No se giró para responder, pero vació el martini de un trago.

—A bailar.

Mientras la observaba aproximarse a los bailarines, ahora inmóviles, para escoger una víctima, Lana se acercó a mí y se sentó en el banco que había a mi lado.

—Me marchó.

—Parece que causo ese efecto en la gente.

Miró de reojo al forense del condado de Yellowstone.

—Bill dice que me acompaña hasta el pueblo.

—Deberías aprovecharte —colocó una mano sobre la mía e inclinó la cabeza para mirarme a los ojos. No hacía más que contemplarme con esos ojos oscuros tan familiares, así que la distraje de sus pensamientos—. ¿Qué vas a hacer con todo tu dinero?

Ella no se paró a pensarlo.

—Contratar a alguien para que trabaje en la panadería —y sonrió con esa sonrisa desenfadada con la que conseguía dejar a medio mundo fuera de juego—. ¿Qué harías si tuvieras un millón de dólares?

—No tengo un millón de dólares.

Tras levantarse, echó hacia atrás mi sombrero y me plantó un beso en la frente.

—Nunca se sabe.

La observé con gran desasosiego mientras se giraba en dirección a Bill, que la ayudó a ponerse el abrigo, el mismo tipi de cuadros color morado de siempre.

—Te he dejado una cosa en la barra. Feliz Navidad —el tipi siguió al forense aleteando y ambos desaparecieron tras la puerta de cristal. Fueron inmediatamente sustituidos por una ráfaga de copos de nieve.

Apuré la cerveza y me levanté con precaución, evitando dejar caer el peso sobre la pierna izquierda y tratando de negociar la distancia que había entre el banco y el piano con la visión borrosa de mi ojo derecho. Había decidido que, la próxima vez, concentraría mis esfuerzos en que me volviesen a herir en el mismo lado, eso me haría la vida más fácil una vez pasadas mis aventuras. Crucé cojeando la improvisada pista de baile con Perro tras mis pasos y me abrí camino entre Saizarbitoria y Marie y Superduro y Vic, quienes me ignoraron al pasar.

Cuando llegué, me encontré con Henry y Cady reunidos. Todos nos quedamos estudiando la caja blanca atada con bramante que Lana había dejado sobre la barra. Cady apoyó los antebrazos y dejó caer la barbilla sobre ellos para quedarse a la altura de la caja, con el trasero hacia fuera y los tobillos cruzados. Llevaba un par de vaqueros caros con lentejuelas en el espunte de los bolsillos.

—¿Qué fue de Charlie Nurburn?

—Bueno, ya sabes, hierba mala nunca muere.

La abogada se inclinó para acariciar a Perro, con cuidado de no tocar más que las partes sanas.

–¿Qué crees que le sucedió?
Me encogí de hombros.

–¿Quién sabe si los huesos que Leo encontró pertenecían a Charlie o no?
–No pareces demasiado preocupado.
Me quedé mirándola.

–Este caso tiene demasiados cadáveres en el armario, ya está bien de buscar más.
La sonrisa de Cady se desvaneció rápidamente.

–¿Qué hay de Mari Baroja?
Esperé un momento y luego dije lo que trataba de evitar.

–Sigue muerta –todos me miraron–. Mari Baroja está muerta, Anna Camina sobre Hielo está muerta, Wes Rogers está muerto y Leo Gaskell también... Y todo para nada.
Henry no iba a dejármelo pasar.

–¿Qué tiene que decir Lucian a todo esto, tú?
–No tiene nada que decir, la ley es la ley y el Departamento de Investigación Criminal encontrará lo que tenga que encontrar. Fuera como fuese Charlie Nurburn, Mari Baroja se lo cargó. Consiguió evitar que les hiciera daño a sus hijos y, en cierto modo, evitó que llegara a hacerles daño a los hijos de sus hijos. Dondequiera que esté, puede darse por satisfecha –salvo por la música proveniente del *jukebox*, el bar estaba en silencio–. Lo siento, estoy cansado, debería coger a Perro y marcharme a casa.

Cady protestó.

–Pero papá, ni siquiera han dado las doce.
–Lo siento, preciosa, estoy hecho polvo.
Ella me alisó el cuello de mi camisa de pana nueva, regalo de Navidad.

–¿Y a quién le voy a dar un beso?
Miré a mi alrededor repasando las posibilidades.

–Apuesto a que encuentras a alguien.
Oso cambió de tema y así me dio un respiro.

–¿No se supone que iremos a visitar a la familia de Wes el jueves?
–Pues sí –cogí mi pesado chaquetón de borrego del taburete y me calé el sombrero.
Henry me tendió la mano.

–Feliz Año Nuevo, Walt –se la estreché y él tiró de mí para darme un abrazo, propinándome unas palmaditas en la espalda con la otra mano–. Seguro que será mejor que este, tú.

Cuando me volví hacia Cady, ella enlazó las manos detrás de mi cuello.

–¿Y qué pasa si no dejo que te marches? –me levanté despacio y sentí que sus pies se despegaban del suelo y, sin soltarse, se vino conmigo. Aquel era un ritual que llevábamos practicando desde que tenía edad para mantenerse en pie, aunque antes era capaz de levantarla bastante más arriba. Me miró con el ceño fruncido, la cara que siempre ponía cuando quería conseguir algo, pero me soltó.

–Volveré a casa, pero quizá llegue tarde. Te quiero.

Me hice con la cajita que había sobre la barra y me dirigí lentamente hacia la puerta, con Perro pisándome los talones. Me detuve junto a los bailarines y le recordé a

Saizarbitoria que al día siguiente estaba de guardia. Me sonrió: ser el último escalafón de lo que venía a ser el tótem de la oficina del *sheriff* del condado de Absaroka tenía sus desventajas. Le recordé a Superduro que se pasara el jueves para que le tomáramos las medidas para el uniforme, me contestó que así lo haría.

Cuando me disponía a dirigirme a Vic, esta se dio la vuelta, me asió del brazo izquierdo y me dobló la muñeca hacia dentro de manera que mi cabeza quedó a la altura de la suya. El aliento le olía a alcohol. Sus grandes ojos color oro bruñido pestañearon mientras se inclinaba y atacaba mi labio inferior, ataque que se convertiría en una succión larga, lenta y delicada.

Vic besaba como si extrajera veneno.

Me tenía agarrado del cuello con la mano, sus uñas dejaron un rastro de carne viva a su paso. Cuando retiró la cara, no supe si conseguiría mantenerme en pie. Me escrutó para contemplar el efecto, al tiempo que aflojaba la presión de mi mano izquierda y yo me apartaba de ella, deseando que mi pierna mala dejase de temblar. Permanecí de pie un momento sin decir nada. No había nada que decir. Recuerdo que respiré y el momento pasó cuando ella se giró hacia Superduro y lo arrastró al centro de la pista de baile, su mirada ya lejos de mí.

En el exterior, el panorama era desolador, el viento azotaba la nieve en todas direcciones. Guiñé el ojo derecho, todavía resentido, y abrí la puerta de la camioneta para que Perro subiera. Lo levanté con cuidado para depositarlo sobre la nueva funda de los asientos, regalo de Navidad de Cady, y él atravesó el asiento del acompañante y se sentó mirando el parabrisas con expectación. Entré a gatas tras él y arranqué el Bullet. La cajita de la panadería nos separaba.

Subí al máximo la calefacción para desempañar las lunas y salí de El Poni Rojo dando marcha atrás, giré el volante y avancé lentamente, alejándome del límite de la reserva en dirección a mi pequeña cabaña.

Cuando entré, Perro se detuvo junto a la puerta y me miró. Yo le devolví la mirada, me desabroché el chaquetón y me quedé de pie en medio de la sala.

—¿Qué? —no me respondió nada, se limitó a quedarse sentado junta a la puerta esperando—. ¿Qué? No vamos a ningún sitio, por esta noche se acabó.

Contratas Red Road habían terminado de instalarme una estufa de leña para Navidad y habían dejado una tarjeta encima de la superficie negra, donde se leía: «Feliz Navidad, esto corre de nuestra cuenta».

Perro seguía esperando junto a la puerta.

Me encogí de hombros y me dirigí al dormitorio. Estaba intentando convencer a Perro de lo fuertes que eran mis convicciones. De momento aquella era la habitación de Cady y, a juzgar por la cantidad de ropa que había desperdigada por el suelo, me daba la sensación de que íbamos a llegar tarde a nuestra cita con Omar la mañana siguiente.

La lucecita del contestador parpadeaba indicando que había dos mensajes. Pulsé el botón.

—Hola, guapo, esperaba encontrarte solo en casa, pero supongo que habrás salido a

jugar con la nieve. Tengo entendido que el fiscal general de Wyoming ha solicitado tu comparecencia en Cheyenne –hubo un momento de silencio, lo bastante largo como para que la luz de la pantallita reflejara unos rizos dorados y un par de ojos azules feroces y voraces–. He leído de nuevo noticias sobre ti en los periódicos, creo que voy a empezar un álbum de recortes –continué de pie y me eché hacia atrás el sombrero con el dedo índice, mirando el contestador–. Bueno, parece que me mudo de nuevo a Virginia. Louis y yo vamos a darnos otra oportunidad –contemplé el contestador, esperando que hubiera algo más, pero no fue así. El eco de sus palabras todavía me pesaba, pero lo cierto es que quien no arriesga no gana.

El siguiente mensaje era breve y apenas si se apreciaba el sonido. Me mordí el labio y pulsé el botón de repetición.

–Hola, guapo... –pasé al mensaje siguiente y escuché con más atención, lo bastante como para entender una única palabra–: Mierda.

Perro me estaba esperando cuando abrí la puerta y caminé cautelosamente hasta la camioneta. Le ayudé a subir, saltó por encima de la cajita blanca del asiento y se sentó al otro lado de la cabina. Me refugié del viento en el interior y me enderecé el sombrero a la vez que arrancaba de nuevo el vehículo, mirando de reojo al animal que me miraba sonriente.

–No hace falta que me mires con ese aire de satisfacción.

En la residencia de ancianos de Durant apenas quedaban plazas de aparcamiento y parecía que estaban celebrando una fiesta un tanto apagada en la entrada principal. Lo cierto es que no tenía ganas de hacer el paseíllo. Las puertas del fondo a esas horas de la noche estaban cerradas, así que me dirigí directamente al pequeño grupo de pinos que había frente a la habitación número 32.

La luz estaba encendida y la pantalla de la lámpara daba un resplandor cálido a la habitación. Salí de la zona de aparcamiento despejada y me metí en la nieve de lleno, con Perro siguiendo mi rastro. A medida que me aproximaba, veía mejor la escena.

Lucian estaba en su sillón de siempre y tenía la cabeza inclinada ligeramente hacia delante, con las manos sobre las rodillas, la de carne y hueso y la artificial. Tenía el tablero de ajedrez montado en la mesa plegable, con las blancas apuntando en mi dirección, como todos los martes, junto a una botella de Pappy Van Winkle's Family Reserve adornada con un lazo verde.

Abrí la puerta suavemente haciendo un sonido apenas perceptible. Agité la cabeza y entré, dejando que Perro se dirigiera al sofá mientras yo cerraba la puerta tras de mí. Permanecí de pie un momento para que la habitación recuperase su tranquilidad. Debía de estar terriblemente cansado, porque ni se inmutó y sus ronquiditos continuaron ocupando la habitación. Me pregunté cuántas veces se quedaría dormido en ese sillón, supuse que más de las que le convenía. Me pregunté si estaría dormido en realidad, si no sería esa su forma de recibirme. Pensé en el teniente de mirada triste y me pregunté si Lucian sabría la verdad acerca del niño al que Mari Baroja había dado a luz de forma no tan prematura, el niño que Charlie Nurburn había intentado asesinar. Pensé en el hombre

que tuvo la suerte de engendrar un hijo antes de que una guerra absurda le arrebatase todo lo que podría haber sido.

Extendí una mano y nuevamente inicié la partida con una defensa india de la reina, variación Petrosian, moviendo el peón a F4 y su caballo a F6. Hacía con el ajedrez lo mismo que con mi vida: complicármela.

Sonreí y di un paso atrás. Cuando levanté la vista, vi otro par de ojos oscuros. No me habría sorprendido si hubieran pertenecido al anciano que había delante de mí, pero me observaban desde el sofá. La cabeza de Perro descansaba sobre la manta india que la tapaba. Lana sonrió y creí que iba a hablar, pero no fue necesario. Entre las manos sostenía unas cartas ajadas, atadas con una cinta estrecha, que le habían contado la historia.

Las cartas de Lucian a Mari, las que describían lo mucho que su abuelo la quería, las que contaban por qué el padre y los hermanos de su madre se habían apresurado tanto a casar a Mari después de separarlos, por cuánto Charlie Nurburn la había aceptado. El anciano por fin le había contado todo a la persona a la que más le importaba la historia. Lo entendí de golpe, entendí que el odio acaba caducando, pero que la esperanza y el amor pueden acompañarte para siempre. Las lágrimas en los ojos oscuros de Lana resonaban con el eco de los acontecimientos del siglo pasado.

Me llevé un dedo extendido a los labios y volví a sonreír, mientras ella me observaba atentamente desde el fondo de la habitación y yo me aproximaba a la puerta y me daba unos golpecitos silenciosos en la pierna para llamar la atención de Perro. Era reacio a abandonar la calidez de la habitación de Lucian y a Lana, pero, finalmente, se dignó seguirme después de haber recogido el *bourbon* y cerrar las puertas de doble acristalamiento detrás de nosotros.

Perro me miró extrañado al verme coger un par de haces de leña y ponerlos sobre la nevera destartada que había colocado en una esquina de la cabaña, junto con la botella de Pappy Van Winkle's Family Reserve y una caja de cerillas. Abrí la puerta trasera, fui hasta el extremo de la terraza y caminé casi treinta metros. Dejé la nevera en el suelo y saqué la leña, disponiendo los troncos en la nieve. Abrí el *bourbon*. Miré hacia atrás en dirección a la puerta abierta de la cabaña y comprobé que Perro me observaba.

Tomé un trago y contemplé el cielo sin estrellas. Por fin había dejado de nevar. Consideré lo que estaba haciendo, luego vertí un chorro de whisky sobre los troncos y los encendí con una cerilla a prueba de viento. El fuego prendió con estruendo y tuve que dar un paso atrás para evitar que se me chamuscara la barba. Observé las llamas un rato y luego me dirigí a la casa. Cerré la puerta tras de mí y me llevé el *bourbon* al cuarto de baño. Lo deposité en el borde del lavabo y contemplé mi imagen en el espejo, abrí el agua caliente y busqué la crema de afeitar y las cuchillas que llevaba un tiempo sin utilizar. Me costó más de lo que había pensado, pero Perro me estuvo observando con la cabeza encima de sus patas y, poco a poco, volví a ser yo mismo.

Estudié mi reflejo y me pregunté si realmente ese era yo. Estaba a punto de hacer algo que jamás había hecho, pero entonces recordé otra cosa y sentí que el aliento se me helaba, así que tomé otro trago de *bourbon* de veinticinco años.

Salí al exterior, saqué de la guantera del Bullet tres objetos y cogí una pala que le había robado a Henry. Esa vez, Perro me acompañó hasta la fogata y estuvo observándome mucho tiempo. Me senté en la nevera junto a los tres objetos. Las llamas naranjas, amarillas y rojas se reflejaban en mis ojos y en los de Perro. El fuego terminó por apagarse, no me costó mucho cavar el agujero. Eché otro trago de *bourbon* y luego cogí los tres objetos de la superficie de la nevera y me los metí debajo del brazo. Abrí la nevera y extraje de ella un hueso largo, debía de ser un fémur. Miré a Perro, pero volví a depositar dentro ese fémur. Un momento así de dramático precisaba de un hueso que diera mayor dramatismo y solo me llevó un instante encontrar el cráneo.

Sostuve la calavera en la mano. Parecía más pequeña de lo habitual. La estudié, tratando de encontrar algo en su estructura que diera cuenta de la maldad de aquel hombre, pero todo lo que vi fue el reflejo fantasmal de un diente de oro. Se suele decir que el mal que hacen los hombres les sobrevive y que el bien suele quedar sepultado con sus huesos. Deseé con todo mi corazón que en esa ocasión no fuera así y que yo estuviera haciendo lo correcto.

Deposité el cráneo en el hoyo y después añadí los demás huesos, hasta vaciar la nevera. Me saqué la pistola cromada con culata de plata del calibre 32 de debajo del brazo y también la arrojé al hoyo. Luego saqué el sobre amarillo, lo abrí, me senté y vi todas las fotografías de aquella mujer torturada y asesinada antes de volver a guardarlas una a una. Cuando terminé, cogí la pala y rellené el agujero, apilando un montón de tierra encima. Cuando llegaran las lluvias de primavera, alisaría el terreno. Increíble todo lo que uno aprendía merodeando por los cementerios.

Me senté de nuevo en la nevera y abrí la cajita blanca. Perro y yo nos quedamos allí sentados, saboreando un *ruggelach* y, mientras miraba aquel montón de tierra, pensé en que, después de todo, quizá el viejo *sheriff* y yo no fuéramos tan distintos.

Agradecimientos

Un escritor, al igual que un *sheriff*, es la personificación de un grupo de personas y, sin su apoyo, ambos están en apuros. He tenido la suerte de contar con la bendición de un buen grupo de amigos y compañeros que han hecho que este libro sea posible. Ellos saben quiénes son y, como se suele decir, nunca se puede dar las gracias demasiadas veces a un buen elenco. Mi agradecimiento va especialmente para Lilly y Glenn, la princesa de granja y el mejor tirador.

Muchas gracias a Susan Fain por sus consejos legales y filosóficos y por su Expediente Fain semanal, así como a Ana Echavarri-Daily por sus aclaraciones sobre el euskera, la lengua vasca. A Donna Dubrow por dejarme hacer más cosas aparte de usar el *Presence Suite* y a Ned Tanen por llevarme al desierto los domingos y por los batidos de ciruela. A Susan Miller por leer las novelas a medio escribir y decir que le gustan enteras. A Marcus Trueno Rojo y a Charles Pequeño Hombre Viejo por cerrar filas, porque solo me siento seguro cuando estoy rodeado de indios y libros. Al *sheriff* Larry Kirkpatrick por no reírse de mí cuando no reconocí un código 10-54 (ganado en la carretera) y a Richard Rhoades por las pruebas de tiro intensivas con garrafas de agua. A Erin Guy por la web y por los mensajes de teléfono y a Joel Katz por el logo del departamento del *sheriff* de Absaroka y por vigilar a los detectives.

A Gail Hochman, mi superagente, que siempre tiene a punto la palabra precisa y por ser el tipo que habla más rápido de todo Nueva York, y eso es mucho decir. A Ali Bothwell Mancini, mi aguerrida editora, que siempre tiene listos el sentido del humor y nuevas municiones. A Kathryn Court, que me encandila con su mano firme, y a Clare Ferraro, que se esconde cuando voy a Manhattan, sus buenas razones tendrá. A Sonya Cheuse por encontrar alojamiento para Lucy y por saber que tres dedos en Wyoming son mucha distancia.

A Eric Boss, el representante de ventas de Viking Penguin del año para la zona de la montaña y las llanuras, quien me enseñó a decir cosas como «Se trata de una obra regida por el personaje» con gesto serio. A Scott Montgomery, la única persona lo suficientemente valiente para nadar cuando solo teníamos que haberle pedido a Jim que cruzase la reserva Tongue River. A Sharon Dynak y la Ucross Foundation, por no tomarse en serio lo que escribo sobre la fundación, y a Bonita Schwann, por no atropellarme con una camioneta amarilla.

Gracias a Robert B. Parker, Bob Shacochis, Dan O'Brien, y Buck Brannaman por la amabilidad de sus palabras: siempre tendréis un vaso de Pappy Van Winkle's en Ucross.

A la Asociación de Librerías Independientes, por hacer de *Fría venganza* una de sus recomendaciones «Booksense» y a la Asociación de Librerías de Misterio Independientes por meterla entre sus recomendaciones «Killer».

Para Judy, quien, como las estrellas, se pregunta si brilla lo suficiente, aunque siempre sea así.

Créditos

Título original: *Death without company*

Edición en formato digital: febrero de 2013

© Craig Johnson, 2006. By arrangement with the author.

All rights reserved

© De la traducción, María Porras Sánchez, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-05-8

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portada	2
Portadilla	3
Dedicatoria	4
Cita	5
UNA MUERTE SOLITARIA	7
1	8
2	25
3	39
4	54
5	69
6	79
7	90
8	105
9	119
10	131
11	144
12	154
13	167
14	178
15	191
16	204
Epílogo	216
Agradecimientos	224
Créditos	226